

Nuestro Tiempo

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

CIENCIAS Y ARTES  POLITICA Y HACIENDA

Año I

MADRID.—Septiembre, 1901.

Núm. 9

El mes pasado.

Madrid 5 de Septiembre de 1901.

Á PROPÓSITO DE MARRUECOS

Cuestiones preferentes del pasado Agosto han sido aquellos dos magnos problemas que durante la última parte del siglo XIX constituyeron las más serias preocupaciones de Europa. Marruecos y Turquía han estado sobre el tapete, como ya se decía en los lejanos tiempos en que se comenzó á hablar de una cuestión de Oriente y de otra cuestión de Occidente, de dos taponos de barbarie opuestos á la expansión de la cultura cristiana por las codicias de los representantes de esa propia cristiandad, que jamás lograron ponerse de acuerdo para hacer saltar el obstáculo sin peligro de universal conflagración. Consintieranlo las fatalidades de la historia, y aun podría darse el caso de que la civilización cristiana inva-

diera toda Asia y toda Africa, y en el medio subsistirían, como pintorescos oasis de barbarie en que reposar de tan difundida cultura y de tan civilizadísima monotonía, el imperio turco y el imperio marroquí.

Por lo pronto, de los sucesos del mes de Agosto nada ha salido contra el uno ni contra el otro. ¡Ojalá que tampoco salga nada contra nosotros, que «hemos hecho el gasto» por lo que á Marruecos concierne! El 16 de Agosto apareció en la revista *La Lectura* un artículo suscrito por *Un diputado á Cortes*, y titulado *La cuestión de Marruecos*. El artículo por sí mismo valía poco, aparte su mérito literario, que no tenía para qué entrar en juego. Ni información original, ni ideas nuevas, ni siquiera

muy rigurosa verdad histórica. Dada la ninguna notoriedad política de aquel estimable periódico, que hasta aquí había sido principalmente literario, es seguro que el artículo hubiera pasado inadvertido, si no se hubiese anunciado que el *diputado á Cortes* era el propio D. Francisco Silvela, jefe del partido de Unión conservadora, expresidente del Consejo de Ministros y futuro jefe de futuros Gobiernos, si del ánimo del poder moderador han desaparecido los recelos que todos, incluso el señor Silvela, percibimos al plantearse y desenvolverse la última crisis.

¿Tratábase de un *ballon d'essai* lanzado á los aires de la opinión para explorarla, ó era algo más, una afirmación de principios y de propósitos de gobierno, formulados por el jefe de un partido? Como signo de lo primero debía interpretarse el hecho de que no firmara el Sr. Silvela con su nombre y apellido, sino con el mote de *Un diputado á Cortes*; pero todas las demás circunstancias del suceso parecían revelar lo segundo.

Porque cuando se trata de un simple trabajo de exploración, se conduce las cosas de otra manera. Se da el artículo ó las declaraciones sin nombre propio. Si el público muerde el anzuelo y discute, ya está logrado el objeto perseguido. Si no, se lanza misteriosamente la especie: «ese artículo de que ustedes no hacen caso, es de D. Fulano de tal»; y claro está que esto no lo dice el periódico que lo ha publicado, ni el personaje que

lo ha escrito, sino almas caritativas que siempre hay para estas funciones. De esta suerte se explora, en efecto, la opinión, y nadie se compromete ni tiene que recoger velas, pues ni el interesado ni sus amigos confiesan jamás la paternidad vergonzante.

Aquí no se ha procedido de esa manera. Con la charada, y antes que la charada, se nos dió la solución; así es que no ha habido charada, sino, acto político con sus consiguientes rectificaciones y demás incidentes deplorables. No sólo se anunció en algunos periódicos que *La Lectura* iba á publicar un artículo del señor Silvela sobre la cuestión de Marruecos, sino que *La Epoca* lo dió á conocer al mismo tiempo que la revista, y en lugar preferente y con una nota en que aceptaba sin protesta la paternidad susodicha. No era, pues, un trabajo de exploración, sino un artículo de declaraciones, y de ahí su gravedad.

Porque el Sr. Silvela reconoce las excelencias de la política de *statu quo*; pero en términos desdeñosos y burlones:

«Ha pasado á ser máxima de universal asentimiento entre conservadores, liberales y fraccionarios adyacentes, que el *statu quo* es nuestra política en Marruecos; y como esto, sobre ser verdad por ahora, se acomoda tan perfectamente á aquella nuestra natural inclinación á no hacer nada, á no prever cosa alguna y tomar por suficiente discurso una frase sonora, todos aceptamos por excelente lo del *statu quo*, y pasamos á pensar en si esta ó la otra interpretación del Concordato puede ser camino seguro para derribar al Sr. Moret ó para favorecer al Sr. Canalejas.»

Y por si eso no mostrara bien su pensamiento, el Sr. Silvela subraya la vanidad del *statu quo*, cuando se ve venir con rapidez un estallido del problema marroquí:

«Que el problema de Marruecos se viene á más andar sobre Europa, es cosa de todo punto evidente para quien siga con algún interés la marcha de los acontecimientos y la evolución, cada día más poderosa, de las expansiones territoriales, y repentinamente puede suscitarlo una cuestión de sucesión en el Imperio, ó una anarquía interior con ella relacionada.»

Y no es esto sólo: el Sr. Silvela aduce más argumentos contra la política del *statu quo*:

«Pero ese equilibrio de intereses contrapuestos, debe ser suficiente á tranquilizarnos siquiera sobre que se sostenga indefinidamente el *statu quo*, que representa para nosotros la renuncia á recibir todo beneficio para nuestra producción y nuestra vida nacional de esa importante frontera, condenada de esa suerte á perpetua esterilidad y eterna barbarie?

En otro párrafo concreta el señor Silvela su pensamiento en términos que podemos considerar definitivos:

«Si por el equilibrio de los intereses ó por cuestiones que en otros territorios se planteen ó cuya solución se dilate, el problema de Marruecos beneficia de nuevos aplazamientos, ciertamente que á nosotros no nos toca tomar ni provocar iniciativas, si bien debemos deterrar de entre nuestras preocupaciones la de que la situación de Marruecos, cerrado al comercio, á la civilización, á la explotación de sus minas y de sus tierras, al aumento de población, al consumo y cambio de productos, sea beneficio y riqueza para nosotros, cuando por el contrario, es motivo de pobreza, de esterilidad y de estancamiento para España, y lo aceptamos y lo debemos mantener tan sólo

para evitar males mayores de orden político é internacional.»

Hablando serenamente, creo que nada hay que reprochar en esa doctrina. Que el mantenimiento indefinido del estado actual perjudica á todas las naciones que pueden y deben participar de las riquezas, que recela la barbarie del imperio marroquí, paréceme un hecho evidente; pero que no debemos nosotros tomar la iniciativa para salir del *statu quo*, consejo de prudencia es también fuera de toda duda. Y que no es esta política para asustar á nadie, demuéstrase con recordar que no otra mantenía D. Antonio Cánovas, á quien será preciso referirse siempre que se trate de definir nuestro papel en Marruecos.

Era en 1887. La grave enfermedad del Sultán Mulé-El-Hassán había producido en Europa vivísima impresión. El Gobierno de España, de propio y exclusivo impulso ó por acuerdo con alguien, intentó prepararse militarmente para la intervención en Marruecos. El ministro de Estado, Sr. Moret, dirigió una circular á los representantes de España en el extranjero, en la que pintaba con sombrío pesimismo el alcance que podría tener para nosotros la guerra civil provocada por la sucesión de Mulé-El-Hassán. ¡Llegábase hasta á temer una agresión por parte de los moros á las islas Canarias!

«... El espíritu de la nación se excitaría de tal modo—decía el ministro refiriéndose á España,— que el Gobierno se vería arrastrado, contra su voluntad, á aquello que con-

aldea más contrario á los intereses de Marruecos: á invadir el territorio y á hacer la guerra al sultán.

Pero á renglón seguido añadía el Sr. Moret:

«Dadas estas premisas, no necesito añadir lo que V. E. sabe bien desde hace tiempo, que la política de España en Marruecos es absolutamente opuesta á toda idea de engrandecimiento territorial ó de extensión de sus dominios.»

Es decir, que la política del Gobierno liberal en aquellos momentos críticos consistía en dos afirmaciones: la intervención armada de España en Marruecos contra una guerra civil, y la renuncia por parte de España á toda ventaja territorial.

Esa nota diplomática fué origen de un debate en el Congreso—Enero de 1888,—en que el Sr. Cánovas pronunció un magnífico discurso combatiendo aquellas dos afirmaciones del Sr. Moret. A la de la intervención de España contra la guerra civil temida, opuso el jefe conservador donosísima burla, recordando cómo en Marruecos es la guerra civil el pan nuestro cotidiano, y aviados estábamos si cada vez que asomara la guerra civil hubiéramos de movilizar cuerpos de Ejércitos que le recortasen las uñas. A aquella interpretación del *statu quo* oponía el Sr. Cánovas muy sólidas razones.

«Esto del *statu quo*, decía, tiene mucho que entender; esto del *statu quo* es esencialmente relativo; esto no se puede lanzar, tampoco, como una panacea, á todos los vientos, cuando hay la posibilidad de que en una guerra necesaria España tenga que reclamar en

el porvenir alguna indemnización territorial. España, que puede ser y es generosa; España, que debe respetar el derecho de nuestros vecinos y lo respeta; España, que no debe acometer aventuras voluntariamente, no es posible que renuncie, como parece que se pretende, dentro del derecho internacional, legítimamente y en una guerra justa, á que la frontera de África, que ahora vale poquísimos, digase lo que se quiera, se ponga en verdaderas condiciones que cubran á nuestro país por el Sur, y nos abran las puertas del porvenir.»

No otra cosa dice el Sr. Silvela en esos párrafos de este artículo tan ardentemente comentado, ni hay español que, pensando serenamente, pueda discurrir de otra manera. ¿Qué digo español? No hay francés ni inglés, alemán ni italiano que pueda pensar de distinto modo: que acabe pronto el *statu quo* en Marruecos... si yo he de sacar lo que me conviene; pero ¿lo sacaré ahora? La gravedad, pues, del artículo del jefe actual de los conservadores, inspirado en aquellas palabras de su jefe de ayer, no está en eso, sino en lo que esos y otros párrafos significan respecto de nuestra posición internacional.

Las grandes potencias con intereses vitales en África y el Mediterráneo, Francia é Inglaterra sobre todo, han exaltado ó deprimido alternativamente, á la medida de sus conveniencias de momento, esa política que podríamos llamar *estatuquocaria*. En 1887 y 88, Francia era la mantenedora de ella, y el embajador de la República el que requería de nuestro ministro de Estado explicaciones sobre ciertos aprestos belicosos. Inglaterra, por el contrario, sentía in-

quietudes de que acaso se contagió el Gobierno español para defender la política sintetizada en los párrafos transcritos de la *Nota* del Sr. Moret. Hoy, por el contrario, Inglaterra declara cuestión de honor para Europa el mantenimiento del *statu quo*, al paso que Francia nos da á entender que nada perdería ella con que eso acabara. Habida cuenta de esto, y considerando que el *statu quo* no ha de acabar cuando nosotros lo deseemos ni se ha de mantener mientras nosotros lo defendamos, y que, por tanto, respecto del problema de Marruecos no podemos hacer otra cosa que decir si estamos con Francia ó con Inglaterra, tiene indudable gravedad el hecho de que un jefe de partido de gobierno declare lo que el Sr. Silvela ha declarado, no por ello en sí, sino porque con ello se ha manifestado al lado de Francia, y tal vez comprometido con Francia, despertando recelos en Inglaterra, como fatal é inmediata consecuencia.

Ni siquiera hay la disculpa de que el conflicto se nos aproxima, y no conviene que nos coja desprevenidos de una declaración que establezca el alcance de eso del *statu quo*. Los escrúpulos del Sr. Cánovas en 1888 respecto de la *Nota* del Sr. Morét, eran pueriles. Aunque no hayamos previamente declarado nada, claro es que cuando el *statu quo* acabe y el reparto comience, tendremos para participar en él tanto derecho cuanta sea la fuerza con que podamos defenderlo é imponerlo.

La declaración, pues, era innecesaria,

tanto más cuanto que se ha hecho espontáneamente, sin requerimiento alguno de la opinión, y no puede ser interpretada más que como la revelación voluntaria de una inclinación, ya que no de un compromiso con Francia, y á reforzar esa interpretación contribuyen otros muchos párrafos del famoso artículo. Aquél, por ejemplo, en que se pondera la lealtad de Francia en los tratos internacionales como si eso pudieran creerlo los españoles:

«Nadie duda que, tanto España como Francia, han de cumplir lealmente sus deberes para con el Sultán de Marruecos; está en las tradiciones de su política internacional hacerlo así; son dos pueblos que mantienen procedimientos relativamente sentimentales, y aun en algunas ocasiones románticos, en sus Cancillerías y en sus parlamentos».

Aquel otro párrafo en que *Un diputado á Cortes* justifica las pretensiones de Francia sobre Marruecos, como única manera de no dejarse abatir por las otras naciones que en diversos terrenos la vencen y en todos se le adelantan:

«Sus periódicos y revistas, los de Francia, se lo repiten á diario; empresas parecidas que le permitan marcar el paso de esos imperialismos variados, no las puede intentar sino en el Norte de Africa; allí tiene una base de operaciones admirable en la Argelia y una penetración fácil por la extensa depresión de Tlemecen, que no excede, en sus picos más elevados, de unos 600 metros, que permiten caer sobre Fez y ocupar todas las llanuras del Norte. Una extensión de 1.300 kilómetros de costa en el Océano, fácilmente abordables y sin defensa para el desembarco, permite el apoyo constante de otras columnas de invasión; y dominadas estas llanuras, las defen-

sas más temibles del Atlas y del Riff quedarían subordinadas al axioma militar de que quien domina el llano es dueño de la montaña; y entonces Túnez, Argel y Marruecos, con una extensión equivalente á las cuatro quintas partes de Francia, en un clima templado, tierras fértiles capaces, según Wolfrom, el autor de la *Geografía económica de Marruecos*, de producir 76 millones de hectolitros de trigo, con minas que se suponen tan ricas como las de España, y al otro lado del desierto el Soudán francés, llegando al Atlántico, que enlazaría por el ferrocarril transahariano las tierras tropicales por el camino más corto con Europa; serían una segunda Francia, más grande, más rica, más abierta á los desarrollos de población que la viciada y envejecida madre.

Estos sueños de grandeza no tienen nada de fantásticos; suponen, en verdad, mayor esfuerzo que el dominio de la Argelia; mas tienen en su favor el éxito ya indiscutido de esta conquista, que fué largo tiempo combatida por gran parte de la opinión, llegando á proponerse por muchos su abandono, y que hoy contemplan con orgullo todos los franceses, y hasta tendría á su favor el halagar los sentimientos republicanos, pues completaría y engrandecería, en larga medida, la obra colonizadora que empezó la Monarquía de Carlos X y consolidó la de Luis Felipe, y repararía las faltas cometidas en la cuestión de Egipto.

Y aquellos párrafos, singularmente, en que, de un modo categórico, afirma el Sr. Silvela cómo es la de Francia la amistad que más nos conviene para el caso en que se altere el presente estado de Marruecos:

«...donde hemos de encontrar inteligencia más natural, apoyo más seguro, no ciertamente para la guerra, pero sí para la participación equitativa y razonable, es en Francia. Esas son las tradiciones de su diplomacia y de su Gobierno, fundadas en lo evidente de sus intereses, porque convencida, como

lo está, de que la empresa no la puede abarcar ella sola, ninguna otra nación ha de preferir ella á nosotros para extender su línea de frontera, ni para vecinos de Orán y de Argel en el Mediterráneo, y nuestras aspiraciones en ningún caso podrían llegar á dificultarla, ni la posesión del Touat, ni la libre comunicación de la Argelia con el Senegal, y la prolongación de sus ferrocarriles y de su paso por el Adrar, pues aunque nos entregaran voluntariamente esos territorios, es notorio que no contamos con fuerzas de expansión proporcionadas para utilizarlas, basándonos las extensiones territoriales de Ceuta y Melilla y las fértiles llanuras de las orillas del Atlántico».

Ni siquiera es esta afirmación un hecho aislado, sino que parece parte de una serie que ya alguna vez he recordado en estas crónicas; que da á aquella declaración el carácter no de una indicación de propósitos, sino de una revelación de hechos realizados; que ha despertado los recelos de Inglaterra; que justifica los rumores de toda la prensa europea respecto de compromisos internacionales de España, y que ha creado el estado de alarma en que se encuentran, cuando miran hacia afuera, cuantos se preocupan del porvenir de la nación. A robustecer estas sospechas vinieron sendas declaraciones del ministro de Estado y de nuestro embajador en París, que se mostraban conformes, sin reserva alguna, con el artículo del Sr. Silvela.

Estaba visto: los partidos turnantes en los consejos de la corona están de acuerdo entre sí para una inteligencia con Francia y Rusia, ya convenida tal vez.

Si así fuese, esos partidos tendrían

que reconocer la enormidad de su fracaso ante la opinión. Todos los hombres políticos apartados de esos partidos y casi todos los periódicos han tomado puesto enfrente del artículo del Sr. Silvela.

El Sr. Gamazo, el duque de Tetuán y el Sr. Romero Robledo, con toda sobriedad los dos primeros, con su habitual efusión el tercero, han protestado de lo que califican de gravísima imprudencia. El general López Domínguez ha recordado su último discurso del Senado, en que recomendara elocuentemente, por lo que se refiere á Marruecos, la política del *statu quo*, y por lo que concierne á la política internacional en general, el mantenimiento de una estricta neutralidad, mientras logramos rehacernos interiormente. Hablando yo de estas cosas con el ilustre capitán general, tuve el gusto de oír de sus labios afirmaciones que no debo hacer públicas, pero que revelan en él una solución de gobierno para el caso en que ciertas ligerezas pudieran crearnos un conflicto peligroso. Fuera de la monarquía, ni siquiera los republicanos, que siempre se inclinaron hacia Francia, simpatizan con las declaraciones del señor Silvela. El Sr. Pi y Margall lo ha dicho crudamente:

«Y para eso habríamos de unirnos con Francia, esa República rapaz que, en vez de hacerse la emancipadora de los pueblos oprimidos, ha llevado sus armas contra los débiles, sin acordarse de recobrar las provincias que el año 1870 le arrebató Guillermo de Alemania?»

Y lo mismo todos los periódicos que se puede considerar órganos de opinión. *El Imparcial*, en un gran artículo, se declaró en contra de toda inteligencia con Francia, recordando las desventuras que á ella debemos. «Ciertamente, venía á decir, que tampoco tenemos mucho que agradecer á Inglaterra, que no puede sernos simpática; pero la política internacional no se hace por razones sentimentales, sino por intereses positivos.» *El Liberal* también hizo un buen artículo de hostilidad á Francia, cuyo entusiasmo por el autócrata ruso le enajena el afecto de los demócratas latinos. El propio *Heraldo de Madrid*, que formuló sus simpatías por una alianza con Francia en términos calurosos, añadía estas frases, harto expresivas:

«Muchas, extraordinarias, son nuestras simpatías por Francia; todo interés espiritual nos mueve é impele hacia ella; á gusto no estaríamos más que con la hermana de raza, de historia, de cultura, de democracia... Pero ante todo, en nuestro corazón y en nuestro cerebro está España y no Francia, y los intereses de la patria y no los sentimentalismos ó las corazonadas.

Tan desagradable, en suma, fué el efecto producido por el artículo del Sr. Silvela y por la aprobación que le dispensaron los señores duque de Almodóvar y marqués del Muni, que *El Correo* y *La Epoca* se apresuraron á rectificar, el primero la versión de las declaraciones del Ministro de Estado, y el segundo la creencia, por él mismo divulgada, de que el artículo respondiese á ideas

ni propósitos del partido conservador. Cuando el Sr. Silvela, á la sazón ausente, regresó á España, se encerró en el más discreto silencio, sin atreverse á declarar que el artículo fuera suyo ni á desautorizarlo categóricamente.

Pero aún hay algo peor en el proceso de este suceso, y es la asombrosa inconsciencia con que sus autores se condujeron al producirlo. *La Lectura* había encargado á un publicista profesional un artículo sobre Marruecos. El escritor á que aludido no pudo hacerlo, y entonces acudió el periódico á D. Francisco Silvela, el cual, sin encomendarse á Dios ni al diablo, como vulgarmente

se dice, soltó la bomba cuyo estrépito procuraron hacer mayor el Ministro de Estado y el Embajador en París, á pesar de no conocer el artículo, sino malos extractos de él, transmitidos por los corresponsales de la prensa de San Sebastián en Madrid. Malo ó bueno, lo dicho por el Sr. Silvela era una política respetable; pero, ¿qué pensar cuando se dicen cosas tan graves, al buen *tuntun*, sin percatarse de la trascendencia de lo que se dice y se escribe? ¿No es de temer que estadistas semejantes nos metan el día menos pensado en un arriesgado laberinto, sólo por seguir un alboroto de prensa ó una impresión cualquiera de momento?

CONFLICTO FRANCO TURCO

El hecho que ha sacado á relucir el problema de Oriente, recordando á las potencias europeas cómo es vecindad peligrosa la de una nación rebelde á la cultura occidental, ha sido un conflicto surgido entre Francia y Turquía. Nada tiene de original el suceso. Es uno de tantos como han ocurrido y habrán de ocurrir, mientras no salte ese obstáculo opuesto á la civilización cristiana; pero tales vuelos tomó en sus co-

mienzos, que llegó á hablarse de una guerra franco-turca. Hasta ahora la cosa no ha pasado de una ruptura de relaciones diplomáticas; menos aún: de la retirada del Embajador francés en Constantinopla.

Trátase de una reclamación por daños inferidos á intereses franceses, comprometidos en negocios turcos. De éstos el más sonado es el de la *Sociedad de Muelles y Docks* de Constantinopla. Constituida en 1890,

en virtud de un *firmán* que les otorgaba la construcción y explotación de los muelles, con el derecho de hacer almacenes y establecer líneas de tranvías y de vapores, la Sociedad se encontró con que, después de contruidos los muelles, se le ponía trabas para el completo ejercicio de aquellos otros derechos, quedando inútil ó poco menos el capital invertido.

La causa de esto es que, en el régimen del miedo en que vive Abdul-Hamid, recelando constantemente algún atentado, no era prudente consentir las facilidades que para el desembarco habría mediante el completo desarrollo de la concesión otorgada á la Sociedad de los muelles. O la plenitud de la concesión, ó que adquiriera Turquía la propiedad de los muelles. Esta fué la fórmula propuesta al Sultán, que no quería lo primero, y que tropezaba para lo segundo con la penuria de su Tesoro.

Los otros dos negocios son la reclamación de un crédito pendiente desde 1876, y la demanda de una indemnización por una Sociedad que se encargó de desecar unos pantanos, y que fué luego despojada de los terrenos por ella saneados.

Nada de esto es nuevo. La administración turca tiene harto acreditada su pereza en el cumplimiento de esos y de todos los compromisos. Su diplomacia es muy astuta, y cultiva maravillosamente el sistema de los equívocos. Trátase, en suma, de una nación pobre y además tramposa, maestra en todas las artes de

que el tramposo ha menester para salir adelante. Téngase en cuenta, además, que Turquía sabe que contra amenazas de muy enérgicas reclamaciones cuenta con un auxiliar decisivo: el miedo que todas las potencias tienen al planteamiento de la cuestión turca en el terreno de las armas.

Por otra parte, todos esos negocios europeos en Turquía tienen en su fondo moral gran parecido con estos timos españoles «del portugués» y «del entierro», tan conocidos en todas partes. Para el buen éxito de éstos se necesita, tanto como la astucia del timador, la codicia del timado, que acepta el cartucho de perdigones á cambio de sus billetes ó dá anticipos en trueco de fabulosos tesoros, creyendo realizar negocios usurarios. Algo de esto hay en los que acometen negocios fiados en una concesión del Sultán de Turquía. Tramposa es ésta; pero no suele llevar á ella muy nobles intenciones el dinero occidental, y claramente se ve así en uno de los negocios que han motivado la presente reclamación de Francia.

Esta ha tocado la nota trágica demasiado pronto. La parsimonia y la doblez de la diplomacia turca son para desesperar á cualquiera; pero la misma Francia y otras potencias han solido conseguir de ella más por la tenacidad que por la amenaza. Sospéchase por esto que tal vez haya entrado por algo en la actitud de M. Constans miras de política interior, el deseo de prepararse y de

prepararle una *rentrée* gloriosa, ó por lo menos ruidosa, en el escenario de la política interna. Sospechan muchos republicanos franceses que se ha ido demasiado lejos en el camino de las concesiones radicales y en los compromisos con los socialistas. Tal vez en el mismo Gobierno actual haya quien piense que conviene recoger velas, aunque para esto se acuda á otros hombres, con objeto de que no pierda M. Waldeck-Rousseau la significación adquirida. De aquí la necesidad de contarse y de reunirse antes de las elecciones próximas.

Entre los hombres más indicados para esa política conservadora, pocos tan autorizados como M. Constans. Su energía deshizo el *boulangismo*, ayudándole bastante cierta habilidad electoral que algunos suponen aprendida en España, donde M. Constans residió algún tiempo.

No tiene él en la cuestión clerical compromisos que inspiren recelos por haber estado alejado de la discusión de la ley de Asociaciones. No tiene, en otros aspectos, las antipatías de Méline, ni estuvo, como Ribot, mezclado en los Gobiernos que más sufrieron las salpicaduras del lodo de Panamá... ¿Será M. Constans, de vuelta de Turquía, una solución?

De todas suertes, ¿no es un signo de los tiempos esto de que Francia haya retirado de Constantinopla á su embajador, no como protesta por las matanzas de armenios, que en vano envían á los oídos de la cristiandad el eco dolorido de sus plegarias de mártires, sino en defensa de unos cuantos millones de francos que en las enercujadas de la Administración turca hallaron, no el cohecho fecundo en grandes beneficios, sino trampas y miseria funestas á sus ilusiones?

EL VIAJE DEL ZAR

Pero á bien que Francia ha tenido dentro del mismo mes de Agosto motivo para consolarse de las burlas de Turquía. El anuncio de la visita del Zar lo ha borrado todo. Había mucha gente en Francia que temía

que se hubiera enfriado la amistad del emperador, tanto por los ataques de los elementos compadecidos de las últimas víctimas del autócrata, cuanto por los rumbos radicales del ministerio Waldeck-Rousseau.

Cuando Rusia hace más reaccionaria su política, ¿no es lógico suponer que le desagrade que Francia haga más radical la suya? Por esto la nueva visita del Zar Nicolás ha producido gratisima impresión, considerándola un triunfo del gabinete Waldeck-Rousseau, que mediante ella corona su política con el éxito internacional. Quién atribuye el triunfo al viaje de M. Descalssé, ministro de Negocios Extranjeros, á San Petersburgo; quién lo interpreta como anuncio de un nuevo empréstito ruso que se ha de proponer al ahorro de Francia.

La prensa de todo el mundo ha celebrado el acontecimiento como signo de que la paz está asegurada, puesto que se consolida la alianza franco-rusa, considerada como prenda y garantía del equilibrio europeo. Ciertó que el otro punto de apoyo del tal equilibrio, la triple alianza, no parece muy seguro; pero como de algún modo hay que explicar el hecho de que todas las grandes potencias, armadas hasta los dientes, no empleen su fuerza ni unas contra otras, ni siquiera en provecho de todas y de la humanidad, resolviendo de una vez dificultades como las de China, Turquía y Marruecos, ó imponiendo límites á la exuberancia invasora de los Estados Unidos, seguramente se dirá que á esos dos grupos de naciones, monstruosos maridajes ó matrimonios amenazados de divorcio, se debe la conservación de la paz en el mundo.

Creo que no es en 1901 tan gran-

de como en 1896 la satisfacción de los franceses, y mucho será que esta visita no sea el último acto de la alianza franco-rusa. La opinión patriótica, y como tal, irreflexiva, guarda de Rusia como un agravio el recuerdo de su pasividad ante el triste suceso de Fashoda. No sólo no ayudó Rusia contra Inglaterra en aquella ocasión á Francia, sino que la obligó á ceder, dándole á entender que no contase con ella para tales fregados. No era así como aquellos patriotas franceses entendían la alianza. La conducta de Rusia en China tampoco ha sido muy halagüeña para Francia. Iba aquélla á su negocio de la Manchuria, sin cuidarse para nada de los intereses de su amiga y aliada.

A los franceses prácticos, atentos al porvenir material de su industria y de su comercio en notoria decadencia, mortificales también el hecho de que la alianza no ha fomentado las relaciones mercantiles entre las potencias aliadas. Algo han aumentado las importaciones de Rusia en Francia; pero las de Francia en Rusia apenas han prosperado; y cuando Alemania amenaza con sus nuevas tarifas á Rusia, ésta no da señales de que piense responder abriendo sus fronteras al comercio y á la industria franceses en todo aquello en que podrían dar, con tal ayuda, la batalla á los alemanes.

Y si la alianza no sirve en los casos de apuro ni para el desarrollo de las relaciones comerciales, ¿para qué nos sirve? Esto se preguntan mu-

chos franceses de las clases medias que en 1896 se entusiasmaron hasta el delirio, y que hoy, al través de la satisfacción que aparentan los periódicos, nos revelan cierta tibieza en su culto por el Zar.

Este estado de ánimo en los socialistas es bastante más que tibieza, pues sus órganos han anunciado ya el propósito de no sumarse á las manifestaciones de entusiasmo rendidas al tirano de Finlandia y de la Siberia. Los socialistas de arriba, no pocos burgueses, no fomentarán aquella hostilidad, pero ésta no necesita de muchos alientos para difundirse en las masas embravecidas por las victorias logradas mediante el actual Gobierno. A la fecha en que esto escribo no se sabe si el Zar llegará á París, y es de creer que esa situación de los ánimos, muy distinta de la de hace cinco años, sea la causa de tal perplejidad en el trazado definitivo del itinerario que ha de recorrer el huesped imperial.

Esta es la consecuencia de alianzas que no se fundan ni en una verdadera intimidad de sentimientos entre las naciones, ni en una positiva comunidad de sus intereses. Si éstos fuesen comunes entre Francia y Rusia, el radical antagonismo de ideas y sentimientos entre el uno y el otro pueblo sería lo de menos. La comunidad de intereses entre la Re-

pública y el Imperio consiste, no en una afirmación, sino en una negación: en combatir á Inglaterra, pero no por las mismas razones ni con el mismo fin, ni siquiera con la misma intensidad. Con un poco de buena voluntad no sería difícil á Rusia é Inglaterra ponerse de acuerdo respecto del Asia. En el acto en que esto se consiguiera, la alianza franco-rusa perdería toda razón de ser.

La expansión de Francia es una ambición más que una necesidad. Su producción necesita, más que mercados nuevos, métodos mejores y un mejor instrumento comercial. A su población le sobra con la tierra que hoy posee. Pues la alianza con Rusia, en vez de ayudarla en esa obra, le impide realizarla y hasta acometerla, porque la obliga á aumentar sus gastos militares por mar y por tierra, causa fundamental del relativo abandono en que la República tiene sus elementos de riqueza.

Supongamos que Francia y Rusia permanecieran unidas hasta conseguir el único objeto que, hoy por hoy, puede tener su alianza: inutilizar á Inglaterra... ¿Y después? Rusia tendría libre el Asia; pero Francia se encontraría en Africa con Alemania, aun contando con que llegase con vida y con fuerzas á este resultado...

CRISPI

Y por si el caso de Francia no nos bastaba para mostrarnos la inoportunidad con que el Sr. Silvela ha esbozado el propósito de aliarnos con ella y con Rusia, ahí está el caso de Italia que la muerte de Crispi ha vuelto á presentar ante la consideración de todos. El 11 de Agosto falleció Crispi, después de larga y penosa agonía, y la lectura de la prensa italiana demuestra cómo hizo su política exterior desde el Gobierno olvidar sus luchas heroicas por la unidad y la independencia de la patria. Porque, como ha dicho una revista inglesa, Crispi es una de las naturalezas y de las historias más complejas que sea dado estudiar. Nadie demostró, mediante el sacrificio, mejor que él su amor á Italia, y nadie le ha hecho tanto daño. Por esto nadie ha disfrutado en su país de popularidad tan grande ni de odio tan profundo. Del organizador de los «Mil de Marsala» hasta el lacayo de Bismarck hay una distancia enorme. La misma que entre Crispi acusando de toda corrupción al ministerio de 1867, y Crispi acusado de corruptor por Cavallotti treinta años después. Realmente no es prudente hablar de moralidad tratándose de un hombre que una vez tuvo que dimitir por un proceso de bigamia, y que otra vez pereció arrollado por los escandalo-

sos procederes de la banca romana.

En la política interior, Crispi tuvo todos los matices, desde el radical que convenía á sus antecedentes republicanos, hasta el conservador más aficionado á las represiones violentas. En realidad nunca gobernó para dentro, sino para fuera de su país, y como su objetivo estaba fuera, al logro de él lo sacrificaba todo en la vida interior de Italia. En la política interior gobernó con todas las ideas, con todos los procedimientos y con todos los hombres que se le prestaron. En la política exterior, por el contrario, su obra se debe representar por una línea recta que invariable y enérgicamente siguió desde 1877—fecha de su viaje por las cortes europeas como Presidente de la Cámara italiana,—hasta 1896—fecha de su caída ignominiosa.

Se ha recordado que Castelar veía en Crispi la influencia atávica de los aragoneses dominadores de Sicilia. No hay que remontarse tanto para ver en él y en su política la influencia del país en que naciera. Crispi era un siciliano de los pies á la cabeza, por lo aventurero y por lo desprecupado; por la vivísima inteligencia y por la voluntariosa voluntad. Las dos características de su política, el odio á Francia y las ansias colonizadoras de Africa, de Sicilia

las sacó. «La isla—dice un escritor italiano—no ha olvidado todavía las Vísperas», y no las olvidó Crispi, que al no ver ni sentir más que por los ojos y por el alma de Bismarck, satisfacía, tanto como una convicción política, una cordialísima pasión. La alianza expuesta por él no era más que una injuria á la República francesa. No tiene que agradecer Sicilia á este su hijo ilustre grandes obras ni pequeños remedios siquiera para su espantable miseria; pero le debe la hegemonía de su genio en los destinos de Italia.

Las consecuencias para Italia han sido funestas. Hoy la triple alianza parece disuelta, y el ensueño colonial se reduce á las emigraciones establecidas en las repúblicas sudame-

ricanas. La alianza no le sirvió contra Menelick ni contra Francia é Inglaterra cuando á expensas de Italia resolvieron el pleito de Fashoda; pero le ha servido jirrisoria compensación! para arruinarla dentro de casa y fomentar el anarquismo.

Ahora mismo, había dado Italia con un ministro de Hacienda que osara proponer la supresión del impuesto de consumos: los gastos militares del reino han hecho dimitir á ese ingenuo soñador. Dijo Mazzini en cierta ocasión que Crispi sería el sepulturero de la casa de Saboya. No ha logrado enterrarla; pero hizo cuanto pudo, acaso inconscientemente, por cavar leal sepultura en la miseria y en la indignación de su pueblo.

EN AMÉRICA

«Un Congreso panamericano va á reunir dentro de tres meses en México á los representantes de todas las repúblicas de América. Reunirlos, es posible. Ponerlos de acuerdo... ya no parece tan fácil.» Esto escribía no ha muchos días un periódico francés, y ello es una dolorosa verdad. Venezuela y Colombia, principalmente, la han confirmado du-

rante el pasado Agosto. Imposible es determinar la verdad de los hechos entre las innumerables noticias contradictorias que los intereses en pugna derraman sobre la prensa europea. Cada una de las dos repúblicas, sus vecinas respectivas, los enemigos del gobierno en cada una de ellas constituido... y los norteamericanos, cada cual cuenta á su guisa las cosas.

Ya á primeros de Agosto se lamentaban los venezolanos de que 22 batallones colombianos hubiesen invadido su territorio, y los colombianos gubernamentales, á su vez, se quejaban de que los venezolanos hubiesen ayudado al general Uribe, jefe de los revolucionarios, á trasladarse de Curazao á Maracaibo. El día 13 se anuncia la retirada del Ministro de Colombia en Caracas, y el general Uribe lanza una proclama en que promete rehacer la Gran Colombia de Bolívar, como si de entonces acá no se hubiesen ensanchado las distancias que separan á los pueblos que la formaron. El 19 leemos que el general Castro, Presidente de Venezuela, declara que no hay guerra, y que el jefe de los revolucionarios venezolanos, Rangel Garbarras, refugiado en Colombia, asegura que sí hay guerra, pero no entre Venezuela y Colombia, sino entre el general Castro, á quien maltrata, y el Gobierno colombiano, al cual enaltece. El 23 se nos dice que un millar de soldados venezolanos ha desembarcado en Riohacha para ayudar á los revolucionarios de Colombia; pero el 26 se publica una nueva declaración del Gobierno de Castro asegurando que no hay invasión por su parte. Y así sucesivamente, hasta justificar el título de *El embrollo sudamericano* que algunos periódicos dan á las noticias de estos hechos deplorables.

Atando cabos se puede pintar la situación en esta forma. La revolución que estalló en Colombia hace

dos años, no ha terminado. Puede decirse que de entonces acá no ha habido un solo día sin combate, calculándose en 35 ó 40.000 las víctimas de estas guerras intestinas. En Abril, el jefe de los revolucionarios, general Uribe, pareció someterse; pero ya porque el Gobierno del señor Marroquín no respondiera á la sumisión con una política de olvido generoso y de sincera conciliación, ya porque los rebeldes que continuaban en el país no quisieran desarmar, desde el mes de Junio era notorio que el general Uribe volvía á la lucha.

En Venezuela, aunque el general Castro ha dominado á sus enemigos, éstos no han dado por definitivamente perdidas las esperanzas, y se conservan varios focos revolucionarios. En el Ecuador, por último, aunque no es posible negar la fuerza de la situación creada por el presidente Alfaro, los clericales por él vencidos no desesperan del desquite. Son, pues, tres naciones limítrofes laboradas por la guerra civil, y en constante recelo la una de las otras, por sospechar que auxilian á sus respectivos revolucionarios. Es decir, en puridad, tres guerras civiles que parecen una sola guerra civil entre los reaccionarios triunfantes en Colombia y vencidos en el Ecuador y Venezuela, y los liberales vencedores en estas Repúblicas y en aquella derrotados y perseguidos. Reúnen entre las tres Repúblicas un territorio de cerca de dos millones de kilómetros cuadrados, con una población

de siete y medio millones de habitantes. Y cuando cada uno de éstos debía pensar qué hacer con el enorme territorio que le corresponde, entretiénense todos en matarse los unos á los otros por si la declaración de los Derechos del hombre tiene más ó menos importancia que el Credo, ó, lo que es peor, por si debe imperar el doctor H sobre el general X, ó éste sobre aquél...

Y lo más doloroso es que todo ello parece discurrido con el exclusivo fin de justificar y robustecer las ambiciones norteamericanas. A tanto llega la locura y tan intensos son aquellos odios fraticidas, que cualquiera de aquellos partidos en guerra preferiría solicitar la intervención de los Estados Unidos á ponerse en paz con su enemigo de la propia casa, ó de la casa de al lado.

El ejemplo de Cuba y de Puerto Rico nada dice á aquellos pueblos de lo que es la intervención de una nación poderosa y de una raza robusta en un pueblo débil. No falta quien acuse al Gobierno de Colombia de ser instrumento del de Washington, muy inclinado ahora á buscar en Panamá la comunicación interoceánica...

El senador Morgan, para nosotros memorable, ha explicado el derecho de intervención de los Estados Unidos. «Se funda—dice M. Morgan—en un tratado de 12 de Diciembre de 1846 entre los Estados Unidos y Nueva Granada, por el cual nosotros garantizamos los derechos de la actual Colombia sobre los caminos al

través del istmo... Unas partidas de insurrectos colombianos han mostrado recientemente el deseo de poseer el istmo entero, con el ferrocarril, el canal y todo. Nuestro deber es apagar la impetuosidad de esos beligerantes y restablecer el orden. Nuestro tratado con Nueva Granada está perfectamente de acuerdo con la doctrina de Monroe. Debemos atender á que ninguna potencia europea se meta allí...» No se puede hablar con más claridad.

¿Qué hará Europa frente á esto? Un periódico francés solicita una «acción común, impersonal, de los Estados Unidos y de las cuatro grandes potencias, Francia, Inglaterra, Alemania é Italia (¡ya nadie se acuerda de España!), que tienen allí intereses primordiales que defender y conservar». En Alemania el doctor Kapff, de la Escuela colonial de Witzzenhausen, ha publicado un artículo, reproducido con simpatía por toda la prensa alemana y enderezado á que Alemania se ponga al frente de un movimiento europeo contra el imperialismo americano. «Impónese esto á Alemania, si no quiere renunciar á su política *mundial*, cuyos fines no podrían realizarse sin la posesión de grandes colonias.»

Y es curioso el hecho de que los sudamericanos rechazan por igual la intervención europea y la norteamericana. *La Prensa*, de Buenos Aires, uno de los grandes órganos de la opinión de Sud América, dice: «Aunque la América del Sur no puede por menos que aplaudir la resolu-

ción de los Estados Unidos de no permitir intervención alguna europea en los negocios sudamericanos, no podemos tampoco reconocer el derecho de los Estados Unidos á mezclarse en los conflictos que se susciten entre estos países, pues ello implicaría un derecho de jurisdic-

ción sobre todo el continente subamericano. » ¡Qué obra tan provechosa y tan grande podría realizar España en todo eso, si no prefiriésemos ser... la más poblada y la más desquiciada República sudamericana, aunque con Rey y en Europa!

SALVADOR CANALS.





España é Inglaterra.

¿QUIS SEPARABIT?

En la carta con que el eminente político inglés nos envía este interesantísimo artículo que de él solicitamos, nos pide que lo aceptemos como prenda de su amor á España y de su deseo de que los dos países permanezcan unidos para engrandecimiento de los dos. — *N. de la R.*

Al tratar de relaciones internacionales, importa insistir sobre verdades antiguas que, aun cuando probablemente no han de ser negadas, á veces caen en olvido, y por ello habré de traerlas á cuenta aquí.

La paz es el estado natural de las naciones; es su condición normal y al mismo tiempo propia. Dentro de ella, sus relaciones más importantes son las del comercio, acto sencillo, manifiesto é inevitable que, según toda verosimilitud, fué el primer resultado de las primeras tentativas para constituir Sociedad, realizadas en la tierra por el cambio de lo que un hombre no necesitaba para su uso por aquello que otro tampoco requería. Mediante él, cada uno obtenía lo que le faltaba, dando lo que no había menester, y consiguiendo los dos provecho. Y no es hasta hoy cosa distinta el comercio: no puede existir entre dos países sin enriquecerlos mutuamente. Mientras más intenso sea entre todos los pueblos,

mayor habrá de ser el valor de la vida para cada uno.

El comercio, pues, que á todos mejora, debería ser el primer objeto, de la solicitud del hombre de Estado y su fomento el principal de sus cuidados, como ha ocurrido siempre con los más distinguidos. Muchos, á no dudarlo, no han comprendido que el estímulo más eficaz aplicable al comercio es el de dejarlo solo, y, como consecuencia, frecuentemente han detenido su progreso, y aun en ocasiones lo han anulado con medidas, cuya intención fuera darle fundamento artificial. Muchos han visto en él especialmente los rendimientos que es capaz de producir, y lo han saqueado por medio de contribuciones hasta casi aniquilarlo. Pero todos han reconocido que es asunto de capital importancia, y para quienes se levantan hasta la consideración de los intereses de las demás naciones al par que los de la propia, las relaciones mercantiles son las que con

mayor empeño debieran mantenerse en el mundo entero.

La condición esencial del comercio es la mayor facilidad de comunicaciones. Ha de ser ésta procurada en cada país por y para sí mismo. Son los caminos, de primera necesidad; caminos, caminos, caminos, siempre caminos, lo que únicamente puede poner á las gentes en contacto y en comercio mutuo; caminos terrestres, caminos fluviales navegables, canales-caminos, caminos de hierro, todos los caminos, algunos caminos, caminos como quiera que sean, muchos caminos. Sin ellos no hay salvación, ni salud, ni comercio, porque sin ellos no hay acceso al mayor de todos, al mar, al gran camino real de la concurrencia, siempre abierto, y que, aprovechado, une á las naciones con lazos indisolubles. Sin ellos puede, por consiguiente, cualquiera nación gozar de las mayores capacidades industriales, de los mejores productos agrícolas, de los minerales más ricos, y hallarse privada de sus beneficios y de sus ventajas como si radicaran al otro extremo del mundo. Y ciertamente radican allí, y aun peor que si radicaran en tales condiciones. Séame, pues, disimulada la presunción, en gracia al interés que la anima, si digo que en España existen menos de la mitad de los caminos que debiera haber, y que si yo fuera español no descansaría hasta verlos doblados.

Pero, como antes va dicho, el más grande de todos los caminos es el mar. La tierra divide á las gentes que la habitan; el mar las une. Allí donde el mar llega, allí, desde los principios de la historia, el esfuerzo humano y la actividad humana han sido mayores. Por mar corren las principales líneas de comunicación internacional; por mar es llevado el gran comercio de las naciones. Siem-

pre ha sido así; así es hoy. Más lo será aún en lo futuro. En 1896, como se prueba por las estadísticas compiladas con mucho esmero por la Junta inglesa de Comercio, el valor total del tráfico de los países comerciantes de todo el mundo, incluidas las importaciones y exportaciones, subió á más de 3.000.000.000 de libras esterlinas. De este total, el correspondiente á las diez naciones principales, llegó á 2.840.000.000, y 1.965.000.000 representó el transportado por mar. En una palabra, unos dos tercios del valor del mencionado comercio fué ó vino en dichas diez naciones principales por las fronteras marítimas, y sólo un tercio por las fronteras terrestres. En una palabra también: el mar es el único camino para el comercio.

Tristemente significativo parece-me el que entre estas diez principales naciones, España no halla lugar al presente, y, sin embargo, están incluidas Holanda, Bélgica y Suiza, que, tomadas las tres juntas, no igualan á España sola en población, y que seguramente no son más ricas en productos naturales del suelo. Porque esto también ha de ser habido en consideración; y si lo consideramos y recordamos cuán rica es España en productos agrícolas, así como en minerales, aumenta nuestra extrañeza de que hoy se quede muy por detrás de otras con menos productos naturales que cambiar.

El hierro, el cobre, el plomo, el vino, las frutas de España son superabundantes. Sus minerales humildemente piden desde las entrañas de la tierra; sus vinos y aceitunas piden desde las faldas de cada montaña al traficante que cambie su exceso para mayor bienestar y holgura del pueblo español. Sus hermosos puertos naturales, tanto en la bahía de Vizcaya, como en el Atlán-

tico y en el Mediterráneo, dan igualmente el alto al comercio, por cuyo medio el cambio ha de ser realizado. Para abreviar, por situación geográfica, por ventajas naturales, España está indicada por la naturaleza como uno de los países de Europa mejor dotados para abastecer de alimentos al comercio y para lucrarse de sus beneficios.

Si, pues, es así, no existen en Europa dos países que mayores afinidades naturales tengan, ni que, natural y recíprocamente, sean tan necesarios el uno para el otro, en la paz, como España é Inglaterra, ni otros dos que puedan mutuamente conferirse más pingües bienes. Cada uno tiene aquello que al otro falta: España es productora de materias de comercio; Inglaterra gran consumidora de dichas materias, y más aún que consumidora, transportadora de las mismas.

En los dos conceptos, Inglaterra sirve á España; en los dos no será mucho decir que la sirve mejor que todos los otros países de Europa, juntos. Como consumidora, Inglaterra compró en 1899, próximamente, la tercera parte del valor de cuanto en el año exportó España. Inglaterra es, en resumen, su mejor parroquiana; mejor que su vecina inmediata, Francia. Podría, por consiguiente, España pasarse con más facilidad sin cualquier otro país de Europa que sin Inglaterra. Pero es como transportadora como Inglaterra resulta, acaso, más útil á España, porque como tal proveéla de aquellos barcos, sin los cuales muchos de sus productos dejarían en absoluto de ser exportados.

No es necesario agregar que en ambos respectos, Inglaterra recibe de España servicios tan valiosos como los que presta, porque ninguna de las operaciones de comercio pue-

den continuar, á menos que produzcan provechos para ambas partes. Pero es de recordar que mientras las transacciones de Inglaterra con España constituyen sólo proporción muy pequeña del total propio, las de España con Inglaterra la forman muy grande del suyo. De aquí que Inglaterra rinda proporcionalmente mayores servicios á España que ésta á aquélla.

Séame lícito entrar aquí en una digresión que no holgará, sin embargo, y que puede tener importancia. Todos los verdaderos sistemas de política internacional — *la haute politique* — deben estar fundados en concepción real de las condiciones geográficas; porque son éstas las que, en último término y á la larga, inevitablemente deciden de la conducta natural, necesaria y fatal de las naciones y de su historia. La situación de una nación cualquiera en la tierra, su acceso por mar, la elevación y naturaleza del suelo, el clima, la distribución del frío y del calor, la peculiaridad de las estaciones, todo influye sobre sus habitantes con fuerza constante y acumuladora, impeliéndola aquí al esfuerzo, allá á la ociosidad; aquí al trato con otros pueblos, allá al apartamiento, é irresistiblemente con ó contra la voluntad, por la senda de sus destinos ciertos, y á la cual, aun cuando sean desviados, siempre tenderán á volver. Si nos fijamos ahora en su situación geográfica y condiciones, el destino de Inglaterra parece señalado por la naturaleza misma, no para ser el de la agricultura, ni aun el de las manufacturas, sino el de porteadora para el mundo. Desde el descubrimiento, y, sobre todo, desde el desenvolvimiento y población de América, Inglaterra se encuentra en el cruce de todos los caminos marítimos entre las naciones de la tierra,

y siendo una isla, y, por consiguiente, por necesidad empujada hacia las aguas, es la que está mejor situada y preparada entre todas para la función de transportar, tanto para sí misma como para las demás. Es destino suficiente y grande. En agricultura, Inglaterra puede decaer; en manufactura puede bajar; pero mientras haga efectivas las ventajas de su situación y permanezca siendo, como ahora lo es, la gran porteadora, habrá de contarse como una de las naciones de más importancia. Su misión es la de porteadora universal, llamando siempre á las puertas de las otras en demanda de cargas que llevar y prestándoles siempre, como á sí misma, uno de los mayores servicios al transportarlas.

De esta suerte parece que en las condiciones naturales de la paz—de la paz con su hijo y sirviente el comercio—los intereses de España y de Inglaterra son idénticos. Cada una de ellas, como si por naturaleza lo fuera, es complementaria de la otra; cada una tiene para dar de lo que la otra requiere. España es país productor que necesita transportes; Inglaterra un país porteador que necesita productos. Mientras más pueda producir España y mientras más pueda transportar Inglaterra, mejor para ambas. Ni cabe la duda de que así como Inglaterra podría transportar muchas veces más de lo que al presente transporta, así España podría producir muchas veces otro tanto de lo que ahora produce. No ha de negarse que de esta manera y en tal caso la prosperidad de las dos se acrecentaría otras tantas veces. Y más aún: por ello no habría rivalidad. España, por razones geográficas, no podría competir con Inglaterra en oficio de transportes más que Inglaterra con España en la producción de cobre, aceitunas ó vino. Pa-

rece, por consiguiente, establecido por la misma naturaleza que España é Inglaterra hayan de servirse recíprocamente, cada una á su manera, sin más posibilidad que la de mutuos beneficios; que cada una necesite de la otra, y que ninguna de ellas, sin la otra, puede alcanzar prosperidad completa.

Perdonado ha de serme si tengo la presunción de decir aquí que, tal como aparece á un inglés, España ha sido desviada de sus propias é inmediatas funciones en la vida moderna, en parte, acaso, por los recuerdos de sus antiguas historia y tradiciones; en mucho, acaso, por equivocadas concepciones, nacidas de apoyarse demasiado en las mismas historia y tradiciones; probablemente más por la perversión resultante de las nociones preconcebidas por sus gobernantes acerca de la importancia relativa de las cosas. España, si fuérame permitido afirmarlo, ha vivido y vive ahora, demasiado en el pasado, muy poco en el presente. Sus pobladores y sus hombres de Estado han mirado, y miran todavía, mucho hacia arriba y hacia atrás, muy poco hacia abajo y hacia adelante. Si así fuese, error es que, hasta remediado, debe afectar gravemente al total de la actividad, vida y porvenir de la nación. Porque, para citar un proverbio español, *«la mala doctrina no tiene medicina»*, y la peor de las doctrinas es aquella que nos enseña á apartar la atención de lo que ahora debe ser hecho para ponerla en lo que hicimos mucho tiempo antes. La tarea mundana no puede ser cumplida de esta manera. En nuestros días, la de España no está en distantes hemisferios; yace á sus mismos pies. No consiste hoy en la conquista de otros países, sino en su propio desenvolvimiento. La sepulta riqueza mineral, el abundoso suelo,

el pueblo laborioso y sobrio—nosotros los ingleses, que tantos millares del mismo empleamos, conocemos su aptitud para el trabajo—de la Península española, han clamado durante largo tiempo por los esfuerzos que, desde mucho hace, han sido desviados en otras direcciones. Afortunadamente, preséntanse signos, muchos y crecientes signos, de que el pueblo español reconoce la importancia que para él tiene, que para la misma España tiene, trabajar por su propia salvación y alcanzar prosperidad por medio de su suelo, y está resuelto á conseguirlas.

Por ello todos los verdaderos amigos de España han de alegrarse y concebir la esperanza de que el Gobierno español hará cuanto le sea dado por alentar este despertar de las energías de la nación, siendo lo mejor seguramente, hasta donde quepa en lo posible, no aplastarlas con cargas fiscales, ni estrangularlas con reglamentaciones oficiales. Si tal sucede, coyuntura habrá para España y nuevo y feliz porvenir, tanto en prosperidad material como en progreso intelectual, desde un extremo al otro de la nación y desde arriba hasta abajo.

Cada paso en esta dirección ha de ser un paso hacia Inglaterra. Cada avance en este camino ha de ser un avance en comercio. Y mientras más pasos sean dados, mayor ha de ser el avance realizado, más fuertes é indisolubles los lazos que ligan á las dos naciones.

He tratado de estos asuntos, aunque sumariamente, si se considera su importancia, con alguna extensión al mismo tiempo, y acaso me haya tomado demasiadas libertades al exponer el problema para España y su verdadera política, tal como se presenta á un inglés que siente, por esas razones y por personal simpatía á la

par, decidida adhesión hacia ella y vivo deseo de que ocupe posición respetable entre las naciones. Lo he hecho así porque estas materias, á mi juicio, constituyen la verdadera raíz de las relaciones entre España é Inglaterra; son las condiciones fundamentales de dichas relaciones. Mucho más hondos que las especulaciones de los publicistas, que los proyectos de los políticos ó que la política de los hombres de Estado, yacen los cimientos del comercio, puesto que han sido echados y están contruidos sobre la naturaleza de las cosas, que por sí mismas se forman mejor que son formadas, amoldándose á la configuración de la tierra.

Pero si es verdad que las relaciones de comercio son las más importantes de las ocupaciones internacionales en la paz, no es menos verdad que las ventajas comerciales y el derecho á traficar han sido con frecuencia la causa y objeto de la guerra. «*Sois mon frère ou je te tue*», se ha dicho que fué lema de Francia bajo los primeros jefes revolucionarios; «comercia conmigo ó te mato», ha sido, con más frecuencia que lo que todos los historiadores reconocen, el mote de las naciones modernas. Dan el ejemplo las constantes guerras llamadas de tarifas, que en nuestros tiempos han sido tan frecuentes y severas, y que han de serlo cada día más. Se ha dado el ejemplo, especialmente en Inglaterra, de la cual puede decirse que si fuera estudiada de cerca su historia se hallaría que durante trescientos años jamás ha sacado la espada más que por el comercio; que jamás ha luchado, á menos de que por ello hubiera de ganar comercio ó de conservarlo, y que aun en la guerra misma ha tenido como propósito final la consecución de aquellas bendiciones de la paz, aquellas prosperidades del comercio, que

la guerra, mientras dura, niega y arruina. En la persecución del objeto apetecido los hombres de Estado ingleses han cometido sin duda terribles errores; pero en cuanto les ha sido posible han procurado el comercio, y en cuanto vieron y supieron los medios, á ello fueron encaminados como supremo fin. No constituyeron este supremo objetivo los territorios, sino el tráfico, y menos el tráfico que el derecho á hacerlo en iguales términos para sí mismo que para otros. Y hoy, si me ha de ser dado exponer mi pensamiento, páreceme que todo hombre de Estado inglés ilustrado, debería decir al mundo:

«Produce cuanto puedas, fabrica cuanto puedas, compra y vende y cambia cuanto puedas, mientras más mejor, y mientras menos dificultades artificiales coloques en el camino para realizarlo y más obstáculos naturales remuevas, mejor para vosotros y mejor para mí también. No me es posible suministrar productos naturales tan de prisa; no me es posible fabricar productos industriales tan baratos, ni aun tan buenos como muchos de vosotros; pero puedo transportarlos todos mejor, más de prisa y más barato que cualquiera de vosotros. Dejadme, pues, transportar para vosotros, para vuestro provecho y para el mío. En los territorios que gobierno ó en que impero no habrá ventajas ni favores para los productos de un país sobre los de otro. No serán otorgadas tales ventajas y favores ni aun á mis propios productos y manufacturas. Habrá campo abierto para todos. Cuanto más extenso sea éste y cuanto más abundante, mejor. Pero si, como acaece y ha acaecido desde largo tiempo, y si, como creo que habrá de acaecer, puedo transportar en mejores condiciones aquello que va

desde una parte á otra, para abastecer el campo, consentidme que haga lo que tan claramente ha de ser para el bien general.»

Es verdad que no siempre los hombres de Estado ingleses han mantenido este punto de vista, que algunos no lo mantienen ahora, y aun existen aquellos que creen que, por métodos artificiales de derechos protectores y de trato fiscal diferencial favorable, ciertas industrias que en las condiciones actuales han dejado de ser tan provechosas como lo fueron en lo pasado, y que parecen ir acercándose á la extinción, podrían aún ser sostenidos á costa del resto de la nación. Así ocurrió en la Edad Media con hombres de Estado que creyeron que la principal ocupación posible de Inglaterra consistía en la producción de lanas, y que sin ella habría de arruinarse. Dejaron significativa reliquia de sus creencias, que aún subsiste, en el saco de lana sobre el cual el lord canceller todavía se sienta en la Cámara de los Lores; y no se quedarían poco asombrados si pudieran hoy volver á la tierra y hallar que Inglaterra ahora apenas produce lana alguna, que la importa por muchos millones de libras, y que, sin embargo, está próspera. Y aunque existen aún sucesores intelectuales de aquellos hombres de Estado de imaginación perezosa, y aun ejercen alguna influencia, el curso de la naturaleza, los datos de la geografía y la condición y rumbo de las cosas han de tender, á la larga, á echar á cada nación por la carrera de sus aptitudes más ventajosas y naturales, y á Inglaterra, por consiguiente, á que sea principalmente nación porteadora, y cada vez más la gran nación porteadora del mundo.

En la guerra—y hablo aquí, naturalmente, de una guerra europea,—

no menos que en la paz, se hallará que España é Inglaterra mutuamente se necesitan. Que España por sí misma, sola ó en alianza con otras naciones, hubiera de iniciar una guerra europea, ó que tal guerra hubiera de ser iniciada por otras contra España, es, en la presente condición de Europa, tan improbable, que puede ser considerado como más allá de los límites de lo posible. Ninguna combinación Europea concebible podría ni aun sugerirlo. Ninguna política ó acto admisible por parte de España podría provocar, ni los despojos imaginables que pudieran obtenerse de ella habrían de motivar la tentación en nación alguna europea de atacarla, y es igualmente difícil creer que si, á consecuencia de una inconcebible serie de acontecimientos, fuere atacada, hubiera de quedarse sola. Por otra parte, nadie puede suponer que España por sí misma, sola, ó como parte de una combinación de naciones, atacase á ninguna otra potencia europea. Para España, por consiguiente, la única contingencia de guerra parece ser la de una comenzada por otras naciones, y á la cual pudiera ser arrastrada, contra su voluntad, por la presión de uno ú otro de los beligerantes. Esta contingencia no es enteramente imposible, porque en ciertas circunstancias la península española puede otra vez, dada su situación geográfica, representar parte tan importante en una lucha europea como representó en los principios del siglo xix.

En cuanto á Inglaterra, el caso varía. No es inconcebible que pudieran ofrecerse algunas combinaciones de potencias europeas, ni aun cuando improbable, extravagante suponer que de ellas pudiera resultar una guerra europea en la cual Inglaterra tomara desde el comienzo, sola ó en

alianza con otras, una parte activa. Y es al mismo tiempo seguro que España no podría ser cantidad despreciable en tal guerra, puesto que su situación geográfica habría de dar importancia á la parte que hubiera de tomar, como neutral ó como beligerante.

Supóngase ahora que ha estallado una guerra europea, en la cual Inglaterra está comprometida. En tal caso ningún hombre de Estado español, ni amigo de España alguno, podría desear más que una sola cosa: que fuere y permaneciese neutral en la guerra y durante ella. A tal fin todos sus esfuerzos deberían dirigirse, y en tanto cuanto posible debieran ser mantenidos. Pero es cuestión distinta saber si á través de una guerra de alguna duración dichos esfuerzos podrían ser sostenidos con éxito. En tal guerra, los puertos españoles del Mediterráneo, seguramente las islas Baleares y acaso Centa, habrían de ser de importancia tan considerable para las potencias contendientes, y habrían, por consiguiente, de ser objeto de tanta disputa entre ellas, que no sería empresa fácil para España defender su neutralidad. La posesión ú ocupación de Menorca, ó la ocupación del campo de Gibraltar, pudieran ser pedidas á España por naciones más poderosas que ella, y á las cuales le fuere difícil resistir por la fuerza de las armas. Por otro lado, la unión de España á tales demandas de otras potencias en guerra con Inglaterra apenas podría conducir á otra cosa que á la declaración de hostilidades contra aquélla por ésta. Resumiendo, España está en posesión de territorios que en el caso supuesto habrían de tener grande importancia estratégica para las potencias contendientes, que entre la presión ejercida por ambas partes sólo con grandes dificultades podría con-

servar su neutralidad, y en guerra de duración considerable probablemente concluiría por no serle dado mantenerla, teniendo al fin que escoger entre los dos lados aquél, en el cual habría de colocarse tomando las armas. Es este paso que sin duda alguna debería evitar en tanto que le fuere posible; pero paso que, al fin, verosíblemente, no lograría dejar de dar.

Si, pues, España fuese arrastrada, en último término, á escoger, si habría de tomar parte por ó contra Inglaterra, ¿á qué lado debería inclinarse? Indudablemente, á mi parecer, al de Inglaterra. Porque no sólo vale más ésta para ella en la paz, que cualquiera otro país, y con seguridad más que cualesquiera otras dos naciones europeas, sino que, en la guerra, Inglaterra, mejor que ninguna, puede ayudarle á defenderse, hecho que no hace mucho quedó enteramente probado en circunstancias más adversas para ambas que las que verosíblemente se presentarían otra vez, y sobre el cual, en consecuencia, no parece necesario insistir. Si el más grande de los conquistadores modernos, en el tiempo en que su poder era mayor y abarcaba toda la Europa occidental, no pudo hacer la conquista de España, á consecuencia, principalmente, y aun siendo en parte, de la ayuda que entonces recibiera de Inglaterra, con mucha menos probabilidad correría ahora peligro alguno con el mismo apoyo. La extensión del litoral español y su acceso por el Atlántico y por el Mediterráneo, al par que la relativa brevedad de la frontera terrestre de la Península, así como las dificultades del acceso á ella, hacen absolutamente necesario para la defensa de España que ésta sea una potencia naval de primer orden, ó que descansa sobre otra potencia naval de prime-

ra clase. En tanto que Inglaterra predomine en los mares, España, en el caso de verse obligada, no tiene dos partidos entre que elegir, ni en la paz, ni en la guerra. En uno y otro estado, sus intereses y su seguridad dictan la elección de Inglaterra.

Manteniendo, como decididamente mantengo, estas conclusiones, no puedo ver sin inquietud cualesquiera actos ó condiciones que tiendan á poner en peligro en circunstancia alguna aquellas buenas y amistosas relaciones entre España é Inglaterra que creo necesarias, en paz y en guerra, para las dos. Tales condiciones han sido creadas, sin embargo, recientemente, y tales actos han sido cometidos poco ha por efecto de humorística ligereza ó de humorística indiscreción, no ciertamente por parte de España, sino por parte de un ministro inglés.

Con quien ponga en duda el valor de Gibraltar para Inglaterra, la absoluta necesidad que tiene de continuar poseyéndolo ó la completa imposibilidad de que lo ceda á ninguna otra potencia, sea cual fuese, en circunstancia alguna, no puedo discutir. Sólo puedo afirmarle, sin argüir, que Inglaterra ha de conservar Gibraltar en todos los casos, contra todo riesgo y á toda costa, ó dejaría de ser Inglaterra. Comprendo, ciertamente, que se sienta amargura en España con este motivo; pero si, como de ello estoy convencido, Gibraltar puede ser poseído por Inglaterra de manera que no se le produzca lesión material, sino al contrario, muchos beneficios, cabe esperar que la llaga desaparezca con el tiempo. Además, y por encima de esto, importa, es á mi modo de ver esencial, que Gibraltar sea conservado en forma que no envuelva el riesgo de crear dificultades ó de provocar desavenencias con España.

Desgraciadamente las muy extensas obras emprendidas recientemente por Inglaterra en el lado occidental del Peñón, podrán con mucha probabilidad conducir á esas dificultades, y no menos por este motivo que por el de la reducción de la resistencia de la fortaleza, como tal, las he denunciado, tratando de conseguir el abandono de aquellas no terminadas aún, procurando otras levantadas al Este. Porque ha sido demostrado por la autoridad de los militares más competentes, que el único medio de poner las construcciones del Oeste á salvo del fuego asolador de la artillería desde la parte del territorio español llamado el Campo, sería la ocupación del mismo por una fuerza especial de tropas inglesas, calculada en treinta ó cuarenta mil hombres, proyecto originado por la mal aconsejada fábrica de tanta amplitud en sitio tan expuesto. No puedo considerarlo sin desasosiego, ni pensarlo sin alarma; cruel sería para las dos, para Inglaterra y para España, si en momento dado, al estar Inglaterra en guerra con poderosos enemigos, hubiera de elegir entre abandonar Gibraltar, inútil por indefendible, ó desembarcar un ejército en territorio español que ocupase el Campo. Y, sin embargo, tan pronto como las obras del Oeste se hallen terminadas, en tanto que no se provea abrigo adecuado para sus escuadras al Este, esta es la alternativa á que ha de estar reducida, á menos que España esté ya combatiendo, aliada con ella, á su lado, ó pueda darle suficientes garantías de neutralidad, de que es bastante fuerte para mantenerla en su territorio del Campo, como en otras partes. Tales garantías claramente habían de ser eficaces; y sería siempre dudoso si, mientras la guerra durase, lo serían lo bastante para que Inglaterra des-

cansase en ellas, cuando de parte tan vital como Gibraltar se tratara.

Nacerían, con certeza, dudas; con certeza surgirían las dificultades, y España é Inglaterra, que deberían estar juntas, podrían separarse permanentemente en malquerencia ó acaso convertirse en enemigas, sólo por causa del error cometido por un ministro inglés al construir tan grandes obras al lado inconveniente del Peñón. En tales circunstancias, muchos sostendrían que la neutralidad de España no bastaría ni podría bastar, y que, á menos que Inglaterra contase con su alianza ofensiva y defensiva, nada más que la ocupación del campo serviría. Abreviando, un Gibraltar que sólo esté seguro á condición de que se halle el campo por encima de toda duda en manos amigas, debe imponer mayor esfuerzo á España en tiempo de guerra, que un Gibraltar que no dependa de tal condición. Este es el nuevo elemento peligroso que ha sido introducido; merced á las obras, en las relaciones entre los dos países, y es elemento que, á no dudarlo, ha de aumentar la importancia, mucho mayor ahora que antes, que para Inglaterra tiene el estar segura, en caso de guerra, ora de la alianza, ora, al menos, de la neutralidad cierta, indudable, irrefragable de España. Si en tiempo de paz ésta necesita de Inglaterra, en tiempo de guerra Inglaterra, en las nuevas condiciones, puede con frecuencia haber menester más aún que antes de España. En todo evento, ambos países se necesitan mutuamente, no por la necesidad general que todo país tiene, hasta cierto punto, de los demás, sino muy especial y nacida de sus particulares circunstancias y situaciones.

Si, como espero, he presentado sólidas razones, de peso suficiente para llevar con fuerza á una conclusión,

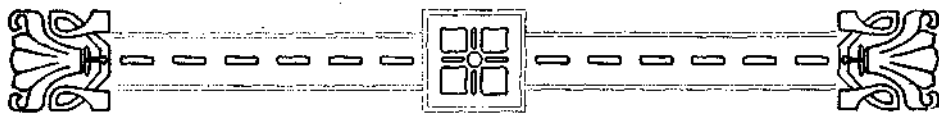
me consideraré afortunado. Y si, como de ello estoy convencido, la conclusión hubiera de ser adoptada cual artículo de fe por aquellos que dominan la política y los actos de los dos países, mucho se habrá conseguido en favor de su porvenir, y algo también por el de Europa. Los soñadores de sueños políticos están ya moviéndose; los iniciadores de combinaciones políticas que han de cambiar la faz del mundo levantan al pueblo; los adivinos políticos están pronunciando sus negras predicciones: salvajes atentados, desesperadas coerciones, extrañas aventuras

podrían ser propuestas que llegasen á tocar los corazones de los hombres de Estado. Si así ocurriese, y cuando la hora llegue, bueno será que algunos principios estén tan hondamente arraigados que sean inexpugnables, y entre ellos coloco la convicción de que España é Inglaterra deben permanecer unidas, tanto por razones de interés como por motivos políticos, y tanto por sus propias causas como por la de Europa.

THOMAS GIBSON BOWLES.

Yate Hoyden, Plymouth, 5 de Septiembre de 1901.





La obra de las misiones cristianas

EN CHINA

(DOCUMENTOS CHINOS Y OBSERVACIONES)

Alexandre Ular ha publicado recientemente un trabajo con el título que va á la cabeza de estas líneas. Se trata de un trabajo documentado, y en él hay, por esto y no obstante algunas exageraciones propias del radicalismo de su autor, muchas afirmaciones innegables y muchas conclusiones dignas de ser tenidas en cuenta. Nuestros lectores juzgarán de ello por el extracto que damos á continuación.

Afirma Ular que interesa mucho estudiar la obra política de las Misiones europeas en China, y lo hace comenzando por señalar una importante diferencia entre la conducta de Rusia y la de otros países.

„La Rusia—dice—no tiene Misiones en China. Su establecimiento religioso en Pekín tiene un carácter muy distinto: es, en realidad, una embajada del papa ortodoxo (el Zar) cerca del Hijo del Cielo, en tanto que éste lleva el título simbólico de jefe espiritual supremo de la nación china.

La ortodoxia rusa sólo es expansiva en Europa y en Asia; los rusos aceptan como iguales todas las religiones de aquellos pueblos.”

La importancia de esto se comprende en Europa, y aun se lamenta el hecho (en la sesión de 1 de Julio pasado, en el Congreso francés). „Parece como si se temiera que la influencia de las Mi-

siones sólo sea favorable á las naciones que no las tienen, siendo, en cambio, funesta para las que apoyan la obra tenebrosa de tales enviados religiosos.”

„Militarmente no puede negarse que el siniestro prestigio de las tropas occidentales ha provocado una reacción rusa en China.” Del mismo modo han obrado las Misiones, y los chinos prefieren á los rusos, comerciantes laicos que se han guardado bien de cubrir negocios sucios con la sacrosanta pantalla de los principios supraterrrestres.

Las Misiones cristianas no han hecho ni han podido hacer en China obra favorable á la religión, aparte otras razones psicológicas, porque la lucha entre católicos y protestantes ha sido continua, y los *mujiks* rusos han sabido aprovecharla para demostrar que en punto á religión los occidentales no saben lo que quieren.

Las Misiones católicas han logrado, no obstante, algo más que las protestantes; pero el carácter mismo de este buen éxito prueba cuán diferente es de los que en Europa se les atribuyen. Basta describirlo para hacer ver cómo no está en relación ni con los progresos del catolicismo, ni con el apoyo que los Gobiernos prestan á las Misiones, y que, por otra parte, es poco á propósito para aumentar la influencia europea en aquellos lugares.

Es, sencillamente, que los misioneros católicos se han aclimatado mejor que los protestantes. Casi todos ellos hablan el chino y tienen además la ventaja de que el culto católico, hijo del búdico, ofrece grandes semejanzas con las prácticas religiosas del país. La adoración de los santos, el uso del incienso, el empleo de imágenes, la confesión y aun algunos dogmas contribuyen, si no a que los chinos se hagan católicos, a que les sea fácil la adhesión al catolicismo, sobre todo si a eso se unen concesiones que al espíritu chino hacen los misioneros tan amplias, que aun los más ardientes defensores de las Misiones dudarían viéndolas de que aquellas sean Misiones cristianas.

Han aceptado el simbolismo chino y tienen santos muy ventrudos, porque para los chinos el alma reside en el vientre; Santas Cecilia, tocando la guitarra del país; Padres eternos, con vientres y bocas monstruosas, y Espíritu Santos con multitud de brazos. Las iglesias parecen pagodas, y los misioneros bonzos. Casi todos llevan el traje del país y muchos usan trenza.

Se dirá que esos son procedimientos puramente externos de catequesis, y que lo que hace al cristiano es el bautismo; pero el bautismo es también práctica búdica, y entre chinos signo de iniciación en una sociedad secreta. Esta última semejanza hace que los chinos consideren al catolicismo como una sociedad secreta colocada fuera de la ley, pero que, a cambio de esta desventaja, concede la protección de las embajadas, mediante la cual un chino convertido puede cometer toda clase de delitos sin tener nada que temer de la justicia china.

Con esta indicación basta para comprender el fin práctico de las Misiones. Concediendo esa impunidad a cambio de prácticas fáciles y sencillas, logran convertir fácilmente a cuantos viven fuera de la ley y consiguen así una solidaridad más económica que religiosa. Los misioneros vienen a ser como consejeros de administración de una gran compañía financiera, se transforman en comerciantes, y „como del comerciante al explotador sólo hay un paso“ y „del

explotador al criminal otro“, si por afección al criminal no puede castigarlo la justicia del país, sino el jefe de la cuadrilla..., ¿qué haría en tal situación un pueblo europeo? Hacerse justicia por sí mismo. „China tiene derecho a hacer lo propio.“

Católicos y protestantes son, para el caso, idénticos, aunque los segundos se ven obligados a trabajar más descaradamente, y dado este carácter y modo de proceder de ambas asociaciones, se comprende que los misioneros hayan podido llegar a extremos como los que se relatan en los documentos que vamos a extraer a continuación:

Carta particular dirigida el 2 de Febrero de 1901 a M. On-sse-gong, representante de la casa Bao-Tchouen-Chang, en la factoría de Ourga.

Es la carta de un yerno a su suegro, y en ella, después de lamentar desdichas acaecidas a la familia, así como todo lo ocurrido en el país, se relata el siguiente hecho, ocurrido a un hijo del destinatario, boxer que había huido de Bao-lingfou después de matar por venganza a un sacerdote usurero.

Estuvo en Tai-yuan, pero „juzgó prudente salir de allí, llevando cartas de recomendación para Kouang-yuan, donde, como usted sabe, existe un establecimiento afiliado a la Sociedad y dirigido por Tsien-toi-Tchong, quien le dispensó afectuosa acogida y le empleó como tenedor de libros“. La situación de la casa era mala por la paralización de los negocios; pero no obstante, Tsien-toi gozaba de mucho crédito, y tenía además fondos para salvar sus compromisos; un *chantage* innoble cometido por los misioneros católicos le impidió hacerlo. He aquí cómo: „tenían cuenta corriente en la casa y la empleaban para comerciar en seda. Temiendo las consecuencias de la agitación boxer, acapararon seda para enviarla a los puertos, y pagaron con letras contra Tsien-toi, aun después de agotar la cuenta que en su casa tenían“.

„Presentaronse a cobrar los acreedores, y Tsien-toi les hizo saber que no tenía fondos de los misioneros para pagarles. Los chinos burlados acudieron al juez, y éste, una vez demostrada la ver-

dad de lo dicho por Tsien-toi, afirmó que el asunto tenía que ser juzgado por los tribunales del país del misionero. Este, por su parte, visitó al comerciante y le anunció tremendos castigos de las tropas occidentales, próximas a llegar, si no pagaba las letras expedidas contra él. Tsien-toi, aterrado, dióle para pagarlas un *cheque* por 5.000 onzas de plata contra una casa en que tenía depositadas 6.000, y los misioneros, después de hacerle efectivo, huyeron sin pagar a nadie, pero llevándose, además del dinero, las mercancías que habían comprado.

Las consecuencias de semejante modo de proceder fueron terribles para el banquero, quien además de perder su dinero perdió el crédito, pues los estafados, que habían vendido por la garantía de su firma, le retiraron su confianza, que es la base del comercio.

La carta termina pidiendo un crédito para continuar los negocios.

Otra carta personal, expedida en la villa de Tchan-Tria-Gou al licenciado Tali-es, administrador de la Compañía Bao-Tchouen-Chang relatu hechos semejantes.

En ella, después de frases de afecto y de una detallada pintura de cómo llegó al hogar de su hermano (el autor de la carta), un monje chino del convento de Laing-Tsien, se refiere lo ocurrido al fugitivo en la forma siguiente:

„Si mi hermano ha escapado á la muerte es sólo porque el destino le ha favorecido. El convento de Laing-Tsien, en efecto, ha sido quemado y cuantos en él residían han muerto. Nada de esto hubiera ocurrido, sin esos animales carnívoros llamados misioneros. Había cerca del convento protestantes y católicos, gentes ricas y con próspero comercio, que habían logrado hacer entrar en sociedad á muchos chinos que lograban una ganancia considerable, aprovechando las malversaciones de sus patronos trasoceánicos. Los monjes chinos, fervientes adoradores de Fo, se afligían viendo esto y aconsejaban con la palabra y con el ejemplo á los creyentes que evitasen el trato con aquellos comerciantes poco escrupulosos.

„Cuando los boxers comenzaron á castigar á los criminales trasoceánicos, el

convento chino se convirtió para aquella región en templo de la buena causa. Los monjes no quisieron asesinatos, pensaban convencer á los usureros por la sola amenaza.

„Su bondad fué su veneno. Los ejércitos occidentales llegaron; el furor del pueblo chino aumentó, y los misioneros viéronse obligados á huir. Antes de hacerlo visitaron al prior chino y á otras gentes acomodadas. Al prior le dieron gracias por haberles protegido calmando al pueblo, y le ofrecieron que á su vez, cuando las tropas occidentales comenzaran á castigar á los chinos, ellos protegerían el convento; pero añadieron que para asegurar la defensa necesitaban 10.000 onzas de plata, con que comprarían al jefe de los soldados. El prior dió el dinero y el mismo día vinieron los otros misioneros, los católicos, que dijeron lo mismo; pero afirmando que su país era otro y que ellos por su parte necesitaban la misma cantidad con el mismo objeto. El prior, sabiendo que las hordas occidentales son irresistibles, la dió también. En muchas casas de familias chinas ocurrieron sucesos análogos.

„Todos, aunque intranquilos, creíanse garantizados contra los horrores de la guerra. No huyeron ni ocultaron sus bienes. En el convento había, además de la magnífica biblioteca, la fortuna personal de cada monje. Eran 87.

„Los bárbaros llegaron á Laing-Tsien. Dos misioneros les acompañaban como intérpretes. Una vez dentro de la ciudad, dedicaronse al saqueo y al pillaje después de asesinar á todo el mundo.

„Ante aquellos horrores, el prior hizo inmediatamente cerrar el convento. Le mandaron abrirle. Mi hermano piensa que si hubieran abierto, nada hubiese ocurrido; ¡no quiere creer que los bárbaros sabían que allí había dinero! El prior no quiso abrir. Los occidentales forzaron la puerta, y los santos monjes, inermes, fueron abominablemente asesinados. Mi hermano, que es cobarde, se desmayó y le creyeron muerto.

„Quemaron el convento. El tesoro desapareció. Mi hermano, vuelto en sí por el calor, pudo salir; los bárbaros habían abandonado aquellos lugares.

La carta termina relatando las amar-

guras de la huida y pidiendo un préstamo de 200 onzas para que el monje pueda llegar a otro convento.

De estas cartas pueden sacarse dos conclusiones importantes: primera, que no se trata de hechos aislados, sino muy generales; y segunda y más importante, que es evidente el vicio capital de las Misiones en China y visible el medio que los Gobiernos europeos tienen para salvar aun el escaso prestigio que allí nos queda.

Todos pensábamos de buena fe que la obra de los misioneros era indispensable para preparar la influencia política y económica de sus respectivos países; pero todos nos engañábamos. Nos engañábamos por el prejuicio de la superioridad europea, por el temor de que faltasen pronto mercados para la industria occidental, por el orgullo nacional, que aprovecha todo lo que en cualquier forma puede perjudicar a los rivales; nos engañaban, por último, los diplomáticos europeos residentes en Pekín, que no conociendo la lengua, las instituciones ni las costumbres del país en que viven, se dejan incautamente guiar por los mismos misioneros. "Es necesario enviar á Pekín verdaderos sabios, considerar aquel puesto no como principio, sino como fin de carrera, como el más importante y el más honroso; ahí estaría el remedio; pero quizás sea demasiado tarde."

"Es falso que los misioneros propagasen la influencia de su patria en China; para vivir allí, véanse obligados á abandonar sus trajes, sus costumbres y su idioma, hasta tal punto, que los *chinos ignoran casi siempre de qué país son.*" Además, los chinos no conocen la geografía política europea. ¿Cómo puede entenderse la influencia política de Francia entre gentes que ignoran lo que Francia es? La obra diplomática de las Misiones es, pues, nula.

"Es falso que las Misiones hayan propagado la influencia pacífica del Occidente. Sean de la nacionalidad que sean, no han podido jamás hacer respetar las instituciones europeas, porque son peores que las chinas; el derecho europeo no garantiza sino la impunidad de los criminales; las costumbres occidentales

resultan groseras, brutales, bárbaras; los hombres de Occidente no tienen sino apetitos poco respetables; la fe de Occidente es fe en el resultado de los negocios; la ciencia occidental sólo es útil para explotar al pueblo, y las lenguas de Occidente sólo sirven para hablar de negocios y mentir."

"Es inexacto que las Misiones hayan propagado el cristianismo en China. Los chinos herederos de los sublimes pensamientos de Hong-Tsze y de Laotsze, no necesitan una moral fundada en la fe. Los cristianos de China les parecen traidores que venden la moral por un derecho temporal é ilícito.

Es falso que las Misiones hayan preparado el camino para la invasión económica con que sueña el capitalismo occidental. Al contrario, queriendo guardar para sí los provechos, han desacreditado los procedimientos comerciales de Occidente. Aprovechando su extraterritorialidad judicial, han hecho negocios fraudulentos y han hecho así que los occidentales pierdan el crédito, que es precisamente la base fundamental del comercio chino. Además han dado á conocer procedimientos industriales, merced á los que Europa será al cabo un mercado de la poderosa industria china. Los comerciantes de oficio hubieran realizado mejor la labor económica porque hubieran tenido menos protección de sus Gobiernos y quizá no hubiesen logrado la extraterritorialidad que pone á los misioneros á cubierto de la justicia en China.

Es falso que las Misiones hayan elevado el nivel intelectual de China.

Es falso que sean para lo porvenir agentes indispensables de la influencia occidental; al contrario, ellos son, á los ojos del pueblo chino, los causantes de la invasión europea con todos sus desastres. Aun siendo el pasado de las Misiones en china absolutamente irreprochable, sería conveniente, no sólo negarlas apoyo, sino prohibirlas durante algún tiempo. Esta es una medida de primera necesidad; sin ella las naciones se verán pronto obligadas á lanzarse á nuevas y formidables empresas belicosas, y seguramente á ponerse en lucha con el Zar, protector ahora del budismo chino.

Es falso que sea preciso sostener las

Misiones para proteger a los chinos cristianos. Si muchos de éstos han sido asesinados, no fué por sus creencias, sino por haber explotado su injusta extraterritorialidad; además, casi todos han abandonado fácilmente el cristianismo, y los que no lo han hecho, cristianos por convicción, nada tienen que temer. En China no existe religión del Estado, y la tolerancia es absoluta.

Es falso que las Misiones deban ser sostenidas porque su abandono implicaría una gran pérdida material. Si las indemnizaciones que por supuestos daños han de percibirse les fueran entregadas íntegras á condición de que jamás volvieran á China, en lugar de haber perdido, la ganancia moral política y material sería enorme.

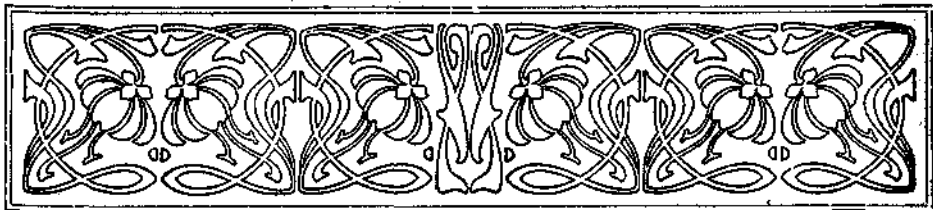
Es falso que la dignidad europea exija la protección de las Misiones; la dig-

nidad no puede consistir en proteger á quien á la sombra de la protección delinque.

Es cierto, en cambio, que urge suprimir en absoluto la extraterritorialidad y hacer que en China todos los europeos (comerciantes, viajeros ó sacerdotes), excepto las personas de los embajadores, queden sometidos á las leyes comunes del país. Si no se adopta esta medida, la guerra, con todos sus horrores, se ensañoreará pronto, no sólo de Asia, sino de Europa.

El Zar vela por su imperio futuro y por el pueblo chino, encarnación eterna, maravillosa y suprema de la fuerza esencialmente humana: el trabajo. Los chinos lo saben y confían en el porvenir, seguros de triunfar, venciendo por el trabajo á la locura destructiva de la joven y descuidada Europa.





El regionalismo y los partidos similares. ⁽¹⁾

Gladstone y Bismarck, los dos únicos estadistas de la época contemporánea, han aplaudido el movimiento particularista dentro de sus Estados. El primero libertó á Irlanda de la tiranía inglesa; el segundo aplaudió la conducta de bávaros y sajones, que pretendían afirmar la unidad nacional germánica por medio de su propia autonomía.

Unicamente los políticos, los *buenos* diplomáticos españoles, persiguen á los regionalistas catalanes, vascos ó gallegos, y maldicen de un movimiento social que entraña la salvación de esta pobre España, arruinada por tirios y troyanos, que han secado las fuentes de la riqueza pública, atentado contra la industria nacional, mancillado el honor de la patria y arrojado por los suelos el lábaro santo de nuestras pasadas grandezas.

Ningún español cree en la eficacia de los partidos parlamentarios: todos

son lo mismo; unos y otros han burlado la legítima esperanza de los hombres honrados, y el derecho á la vida nacional exige un cambio en la reorganización política del Estado.

Solamente *tres* partidos pueden llevarla á cabo: el *federal*, el *carlista* y el *regionalista*. Pero como estos tres partidos orgánicos tienen grandes semejanzas entre sí, conviene establecer la línea divisoria para que no se confundan unos con otros. Vulgarmente se dice que los *regionalistas* ó son *federales* ó *carlistas*, y este error es gravísimo. Mucho pueden parecerse dos cosas que no son iguales. Tal sucede con los *partidos similares*.

* *

Los federales de España pueden dividirse en dos grupos: los *federales orgánicos* y los *pactistas*. Los primeros establecen ú *organizan* el *Estado nacional* por agregación de otros organismos anteriores, independien-

(1) Conservaba yo entre mis papeles este artículo que el malogrado Brañas escribiera en 1894, leído por causas ajenas á su voluntad y á la mía, y de palpitante actualidad hoy.—S. C.

tes ó subordinados, ó por la descomposición de las nacionalidades que existen dentro de un Estado unitario. Los segundos quieren que se llegue á la formación del *Estado nacional* en virtud del *pacto libre*, verificado entre varios municipios que se obligan espontáneamente á constituir un Estado político independiente.

Los federales orgánicos distinguen, como los *pactistas*, los conceptos de *nacionalidad* y *Estado*: algunos, aceptando la definición de Cicerón, *respublica est cætus multitudinis juris consensus et utilitate communiione jure sociatus*, confundieron ambas ideas. Mancini da una definición inaceptable de *nacionalidad*, que acogió sin reservas el tratadista de Derecho de gentes Carlos Calvo; el escritor italiano entiende por nacionalidad «una sociedad natural de hombres ligados por la unidad de territorio, origen, costumbres y lengua á una comunidad de vida y conciencia social.» Mancini prescinde de la religión y de la historia, que son elementos integrantes de la nación, como lo son igualmente los lindes naturales, la raza y la lengua, y hace derivar de la armonía ó suma de tales cualidades el concepto de nacionalidad. Lo que realmente la constituye es la *voluntad*, expresa ó tácita, manifestada por los individuos que reunan aquellas cualidades comunes de que habla Mancini. Los pueblos eslavos, que tanta sangre derramaron por su independencia, por el reconocimiento de su personalidad jurídica, bien claramente han expresado su voluntad nacional. Negar que Cataluña y Galicia se reconocen como nacionalidades distintas entre sí y cada una de ellas como diversa de la nacionalidad castellana, equivaldría á negar hechos que tenemos á la vista. El *Estado* lo constituye el

poder soberano y las leyes comunes: de ahí que dentro de un Estado puedan existir varias nacionalidades y dentro de una nacionalidad varios Estados federales ó independientes. Sin embargo, la tendencia natural de los pueblos que forman una sola nacionalidad fué siempre la de erigirse en Estados independientes, ó por lo menos, la de alcanzar cierto grado de libertad y autonomía, buscando en la *federación* ó en la mera descentralización regional la fórmula jurídica de su constitución ú organización política.

Para los federalistas orgánicos, la *nacionalidad* no es la base principal de la formación de los Estados: admiten como fundamento de ellos la existencia política anterior, y sobre todo, los organismos tradicionales é históricos á que dieron nacimiento las evoluciones naturales de los pueblos ó los tratados y congresos internacionales. El pacto político lo entienden de otra manera que los *sinalmáticos*: los federales orgánicos sostienen que el *pacto* se verifica entre organismos políticos ya preexistentes en orden á la constitución del *Estado nacional federativo*: ese pacto es la constitución que determina las relaciones del *poder federal* con los soberanos de cada Estado particular. Los federales pactistas no reconocen otros Estados particulares que aquellos á que den origen los pactos libres entre Municipios autónomos; los Municipios se unen entre sí por el pacto y forman un pequeño Estado; después cada uno de ellos *pacta* á su vez la constitución federal. El federalismo orgánico deriva el *Estado nacional* de un hecho anterior, y considera organismos naturales la familia, el Municipio y la provincia; el federalismo *pactista* lo deriva del derecho contractual, fundado en una abstracción filosófica.

El federalismo orgánico nos ofrece multitud de formas en el origen histórico y desenvolvimiento libre de las sociedades políticas. Sabido es que el régimen federativo tiene su fundamento en la unión de Estados; de modo que, según sean los medios diversos de verificarse esa unión, así resultarán otras tantas variedades de federaciones, sin denominaciones distintas.

La federación *personal* tácita tiene lugar cuando los Estados conservan su antigua constitución y sus leyes propias. Ejemplo de esa forma federativa son las *uniones* de Suecia y Noruega, y en su tiempo la del cantón suizo de Neuchâtel á Prusia, la de Hannover é Irlanda á Inglaterra, y en nuestros días la de la *Asociación internacional* del Congo al reino de Bélgica, bajo Leopoldo II y desde 1885.

Los *protectorados* entrañan otra especie de federación voluntaria, y que puede tener origen en hechos políticos anteriores, en los Congresos internacionales ó en acuerdos espontáneos de los Estados libres; protectorados federativos fueron el de las *Siete islas Jónicas*, bajo el dominio de Inglaterra, hasta que pidieron su anexión á Grecia, y el que ejerció Rusia sobre los principados de la Moldavia, la Valaquia y la Servia, hasta que adquirieron la independencia política mediante el Tratado de Berlín.

Tipos distintos de *federación* son los de las confederaciones *helvética*, *germánica*, *norteamericana* y *argentina*. La *germánica* es la más irregular de todas, y ofrece además la especialidad de hallarse sometida á la forma de gobierno imperial dinástica. El ilustre escritor y economista inglés Mr. Travers-Twis traza un maravilloso paralelo entre la federación argentina y la norteamericana;

la primera es el resultado de la descentralización de un Estado unitario ó *no compuesto*, al paso que la segunda nació por la *agregación* de Estados ya constituidos y que pudieron continuar tan independientes como antes. En una palabra, los Estados Unidos del Norte se formaron por *agregación*, y la República Argentina por *disgregación*.

El *regionalismo* no es indiferente, por cierto, á todas estas diversas formas de organización federativa; donde haya descentralización, libertad provincial, el regionalismo aplaude sin reservas; porque sea como quiera, se cumple siempre una parte esencialísima de su programa. Mas no por tal aplauso el regionalismo es federal orgánico: el regionalismo tiene por única base de su programa la *nacionalidad*; las regiones donde existan una *raza*, una *lengua*, una *historia*, unas *costumbres* y sobre todo una *voluntad jurídica* de constituir asociación libre y autónoma, tienen innegable derecho á ordenar y dirigir lo suyo con absoluta independencia del poder central.

No discurre así el *federalismo orgánico*; la ley, el derecho anterior, los tratados internacionales, los Congresos y hasta las revoluciones pueden servir de base á la organización federal; por esta razón aceptan sin inconveniente, lo mismo el imperio austro-húngaro que el germánico y la forma federal de Suiza que la confederación argentina.

Prueba inconcusa de que el regionalismo y el federalismo orgánico no son la misma cosa, es que aquella doctrina se propaga en naciones federadas, como Austria-Hungría, donde las razas aspiran á ser dueñas de sus destinos, y todavía más en Alemania, donde regiones tan alemanas como Hannover, el Holstein y Ba-

viera, intentan sacudir el férreo yugo y el despotismo militar de la absorbente Prusia.

El *regionalismo* no atiende más que á la autonomía provincial nacionalista y prescinde de la forma de gobierno; lo contrario sucede al federalismo orgánico, que se ha enamorado, especialmente en España, de la forma republicana y arroja de su seno á los monárquicos, que se refugian en el campo carlista ó en el *regionalismo*, aparte de que los prohombres de nuestra democracia se inspiran en el derecho político racionalista y krausista y hacen cuestión teórica, especulativa y de escuela lo que debe ser cuestión de hecho, nacional y eminentemente práctico.

Los federales españoles no admiten la distinción de federalismo orgánico y pactista. El Sr. Pi y Margall entiende que la base única de la constitución federal es el *pacto*. Y henos aquí en el punto culminante de la cuestión.

Los regionalistas no podemos admitir el *pacto federativo* como base de la organización del Estado nacional; el pactismo es la muerte, la anulación, la negación de todo *regionalismo*. En efecto; no hace mucho hemos leído en un opúsculo de un *margallista* que no hay más asociación natural y autónoma que el *Municipio*, ni más derecho, ni ley, ni justicia que la proveniente del *contrato*. El derecho tradicional, la antigua personalidad de los reinos ó regiones es un absurdo, es un retroceso. No hay más organismos políticos que los fundados en el derecho absoluto, como son los *Municipios*; éstos, *pactando* libremente entre sí, constituyen el Estado.

Dejemos á un lado la cuestión de doctrina. No hemos de discutir ahora si el contrato es base de todo derecho y si las teorías de Locke, Hob-

bes y Rousseau son ó no un anacronismo á estas alturas. Pasemos de largo sobre este camino sembrado de abrojos.

El *pacto* supone libertad en los contratantes; negar á éstos las condiciones que quieran, tanto valdría como negar el contrato mismo, pues faltaría uno de sus requisitos esenciales, que es el consentimiento libre y espontáneo. Si los municipios son iguales al pactar, es indudable que pueden constituir regiones ó pequeños Estados antes de llegar á la federación ó al pacto federal, ó los *pactistas* se contradicen, ó de lo contrario no sabemos cómo podrían evitar que los Municipios formasen entre sí los *organismos intermedios* de las regiones. En todo caso el *regionalismo* sería un *paso* para la federación y un hecho histórico anterior, indispensable y lógico antes de llegar á aquélla.

La imposición de la forma *republicana* es también contraria á la teoría del *pacto*. ¿No es lícito á los Municipios adoptar la forma monárquica como más conveniente? Si tal cosa hubiesen acordado y votado, ¿quién podría impedirselo? Se dirá que la *razón*, que, según los pacifistas, determina el derecho y demuestra que la forma republicana es la única admisible. Pero la razón es un criterio individual y falible, y además la soberanía emana del *pacto* exclusivamente; todavía podrá replicarse que el *pacto* ha de ser *racional*, ó fundado en la *razón*; pero en este caso será la *razón*, y no el *contrato*, el origen de todo derecho y de toda constitución política.

No comprendo, además, la contradicción en que incurren los federales cuando, al paso que reconocen el *pacto bilateral* como fundamento del orden político, imponen previamente como obligatoria la condición de

la separación de la Iglesia y del Estado. Aquí falta el Sr. Pi y Margall completamente á su lógica hegeliana: si el *contrato* es origen de toda constitución política, no se podrá impedir que una región ó Estado pacte la unidad religiosa, otros la tolerancia y otros la libertad de cultos. O las partes contratantes son libres, ó no lo son; si lo primero es un absurdo, una tiranía, una arbitrariedad obligarles á que acepten una fórmula dada en el orden religioso, es coartar la libre voluntad de los Municipios; si lo segundo, tanto valdría como negar la eficacia del *pacto*, y ya no podría considerársele como fuente de la soberanía y base de la organización federativa.

Si la teoría del pacto se aplicase con el rigor que algunos adeptos quieren, resultaría un verdadero retroceso. Porque si la organización federal sólo puede fundarse en el *pacto* de los Municipios, no habrá razón alguna para impedir que éstos contraten con los que más les convengan. De modo que si á 40 ó 50 Municipios situados en territorios muy distantes les place constituirse en pequeño Estado, gozarán para ello de pleno derecho, según la doctrina del pacto. ¡Lindo estado anárquico resultaría con la unión de Municipios situados unos en Galicia, Andalucía y el Centro de España, y otros en Cataluña, Asturias y Extremadura! La única objeción que cabe es decir que el pacto se entiende entre los *Municipios agrupados*; pero esto sería destruir otra vez el *pacto*. Los Municipios están *agrupados* por alguna razón sobre un territorio dado, como sería la comunidad de origen, las costumbres, la raza, etcétera, y en ese caso el pacto no sería el fundamento de la unión política, sino los elementos indicados. Además, ¿no forman las *colonias* lejanas

parte del *territorio* de los Estados?

El canal de San Jorge, que separa á Irlanda de Inglaterra ¿ha sido óbice para que ambos Estados formaran el Reino Unido con Escocia y Gales?...

Los federales pactistas, con tales abstracciones é idealismos, andan por las nubes: nosotros tenemos que quedarnos en las brutales realidades de la práctica; ni Platón, ni Tomás Morus, ni Campanella, consiguieron fundar sus imaginarias repúblicas, sus *ciudades del sol* y sus *utopías*; los Estados no pueden organizarse con metafísicas, sino con buenas leyes constitucionales y administrativas, dictadas en conformidad con la naturaleza de los pueblos.

Y aunque los federales españoles quieran renunciar á su breve historia, tenemos que recordarles que llevaron su contradicción al extremo de proponer á la Asamblea Constituyente de 1873, aquella famosa *Constitución federal* de 17 de Julio del mismo año, por la que se dividía España en *diez y siete regiones*, como si tal división pudiera hacerse por un simple acto legislativo. Así se dió el caso de distinguir como regiones independientes la *Andalucía alta* y la *Andalucía baja*, *Castilla la Vieja* y *Castilla la Nueva*, *Extremadura*, etc., sin más razón que la de conservar algunas divisiones históricas, reconociendo de paso el carácter nacional de los antiguos reinos.

No son simples cuestiones de detalle, meros accidentes de forma lo que separa á los regionalistas de los federales. Ellos quieren, además, como todo partido madrileño, concentrar la vida en la capital de España. Los federales constituyen una mera agrupación política; los regionalistas aspiramos á mucho más que á cambiar la actual organización po-

lítica: aspiramos á dar á las regiones su antiguo carácter, constituyéndolas en *pequeños Estados nacionales* dentro del gran marco de la *unidad política de España*.

* *

El Sr. Castelar, el orador ateniense, el que según dictámen del más sabio de los críticos españoles, de Menéndez Pelayo, es (1) un retórico y nada más que un retórico de los pies á la coronilla; unas veces escéptico, otras creyente; unas veces pagano, otras cristiano; evolucionista en todo, hasta en política, al pasar de la república á las antepasadas de la monarquía, después de maldecir á los reyes y cantar todas las democracias, Castelar es el gran impugnador del *regionalismo*. Nos consta que tiene verdadero empeño en presentarnos como enemigos de la unidad política nacional, como conspiradores peligrosos y separatistas empedernidos. ¡Y fuera bendito de Dios que se contentase con esto sólo! En cierta ocasión vió en Madrid á uno de nuestros eximios literatos gallegos, su antiguo amigo, y después de hablar largo rato de letras, recayó la conversación sobre el *regionalismo*; aquí el Sr. Castelar perdió los estribos, como suele decirse, y dijo al escritor gallego estas ó parecidas palabras: «Ustedes los regionalistas están haciendo la causa del *carlismo*; como ellos aborrecen ustedes al parlamentarismo, piden la descentralización política y administrativa y tienden como ellos á una especie de federalismo incompatible con los antecedentes históricos de España y las ideas modernas.»

Esto ha dicho el Sr. Castelar, y por más que su criterio político nos merezca muy poca consideración, por ser siempre tan versátil é inconstante, es menester que concedamos á sus afirmaciones cierto valor relativo, porque vienen á ser la expresión fiel de lo que acerca de esta cuestión sienten y piensan algunas gentes.

No sabemos si el Sr. Castelar y sus adoradores pertenecen á esa masa de dialécticos que todavía discurren sobre los falsos principios sentados por otros, sin haberlos analizado ó discutido previamente; decimos esto porque entre cierta clase de vulgo pasa como moneda corriente creer que el *tradicionalismo*, ó mejor dicho, el *carlismo*, es sinónimo de *absolutismo*; hay quien sin haber oído antes á los interesados ni leer su programa, entiende que D. Carlos es una especie de Felipe II del siglo XIX, y que sus partidarios intentan restablecer en España la *Inquisición* del Sr. Echegaray, con prisiones, quemaderos y *trenzas incombustibles*, la monarquía de los virreyes y corregidores y el gobierno absoluto, tal como se entendía y aplicaba en la España de los siglos XVI y XVII. La tendencia de los parlamentarios y republicanos es hacer de D. Carlos un D. Fernando de la Cerda, una especie de pretendiente anacrónico.

El sentimiento de justicia y el deber de toda conciencia honrada exigen el combatir y rechazar tales errores antes de establecer las diferencias que separan á los *regionalistas* de los *carlistas*. De otro modo, nuestra labor resultaría defectuosa é incompleta; si nuestros lectores entendiesen, equivocadamente, que *carlismo* es sinónimo de *absolutismo*, nuestro trabajo no tendría más importancia que la bien sencilla y al

(1) Recuérdese que esto se escribía en 1891, en vida de Castelar. — N. DE LA D.

paso excusada y estéril, de trazar la línea divisoria entre la *centralización* encarnada en los gobiernos *absolutos*, y la *descentralización* que defiende el *regionalismo*.

Lo esencial es deslindar los campos; cierto que á veces estas cosas no se alcanzan á los que han cursado la ciencia política en los cafés y no han tenido más pasto intelectual que la lectura superficial de la prensa diaria. Con estos no podemos entendernos. No basta que se sepan las cuatro reglas de la aritmética para resolver los problemas algebraicos.

El *carlismo*, tal como lo explican sus más ilustres defensores y propagandistas, no es un partido parlamentario, es una comunión de españoles que, bajo el lema de *Dios, Patria y Rey*, intentan plantear la monarquía *representativa pura*, en la que el soberano *reina y gobierna*, á despecho de Benjamin Constant, asistido de unas *Cortes* formadas por diputados elegidos por los gremios y las universidades, y con *mandato imperativo y limitado*. El poder del soberano queda circunscrito á todo cuanto sea de interés común en los antiguos reinos ó regiones; en el orden administrativo profesan la más amplia descentralización, y por tanto, la autonomía de los Municipios y de los organismos superiores de carácter regional.

Un querido amigo nuestro, antiguo compañero en las aulas y en la prensa, brillante figura hoy del partido carlista, y cuya pasmosa elocuencia tiene todas las sublimidades de la de Donoso, D. Juan Vázquez de Mella, en fin, ha reducido á fórmula muy breve el credo carlista. «Nosotros queremos establecer—me decía hace dos inviernos en Santiago—una especie de monarquía federativa con D. Carlos de Borbón por soberano y la *unidad católica* y la

descentralización administrativa como base de nuestra constitución política.» ¡Admirable síntesis! Sólo al talento de Mella es dado llegar á conclusiones tan definidas y concretas.

En efecto, el *carlismo* lucha por establecer en España un *federalismo monárquico hereditario*, partiendo de la *legitimidad dinástica*, representada por D. Carlos; pero un federalismo cimentado sobre la historia de los antiguos reinos españoles, y que es puramente tradicional y cristiano. Seguramente que no nos combatirán los carlistas si les decimos que su partido es una de las formas del federalismo orgánico y que, por lo tanto, el *carlismo* es un *federalismo legitimista dinástico, tradicionalista y católico*. De este sistema político al del *absolutismo*, hay una enorme distancia. Hoy, únicamente los demagogos vulgares, los devotos de aquel Chies municipal y rural, y los sabios de guardarropía, confunden lastimosamente ambos sistemas.

Y ahora bien: ¿ese *carlismo*, así entendido y explicado, es el *regionalismo*? ¿Podemos permanecer callados ante las acusaciones republicanas y parlamentarias que nos tildan de *carlistas* y ante las rotundas afirmaciones de los partidarios de D. Carlos, que no conciben más regionalismo que el profesado por ellos? ¿Por qué ese ciego empeño de negar nuestra personalidad política y apoderarse de nuestros principios como bienes de perdidos? ¿Hablaban los *carlistas* y los *federales* hace una quincena de años del *regionalismo* que ahora se apropian? ¿Somos acaso la *Centicenta* de la política moderna, más atenta á su propio engrandecimiento que al bienestar y engrandecimiento de la patria? ¡Ah! no. Es preciso que nuestros adversarios nos respeten, si

ellos quieren á su vez que los respetemos: al afirmar que somos *regionalistas*, en nada ofendemos á carlistas ni federales. ¿Qué dirían ellos si por esos mundos de Dios anduviéramos predicando que *carlistas* y *federales* eran la misma cosa, porque coincidían en la *descentralización* y en el odio al actual parlamentarismo?

Los carlistas defienden la *forma monárquica* para el federalismo que intentan, y esta exclusión de la *forma republicana* no puede aceptarla, en absoluto, el regionalismo. Además, los *carlistas* reconocen como base esencial de su programa la *legitimidad* de D. Carlos de Borbón, que nosotros no discutimos, porque ni la admitimos ni la rechazamos; nos es por completo indiferente. Las cuestiones dinásticas son ajenas por entero al *regionalismo*, y, sin embargo, de una hacen los carlistas la base principal de su programa.

Las diferencias no son de mero accidente, como algunos piensan; los carlistas no podrían consentir jamás que la dinastía reinante fuese la que llevase á la práctica el programa político descentralizador y federativo de D. Carlos; á los regionalistas nos es igual que sea D. Alfonso XIII ó D. Carlos VII los que planteen el regionalismo en España. En este sentido casi nos separa un abismo á *regionalistas* y *carlistas*.

Y la diferencia resulta más patente y clara si se tiene en cuenta que los *regionalistas* también admitimos como buena la forma republicana. Con un *presidente* ó con un monarca *electivo* (el nombre no hace al caso), puede establecerse lo mismo la constitución regional.

El error, el sofisma de los carlistas y de los federales está contenido en la siguiente pregunta: Si el *regionalismo* ha de ser algo *concreto* y *práctico*, ¿en qué partido ha de en-

carnarse? ¿Es federal? ¿Es carlista? ¿Es republicano? ¿Es monárquico?

Aunque parezca mentira, tal pregunta se hace, tal sofisma se acepta aun por personas sesudas y graves.

¿Qué obcecación! ¿No tiene el *regionalismo* su programa? ¿No cuenta con hombres que lo defienden? ¿No funcionan *centros* y *comités* en Cataluña, las Vascongadas y Galicia? ¿No tiene su prensa que lo apoya? ¿Qué más necesita un partido para ser independiente y optar, como los demás, á la gobernación del Estado, según las buenas teorías del Derecho moderno? Los *regionalistas* de hoy podrán mañana admitir en su partido, y lo harán muy gustosos, á federales y carlistas, á centralistas y parlamentarios que, renunciando á sus errores, se acojan á nuestra bandera.

Entonces se engrosarán nuestras filas, se aumentará nuestro prestigio, se extenderá nuestra influencia y no seremos nosotros solos; serán ya los hombres honrados y escarmentados de los otros partidos los que anhelan un Gobierno nacional incapaz de las vergüenzas y de las infamias que á España deshonran ante Europa, y todos juntos, todos unidos, escogemos la forma de gobierno que más convenga, cosa que viene á ser muy accidental dentro del programa regionalista.

El *regionalismo* tiene ya sus jefes reconocidos, sus asambleas, sus juntas, su prensa, especialmente en Cataluña y Galicia, y, por consiguiente, preguntar en qué partido ha de encarnarse el *regionalismo* equivale á la inocentada de preguntar en qué partido ha de encarnarse el *carlismo* ó el *federalismo pactista*. Cada espíritu está ya dentro de su propia carne, y el *ente político* forma un todo completo, orgánico y subsistente por sí mismo. Lo contrario sería in-

currir en una especie de *panteismo político*, haciendo de los *tres* partidos uno solo.

Por lo demás, no se nos oculta que está justificada en cierto modo la ofuscación que padecen algunas personas, al confundir el *regionalismo* unas veces con el *federalismo* y otras con el partido *carlista*: los tres sistemas políticos son ramas de un mismo tronco, y en este sentido podemos afirmar que son *partidos similares*. La razón está en que los *tres* reconocen como base la *descentrali-*

zación más ó menos extensa y conceden á las regiones ó antiguos reinos españoles la personalidad histórica y jurídica que le niegan los unitaristas, y los *tres* odian el sistema *parlamentario* y *centralista* que agolpa toda la vida nacional en el centro y en donde el gobierno reviste una forma oligárquica y casi siempre encubiertamente despótica.

ALFREDO BRAÑAS.

Santiago 1 de Febrero de 1894.





Reformas en la enseñanza.

AL MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

Bacmo. Sr.:

La Asociación de Catedráticos numerarios de Instituto, vista la Real orden circular del 10 de Julio último sobre las reformas de carácter técnico de la enseñanza oficial, no cumpliría su deber si no acudiera solicita al cortés llamamiento de V. E. para tomar parte en la información por dicha circular abierta, exponiendo con lealtad sus opiniones; si á ello no la obligaran desde luego los términos patrióticos y entusiastas con que se reclama el concurso de todas las personas de buena voluntad interesadas en la transformación de nuestras enseñanzas, bastaría la conciencia que la Asociación tiene de sus deberes y de sus responsabilidades, para obligarla á emitir su desinteresado informe sobre puntos en que su silencio merecería ser tildado justamente de descortés y de culpable, pues tanto se peca á veces por omisión como pueda pecarse por acción.

Ha llamado con sobrada razón la atención de V. E., el hecho de que en el primer avance realizado para conocer la situación del personal extranjero técnico en España, la estadística, aun con todas sus notorias deficiencias, haya revelado la existencia de 1.386 extranjeros dedicados en España á la lucrativa dirección técnica de fábricas y talleres, y al ejercicio de sus profesiones de ingenieros, peritos, montadores de máquinas

ó tenedores de libros, cuyos salarios ó emolumentos no ascienden á menos de pesetas 5.220.000; estas cifras, que no es aventurado estimar rebajadas en una mitad, ya por ocultaciones voluntarias en previsión de posibles medidas fiscales, ya por dificultades de investigación ó por tibiezas de voluntad de las autoridades llamadas á secundar la noble iniciativa de V. E., son para España una verdadera vergüenza que pone de relieve su estado de atraso, confundiéndola con los Estados que se hallan todavía en plena colonización.

Bien hace V. E. en alarmarse, descubriendo sin contemplaciones á los ojos del país enfermo la terrible llaga que mina su salud; lo primero que se necesita para obtener la curación de un mal, es que se conozca ese mal, no sólo el médico que ha de curarlo, sino el enfermo mismo, que ha de sacrificar sus caprichos y sus preferencias para sujetarse al régimen que se le prescriba, poniendo de su parte toda la fe en los remedios y toda la voluntad en la sumisión al régimen prescrito, que da la clara conciencia del padecimiento y la manifiesta decisión de salvarse de sus mortales acometidas.

¿Qué género de motivos—se pregunta Vucencia—puede obligar á las Empresas particulares de un pueblo cuya situación económica nada tiene de envidiable, á reclamar el auxilio de técnicos extranjeros para confiar

les la dirección de sus negocios á costa de penosos sacrificios? La causa—se contesta Vucencia—es la absoluta deficiencia de nuestra enseñanza popular, el carácter sobradamente escolástico y teórico de la segunda enseñanza; la menguada organización de nuestras enseñanzas comercial, industrial y agrícola; la escasa difusión de éstas, y, sobre todo, la pésima organización de nuestra instrucción primaria. Todo esto hay que remediarlo, pero sin olvidar la penuria de nuestro Tesoro; ante esta suprema consideración, Vucencia no acierta con mejor remedio que el de aunar todos los esfuerzos, hoy repartidos, organizando en cada provincia una amplia unidad educativa, que haga penetrar en nuestros Institutos clásicos el ambiente de la vida moderna, poniendo á la vez en contacto fraternal las diversas clases de juventud que después han de repartirse entre las distintas categorías sociales, y realizando así una generosa obra político-social de incalculable alcance, al mismo tiempo que se solucionan, del modo más práctico posible, las dificultades de orden económico del problema.

No es de ahora, ni es tampoco privativo de España, el estado de cosas que todos lamentamos; en mayor ó menor grado, todas las naciones cultas lo han sentido y lo sienten, y todas le han buscado solución. Las exigencias de la vida moderna han mostrado en todas partes la insuficiencia de los tradicionales y rutinarios planes y métodos de enseñanza, y la necesidad de acomodar los estudios á las imperiosas exigencias de la vida real. Más que el conocimiento de las civilizaciones que pasaron, como las de Oriente, Grecia ó Roma, nos interesa el conocimiento de las civilizaciones nacientes, como las de América ó el Japón: más que los timbres históricos de tales ó cuales comarcas ó ciudades, su desarrollo industrial ó mercantil y sus vías de comunicación; más que el dominio de las lenguas eruditas, el de las lenguas y dialectos vivientes; más que las grandes teorías cósmicas y físicas, las aplicaciones prácticas y los hechos positivos; más que la sabia explicación de un teorema matemático, la pronta solución de

un problema de contabilidad ó de ingeniería. El espectáculo de los vetustos pueblos asiáticos vegetando miserablemente, cuando no muriendo de hambre en medio de su inagotable fecundidad filosófica y teológica, frente al de los modernos pueblos americanos, levantándose florecientes hasta un grado de riqueza y bienestar material jamás conocido, es de tal modo sugestivo que no extraña que las ya carcomidas organizaciones europeas se preocupen hondamente de los medios de evitar caídas tan mortales como las de aquellos pueblos, buscando la manera de competir en bienestar con estos otros. Todos han comprendido que la raíz del mal está en la educación de la raza, y todos se han esforzado en transformar esa educación para adaptarla á las nuevas necesidades; el Japón, surgiendo en el extremo Oriente como pueblo remozado y vigoroso que impone condiciones á la decrepita China y hace escuchar su voz en el concierto de los grandes Estados cultos, es ejemplo concluyente de lo que puede hacer una nación en poco tiempo cuando, con clara conciencia de su deberes y de sus aspiraciones, se decide á cumplir los unos para realizar las otras.

Prescindiendo de pormenores, y sin fijarnos más que en las grandes líneas generales y en la orientación de las reformas de la enseñanza llevadas á cabo en los diversos países, puede decirse que la cuestión se ha resuelto donde quiera mediante la creación de una doble serie de instituciones: una destinada á la educación á lo antiguo, y otra á la educación á lo moderno, que son tipos más ó menos perfectos los gimnasios y escuelas realistas en Alemania, los liceos clásicos y modernos en Francia y los Institutos clásicos y técnicos en Italia. Esta doble organización, es, sin embargo, costosísima, no estando tampoco los resultados obtenidos en relación con los enormes sacrificios hechos y hallándose, por consiguiente, en tela de juicio la conveniencia de tal sistema educativo.

Forzados á buscar soluciones que se armonicen con la pobreza de nuestros recursos, y teniendo que desechar todas las que vienen indicadas por los más sanos y probados prin-

cipios pedagógicos, como son las que se hacen en la división y especialización del trabajo, porque esta división, condición indispensable de la intensidad, sin la cual no hay verdadero dominio de la materia docente, no puede obtenerse sino á costa de enormes gastos de personal y material, que desgraciadamente nos está vedado hacer. tenemos que pensar en otros procedimientos que nos permitan alcanzar, si no el ideal á que aspiramos, á lo menos mejoras positivas que nos acerquen á él lo más posible.

¿Qué objeto nos proponemos conseguir? Acabar con nuestra servidumbre intelectual; redimirnos del tributo que tenemos que pagar al extranjero; hacer que España sea para los españoles; poner nuestra cultura al nivel de la cultura extranjera. Para esto necesitamos una verdadera revolución, porque hay que cambiar nuestro sistema de educación para llegar á la transformación de nuestro carácter. Hay que empezar por la Escuela de párvulos y terminar por la Universidad, eslabonándolo todo, relacionándolo todo en un gran Código de Instrucción pública, que guíe los pasos del ciudadano español por la senda del saber, capacitándole para el cumplimiento consciente de su misión individual, política y social.

La Asociación de Catedráticos numerarios de Instituto acepta y aplaude el espíritu expansivo en que se inspira la circular de V. E., y sin tocar más que de pasada la parte del problema que afecta á la instrucción primaria, para afirmar la conveniencia de introducir en la misma el trabajo manual y las prácticas de taller en la medida posible, destruyendo todo procedimiento de aprendizaje puramente memorista, y recomendando como modelo la Escuela Froebel, de Madrid, se fijará principalmente en la parte del problema que se refiere á la segunda enseñanza.

¿Cómo podremos lograr que los cinco ó seis años de trabajo empleados por la juventud española en nuestros Institutos resulten verdaderamente fructuosos, de manera que esos establecimientos se transformen de meras fábricas de bachilleres en plantel de ciudadanos útiles?

Añejo es ya el grito de combate que, predicando la cruzada contra el inmoderado afán de la familia española—trasunto fiel de la francesa ó la italiana—de hacer de sus hijos doctores ó licenciados, pretendía apartar á la juventud de los Institutos para llevarla á las Escuelas de Artes y Oficios, de Comercio ó de Náutica; pero la experiencia de los últimos años ha demostrado bien cumplidamente lo infructuoso de semejante campaña, que no ha logrado desviar la corriente de su antiguo cauce. Este fenómeno, cuyo alcance no puede desconocerse, puede servirnos de guía, indicándonos la conveniencia de agrupar en un solo centro todas las enseñanzas que, teniendo un tronco común, guarden entre sí relación, para que, recibida en común la educación general, irradian luego como de un solo foco las distintas especialidades, y salgan de ese centro único los futuros médicos y abogados, peritos y comerciantes, ingenieros y profesores. Tal vez parezca esta creación poco pedagógica; pero ya hemos hecho en este punto nuestras salvedades. En cambio, sobre ser más económica, será altamente política y moral, porque pondrá en contacto directo y fraternal á los representantes futuros de las diversas categorías sociales, haciéndoles conocerse y estimarse como miembros de una misma familia y órganos esenciales de un mismo cuerpo.

Los padres, por otra parte, que, por preocupaciones disculpables, envían sus hijos al Instituto, creyendo que al enviarlos á una Escuela Normal ó de Artes e Industrias se rebajan ó denigran, sentirán desvanecida esa preocupación al ver que del mismo centro salen los peritos mecánicos, agrícolas ó electricistas que los futuros doctores; y esta consideración, por pueril que parezca, producirá seguramente excelentes resultados, empujando á las familias á optar por una carrera breve y de aplicación inmediata en lugar de una carrera larga, de problemático porvenir.

No dejaría de ser tampoco una reforma plausible la de romper con la monotonía y la uniformidad de los actuales establecimientos docentes, todos acomodados al mismo tipo y ajustados á idéntico patrón. Conser-

vando la uniformidad en las grandes líneas generales y en la armadura de los nuevos organismos, sería preferible dotarlos de órganos diferenciales, adaptados á las exigencias, medios y condiciones de cada localidad, para que no se repitiera el caso de que la Escuela de Artes é Industrias de Béjar, población eminentemente fabril, donde la industria pañera tiene gran desarrollo, sea lo mismo que la de Almería, que se distingue por la riqueza de sus explotaciones mineras. cuando convendría, por ejemplo, dotar la de Béjar de una clase de tejidos y tintes, y la de Almería de otra de química aplicada á la minería. El ejemplo de Salamanca, cuyo Ayuntamiento sostiene desde hace más de veinte años una Escuela municipal de Artes y Oficios, en la que se estudian las materias que la experiencia ha demostrado ser allí de más aplicación, presentando, por lo mismo, un carácter mixto de Escuela de Comercio, Instituto, Escuela Normal y Escuela de Bellas Artes, con tanta aceptación y éxito, que su matrícula no baja ningún año de 400 alumnos, demuestra que ese es el camino que debe seguirse para llegar á resultados verdaderamente prácticos.

Nada, sin embargo, se lograría con tales innovaciones, como no fuera una perturbación más, mucho más honda que todas las ya producidas, si al mismo tiempo no se procurara, por todos los medios, dotar á los establecimientos de enseñanza del personal y material necesarios para el cumplimiento de su misión. Hay que prever, por unas y otras causas, un aumento extraordinario en las matrículas, que aparentemente constituiría un triunfo del sistema, pero que en la realidad sería un tremendo fracaso si el Estado tuviera que confesar su impotencia cerrando por plétora las puertas de sus establecimientos, y dejando sin pan intelectual á la juventud que acudiera á su llamamiento, ó dándosele de menguada calidad y en cantidad insuficiente para su alimentación.

Salvada, como puede salvarse, esa gran dificultad de orden material, ya repartiendo tan pesada carga de modo que las instituciones docentes oficiales que se hallaran en determinadas condiciones y se sometieran á de-

terminados preceptos pudieran estimarse como una prolongación ó extensión de las instituciones oficiales—lo cual sería, seguramente, lo más práctico, y tal vez lo más político.—ya acometiendo valientemente, por medio de un empréstito, si es preciso, la reforma del material inmueble, y aumentando el personal auxiliar en la medida necesaria para que ningún profesor tuviera á su cargo secciones ó clases de más de 50 alumnos—lo cual, aunque constituye la única solución definitiva del problema, sería costosísimo, y desde luego, por lo que toca á los inmuebles, de imposible realización inmediata,—quedaría todavía por resolver otra parte no menos delicada, la que es objeto especialísimo de la información abierta por V. E.: «las reformas de carácter técnico».

Tenemos ya, en efecto—asi queremos suponerlo—en cada capital de provincia un centro docente, una «amplia unidad educativa», llámese Liceo ó Seminario, Gimnasio ó Instituto, Escuela ó Academia, donde se ha concentrado toda la actividad educativa del Estado para la obtención de todo el personal culto del país, y de donde han de salir ya jóvenes completamente pertrechados para la lucha por la existencia, como los peritos agrícolas, mecánicos, electricistas, químicos, mercantiles é industriales, ó como los maestros elementales, intérpretes, corredores de comercio, capataces, auxiliares de la Administración, secretarios municipales, practicantes de Medicina y de Farmacia, etc., ya otros preparados suficientemente para ingresar en las grandes carreras universitarias, profesionales y superiores, civiles y militares del Estado; el Instituto, fábrica hasta el presente de bachilleres, se ha convertido en semillero de ciudadanos útiles que, antes de pasar á ganar su sustento en una fábrica ó en una tienda, en un laboratorio municipal ó en una estación de ferrocarril, en una oficina del Estado ó en una farmacia, en una escuela ó en un consulado, han de haber hecho, durante más ó menos tiempo, vida común, sentándose en las mismas aulas, recibiendo el mismo alimento intelectual y tomando parte en los mismos juegos y recreos; hemos salvado, de

uno ú otro modo, las dificultades que oponen las rutinas y los prejuicios, y las mayores y casi insuperables de orden económico, y tenemos todo el personal en sus puestos, las clases funcionando y viviendo la nueva institución. Nada absolutamente habremos hecho si los encargados de dirigirla siguen siendo flojas voluntades y vetustos cerebros de fósiles rutinarios, y si dejamos en pie los actuales procedimientos educativos.

Al habiarse en la circular de V. E. de «formas de carácter técnico», pudiera entenderse que estas reformas se referían á las materias que habían de estimarse como técnicas por oposición á las clásicas; pero bien estudiada la circular, la Asociación de Catedráticos entiende que la información se refiere especialmente, además del punto capital ya tratado de la creación de un gran centro educativo, á los procedimientos que deben emplearse para que la enseñanza tenga el carácter eminentemente práctico y experimental que se requiere para que sea fructuosa, y á los medios de arbitrar recursos para dicho objeto.

Debemos en esta materia no pagarnos de palabras ni de equívocos, y exponer con franqueza y lealtad nuestra opinión. ¿Qué es lo que necesitan las enseñanzas experimentales? Muchos experimentos, y para llevarlos á cabo, laboratorios, gabinetes, talleres, campos de experimentación, etc. ¿Falta algo de esto en los actuales Institutos? En mayor ó menor grado, no; pues todos tienen sus gabinetes de Historia Natural y de Física, su jardín botánico y su laboratorio químico. Pero, ¿se saca el partido debido de estos elementos? No; los ejemplares de Historia Natural suelen apolillarse sin que los toquen los alumnos; los laboratorios químicos no se utilizan casi nunca y los jardines botánicos suelen servir únicamente para surtir de flores la mesa del Director del Instituto. ¿Por qué así? Por la misma razón por la que, á pesar de haberse ordenado repetidas veces, los alumnos no visitan fábricas ni talleres, museos ni monumentos de ninguna clase, y por otros motivos algo más justificados. Por dos órdenes de causas: uno, el de nuestra ingénita

apatía meridional y el ningún celo de los centros directivos, altos y bajos, por exigir á cada cual el cumplimiento de su deber; otro, el de la escasez ó nulidad de fondos para adquisición ó reposición del material.

Para remediar lo primero importa colocar al frente de los establecimientos de enseñanza y de los altos centros directivos, sin consideración ninguna á ingerencias políticas ni á compadrazgos personales, ni á mal entendidos respetos y sensiblerías, Profesores de limpiísima historia, de competencia probada, de celo indiscutible, encariñados con su profesión, identificados con el pensamiento de la reforma y capaces de exigir á los demás el cumplimiento de sus deberes, empezando por darles ejemplo con el cumplimiento de los suyos. Para atender á lo segundo no hay más remedio que arbitrar recursos para dotar ante todo á los establecimientos del material de experimentación que necesiten, en cantidad bastante para que todos los alumnos practiquen por sí mismos, y de tal calidad que sea siempre lo mejor y lo más moderno; cátedras experimentales en que sólo sea el Profesor quien, á guisa de prestidigitador, dé una función de mecánica ó de electricidad, de química ó de psicología á sus alumnos; sin que éstos pasen de meros espectadores, no darán nunca el personal práctico y experto que se aspira á crear.

Pero para llegar á este resultado se necesitan dos condiciones: allegar recursos y asegurarse de su buen empleo. De nada serviría que el Estado impusiera á los contribuyentes un sacrificio más, si ese sacrificio resultara tan estéril como el de los actuales jardines botánicos; se consignaría una partida para adquisición y conservación de material científico, y esa partida, ó no se invertiría debidamente ó serviría para almacenar el material adquirido en una vitrina ó en un estante, sin provecho para nadie. ¿Cómo evitar estas contingencias, que la experiencia señala, desgraciadamente, como posibles? Acabando de una vez con el doble error, dentro del cual se mueven y viven los establecimientos oficiales, especialmente los de segunda enseñanza, al ser estimados por el Estado como fuentes

de ingresos y por las familias como establecimientos de beneficencia.

Es preciso que el Estado, que por boca de sus Ministros ha proclamado ya repetidas veces que la enseñanza es una carga y no puede ni debe ser un beneficio para el Tesoro público, invierta todos los productos de la enseñanza y todo lo demás que sea necesario, en dotar á los centros educadores del material fijo, mueble é inmueble, que requiera la educación de la juventud; y es preciso también que los alumnos de las clases experimentales abonen las cantidades necesarias para sus prácticas, ejercicios y experimentos, á fin de reponer el material gastado sin temor á que se agote un frasco de sales ó se rompa una retorta ó se desgaste un tornillo. Posible es que ciertos padres de familia de esos que se desprenden gustosos de 20 ó 30 duros mensuales por desentenderse de sus hijos, mandándolos á un colegio, y gritan después como enorgüenados si les hacen gastar 15 ó 20 pesetas en un libro para todo el curso, protesten airados contra esta nueva carga; pero el Estado debe cerrar los oídos á semejantes protestas y reemplazar con su acción tutelar el inconsciente abandono de esos padres, haciéndoles ver que lo que importa á la Patria y á las familias mismas, no es tener sobresalientes ó aprobados, sino hombres que sepan, y que para saber es preciso estudiar y trabajar, no pudiéndose estudiar ni trabajar sin libros, instrumentos ni aparatos, que cuestan dinero y que hay que comprar, conservar y reponer.

No debemos, sin embargo, hacernos ilusiones. Estamos habituados á hacer las reformas en el papel, y donde más importa hacerlas es en las costumbres. Nuestra juventud no trabaja con la constancia que debiera, ni la que enseña ni la que aprende, porque no tiene fe en el trabajo, porque la experiencia le enseña que en España no suele premiarse el trabajo, sino la adulación, ni se asciende por méritos contráidos, sino por el favor del personaje influyente; nada se hará de provechosamente duradero, cualesquiera que sean las mejoras en la organización de la enseñanza, si aquí no nos decidimos todos

á proteger el mérito premiando la virtud, la honradez, la inteligencia y la laboriosidad. El convencimiento en la juventud de que el único camino viable para el logro de sus aspiraciones legítimas es el trabajo, que ennoblece y redime, hará más por la transformación del país que todas las reformas que pudieran implantarse; media docena de saludables medidas de rigor, expulsando del Profesorado á los pocos que los prostiluyen y envilecen con su conducta pública y privada, harían más por la dignificación y prestigio de la clase; que todas las mejoras que para ella pudieran recabarse. ¿Cómo se han de escribir buenos libros en un país donde sólo encuentran protección oficial los indocumentados de la literatura, y donde la difusión de un texto se halla en relación, no con su mérito intrínseco, sino con el tanto por ciento de utilidad que proporciona á quienes se prestan á recomendarlo? ¿Cómo han de verse concurridas las bibliotecas populares, que tan útiles pudieran ser para la difusión y vulgarización del saber, si las colecciones de que se componen, adquiridas y donadas por el Estado, constituyen indigesto farrago de papel inútil? ¿Quién ha de sentir estímulos para el trabajo con jefes que toman á chacota sus deberes y con colegas que hacen gala de infringirlos, estando seguros de su impunidad? Así se vician y se desprestigian, desde su origen, las más nobles iniciativas y los más generosos deseos, por falta de voluntad para el bien ó por sobra de voluntad para el mal, llenándonos la boca de palabras de regeneración, sin sentir un impulso en el corazón ni un movimiento en la voluntad para regenerarnos efectivamente.

Aplaudiendo, en definitiva, y sin entrar en más amplias consideraciones, la circular del 10 de Julio, celebrando el espíritu que la inspira y la orientación que señala, y agradeciendo se dé oídos á la pública opinión en materia que tanto debe interesarla, la Asociación de Catedráticos numerarios, acudiendo á la información abierta, y haciendo las salvedades que requiere su conciencia profesional en orden al valor pedagógico y científico de la reforma, al tenerla que subordi-

nar á necesidades de orden económico, estima que puede llegar á las siguientes conclusiones:

1.^a Es conveniente la transformación de todos los actuales establecimientos de enseñanza destinados á la cultura del hombre adulto entre los 10 y los 18 años, refundiéndolos en un gran centro en cada provincia, en el que, sobre la base de los actuales estudios de los Institutos, completados con todos los demás que sean precisos, se pueda tener, no sólo un plantel de bachilleres como obligado vivero para la obtención de licenciados y doctores en las diversas facultades, sino un plantel de jóvenes que al salir de ese centro puedan, ya desde luego, ya con algún estudio complementario, ganarse la vida con provecho para sí mismos y para la patria, como maestros elementales, procuradores, agentes de negocios, peritos mercantiles, agrícolas, industriales, electricistas, químicos y mecánicos, fotógrafos, telegrafistas, aduaneros, agrimensores, corredores de comercio, empleados de la Administración, secretarios municipales, fieles contrastes, delineantes, aparejadores, ensayadores, ayudantes de laboratorio, practicantes de medicina y de farmacia, capataces de cultivo, de minas ó de obras públicas, tenedores de libros, etc.

2.^a Para llegar á esta transformación es absolutamente preciso contar con locales adecuados y con personal y material suficiente para todas las necesidades de la enseñanza, de modo que no pueda haber ninguna clase que exceda de 50 alumnos, y que estos alumnos hagan por sí mismos todos los trabajos prácticos, ejercicios y experimentos que sean precisos en los laboratorios, gabinetes, granjas, talleres y museos del establecimiento.

3.^a Para atender á los gastos que ha de ocasionar la enseñanza práctica y experimental de las materias de estudio, se establecerá desde luego una matrícula especial para las clases prácticas, á fin de que los alumnos satisfagan los gastos que ocasionen la conservación y reposición del material de laboratorios, gabinetes, talleres y museos que han de utilizar para su aprendizaje.

4.^a Para atender á las exigencias á que ha de dar lugar el aumento de la matrícula y la nueva organización de los estudios, se acudiré á uno de estos dos procedimientos: el de dar carácter oficial para ciertos efectos á los establecimientos privados que reúnan las condiciones que se señalan en sus locales, material de enseñanza y personal docente, considerándolos como una prolongación del centro oficial, interviniendo sus trabajos y garantizando sus resultados por medio de notas mensuales de inspección del profesorado del Estado, ó el de acometer valientemente la reforma, mediante la contratación de un empréstito nacional de 125 millones de pesetas, destinado á la transformación de los actuales Institutos, Escuelas Normales, Escuelas de Comercio y Escuelas de Artes é Industrias, en un gran centro educativo, en la forma requerida por las conclusiones anteriores, con amplios pabellones para el internado de los alumnos, con salas de estudio, dormitorios, cocinas, bibliotecas, comedores, patios y parques para juegos y ejercicios al aire libre y á cubierto, y todo lo necesario para hacer lo más grata y provechosa posible la estancia de los internos y medio pensionistas en el nuevo Instituto.

Dicho empréstito, que podría emitirse en obligaciones amortizables en un plazo máximo de cincuenta años y con un interés no superior al 4 por 100, tendría como garantía los edificios mismos que se construyeran, los productos que se obtuvieran del internado y medio internado, el exceso de ingresos sobre los gastos de los establecimientos, la garantía subsidiaria de cada provincia por lo que á prorrato le pudiera corresponder por la parte de empréstito que en ella se hubiera invertido para la creación del centro correspondiente, y la garantía general del Estado.

Como los terrenos para las nuevas construcciones habrían de ser cedidos por los Ayuntamientos y Diputaciones; como la venta de los edificios actuales que resultaran inadecuados para la transformación habría de producir cantidades de consideración, y como en algunas provincias serían utilizables sin grandes desembolsos los edificios actua-

les, es seguro que la cantidad presupuesta para el empréstito sería más que suficiente para el objeto indicado, y que con los recursos actuales y los apuntados habría garantía sobrada para asegurar el pago de intereses y amortización, sin mayor gravamen para el Estado.

Esto no obstante, si el proyecto de empréstito pareciera demasiado atrevido u oneroso, podría obtenerse el mismo resultado cesando la explotación, durante cierto número de años, del servicio administrativo de la enseñanza á una ó varias Compañías que se ofrecieran á construir los edificios indicados, con intervención del Estado.

5.^a Los nuevos Institutos, aunque iguales en su organización administrativa y en lo esencial de sus enseñanzas y métodos, no deben ajustarse á un patrón único, sino que deben tener cada uno su nota característica distintiva, en armonía con las necesidades y tradiciones industriales, artísticas y comerciales de la comarca en que se hallen enclavados, de modo que respondan á las conveniencias locales para la inmediata aplicación del personal apto que salga de dichos centros educativos.

6.^a La dirección de los nuevos Institutos será confiada á Catedráticos de probado y reconocido celo y competencia, cuyo amor á la enseñanza y entusiasmo por el prestigio de la clase sean firme garantía del cumplimiento de sus deberes profesionales.

7.^a Se impondrá severo correctivo al Catedrático que falte á sus obligaciones, ya incurriendo en faltas de asistencia con pretexto de otras ocupaciones, ó fingiendo enfermedades ó indisposiciones pasajeras, ya invirtiendo el tiempo de clase en explicaciones ó preguntas extrañas á la asignatura de que es titular, ya infringiendo los reglamentos ó disposiciones vigentes durante el curso ó durante los exámenes, ya dando motivo con su conducta académica á reclamaciones justificadas.

8.^a No se permitirá á ningún Catedrático dar lecciones particulares de ninguna clase. Los auxiliares podrán obtener autorización para darlas, con la precisa condición de no

poder intervenir en exámenes de asignaturas ni de grados de ninguna clase de alumnos, y de ponerlo en conocimiento del Jefe del Establecimiento. La infracción de estas prohibiciones dará lugar á la formación de un expediente, que terminará por la separación ó jubilación forzosa del Catedrático ó del auxiliar, si resultara probado el hecho.

9.^a Para nutrir las bibliotecas de los Establecimientos de enseñanza, cada Catedrático formará anualmente una lista de las Revistas y obras nacionales ó extranjeras que estime más necesarias para el estudio de su especialidad; reunidas las listas de cada Claustro, los Directores las remitirán á la Superioridad, y una Junta especial, nombrada al efecto, se encargará de elegir las que parezcan preferibles, para remitirlas á los Establecimientos respectivos, consiguiéndose anualmente en presupuestos la partida que al efecto sea necesaria. No se adquirirá por el Estado ninguna obra que no sea de las reclamadas en esta forma por los Establecimientos oficiales de enseñanza, surtiéndose del mismo modo las bibliotecas públicas populares.

10. Para el surtido del material científico de los gabinetes de Historia Natural, Física, Agricultura, Lingüística y Geografía, Museos de Historia y de Bellas Artes, campos y granjas de experimentación, talleres, gimnasios, salas de dibujo y laboratorios de Química y de Psicología, los Catedráticos respectivos formarán sus notas, expresando, á ser posible, los precios y puntos de venta de los objetos pedidos, y la Superioridad acordará la adquisición y envío de lo que juzgue más urgente y necesario, incluyendo en presupuestos la partida correspondiente.

11. Entre los Catedráticos de cada especialidad que lo soliciten, el Ministro elegirá uno todos los años que recorra una ó más naciones extranjeras para el estudio de su especialidad, durante un curso, con la precisa obligación de redactar y publicar una Memoria dentro del año siguiente á su regreso, con los resultados obtenidos; estos Catedráticos disfrutarán de todo el sueldo y de una indemnización de 2.000 pesetas, debiendo

acreditar su residencia en el extranjero mensualmente por medio de certificados de los Consulados respectivos, y sus visitas á los Centros de enseñanza por medio de documentos fehacientes.

En ningún caso podrá salir de un mismo Establecimiento en el mismo año más de un solo Catedrático. Cuando sean varios los solicitantes, se dará la preferencia á los que no hayan salido anteriormente y á los que se ofrezcan á viajar por naciones distintas de las que ya hayan sido objeto de estudio en la misma especialidad en excursiones anteriores; en igualdad de condiciones, serán preferidos los más antiguos.

12. Para todo lo no expresamente deter-

minado en las anteriores conclusiones, la Asociación de Catedráticos mantiene los acuerdos votados por la Asamblea general de la clase en sus sesiones de 9, 10, 11 y 14 de Abril de 1900.

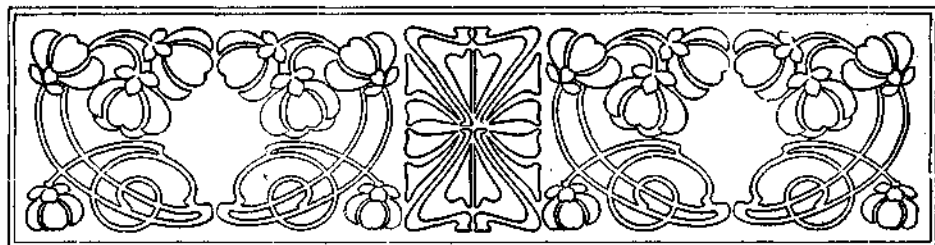
Tales son, excelentísimo señor, las conclusiones que en nombre de la Asociación de Catedráticos numerarios de Instituto, y por especialísimo encargo de su Comisión ejecutiva, tiene el honor, como Ponente, de formular el que suscribe, esperando sean del agrado y merezcan la aprobación de Vuecencia, cuya vida Dios guarde muchos años.

Madrid 1.º de Agosto de 1901.

FERNANDO ARAUJO.

(Del Instituto del Cardenal Cisneros).





La confraternidad hispano-argentina.

I

Lo que más me ha seducido al solicitar mi modesta colaboración para NUESTRO TIEMPO, honrándome mucho en ello, es la libertad de pensamiento que la dirección me acuerda, advirtiéndome en la carta-pedido la neutralidad de la nueva Revista cuya fundación no responde á fines *iberistas* de ningún género, ni á propiciar «ensueños de razas ni ilusiones de pueblos», anhelando, por el contrario, cultivar la realidad con amplitud é independencia, sin prejuicios ni estrechas limitaciones de programa.

Sólo así, libre en espíritu y mente, puedo aceptar la ocasión de comunicarme con los españoles de la Península, procurándoles una información útil sobre estas tierras, sobre las ideas y las costumbres aquí imperantes, sobre las rápidas evoluciones de esta sociedad mixtiforme en que vivo, y especialmente sobre todo aquello que pueda concurrir á la trabazón espiritual y de toda clase de intereses entre España y Sur-América.

Una independencia absoluta guiará mis

ideas. Hay palabras de contenido enorme que, en razón del abuso en el uso, han perdido todo su sentido vivo. Tal sucede á la palabra «libertad». Para mí es ella la primera del vocabulario, y siempre está latente su significado en mi espíritu. Las ideas sin libertad son formas estériles del pensamiento, movimientos de mente paralítica, ideas muertas, sin eficacia de ningún género. Tan miserable como la vida orgánica, estrechada entre las cuatro paredes de un presidio, es la vida cerebral empotrada en un dogma. Prefiero una tonelada de cadenas enroscadas á mis pies á una pauta que cifa mi pensamiento. Ruedo solo por el mundo desde apenas destetado; aún no sabía sonarme las narices cuando me insurreccioné contra el militarismo doméstico, contra el dogmatismo de hogar, y sobre todo, contra la tendencia paterna, que anhela sacar hijos á semejanza suya, empuñando así la variedad de la especie, el principio más hermoso de la labor del mundo. Mi buen padre echó tras de mí á la

Guardia civil, á la *benemérita*, como ustedes dicen, la cual no ha dado aún conmigo. Desde las sierras del Norte de España, donde huído (y no es metáfora) dormí muchas noches bajo la nieve, en la amable compañía de los jabalíes, me planté en las soleadas y libres llanuras de la Pampa, en la que he sido zagal, agricultor, *pulpero*, gaucho, hasta caer, por fin, en la manía de la filosofía y de escribir para el público. Vivo desde entonces diciendo la verdad, mi verdad, á criollos y españoles y á cuantos me han hecho la merced de la atención de sus ojos leyéndome. He escrito libros y multitud de artículos que encierran despiadadas censuras de la sociedad en que se han formado mi corazón y mi mente, agrias críticas, hechas, Dios lo sabe, con la mejor intención del mundo, y no por pesimismo sistemático, como ha dicho D. Juan Valera al juzgar una novela mía, *Teodoro Boronda*, en que trato del problema de la familia mixta de colonos y americanos, y más concretamente del desenvolvimiento de un español en América, cuya vida espiritual, en medio de sus hijos americanos, he tratado de pintar.

Nunca he sabido disfrazarme; y como todos padecemos ciertos pruritos de estética personal, creo que, sin ser hermoso de ninguna manera, estoy más guapo al natural que con dominó y antifaz. Además, nunca se guarda tan vivo recuerdo de una careta como de una cara, sin duda por ser aquélla una fisonomía muerta, con un gesto único, el de la muerte, así el cartonero haya puesto en ella el de la risa. Y yo tengo gran interés, por vosotros y por mí, en daros á conocer mi

verdadera cara espiritual, en ser todo verdad para vosotros, único modo, por otra parte, de que mis informaciones y juicios os resulten de alguna utilidad.

Siempre provoca resistencias lo sincero; pero es tan generosa su fuerza, tan activo su empuje, que al fin todo lo vence, trocando en estimación la ojeriza. Suele costar la verdad algunos trompazos; pero en el fondo son trompazos llenos de amor, que no sólo por odio se pelean los hombres.

Voy á terminar esta breve autopresentación, que he creído necesaria, diciendo que soy español, aunque no muy puro, nieto de alemán, hijo de francés y de vasca-española, lo que no quita para que sea, como el que más, un amador de España, al estilo de como la ama Galdós, que es para mí (y no lo digo por *Electra*) el más aguerrido Pelayo que la defiende contra la roña y contra todas las ideas telarañosas que la van reduciendo á polvo.

Obran en mi espíritu los elementos originarios y de educación, más la variedad de aires y de ideas en que he vivido, por todo lo cual no es mi españolismo de los que fían aún el porvenir al alcalde de Mostoles, que es una fórmula histórica para disfrazar la fe en el azar, la eterna fe política española. La leyenda patria tiene en mi espíritu escasa influencia, porque no se nutrió de su perfume mi infancia. En mi pobre fantasía (los vascos carecemos de ella) no ocupa lugar alguno la flotante capa blanca de Cabrera, de que habla el enorme Unamuno. Soy, discurriendo sobre España, un extranjero *criado en el universo*, que tal puede decir quien se haya educado en el seno de este aluvión emigratorio.

MIS ANTIESPAÑOLISMOS

No me entra el espíritu histórico español, el que está en la atmósfera nacional, que considera á Lepanto pura gloria española y el desastre de Trafalgar un error francés ú

otra cosa peor. Creo que el español de hoy no es belicoso, y hay para alegrarse de ello, porque señal es de que su espíritu toma otro rumbo más en consonancia con la época pre-

sente. Me parece también que Cánovas no fué un gran hombre ni mucho menos, dicho sea con permiso de sus admiradores. Obra suya, de su unitarismo mal dirigido, apelmazador, es el *acarneramiento* actual de la masa española, la muerte de aquel brio municipal que tan grande la hiciera en otros tiempos, levantando astilleros más útiles en Lequeitio que los modernos de Bilbao. No comoigo con aquellos fatuos españoles que creían resolver el problema del carbón de guerra, mandando un costal de cisco (en España sobran pequeños ciscos) á los que manifestaban sus temores por la falta de tal combustible á la escuadra de Cervera, ese admirable y adorable cristo, que hasta silbado fué en la cruz de su martirio, el último estóico español, el único por quien aún es admisible en nuestros labios la frase de Prim: «¡Viva España con honra!»

Por estas cuatro afirmaciones, sin relación de tiempo ni de lugar, quiero dar á entender que no participo de los mismos cultos de la mayoría de los españoles.

Y hecha la presentación, sólo me queda,

antes de entrar en el asunto de esta primera correspondencia, saludar á mis nuevos lectores, votando con ellos por una España próspera y feliz, de espíritu renovado, organizada para nuevos derroteros, con nueva savia que la haga brincar desde el centro de sus propios fósiles; una España fuerte, dura, laboriosa, culta, sagaz, maquiavélica y *saratustrana* á la vez, que buenos son todos los caminos que llevan al dominio; una España sin ética franciscana y pulguenta, sin *Doñas Perfectas* ni eruditos orbajosanos, ni *Estupiñás* en el comercio; una España que le busque las entrañas á la tierra y que meta en turbina los restos de su espíritu belicoso; una España industrial, llena de hombres de presa, por cuyo advenimiento siento desde aquí los gritos de Maeztu; una España sin la barbarie baturra ni el cretinismo chuleaco, sin la gracia en las nalgas ni el pedernal en la mollera; una España, en fin, oreada por los cuatro vientos, artística, de alma original y potente, sesuda á lo Gracián, no parlauchina y retórica á lo Herrera, profunda, ágil también como el alma de *Pío Cid*...

II

Nuestra España—tristeza da decirlo,—ha descendido, como en todo, en parentesco con su América. Su maternidad, parto fecundo de su antiguo genio creador, se ha trocado en una hermandad de cancillería, sin calor espiritual, proclamada por los intelectuales españoles en frios aluviones de retórica ateneística, y por el pueblo á gritos de orfeón.

Ocupándose Navarro Ledesma de un libro mío, decía entre otras cosas: «España ha quedado ahora respecto de América en la misma situación que el Sumo Pontífice cuando le quitaron el poder temporal.» ¡Leor, peor, mi buen amigo; porque al Papa le quedó sobre los cristianos su poder espiritual, mientras

España, en un siglo de abandono, aislamiento y decadencia, ha perdido sobre su América toda clase de influencia, temporal y espiritual, intelectual y política.

Y agregaba Navarro Ledesma, dando prueba de largas vistas: «Nuestro poder temporal ha cesado; hagamos cuanto nuestras fuerzas permitan para que nuestro prestigio espiritual aumente en los países donde se habla nuestro idioma». Aquí está el tuétano del problema. Pero ¿sirve el actual espíritu español para influir sobre el espíritu sudamericano, empapado, aunque á medias en el espíritu universal? No, no sirve; hay que decirlo con franqueza; no sirve por lo rancio y

cristalizado que se halla. Sobre un espíritu inquieto, joven, que, aun á tumbos incesantes, busca orientación entre los más avanzados, no puede influir otro espíritu estático, clavado á sus raíces antiguas, secular y vetusto, inmovible en medio de las marejadas de Europa.

En Buenos Aires, por ejemplo, abierto á todas las corrientes universales, la influencia española sobre el alma nacional es nula. En el espíritu del criollo bonaerense, que es el tipo sud-americano que mejor conozco, hay siempre un movimiento de rechazo por todo lo español. Es más; sólo reconoce las influencias atávicas cuando descubre en sí mismo algún nuevo defecto, profundo y garrafal, de esos que corroen hasta los zancajos el organismo de la República. Sólo por la línea de sus vicios y errores se ve descendiente del espíritu hispano, no creyendo de la misma procedencia las buenas cualidades que pueda tener. El fraude en el sufragio, la mentira política, el caciquismo agresivo, la concusión, el parasitismo burocrático, el nepotismo; el crónico y fluido palabreo parlamentario, saturado por la chirigota, por la viveza, que es el talento mancado; el desorden administrativo, que está á punto de llevar á la República al mayor abismo; la pereza, la blandura de raspa, el desprecio del trabajo, raíz idiosincrásica de los pechos fidalgos; la desenfrenada pasión por el juego, el culto lotero, la fe en el azar; el cultivo de la astucia supliendo al ejercicio de la fuerza; la infracción de las leyes menudas, la protección judicial al influente, al nombre de viso social; el honor fundado exclusivamente en la guapeza, en el valor encorcorado y chillón; la religiosidad de escapulario, fetiquista y gitana; la molicie de la mujer, educada á la turca, como la *Trisfana*, de Galdós, para el regalo sensual, para el deleite laxativo; el comer mal por vestirse bien, el cambio del pan por la levita, la miseria íntima sufrida en pro del aparato externo, la seda por encima y el esparto por debajo, el guarriismo en la alcoba y el alfombrado en la sala, la sartén enroñecida y el aldadón bruñido; el culto furioso de la apariencia, el perecer por parecer, el despilfarro en

lo superfluo y la tacañería en lo útil... Todos estos vicios, todo este mal gusto, el no saber vivir, que es la única barbarie verdadera, el trueque de los valores vitales superiores por los ínfimos, todo ello le parece al criollo, aunque descienda de italiano ó de inglés, que le viene de España. La fuente estará en España, aunque también en el criollo. En las mamas de la Madre Patria busca siempre la irresponsabilidad de sus vicios orgánicos. El americano, lo repito, no recuerda á España más que al descubrir en sí mismo nuevas máculas y deslustres. Todo vicio, toda aberración, la estrechez espiritual, toda teorización, todo pensamiento retrógrado, todo fracaso político y financiero, las energías perdidas en luchas menudas y estériles... ¡de España, de España viene todo eso!

Tiene el espíritu español entre los americanos algunos defensores, muy pocos, y aun creo que éstos defienden las cosas españolas por puro *sport* ó deporte, pues siempre hay quien gusta debatir con la mayoría, pulsear con la opinión compacta. Aquí se combate la filtración de todo lo español, desde los toros, la mojigatería y el chulismo, hasta las simples prácticas domésticas. ¿Hay razón para ello? Ponéos la mano sobre el corazón.

Es inútil, por lo tanto, que soñéis con ejercer sobre Sur-América cierta hegemonía espiritual, confiados en que para ello será suficiente el vehículo de la lengua. La influencia por la comunidad de idioma es muy relativa, como luego demostraré. Necesita España nuevo espíritu; energías más eficaces; una educación más amplia y menos teológica; mayores bríos creadores en su política, en su literatura, en su ciencia, en su industria y comercio; una renovación total en su alma, si quiere entrar con éxito en el concurso europeo, que se disputa la influencia espiritual y económica de los pueblos americanos. Necesita España mucha mayor fuerza de la que tiene, y para adquirirla debe ensayar toda clase de recursos, hasta el de guisar los garbanzos con aceite de hígado de bacalao, como dice mi amigo el Dr. Severiano Lorente, un médico español que desde la Pampa suele dar á España, en notables folle-

tos, saludables remedios para fortalecerse.

El señuelo de la galantería es anzuelo muy corto para pescar el espíritu de otro pueblo. Nada de fundamento haréis con agasajar á los americanos de cierto viso que visiten el suelo español, ni con atender á las cuatro trolas de algunos indios enriquecidos, que sólo saben de América lo que pasó detrás del mostrador de su tienda, y que para entretenerse en su paseo por España, y gozar de la vista de la Reina y hombrearse con Silvela, van ejerciendo de confraternizadores oficiosos.

Todo eso es *violonismo* puro, ó *macaneo corrido*, que decimos aquí. El problema es más serio y trascendental. España tiene que vencer á Europa en América en toda clase de concurrencias, y entonces florecerá aquí su espíritu. ¿Pensáis acaso que sólo por ser español puede preferir el americano lo que dimana de vuestro espíritu, si ello es lo más atrasado?

Que se oiga en Europa la voz del progreso peninsular, y entonces hallará esa voz eco de simpatía en América, á pesar del antago-

nismo histórico. Porque hay antagonismo, si bien cada día menos ardiente. Estos pueblos, en sus dependencias entre sí, necesitan caldear el patriotismo, y siempre que se trata de excitar el espíritu de independencia, es inevitable que se recuerde la domadura del fiero león y salgan á relucir yugos y coyundas, lo mismo que en España se evoca Zaragoza, se ridiculiza á Pepe Botella y se hacen «frenos para nuestros caballos con los cetros extranjeros». Para un baturro siempre es el francés un vencido; lo mismo para un gaucho el español. Es la atmósfera popular de la historia, la sustancia épica permanente, de la cual se nutre la fantasía de la masa. Sin embargo, ha sido tan condescendiente el espíritu del gobierno argentino, que ha proscrito del himno nacional la estrofa que dice «á tus plantas rendido un león», accediendo á los deseos de los colonos españoles, que no podían resistir les cantaran sus hijos criollos el funeral de la fiera simbólica, ¡y tan simbólica!...

¡Ah, pobre león, muerto bajo las estrellas triunfadoras y comido por las águilas!...

III

La desvinculación entre España y las Repúblicas de Sur-América es un fenómeno histórico y social que sólo puede ser negado por aquellos que no conocen el espíritu de estos pueblos. Y tal desvinculación nació antes de producirse la revolución americana, bajo el reinado de Carlos III. Empezó á iniciarse en la enseñanza, forja del espíritu social, en el Colegio Carolino de Buenos Aires, durante el virreinato del progresista Vértiz. He aquí cómo se expresa Juan María Gutiérrez, historiador de la enseñanza superior argentina: «Cuando los ministros de Car-

los III intentaron la reforma de las Universidades de España, los miembros de la afamada de Salamanca se hallaban más atrasados en el conocimiento de las ideas de su siglo que los canónigos del Cabildo eclesiástico de la catedral de Buenos Aires; y cuando las ciencias matemáticas eran allí tenidas por cosa de hechicería y muy mal vistas por los teólogos y los filósofos, eran consideradas aquí como indispensables para fomentar las industrias y hasta para dar al hombre medios de acierto en la conducta de la vida práctica.»

Con las primeras emigraciones europeas de fines del siglo XVIII comenzó á florecer aquí, en pugna con el espíritu colonial, cierto liberalismo en las costumbres, que influyó luego poderosamente en los hombres que prepararon la emancipación. Bajo el virreinato de Vértiz, espíritu más americano que español (era mejicano, influido quizá por el genio yanqui), y al contacto de los nuevos elementos que aportaba la emigración europea, surgieron en el Colegio Carolino profesores como Maziel, el primero que estudió las nacientes luchas entre el poder civil y el eclesiástico; Chorroarín, profesor de filosofía, educador de los primeros revolucionarios, espíritu muy culto y de marcada tendencia liberal; Basabillas, Juanzarás, O'Gorman, Lafinur y otros, clérigos casi todos, pero abiertos á la cultura universal, influidos por la nueva sociedad y labrados ya por el espíritu territorial, por esa influencia decisiva que tiene sobre el habitante la estructura del suelo en que vive, fenómeno estudiado como por nadie por el pobre Gauvret en su profundo *Idearium*, ese evangelio nacional á que debieran volver sus ojos espirituales todos los españoles.

En el Colegio Carolino se formó el espíritu de la revolución argentina. De allí salió su verbo, Moreno, la cabeza dirigente, el espíritu más universal y, por lo tanto, más antiespañol de su época. En sus correrías por Inglaterra y Norte América adquirió nociones más amplias que las dimanadas del espíritu español, combatiendo en todo sentido la ya quebrada influencia colonial. (Advierto que señalo á grandes rasgos el origen de la desvinculación espiritual hispano-argentina, sin detenerme á puntualizarla en sus detalles, para lo cual no me bastaría todo el presente número de NUESTRO TIEMPO).

Producida la independencia, aparece en la enseñanza argentina un hombre singular, quizá el que más influyó en separar del espíritu hispánico al naciente espíritu argentino. Y lo que más ha de chocar es saber que tal hombre fué un español, catalán, por si no es lo mismo, Felipe Senillosa, una vida extraordinaria. Soldado de Palafox en Zaragoza, cayó prisionero de los invasores y fué deportado á

Francia. Ingresó después en el ejército de Napoleón, asistiendo á la campaña de Alemania; estuvo en la batalla de Leipzig. Abandonó luego su carrera de militar francés; viajó por Inglaterra, por Escocia, países del Norte. Volvió á España y le produjo malísimo efecto el estado político de su país. Aparece en Buenos Aires con sus veintidós años tan bien vividos. Durante su carrera de soldado en Francia y Alemania entregóse, como Nietzsche en los días del sitio de París, á las más profundas meditaciones. Cultivó con especialidad la filología y las ciencias positivas; era á edad tan temprana un gran matemático, un notable sociólogo y un genógrafo eminente. Su influencia en la juventud bonaerense de principios de siglo, fué enorme. Enseñó física, matemáticas, geodesia, lenguas. Dió á la instrucción pública un impulso extraordinario, combatiendo sin cesar el espíritu teológico español y la enseñanza clerical. Dictó nuevos y amplios programas; compuso una gramática muy original, aplicada á distintos idiomas, demostrado en ella el atraso de la lengua castellana, la lentitud de su evolución á causa de no seguir el espíritu español los descubrimientos de las ciencias naturales, que tanta influencia tienen en las modificaciones y ampliación del lenguaje.

Fué en todo un analítico consumado, imitando á Descartes en el procedimiento de sus investigaciones. Destut de Tracy tuvo por muy profundos y sabios los trabajos de Senillosa. En *La Abeja Argentina*, primer diario de este país, y más tarde en una revista fundada por él, *Los amigos de la patria y de la juventud*, hizo una activa propaganda científica, siguiendo los programas del Colegio Carolino, de París, y las enseñanzas de sus principales profesores: Suzanne, Lagrange, Biot, con el primero de los cuales, director en aquella época del célebre colegio parisién, estaba Senillosa en activa correspondencia. Levantó los primeros planos geodésicos de la provincia de Buenos Aires; asesoró á Rivadavia en sus acertadas leyes agrarias y reparto de tierras nacionales, sabios principios de colonización que después no se han seguido. Combatió la anarquía que comenzó

en 1820, esforzándose por elevar la condición del gaucha y de todo el elemento rural, creando un pueblo fuerte y consciente, capaz de oponerse á las oligarquías bonaerenses. Sus trabajos en este sentido son de una gran novedad y acusan un brioso y original conductor de pueblos. Se identificó con la heterogénea sociedad en que vivía, con los nacientes problemas económicos y territoriales, é influido por el espíritu filosófico de los primeros revolucionarios franceses, entregóse á toda clase de ensayos legislativos sobre aquella masa compleja, provocando en ella una orientación completamente antiespañola.

Aparte sus originalidades, dió á la instrucción un carácter enteramente francés. Sus campañas en la enseñanza utilitaria fueron secundadas por dos profesores franceses, Lozier y Lacour, y por un mejicano, Lanz, colaborador en la carta española, afrancesado luego, soldado del rey José, más tarde mecánico en las fábricas de París, hasta que emigró á Buenos Aires. Estos profesores extranjeros, todos ellos bajo la influencia de Senillosa, desviaron el espíritu argentino de toda corriente española, aplastando el teologismo y todo empeño de resurgimiento clerical en la enseñanza. Los políticos y legisladores argentinos de la primera mitad del siglo pasado fueron discípulos de estos cuatro maestros, combatiendo como ellos todo lo español, en las leyes, en la enseñanza y hasta en las costumbres.

La tendencia antiespañola se acentuó después de la revolución francesa del 48, en que volvió á caer la enseñanza en poder de los emigrados franceses. El profesor Jacques fué el principal educador de los políticos y estadistas argentinos de los últimos tiempos. Dos de éstos, los más notables, Alberdi y Sarmiento, el primero como legislador liberal y

demócrata, y el segundo como educacionista y escritor originalísimo, un prosador con indefinible ritmo de Pampa, han hecho trizas todo asomo posterior de influencia española.

Al producirse del año 60 en adelante una fuerte corriente emigratoria de todos los puntos de Europa, Alberdi dictó amplias leyes de libertad religiosa, procurando á los nuevos colonos la conservación de sus cultos y costumbres, á fin de que su emigración no destruyera sus tradiciones de raza. En tanto Sarmiento, el pensador argentino más genial, á quien tanto debe la instrucción pública (aquí, aun entre los gauchos, es insignificante el número de analfabetos), combatía con brío inusitado toda procedencia moral española, en un estilo agrio y duro, lleno de bur-las sangrientas, y lo que es más triste aún, con un gran fondo de verdad.

Y este americano de ayer (murió el 87), que fué presidente de la República, el que más ha desespañolizado su país, de influencia hoy latente, el más amado y admirado de la actual juventud argentina, este escritor es completamente desconocido en España; ni aun los eruditos de ahí conocen sus numerosas obras, impregnadas de anti-españolismo, una oposición no patriótica ó imbuida por el espíritu histórico de la dominación, sino científica y fundamental, con alma moderna, demostrando á su pueblo que no convenía tomar en ningún sentido á España como pauta para encontrar la ruta del porvenir. Tan potente impugnador del espíritu hispano, sólo encontró contrincante en el pobre Villergaa, el poeta festivo, que estando aquí emigrado escribió un folleto, *Sarmienticidio*, una quisi-cosa satírica. «Al mal sarmiento buena podadera»—decía—tratándole como renegador de su origen. Aquello era un mosquito en los corvejones de un mulo.

IV

El desconocimiento de España sobre estos países, sobre sus trabajosas gestaciones y sobre las energías europeas que obran en su desarrollo creciente, es casi completo.

Los reclutas de Canterac y Rodil conocían mejor América que los estadistas de Cánovas y Sagasta.

En Ayacucho, no sólo murió el poder político español, sino también su influencia espiritual, cuya tenue estela sobre esta sociedad quedará, en breve, si os descuidáis, completamente borrada.

Nada hasta ahora más vetusto y secularizado que España. La imaginación se ha nutrido ahí exclusivamente del espíritu histórico; ha estado ennegrecida bajo la estela luminosa que le dejaran sus siglos de esplendor, siglos llenos de espíritu hispano, de belicosidad, de empresas portentosas, en un desnivel incommensurable entre su acción espiritual y su acción efectiva, causa evidente del derrumbe de toda su inmensa labor.

Y al recogerse en sí España después de Ayacucho para perderse en estériles luchas dogmáticas, á caballo los clérigos por los Pirineos, bajo las tejas la insurrección y la desobediencia y la anarquía y el odio, toda la barbarie del cabecilla; relajada la Religión, corrompido el poder civil, prostituida la Monarquía en intrigas de alcoba, alternando entre príncipes imbéciles y mujeres inferiores, la corona que cifrara las sabias sienes de la egregia Isabel; en el Consejo el Tato, que tal era Calomarde, el supresor de la escuela para fundar en Sevilla cursos de tauromaquis; en auge el despotismo militar de un Narváez; mientras los *ayacuchos*, con Rodil, trataban de recobrar su prestigio guerrero corriendo tras de Zumalacarrégui, el azor de la Vasconia; y el ejército se anarquizaba, y el pueblo abandonaba las parvas, y el cura, apóstol de aldea, se erigía en general, en caudillo duro, libre por su celibato del sentimiento familiar; mientras el Sur de España era todo gitano, bandolérico y bohemio, influido por las leyendas de los *Niños de Ecija*, José María y Diego Corrientes, símbolos de la guerra al

trabajo; y en el Norte florecía un tipo de beato terrible, tozudo y sanguinario, con su símbolo vivo, D. Cástor, que ofrecía convertir en lanzas los bayales de Vizcaya; mientras toda España, en fin, era una sociedad insurrecta, un avispero sin régimen en un cuevo viejo y podrido, los suramericanos, oídlo bien, los argentinos especialmente, salíanse del surco español, tendiendo sus brazos á nuevas roturaciones, á nuevos horizontes su inteligencia y á mayores amplitudes su espíritu. Huían del espectáculo español.

Y en medio de sus luchas de organización democrática, bajo la influencia saludable de las inmigraciones, dejábanse catar por las ideas más avanzadas, aunque les costara digerirlas, alejando de sí cada vez más la sombra del alma española.

Y en todo el siglo terminado ayer, ¿qué ha hecho España por reconquistar el imperio de su espíritu en América? Nada; ni lo ha intentado siquiera. Su abandono ha sido absoluto. Después de la última batalla no supo vincular á su alma el alma de América por ningún medio, ni moral ni económico. No supo sucederse á sí misma por un movimiento de renovación política y espiritual, para convertir en flora perdurable la semilla de su alma, conservando apretado su sello á la frente de su América y haciéndola para siempre suya en espíritu. La grande y fecunda conquista debió empezar al producirse la libertad de estos pueblos, renovando España su alma á compás de las evoluciones de Europa. En lugar de mantener y acrecer su maternidad, desea hoy una hermandad poco menos que imposible, puesto que no es fácil fundar tan estrecho parentesco en un completo desconocimiento mutuo. No se puede querer algo sin conocerlo, como decía Malebranche, ni se puede establecer corriente de vida recogiendo, como hasta ahora ha hecho España.

La juventud española, y de ella la clase más intelectual, no sabe absolutamente nada de las evoluciones de esta América, fundada por sus remotos abuelos. Cuanto en España, en Madrid sobre todo, se dice y escribe de las

Repúblicas Sur-Americanas consiste en imaginar, que es la forma de ignorancia más duramente calificada por Platón. Aún no ha escrito España su historia en América, ni ha discentido siquiera la particular de cada República. Aparte de media docena de eruditos, nadie más conoce ahí los trabajos de Torren-te, representante exclusivo del espíritu histórico español en pugna con el americano. El aislamiento de España ha sido completo. Al párvulo peninsular se le enseña hoy la geografía americana con el mismo interés de conocimiento con que se le muestra el mapa del Japón. ¿Y en qué se ha de basar entonces la confraternidad? ¿En lirismos de Ateneo? ¿En serenatas al bueno de Bullrich? ¿En las tabarras orfeónicas? ¿En el jarrón de Benlliure? ¿En cuatro pieles de pluma regaladas á Cristina? Después de *El último chulo*, todo esto podría ser una mina para Celso Lucio.

La juventud española debía conocer la geografía, estructura moral y costumbres de estos pueblos como el Padrenuestro, si el Padrenuestro no fuese ahí una oración tan absorbente. En España no se riega porque todo se espera de las rogativas, creyendo que las oraciones pueden abrir cataratas en cielo sereno.

El papamoscas no sólo está en Burgos, sino en toda España. El abandono se convierte ahí en visionario optimismo, se hace espera del descuido, y súplese la esperanza activa, el aguardar guerreando, con la ilusión pueril de una prosperidad espontánea. La ambición del iluso, como todo lo del iluso, es humo, imaginación, un puñado de paja. La prosperidad futura sólo del esfuerzo presente arranca. La fronda de mañana son las raíces de hoy. La levadura inicial del porvenir es juego de vida actual. La tierra sólo se demuestra rica devolviendo, en laboración centuplicada, cuanto en su seno se arroja, y antes de madre fecunda, es duro palenque de probar creadores. El que descuida la realidad pone en peligro su futuro, desengañado siempre de la sucesión vital encadenada al tiempo con formidable lógica. No hay gigantez sin robustas primicias. No hay árbol de frondosa copa, sin savia potente en sus filísticas. No hay

pierna fuerte con tuétano de carie; ni cabeza robusta montada en espiga de tísico ó cuello de cretino; ni pensamiento sólido poblado de ensueños; ni salud, ni fuerza, ni vencedor de la vida que no domine su realidad, fecundándola siempre. Todo lo demás es hacerse milagrero; es colocar nidos en los aafos para que los fecunde el cielo.

La influencia de España en América tiene que arrancar de un movimiento de progreso español. Chasco muy grande se llevan los industriales españoles que, sólo por amor á la familia, creen encontrar en América hermanos que gusten de sus laboraciones rudimentarias, en lugar de imponerlas por victoria en la concurrencia. Las huelgas de Barcelona y la crisis catalana arrancan de haber perdido los industriales los hermanos forzosos de Cuba y de Puerto Rico.

España, triste es repetirlo, es hoy el país europeo que menos conoce su América; Inglaterra, Italia, y aun la misma Francia, no el parisién, sino el bordelés y el marsellés, tienen mayores nociones de estas tierras que España. Por esta causa no aciertan ahí, en España, á concretar el rumbo de sus anhelos de expansión económica y espiritual. Más que obra de Gobierno, la expansión española en América tiene que ser obra de la industria y del comercio. La influencia inglesa aquí es labor de sindicatos particulares, del capital inglés prestado á los gobiernos y tendido en rieles en la Pampa y en cabañas de toros y moruecos. Y los ingleses no se preocupan de buscar hermanos, sino títulos de renta americana. Los italianos, por su parte, estudian estos mercados en mil formas. Humberto atendía incesantemente al problema de la emigración italiana, y ahora mismo Víctor Manuel III se ocupa con preferencia del desarrollo del espíritu italiano, hoy absorbente en la República Argentina, secundando la acción incesante de las Cámaras de su reino. Aquí ha estado Riccioto Garibaldi, hermano del prócer, gestionando un gran plan de colonización italiana. D'Amicis y Mantegazza, estudiando los problemas fundamentales de esta sociedad; Etoele Lorini, el notable economista, recorrió hace pocos

meses toda la República, penetrándose de las fuentes de riqueza del país y de sus problemas económicos; el diputado Rudini, hijo del célebre político, andaba estos días en Buenos Aires, haciendo diversos estudios. Los franceses, por otro lado, además de la acción de la banca de París, trabajan la plaza bonaerense con gran éxito, mientras los alemanes, con vendedores españoles, empiezan a batir á los ingleses en el comercio de

tejidos y otras ramas de la industria. ¿Y España? ¿qué hace por estudiar estos mercados y estas sociedades? Nunca ha mandado un economista, un sociólogo, un hombre de ciencia, un banquero, un escritor de talla, ni siquiera un orador, cuya emigración no se notaría ahí seguramente. Castelar, que tanta oración lírica consagró á Sur-América, columpiándola incesantemente en ondas de éter, fué incapaz de sacrificarle un marec...

V

¿Es verdad, ó leyenda también eso de los zurroneos de peluconas? Ahí tenéis, en las peluconas, un excelente medio de confraternidad. Traedlas aquí, á que las dé el aire; invertídlas en ferrocarriles, fábricas, Bancos, cabañas; fomentad aquí el merino de Extremadura, en competencia con el lincoln que paca en estas praderas. Formad sindicatos para explotar productos españoles. Y, por último, si no queréis abandonar la partida de tresillo, podéis enviar aquí las peluconas, seguros de que hallarán inmediata colocación al 9 por 100, sin que os tilden de usureros, porque el prestamista los sacará el 15, trabajando sobre este suelo henchido de jugos opulentos.

Ya te oigo, lector amigo: «que en España cabe el empleo de sus propios capitales, industrializar y poblar su deshabitado suelo, sembrarlo, cultivar la superficie, esos 47 millones de hectáreas baldías de los 50 que componen el territorio español, y buscarle al mismo tiempo en las entrañas los filones metalíferos»... A esto te responderé con Kropotkin: «La tierra sólo vale lo que el hombre que la cultiva.» Y el español en su tierra no se empeña en valer gran cosa. Fuera de ella, en la emigración es donde hay que ver su empuje, su actividad, su inventiva, sus bríos para elevarse y dominar.

El español, en la emigración, se levanta de porquero á conquistador, como el formida-

ble Almagro. Los hombres más extraordinarios de España, gigantes al lado del Cid, son aquellos humildes hijos del pueblo que iniciaron las roturaciones de América. Desde Pizarro hasta *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, el español multiplica sus fuerzas en América, acrecienta su cantidad de hombre. Y me atrevo á sostener que así como Pizarro fué superior al mundo que dominó, lo mismo *Don Gonzalo de la Gonzalera* es superior á todos los vecinos de Coteruco, dicho sea contra la respetable opinión del ilustre burilador de prosa castellana, que dibujó la figura del indiano.

El comercio de última mano de la República Argentina, el comercio de la campaña, está en manos españolas; en ellas están también la mayor parte de las tiendas bonaerenses, en manos de serranos castellanos; el gallego domina en los almacenes, en lo que ahí llamáis ultramarinos. Y los vascos, mis fuertes y tenaces paisanos, con correa de encina, representan un poder territorial enorme, con rebaños inmensos. Hay vasco que tiene por estancia casi toda una Castilla, y el mayor rebaño extremeño es para él una miseria. Y todo esto lo realizan unos y otros á pulso, sin ayuda de nadie, sin capital. Vinieron con el traje puesto y el hatillo al hombro, como mi *Teodoro Foronda* (perdonad, le tengo mucho cariño), y han logrado llegar á la opulencia. ¿Qué no habrían realizado

estos emigrantes españoles si hubieran contado con crédito en su país, con el auxilio de las enmohecidas peluconas? ¡Qué reconquista!

El español con *registro* en Buenos Aires (almacén de tejidos) tiene amplio crédito en París, en Londres, en Alemania, contribuyendo de un modo poderoso al comercio de exportación de aquellos países. Los jóvenes españoles, que conocen todo el comercio del interior de la República, están siendo ahora los más eficaces auxiliares de los alemanes establecidos aquí. Si estos jóvenes tuvieran crédito en su país, en España; si contaran con capitales nacionales, como cuentan los ingleses, alemanes y franceses, su influencia en el comercio sería enorme. Hay muchos criollos que colocan en sus manos fuertes sumas en comandita, obteniendo pingües ga-

nancias. El crédito personal es aquí el motor más grande del progreso. El hombre tiene confianza en el hombre, y el interés mutuo traba los espíritus de más opuestos orígenes.

Las peluconas, sí, serían un medio excelente de confraternidad ó de expansión económica, que es lo que se busca tras de ese ficticio romanticismo fraternal. Influir aquí con oro y con hombres... Pero no quiero seguir, porque podríais tomarme por un oficioso agente financiero y de emigración, ó cosa semejante. Y no quiero que tal penséis de mí, aunque podría responderos que, siendo ya todos hermanos, lo mismo es vivir en la Mancha que en la Pampa. Don Quijote y Juan Moreira no dividen sus dominios. Para ellos no existe el mar. Eran los dos idealistas de secano, y por eso tenían tan soleada la fantasía...

VI

Perdida también la influencia literaria. Los modernos escritores españoles nunca se han ocupado de América, Cuba y Puerto Rico; á pesar de hallarse hasta ayer en activo contacto con España, sólo han sido objeto de estudios políticos; nadie se ha ocupado de estudiar seriamente la estructura moral de aquellos pueblos, sus costumbres rurales, su alma íntima. Apenas existe sobre la materia algún ensayo mediocre. Los que más han hecho en este sentido, justo es decirlo, han sido los músicos y los sainetistas, llevando á España las guajiras y el tango. Sobre el espíritu moderno de Sur-América no se ha escrito nada en España que merezca ser conocido. El mismo Galdós, el equilibrado, sólido y fuerte novelista, que á todo ha metido su pluma cosmográfica, no se ha ocupado nunca de sus Canarias, situadas en el camino de América. El aislamiento ha sido completo, cartujo. Hoy mismo, que tanto empeño parece mostrar España en expandir su espíritu

por Sur-América, no tiene la prensa militante de ahí, los principales diarios madrileños, activos corresponsales que les informen de los diversos problemas americanos que puedan interesar en España, orientando á los industriales y capitalistas que quieran emprender la conquista de estos mercados. Cada diario madrileño debía tener en Buenos Aires un corresponsal que fuera un sociólogo de cierto vuelo, conocedor de este país, de su política, de sus fuerzas creadoras, y supiera decir al mismo tiempo cuál es la mejor dirección que pueden tomar aquí las energías españolas. Necesitan ahí una información incesante y bien dirigida.

La prensa de Madrid, en lo que toca á Sur-América, vive casi á oscuras. Aquí, por el contrario, estamos al día de cuanto ocurre en España, desde la escapatoria de una monja hasta el estreno de Celso Lucio. Aparte de las razones apuntadas, la prensa de Madrid debe á los millares de familias que tienen

mie mbros emigrados en América una información continua sobre las tierras en que éstos luchan bravamente con la vida.

El mismo encogimiento que en la prensa se observa en el libro español. La prosa de los viejos maestros, aparte Galdós, es amazacotada, con giros tan lentos como los de una narria. El ideal casi exclusivo es la descripción, en la cual, como *Sanjurjo*, un personaje de Palacio Valdés, se fundan todas las esperanzas de éxito. La descripción, en esta época de guerra de ideas, es una facultad completamente secundaria. Además, el cinematógrafo aventaja á las mejores descripciones en prosa y verso. El escritor que todo lo lleva bajo los párpados, muy poco vale su carga. Los actuales maestros castellanos, que tienen al meduloso Gracián (¿se podría decir meduloso?) por un bárbaro y adefésico estilista, carecen de amplitud, de fuerza, de brío, y, sobre todo, de agilidad. El arte ha de tener alas, como las águilas y los ensueños, más ágiles cuanto más altos. El exagerado culto de lo plástico, que tan buenos pintores produce en España, ha vulgarizado la literatura.

Los libros españoles, en general, se abren poco camino en Buenos Aires. No pueden competir con la producción italiana y francesa. Al lector bonaerense le sabe á rancio el libro español. Acostumbrado á la prosa *reluciente y bruñida*, breve y nerviosa de los franceses y de los modernos italianos, que acaudilla D'Annunzio, el emporcador del clasicismo, á pesar de su potencia *lírico-erótica*, no gusta del estilo español, pausado, minucioso, pesado, naturalista en el mejor sentido de la palabra. Y cuanto más se aproxime el autor á la manera cervantina, menos gusta aquí. (No doy una opinión estética, señalo un hecho.)

El escritor español, el viejo sobre todo, escribe exclusivamente para España. Nunca ha querido irradiar fuera de ella, encerrado entre el Estrecho y el Pirineo, y así ha perdido casi por completo el público americano, sobre el cual debía ejercer una influencia absorbente. Unamuno, en su *¡Adentro!*, se lamenta de esta limitación. «Si en el público universal pensasen nuestros escritores, otros

serían sus ímpetus, y, por lo menos, habrían de poner, hasta en cuanto al estilo, en lo íntimo de éste, en sus redaños, en el ritmo del pensar, en lo traductible á cualquier humano lenguaje, el trabajo que hoy los más ponen en su cáscara y vestimenta, en lo que sólo al oído español halaga.» Y en otra parte: «Vale más ser ola pasajera en el Océano, que charco muerto en la hondonada.»

Lo que halaga al oído español, no halaga al americano, al argentino especialmente. Aquí el lenguaje tiene otro ritmo; la expresión es más breve, más concisa, y, desde luego, mucho menos casticista. La lengua castellana, en medio de este poliglotismo y de los infinitos dialectos aquí difundidos, mas las locuciones con sabor indígena, está sufriendo profundas modificaciones que la trabajan sin cesar. Los neologismos forman tan enorme cantidad de voces, que casi superan al fondo primordial del idioma. Aquí se observa, como en ninguna otra parte, la teoría de Darwin sobre la evolución de las lenguas, sosteniendo que éstas se modifican antes que las razas. En Buenos Aires, la evolución de lengua y raza es un fenómeno conjunto; todo está aquí en gestación enorme. ¿Qué saldrá?...

A lo que aquí se habla llámalo el argentino «idioma nacional», por prurito de diferenciación, que en el fondo es antiespañolismo vivo. El escritor americano nunca dice «América española», sino «América latina», y esto, que tanto suele sorprender á D. Juan Valera, también es antiespañolismo vivo. Tal antagonismo tendrá su pequeño fondo en el sentimiento histórico; pero lo tiene mucho más grande en la vida actual. Cuando á un baturro pobre le sale un hijo potentado y brillante, este hijo *le saca el cuerpo* á su padre, le huye. El americano le saca el cuerpo á la paternidad española. Otra cosa sería si España fuese potente, rica y brillante. La Humanidad es exitista, y tiene razón en serlo, porque el éxito representa esfuerzo, valor y capacidad.

La literatura española tiene que sufrir una completa evolución en forma y substancia si quiere conquistar en grande á Sur-América. Tiene que ampliarse á las ideas universales

y modificar su técnica, abrigando el estilo, haciéndole más rápido, más centelleante, siguiendo todas las modas, si es preciso, ó inventando alguna.

Es necesario que los jóvenes escritores españoles, los capaces de altos ensueños, pierdan el miedo á la palmeta de los viejos dómines y que no se asusten de la tiranía crítica que ejercen ahí los ortógrafos. Hay que perderle el miedo á la sátira, á esos críticos de gaceta que tienen algo de la miserable naturaleza de Yago, á quien sólo le brotaba el talento cuando ridiculizaba. Hay que pensar y sentir con *Pío Cid*, creyendo que el verdadero poeta lo es siempre, aunque le apedreen las turbas. Y es conveniente, mi joven colega español, que confíes menos en las ema-

naciones inspiradoras de tu relumbroso cielo y más en las fuentes de tu propio espíritu, en el estudio de las ideas que agitan al universo y en la investigación de la vida de tu pueblo.

Y no pienses en que la confraternidad de que vengo hablando sea para tí un recurso de utilidad inmediata. Es muy chico ese ideal. El pobre Ganivet, aquel excelso infeliz que duerme su eternidad en el frío lecho de un río ruso, quizá porque sus grandes ensueños no hallaron calor en su patria, era contrario á todo tratado literario con América, proclamando la necesidad de que España diera generosamente toda su alma á los pueblos de su origen, sin acordarse por el pronto de utilizarse de ellos, sino de darse y derramarse para mejor recobrar su espíritu.

VII

Una mezquina aspiración comercial ha sido el motor de todas las expansiones recientes que, si en Madrid han podido tener algún calor, en Buenos Aires, la verdad, han sido frías como una nevera, aunque otra cosa digan las notas de la Cámara de Comercio española y de la Asociación Patriótica. Al español ya no le queda calor más que para hacer notas. Yo no veo en todos vuestros empeños de fraternidad hispano-americana más que el deseo de asegurar aquí la producción sainetista y dar salida á los pimientos de la Rioja, al aceite andaluz y á los paños catalanes, que por lo visto no se venden ya en el arca, según la vieja teoría refranera, propia de *Estupiñá*.

No censuro yo con esto los empeños de abrir nuevos mercados á los productos españoles, pareciéndome, por el contrario, una ruta excelente para la nueva vida económica española. Pero hay que elevar el ideal y poner también más alto el deseo positivo.

como exclama *Julían* el verbenista. Yo sé muy bien que los pueblos decadentes rehuyen la verdad, y que toda crítica dura molesta su dulce postración. Pero á llagas tan hondas, cal, hierro y fuego. Quédele á la valentía clásica ese resto de estoicismo...

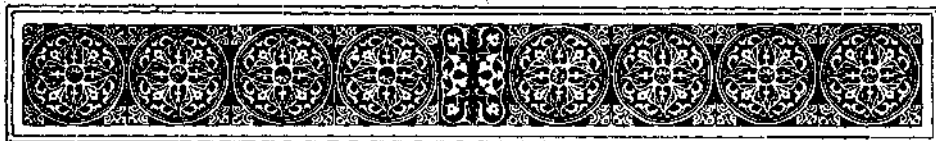
No adivino el efecto que os causará esta mi primera correspondencia. Muy grata me ha sido la oportunidad que de comunicarme con vosotros me ha ofrecido la dirección de NUESTRO TIEMPO. Pero ninguna aspiración de mi vida se ha colmado á costa de mi libertad, ni ha existido meta alguna cuyo alcance haya perseguido por caminos que no fueran los de la verdad sincera, la altivez espiritual y la rectitud de fines en que basa mi pobre pluma todo su crédito.

Y con sinceridad absoluta y libremente seguiré hablándoos de estas tierras si, como el mío, es el deseo vuestro. Y si no, Dios con todos...

FRANCISCO GRANDMONTAGNE.

Os he dicho la verdad, ¡toda la verdad!,

Buenos Aires 27-31 Julio 1901.



Cuestiones filosóficas.

INVENCION Y ASOCIACION

No es una novedad. Hace ya tiempo que entre filósofos incipientes y aprendices de crítico ha pasado de moda negar el carácter inconsciente, repentino, y al parecer arbitrario de la inspiración y la invención en el arte y la ciencia. En este caso, como en todos, los últimos discípulos habían exagerado malamente las doctrinas de los maestros, y entre nosotros hubo un tiempo en que produjo efectos desastrosos la lectura poco meditada de *Le Roman Experimental*, de Zola, mezclada con unos cuantos artículos de la *Revue Philosophique*, de Ribot, y algún que otro libro de la biblioteca Félix Alcan.

¿Cómo negar hoy, cuando más bien se tiende á pecar por defecto contrario, que la inspiración é invención artísticas son procesos que se elaboran de un modo inconsciente y aparecen de súbito en el espíritu?

Más discutible es que presente tales caracteres la invención científica, y, sin embargo, para probarlo podría aducirse multitud de testimonios. Según Claudio Bernard, la idea científica es «una revelación», «un rayo de luz»; «como un relámpago», y los descubrimientos científicos son generalmente «una relación imprevista». Según Helmholtz, «la hipótesis es la adivinación de una uniformidad», y Oken ofrece una prueba concluyente cuando relata su descubrimiento de la relación que existe entre el cráneo y las vértebras. Paseaba por un bosque; «la idea—

dice—atravesó mi cerebro como un relámpago: ¡es una vértebra!». Desde entonces esta relación es reconocida por todos (1).

La invención no se anuncia en la conciencia como un fenómeno intelectual, sino como un fenómeno afectivo, inquietud sublime que no solamente altera las existencias de un Benvenuto Cellini, de un Quevedo, de un Rousseau ó de un Balzac, sino también las intimidades de las vidas serenas de Aristóteles, Vives, Hegel, Goethe y Darwin. Las emociones y las pasiones que preceden á la invención, de naturaleza esencialmente depresiva, según el doctor Marro, tienen como fondo la tristeza, el dolor de vivir sintiendo en la conciencia la lucha de fuerzas contrarias en medio de cuyo equilibrio inestable permanecen tranquilos millones de filisteos, Sanchos Panza y miembros honorarios del club de Mr. Pickwick, socios normales (*the normal socius*), según la expresión de Baldwin, que sólo saben juzgar por los juicios que aprenden de la sociedad y forman el coro en la tragedia de la vida del hombre de genio.

Dado el espíritu que hoy domina, no es necesario insistir mucho para que se reconozca la exactitud con que un gran pensador ha dicho: «Jamás ha brotado una idea del pensamiento de un Arquímedes ó de un Newton sin ir acompañada de un estreme-

(1) Véase Rabier: *Leçons de philosophie*.

cimiento de todo su sér.» En realidad, éste ha sido siempre un hecho vulgarmente reconocido. Hoy, como en tiempo de Cervantes, no faltan jóvenes que presumen de tristes para pasar por genios. Pero lo que más importa consignar es que la invención científica, dotada de los caracteres anteriormente señalados, es, si no el único, al menos el principal factor del progreso de la ciencia. La observación, la deducción, el experimento, toda la obra reflexiva sirve para preparar las invenciones, y una vez producidas para consolidarlas y exprimirles el jugo; pero actuando sobre estados de espíritu completamente formados, producto de las fuerzas subconscientes que elaboran los fenómenos del alma, no puede la reflexión, como la ciencia química, formar un ser vivo combinando materiales inertes. En materia de ciencia no ha logrado nunca la reflexión suplir la obra de la invención espontánea. Todos los días aparecen en libros y revistas nuevas interpretaciones de fenómenos que seducen en un momento por su hermosura aparente, pero que, faltos de vitalidad, no se pueden incorporar al organismo del pensamiento humano. Con habilidad y paciencia puede construirse una flor de trapo que rivalice en apariencia con las flores naturales; siempre le faltará la condición que posee la flor más sencilla del campo: no dará fruto, ni semillas de nuevas plantas.

••

Todo lo dicho no debe servir en modo alguno para justificar la pasividad del hombre de ciencia ante los fenómenos de invención genial. ¿Hemos de contentarnos con repetir eternamente que la inspiración es un don de las musas, ó que en el genio hay un *quid proprium*, un *quid divinum* que no consiente el análisis?

El problema es difícil, sobre todo por la dificultad de encontrar un punto de partida para el estudio de éstas, como de otras muchas manifestaciones superiores de la vida del alma.

Es sabido que el principio de toda investigación psicológica está en lo que Vives llama-

ba «el conocimiento silencioso de cada cual dentro de sí mismo», lo que hoy se llama *autopspección*. La observación del propio espíritu da la clave para entender la psicología infantil, la psicología anormal y hasta la psicología comparada. Por elevados que sean los estados de espíritu que se trate de interpretar, es inútil esperar una revelación que no proceda del fondo de la conciencia. Bossuet ha dicho que el conocimiento de nosotros mismos es lo que debe elevarnos al conocimiento de Dios. ¿No podrá con más razón elevarnos al conocimiento del genio? Sin embargo, se sigue repitiendo invariablemente: el genio es de naturaleza única, radicalmente distinta de los otros hombres; hay en él un *quid divinum* que el análisis no puede penetrar.

Por fortuna la dificultad no es tan real como aparente. Hay que reconocer que tiene razón Baldwin cuando dice: «Los hombres más grandes de la tierra piensan como yo, aunque más profundamente; ven la realidad como yo, aunque con más claridad; trabajan por un fin como yo, aunque con intensidad más grande; sirven á la humanidad como yo, aunque mejor.» Y tiene más razón todavía cuando añade: «Cada hombre lleva en sí, en cierto grado, un héroe que adorar, y se llena de entusiasmo leyendo *Federico el Grande*, de Carlyle.» (1)

La invención en sus grados más modestos, es patrimonio de todos los hombres. Se manifiesta vigorosamente en las mentiras infantiles, llamadas por Vaschide mentiras *creadoras* (2), base de superiores manifestaciones artísticas que la educación ahoga muchas veces por atender, más que al desarrollo de las condiciones individuales, á la adaptación del individuo, á las necesidades de la vida social, de la familia, del Estado ó de la Iglesia. A la invención llegan todos los hombres, impulsados por las pasiones, por el amor; pues aun-

(1) Véase J. M. Baldwin: *The Story of the Mind*.

(2) Véase N. Vaschide: «Recherches expérimentales sur l'imagination créatrice chez l'enfant» - IV Congrès internationale de Psychologie. Compte Rendu de séances.

que la Venus Urania no prodigue constantemente sus beneficios, la misma Venus Terrestre reviste á veces caracteres sublimes; por el odio, maestro en inventar horrores de la persona odiada; por la envidia, tan frecuente en los niños, desde los dos años hasta los... sesenta y tantos aproximadamente.

Los mismos hombres superiores son poderosos auxiliares de este estudio. Cuando el genio llega á la madurez de la producción, no gusta de permanecer encerrado en sí mismo, sino de entregar generosamente los frutos de su vida. Sócrates quería hacer á todos partícipes de los beneficios de la invención, cuando después de destruir los prejuicios por medio de la *Ironía*, asistía á los partos dolorosos de las inteligencias, prestando los auxilios de la *Mayeutica*. Cuando asistimos á una representación dramática ó leemos un poema, podemos observar en nuestro espíritu una especie de reproducción debilitada del proceso de invención que anteriormente se produjo en el autor.

Es cierto que el testimonio de los hombres de genio no es siempre aprovechable, que sorprendidos por la espontaneidad y vigor de sus propias invenciones por la falta de dominio que sobre ellas tiene su voluntad, propende á atribuirles un origen sobrenatural; pero no es menos cierto también que en las obras de los grandes filósofos puede encontrarse datos de mucho valor para el estudio de la psicología del genio. El campo es inmenso y la tarea larga, porque precisamente la psicología, no democratizada hasta el siglo pasado, ha sido durante mucho tiempo obra exclusiva de los aristócratas de la inteligencia. Más que psicología del hombre, lo que ha habido durante siglos ha sido psicología del genio: de Aristóteles, de San Agustín, de Kant ó de Hegel.

Aprovechar todos estos datos, empezando por hacer un análisis del proceso de la invención en sus manifestaciones más sencillas, este es el camino que hay que seguir para llegar al conocimiento de las invenciones de grado superior.

Estudiar los fenómenos de invención es equivalente, en el lenguaje psicológico tradicional, á estudiar la imaginación.

¿Qué es imaginación? Muchas cosas distintas. Para no extraviar al lector en el laberinto de las acepciones filosóficas de esta palabra, nos atenemos á su acepción vulgar. Vulgarmente, tener imaginación es tener poder de inventar; los grados de imaginación se corresponden con los de viveza, facilidad y originalidad de los pensamientos.

Únicamente, para servirnos de este concepto vulgar, necesitamos ampliarle y corregirle un poco.

Como el tipo de imaginación más frecuente es el que combina representaciones de colores y formas de los objetos, se tiende generalmente á interpretar esta facultad como un poder de representación visual; pero realmente la facultad que nos sirve para representarnos formas y colores, no es distinta de la que nos sirve para representarnos sonidos ó los esfuerzos musculares que realizamos para mover los miembros de nuestro cuerpo. En una palabra: en el dominio de las representaciones sensibles, la esfera de la imaginación es tan amplia como la de la sensibilidad.

No se ha de creer tampoco que la imaginación acaba donde terminan las representaciones sensibles. El poder de invención igualmente sirve para contemplar mentalmente un paisaje original, que para concebir una nueva representación genérica ó sorprender una relación anteriormente no apreciada entre dos conceptos.

Hechas estas aclaraciones, todavía es preciso consignar que no se encierra la imaginación en los límites de la inteligencia, sino que, de igual modo que existe una *imaginación intelectual*, existe también una *imaginación práctica* y una *imaginación estética*, usando para designarlas los nombres con que las designa el filósofo inglés James Sully. (1)

Si tratamos ahora de averiguar cuáles son los fenómenos de imaginación más sencillos, tendremos que descender á las primeras manifestaciones de la vida psicológica humana,

y aun traspasar la línea ondulante que separa la psicología del hombre de la psicología del animal.

Aun concediendo, y es mucho conceder, que no existe un elemento de originalidad en los estados *primarios* que se producen en nuestras conciencias bajo la acción de los procesos de la naturaleza, nadie negará que este principio de originalidad existe indudablemente cuando se trata, no de la producción de estados psicológicos, sino de su reproducción, no de estados de espíritus *primarios*, sino *secundarios* ó *reviviscentes*.

Un ejemplo bastará para aclarar esta idea. Supongamos que un viajero contempla la puerta de Platerías de la Catedral de Santiago de Galicia; no la había visto antes nunca; la representación que en aquel momento se forma de ella es un estado de espíritu primario en el cual admitimos, por no aguilatar demasiado, que no existe ninguna originalidad. Pasan años; el viajero no ha vuelto á Santiago; un día trata de describir la puerta de Platerías de la Catedral, y encuentra sus representaciones borrosas, alteradas. En toda reproducción de un estado de espíritu, éste se presenta con modificaciones más ó menos profundas.

Al resucitar en nuestra alma estados que anteriormente se han producido, puede ocurrir que no los reconozcamos como tales estados secundarios, sino que los creamos debidos á la acción directa de los objetos presentes. En este caso se producen ilusiones y alucinaciones cuyo estudio no nos importa por el momento. Lo que normalmente ocurre es que nos damos cuenta de que esos estados no obedecen á la acción de objetos presentes, y los reconocemos como tales estados secundarios; entonces se produce una reminiscencia; y si, además, podemos localizar en el tiempo, con mayor ó menor precisión, el estado primario del cual reconocemos como una reproducción el secundario de que se trata, se produce lo que se llama un recuerdo.

Aquí nos encontramos en presencia de fenómenos que se refieren á otra facultad del alma, á la memoria.

Si la memoria del hombre fuese absolutamente fiel, ¡qué sencillo sería su estudio y qué fácil distinguirla de la imaginación! Pero ya hemos visto que en el más sencillo fenómeno de memoria se encuentra el germen del poder inventivo del alma. Entre memoria é imaginación no se puede establecer una perfecta diferencia, y lo que resulta de todo esto es que en el antiguo tecnicismo no encajan las nuevas ideas; y si alguna vez lo empleamos, con objeto de hacernos entender por todos, tenemos que abandonarle bien pronto, para dejar expedito el camino y aligerar un poco la marcha. Es esta una prueba evidente de la vitalidad que hoy tienen los estudios psicológicos, pero también una de las mayores dificultades de su sistematización científica y de su expresión. Y eso que tenemos buen cuidado de no hacer referencia alguna á las sutiles distinciones entre la *memoria sensible y de concepto*, entre la imaginación *reproductora y creadora*, *pasiva, receptiva y activa*, magníficas para figurar en un museo de arqueología psicológica.

La teoría generalmente admitida por los psicólogos para explicar los fenómenos de memoria, es la de la asociación de las ideas. A pesar de haber perdido la escuela asociacionista gran parte de la preponderancia de que ha gozado durante mucho tiempo y de no ser hoy las leyes de asociación consideradas de un valor tan fundamental como suponía Stuart Mill, es lo cierto que aún conservan un dominio pleno en el estudio de la memoria y de la imaginación, como veremos más adelante.

Las leyes de asociación ya fueron entrevistas por Aristóteles, según el cual una idea puede sugerir otra, unida con ella por una relación de *semejanza*, de *contraste* ó de *contigüidad*. El fundador de la escuela asociacionista, Hume, admite también tres leyes solamente: la de *semejanza*, la de *contigüidad* y la de *causalidad*; pero los psicólogos ingleses han multiplicado después extraordinariamente las leyes de asociación. Hoy en

día se tiende á reducir las hasta tal punto, que muchos escritores admiten una sola, la de *contigüidad*, entendida, no al modo como la entendían Aristóteles y Hume, para los cuales tenía su fundamento en el enlace natural que existe entre los fenómenos objetivos que se producen en un mismo momento ó en lugares contiguos, sino interpretada de un modo subjetivo, como la unión que se establece entre los estados de espíritu que se producen al mismo tiempo ó en sucesión inmediata.

Evidentemente, esta ley de contigüidad psicológica, no tiene en sí misma su fundamento, sino en otra ley mas general del espíritu: la del hábito. La memoria es un hábito, y una idea puede ser sugerida por otra porque hemos contraído la costumbre de representárnoslas juntamente.

Lo que hace falta averiguar es si la ley de *contigüidad* basta para explicar la producción de todos los recuerdos, porque en tal caso, si, como hemos visto, en el recuerdo se inicia la producción de estados originales del espíritu, tal vez pueda servir esta ley para explicar por sí sola los fenómenos de invención.

Aquí es donde empieza la dificultad más grave con que tropieza la teoría asociacionista, cuando trata de reducir á una sola ley los diversos casos de sugestión de unos estados de espíritu por otros, dado que nadie pondrá en duda que muchos recuerdos se verifican enlazando en nuestro espíritu estados que jamás se han producido juntamente en la conciencia.

Para salvar esta dificultad es para lo que algunos psicólogos (Bain, por ejemplo) han admitido, además de la ley de *contigüidad*, la llamada ley de *semejanza*. Pero la ley de *semejanza* no proporciona una explicación real de los hechos; no es más que una palabra, pronunciada la cual nos hacemos la ilusión de haber entendido el mecanismo de asociaciones que quedan, sin embargo, completamente ignoradas.

¿Es acaso que la semejanza entre las ideas produce una especie de atracción que tiende á unir las, como la cohesión une las molécu-

las de los cuerpos? Nadie se atreverá á afirmarlo, como no es tampoco fácil creer que si una idea sugiere en el espíritu otra semejante á ella, es porque el sujeto posee previamente un concepto de dicha semejanza. Esta interpretación, ya implícita en las teorías de Aristóteles, ha constituido uno de los prejuicios más arraigados entre los psicólogos asociacionistas. ¿No es evidente que mientras dos ideas no son concebidas y asociadas es imposible que el sujeto perciba relación alguna entre ellas? La percepción de la semejanza, lejos de ser la base de la asociación, es su consecuencia. Mientras un hombre no conozca la teoría del *dvenir* hegeliano y la de la *evolución* de Spencer, mientras no asocie y compare entre sí estos dos conocimientos, es imposible que pueda apreciar las semejanzas que entre ellos existen.

Aquí nos encontramos nuevamente con el misterio que envuelve los fenómenos de invención. Las invenciones más sencillas suponen una asociación de ideas por semejanza, y la naturaleza de esta asociación parece completamente desconocida. No lo es, sin embargo. Bastará para convencernos de ello con muy breves observaciones.

Dos ideas son semejantes cuando poseen, juntamente con caracteres diferentes, uno ó varios caracteres comunes.

La idea *A* será semejante á la idea *B* si, por ejemplo, la primera está compuesta de los caracteres *a, b, c, d*, y la segunda de los caracteres *a, e, f, g*.

Ahora bien; si nos representamos la idea *A*, nos representamos con ella el carácter *a*; pero como esta representación está asociada por *contigüidad* á la de los caracteres *e, f, g*, podrá sugerir la representación de todos estos caracteres, es decir, la idea *B*, que desde entonces es sugerida por la idea *A*, con la cual, sin embargo, no se había dado nunca en contigüidad psicológica.

De todas estas consideraciones resulta que el funcionamiento de la memoria puede explicarse mediante una sola ley, la ley de *contigüidad*, á la cual se reduce la misma ley de *semejanza* que parecía necesaria para la interpretación de gran número de recuerdos

en los cuales se inician las primeras invenciones del espíritu.

..

Si la producción de las invenciones más sencillas se puede reducir al cumplimiento de una sola ley, la de *contigüidad*, ¿no será posible explicar también mediante ella la producción de las invenciones más complicadas, las geniales inclusive?

Aparentemente es imposible de todo punto. ¿Cómo podrá conciliarse la simplicidad de la ley de *contigüidad* con la complicación de las concepciones imaginativas, la facilidad con que las asociaciones por contigüidad se producen con la dificultad que supone la originalidad de la invención? El solo hecho de que entre dos ideas exista algún carácter común, basta para que puedan enlazarse por sí mismas en el espíritu. ¿Por qué, entonces, es privilegio de unos pocos encontrar analogías nuevas entre las ideas y combinarlas, formando nuevas concepciones?

Apreciar analogías muy aparentes, ver relaciones ya descubiertas, es cosa fácil. No se necesita un gran poder de imaginación para encontrar alguna analogía entre el sol que se pone y un guerrero herido, entre la sucesión de los crepúsculos y la sucesión de nuestras emociones. Estas semejanzas han sido repetidamente señaladas por los poetas. La dificultad estaba en encontrarlas por primera vez; pero, después de descubiertas por un hombre, los demás las aprecian fácilmente. Varias personas miran una nube en el cielo; todas ven una nube, y nada más; pero hay una que encuentra que aquella nube tiene la forma de un león; se lo comunica a los demás, lo explica, va señalando la cabeza, el cuerpo, las patas y la cola del animal, y todos acaban por ver aquella analogía de forma: hay quien llega á ver solamente el león y no la nube. Todos tenemos alguna idea de los fantasmas, todos tenemos alguna idea del amor; pero ¿qué analogía hay entre ellas? La Rochefoucauld ha dicho: «el amor verdadero es como los fantasmas; todo el mundo habla de ellos, pero nadie los ha visto»; leída la

sentencia, la relación no puede parecer más clara.

Es evidentemente difícil encontrar analogías nuevas y enlazar ideas bajo nueva forma en el espíritu. Pero antes de lanzarnos á buscar nuevas leyes para explicar los fenómenos de invención original, conviene tratar de averiguar si hay medio de explicarlos por la ley ya conocida de *contigüidad*. Por mucha diferencia que exista entre la imaginación vulgar y la imaginación genial, nunca será mayor que la existente entre el desplome de un edificio ruinoso y la ascensión de una columna de humo en el aire, y, sin embargo, estos dos fenómenos están sometidos á una misma ley.

Desde luego se advierte que la dificultad de descubrir analogías nuevas consiste en la dificultad de apreciar los varios matices, el infinito número de caracteres que la realidad presenta. Para ver, no basta tener los objetos delante y los ojos bañados en luz; es preciso, además, saber mirar. Muchos hombres pasan distraídos al lado de la fortuna sin verla; otros la descubren en los rincones más ocultos.

La uniformidad que entre la mayor parte de los hombres establecen las influencias comunes á que están sometidos en su vida, hace que vean todos la realidad bajo el mismo aspecto. Vemos cómo nos han enseñado á ver; entendemos cómo nos han enseñado á entender. Para muchos hombres los conceptos no tienen más que dos caracteres: el género próximo y la última diferencia de la definición que aprendieron en la escuela. En estas condiciones la invención original es imposible. La apreciación exclusiva de caracteres aparentes y vulgarmente reconocidos, sólo capacita para la producción de asociaciones vulgares.

Pensemos en el caso contrario. Supongamos un hombre que por condiciones hereditarias ó congénitas, por haberse hallado sustraído al influjo normal de la educación y haber podido desarrollar su personalidad libremente, ó por otra serie de circunstancias diversas, posee una naturaleza que se separa de la normal. Es evidente que la acción de

la realidad no producirá en su espíritu un efecto igual al que produce en el de los demás hombres. Ampliando una idea de Maine de Biran, podemos decir que al atravesar distintos temperamentos las fuerzas cósmicas sufren distintas modificaciones, como los rayos de luz experimentan desviaciones varias al atravesar medios de distinta densidad. Es un caso de *refracción moral*.

Las diferentes apreciaciones que de un objeto hacen un hombre vulgar y otro dotado de originalidad, podrán expresarse del siguiente modo:

Supongamos que ambos tratan de conocer un objeto que designamos con la letra *A*, y y que posee los caracteres *a, b, c, d*, pero que comunmente no es caracterizado más que por sus dos notas extremas, *a* y *d*. En las inteligencias vulgares, la representación de estos dos caracteres será la que tenga vigor, y ella se constituirá como centro de asociaciones por semejanza que no ofrecen novedad alguna. Pero si por el fenómeno de *refracción moral* hay un hombre que, al representarse el objeto *A*, da mayor importancia que á los caracteres extremos, *a* y *d*, á los medios, *b* y *c*, éstos serán los que se constituyan como centro de nuevas asociaciones por semejanza.

La dificultad de las asociaciones originales no depende, según esto, de que intervengan en su producción nuevas leyes de asociación de ideas. Solamente la ley de *contigüidad* basta para explicar todas las invenciones, sean del grado que quiera. La dificultad estriba en representarse de un modo original los fenómenos de la realidad, en poseer las cualidades necesarias para descomponer las representaciones totales en sus elementos componentes y dar relieve en la conciencia á elementos de la representación total, que pasan desapercibidos para la mayoría de las inteligencias.

* *

De lo que acabamos de decir parece desprenderse que la originalidad no se adquiere; es un dón con que algunos vienen al mundo, y que muchos van perdiendo según se van

amoldando á las exigencias de la vida. Esto es rigurosamente exacto.

Por vivas que sean las excitaciones que reciba un hombre vulgar, no bastarán nunca para hacer brotar de su alma energías, con cuyo germen no vino al mundo; por el contrario, esas excitaciones servirán para impulsarle con más fuerza por los caminos trillados, fáciles de recorrer y numerosos. La humanidad ha inventado multitud de medios de dar satisfacción, normal y cómodamente, á las más violentas pasiones.

De esto á pensar que la invención sea un fenómeno puramente pasivo, que no exija esfuerzos voluntarios y conscientes de parte del inventor, va, sin embargo, mucha distancia.

A pensar en la pasividad de la invención genial pudiera inducirnos el símil que hemos empleado para explicar la originalidad de las representaciones, base necesaria de toda invención original. Pero esa refracción que se produce en las conciencias se distingue esencialmente de la refracción que se produce en el mundo físico. Los efectos de ambos fenómenos podrán ser semejantes; la manera de producirse es muy distinta. Un rayo de luz que atraviesa varias capas de agua de un lago se desvía de su dirección sin que el agua realice ningún esfuerzo; un rayo de luz que modifica nuestra retina con intensidad suficiente para que esta modificación repercuta en nuestra conciencia, no despierta en ella una serie de ideas y sentimientos latentes sin que realicemos un esfuerzo más ó menos considerable.

Para distinguir los elementos componentes de las representaciones y estados de espíritu totales, para que uno de esos elementos tome mayor vigor que los otros, no solamente necesitamos hacer un esfuerzo, sino una serie de esfuerzos repetidos. Toda invención requiere un análisis previo, y el análisis no se consigue sin un trabajo perseverante de nuestra inteligencia.

No es posible que nos detengamos á hacer aquí un estudio de los medios con que el hombre cuenta para llevar á cabo la disgregación de los elementos de sus estados de es-

píritu que prepara las invenciones originales. Estos medios son numerosos, y su estudio daría proporciones exageradas á este artículo. Solamente haremos constar que el principal de todos ellos es la reflexión, y consiste en aplicar voluntariamente la atención á aquellos de los caracteres de nuestros estados espirituales que queremos reforzar, para que se constituyan como centros de asociación en nuestro espíritu.

De este modo, aunque el resultado sea distinto, el trabajo del genio es el mismo que el de los *castores de la ciencia*, de que habla Carlyle.

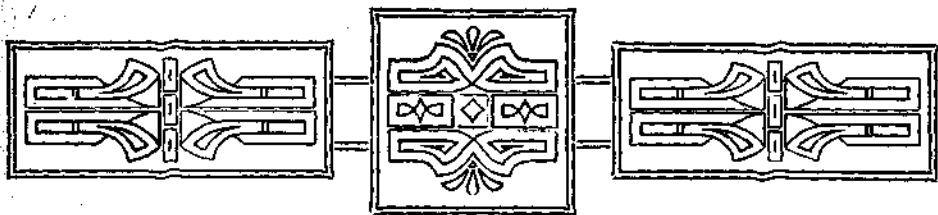
A medida que la inteligencia humana progresa y se complica, la obra del análisis es más lenta y dificultosa, y con ella se hace también más difícil y más rara la invención original.

La influencia del genio en los destinos de la humanidad es tal vez cada día menos frecuente, y es, por el contrario, cada vez más cierto que, como ha dicho Newton, el genio consiste en el *pensamiento perseverante* (*patient thought*).

JULIÁN BESTEIRO.

Del Instituto de Toledo.





Crónica Agrícola.

La cosecha de trigo en España. — Cuarenta millones de hectolitros. — Existencias suficientes para el consumo del país sin necesidad de importar. — El desastre de los Estados Unidos en la cosecha del maíz. — Las pérdidas, según los datos oficiales. — La información del *New York Herald*. — Pérdida de 465 millones de dólares. — Las cosechas de trigo y avena, también reducidas. — Un microbio enemigo de la langosta. — Trabajos en España para ver si se puede aplicar este microbio a la extinción de la plaga. — Microbios de la leche. — Los que producen alteraciones en ésta. — Los que ocasionan enfermedades en el hombre. — Manera de destruirlos. — Modo de determinar el bacilo de la tuberculosis. — La leche, agente de la propagación de la difteria. — Cifras tremendas. — Modo de determinar el bacilo diftérico.

Se tienen ya noticias bastante aproximadas del resultado de la cosecha de trigo en España. No ha sido tan abundante como á principios de Junio se calculaba, pues los desastres que cayeron sobre los campos en dicho mes la redujeron bastante. Con todo, se estima que se han recolectado unos *cuarenta millones de hectolitros*, lo cual representa unos *seis millones* de hectolitros de aumento sobre la cosecha normal.

Si á esto se añade que hay todavía existencias remanentes de la cosecha anterior, en cantidad bastante regular, dedúcese que hay ahora suficiente trigo para el consumo del país y que, por lo tanto, la importación del extranjero será escasa ó nula durante el año.

Ea de suponer, por lo tanto, que por esta causa no influirán en grado muy notable en

los mercados españoles las fluctuaciones que presenten los extranjeros. Lo probable es que los precios se mantengan con regular firmeza, pero nada más. Otra cosa hubiera sucedido si nuestra cosecha hubiera sido un poco más floja, pues entonces hubieran tenido más efecto y resonancia en los mercados españoles los desastrosos resultados de las cosechas en los Estados Unidos. Como aquel país constituye uno de los centros productores más importantes del mundo, y como se han exagerado mucho en uno y en otro sentido los cálculos de los próximos rendimientos de cereales en aquella nación, creemos oportuno y conveniente dar algunos datos precisos acerca de este punto.

Desde nuestra última crónica, las noticias recibidas de los Estados Unidos muestran, efectivamente, grandes pérdidas en las cose-

chas de cereales, especialmente en la del maíz, que es el producto agrícola principal de aquel país.

Se calcula que la producción del maíz en los Estados Unidos en una cosecha normal es de 1.105 millones de bushels (765 millones de hectolitros). Pues bien; á últimos de Julio, Mr. J. C. Brown, estadista de la Bolsa de los productos de Nueva York, calculó que la cosecha actual sería solamente de 1.393 millones de bushels (506 millones de hectolitros), lo cual representa una pérdida de 259 millones de hectolitros.

Después, á mediados de Agosto, el departamento de Agricultura de Washington ha publicado el informe oficial respecto á la referida cosecha, fijándola con arreglo á los datos recogidos hasta 1.º de Agosto, en un 54 por 100 de la cosecha normal, ó sea en unos 402 millones de hectolitros, y esto ya supone una pérdida de 363 millones de hectolitros.

Por último, la empresa del *New York Herald*, teniendo en cuenta la excepcional importancia que la cuestión tiene para aquel país y para todos los mercados del mundo, ha practicado una información muy minuciosa para averiguar si, después de los datos recogidos por el Gobierno ha habido alguna variación importante en el estado de los campos que permita variar las cifras oficiales.

De esta información ha resultado que, de los siete Estados grandes productores de maíz, sólo en Missouri y en Kansas se ha notado alguna mejora; pero en Ohio, Indiana, Illinois, Iowa y Nebraska, las pérdidas son aún mayores que las calculadas por el departamento de Agricultura.

Así, las cifras oficiales para la producción han sido:

	Por 100 de la cosecha normal.
Ohio.....	73
Indiana.....	57
Illinois.....	51
Iowa.....	57
Kansas.....	19
Nebraska.....	36

Y las cifras que resultan de la información del *New-York Herald* son las siguientes:

	Por 100 de la cosecha normal.
Ohio.....	55
Indiana.....	40
Illinois.....	45
Iowa.....	30
Kansas.....	23
Nebraska.....	35

Es decir, que según los datos recogidos por el periódico neoyorkino, que son posteriores á los oficiales, la cosecha de maíz en los Estados Unidos se calcula que no pasará del 46 por 100 de la normal, ó sea de unos 342 millones de hectolitros, lo cual representa una pérdida de 423 millones de hectolitros, que á 1.10 pesos por hectolitro, hacen la enorme suma de 465 millones de dollars que perderán este año los labradores norteamericanos sólo por este concepto, y que no podrán compensar, ni con mucho, la elevación del precio del producto.

La cosecha del trigo de primavera ha sufrido también gran decrecimiento en el mes de Julio por causa de la espantosa sequía que ha reinado en todo el país dicho mes. El resultado es que la cosecha total de trigo, que en 1.º de Julio se calculaba en 704.380.000 bushels (249 millones de hectolitros), queda rebajada á 659 millones de bushels (233 millones de hectolitros), ó sea una baja de 16 millones de hectolitros.

La avena ha tenido también un decrecimiento en todo el mes de Julio de 92.137.000 bushels (32.672.000 hectolitros).

Por todos estos datos se ve que en los mercados norteamericanos es casi segura un alza notable en los precios, la cual, sin embargo, no es probable ni racional que afecte gran cosa las cotizaciones en nuestro país por los motivos expuestos al principio.

* *

De las plagas que apestan los campos, la que más preocupa, y con razón, á los labra-

dores y á los Gobiernos, por la extensión que sus ataques revisten, es la langosta. Muchos son los procedimientos puestos en práctica para combatirla, y aunque, algunos, como el de la aplicación de la gasolina, son positivamente eficaces, no bastan muchas veces para luchar con fruto contra esta plaga formidable.

Pero los adelantos de la bacteriología y de la patología van llevando su acción á todas partes, y parece que van á dar un medio de combatir la langosta con resultados más eficaces que hasta ahora.

Tiénese, en efecto, por seguro, que se ha descubierto un microbio que ataca á la langosta y produce una enfermedad contagiosa, que propagándose entre las huestes del insecto de un modo rapidísimo, resulta mortífera peste que aniquila en poco tiempo las bandadas más numerosas de aquel enemigo del labrador.

En Alemania y en los Estados Unidos se han hecho cultivos y minuciosos estudios del microbio de referencia. Se han hecho además experiencias en grande escala en Norte América y en Africa, y dicen que con sorprendentes resultados. Ello es que las autoridades alemanas han remitido á sus colonias del Africa Oriental tubitos con cultivos del microbio patógeno destructor de la langosta para que en dichas regiones se aplique.

Para usar la preparación que contiene el microbio, se toma la cantidad del virus microbico que contiene un tubo y se mezcla con dos cucharadas de azúcar en un cuartillo de agua antes hervida, y fría para su empleo, en cuyo líquido se sumergen dos ó tres pedazos de corcho antes hervido y frío al practicar esta operación.

El líquido en esta disposición se coloca por espacio de dos días en sitio templado; si al cabo de este tiempo se manifiestan debajo y alrededor del corcho flotante los «Fungus» ó colonias de bacterias, es señal inequívoca de que el líquido estará en condiciones para su aplicación.

En el referido líquido se sumergen rápidamente cierto número de langostas, que se sueltan inmediatamente para que se unan á

sus compañeras, transportando el virus envenenador, ó se riega con el repetido líquido alguno de los puntos en donde la bandada se ha posado.

El resultado es tan eficaz, que se dice que los labradores que lo han empleado han visto con verdadero asombro que á los tres ó cuatro días de la operación descrita los campos se hallaban cubiertos de langosta muerta, presentando un color encarnado oscuro, producido por el mismo veneno. Si al soltar las primeras langostas que se sumergieron en el líquido fuese en horas de lluvia, el resultado es mucho más eficaz.

El virus ó cultivo que contiene el microbio se prepara de la manera siguiente:

La langosta muerta por el «Fungus» presenta el cuerpo muy endurecido, y se recoge en cantidad prudencial para colocarla en un hoyo, que se abrirá en la tierra, de 18 pulgadas en cuadro y dos pies de profundidad, regándola con pequeña cantidad de agua, por capas, á manera que se vaya depositando; por espacio de cuatro ó cinco días permanecerá tapado el hoyo por una tabla; pasado este tiempo, se extraen aquéllas, colocándolas al sol dos ó tres horas hasta que queden completamente secas, y entonces se pulverizan. Dos cucharadas de este polvo se mezclan en un vaso de agua azucarada bajo el procedimiento indicado anteriormente, y así se deja cuarenta y ocho horas, al cabo de las cuales queda en condiciones de aplicación.

En España, el ilustrado y laboriosísimo profesor de la Escuela de Agricultura, don Leandro Navarro, tan competente en todo lo que á enfermedades de las plantas y plagas del campo se refiere, está haciendo estudios y experiencias sobre el mencionado microbio y de la enfermedad que en la langosta produce. Sus trabajos nos dirán si, efectivamente, puede contarse con un medio práctico; esto es, económico, fácil de aplicar y totalmente efectivo para la destrucción de la langosta, ó si resulta una de tantas fantasías sin valor positivo alguno, y en la cual no deba gastarse el tiempo ni el dinero. Sea, pues, cualquiera la conclusión que se deduzca de los trabajos del Sr. Navarro, éstos serán de

gran utilidad, y por eso se espera su informe con gran interés. A su tiempo se dará en estas crónicas cuenta detallada de los resultados de las experiencias y estudios de nuestro compatriota.

* *

De lo que acaba de exponerse se deduce que puede haber microbios patógenos muy útiles al hombre. Desgraciadamente, lo más general es el caso contrario, habiendo, aparte de los que producen graves enfermedades en la especie humana, otros que ocasionan serias afecciones en las plantas útiles ó en productos de las industrias agrícolas, como el vino, la leche, la manteca y el queso.

Los repetidos casos de enfermedades atribuidas á la leche en Madrid y en otras poblaciones, han llamado la atención del público y de las autoridades.

La leche es, en efecto, un material alimenticio sujeto á muchas adulteraciones, y también á alteraciones independientes en cierto modo de la voluntad de los que se dedican á la industria de su obtención. Prescindiendo de lo relativo á las adulteraciones, vamos á ocuparnos de las causas que pueden producir alteraciones que se presentan, naturalmente, en la leche y que pueden ser motivo, ya de que dicha leche no pueda utilizarse como alimento, ya de que ocasione trastornos ó enfermedades graves en las personas que la ingieran. Es esta una cuestión de gran importancia y de actualidad.

En la leche ordinaria y pura, es decir, tal como procede de la vaca, se encuentran normalmente muchas bacterias. Después que una vasija, conteniendo dicho líquido alimenticio, está en una habitación una hora, se pueden encontrar en la leche de mil á cinco mil bacterias por centímetro cúbico. En el verano el número de bacterias puede llegar á un millón. El casco y la manteca procedentes de la leche así infectada contienen también cantidades prodigiosas de los mismos microorganismos. Afortunadamente, la mayor parte de éstos no son patógenos; es decir, no producen enfermedades de las llamadas in-

fecciosas; pero muchos de ellos producen ácido láctico y hacen que la leche se corte por sí sola; otros forman ácido butírico y dan á la leche un gusto desagradable; los hay también que ocasionan alteraciones especiales en la leche, haciéndola invendible por presentarse amarga ó viscosa, ó con matices extraños.

Pero hay además casos en que la leche llamada pura contiene bacterias patógenas, tales como las de la difteria, fiebre tifoidea, tuberculosis y cólera.

Todos estos microorganismos, patógenos y no patógenos, contenidos en la leche, pueden destruirse hirviendo ésta por seis ú ocho minutos; pero esta forma de esterilización altera el gusto agradable de la leche fresca y la hace más pesada ó difícil de digerir. Por esto se prefiere *pasteurizarla*; esto es, someterla durante veinte ó treinta minutos á una temperatura de 68° centígrados, la cual es suficiente para destruir todos los microorganismos patógenos, y apenas altera el sabor y aroma de la leche, ni hace ésta más pesada, pues no se coagulan la caseína ni la albúmina, ni se cambia la forma de emulsión en que se encuentra la nata.

* *

Es lo más general todavía que la leche se venda sin *pasteurizar*, y muy usual también que se beba sin cocer; por estos motivos tiene una gran importancia el examen micrográfico de la leche para determinar la clase de bacterias que contenga, especialmente de los patógenos para la leche misma, y sobre todo, de los patógenos para la especie humana. De estas últimas lo que más importa reconocer son la de la tuberculosis y la de la difteria.

Cierto que, de ser exactas las afirmaciones del profesor Koch en el Congreso de Londres, no habría peligro en ingerir leche tuberculosa, pues el bacilo de la tuberculosis bovina, según dice el sabio alemán, es distinto del de la tuberculosis humana; pero es no sólo lo más prudente, sino lo más racional, atenerse á las sólidas observaciones del eminente doctor Lister y seguir guardando toda clase de

precauciones contra la infección que puedan producir la leche y la carne tuberculosas hasta que por numerosísimas y positivas experiencias se demuestre de un modo incontestable la absoluta inmunidad de la especie humana para la infección de la tuberculosis bovina.

Los bacilos de la tuberculosis procedentes de una ubre enferma no suelen hallarse en la leche en número considerable. Su presencia puede, sin embargo, determinarse por exámen micrográfico y por inoculación.

Para proceder al exámen micrográfico se toma una gota de leche con un alambre de platino esterilizado al fuego, y dicha gota se distribuye en varios cristales cubre-objetos perfectamente limpios. Se dejan secar al aire y después se pasan rápidamente tres veces por la llama de un mecherito de Bunsen, teniendo siempre cuidado de que la manchita seca de leche que va en el cristal esté siempre en la cara superior para no recibir la acción directa de la llama. Los cristales, preparados de este modo, se sumergen por cinco minutos en la disolución Ziehl-Neelsen caliente. (Esta disolución se prepara disolviendo una parte de fucsina en diez de alcohol absoluto, y mezclando esta solución con cien partes de otra solución acuosa de ácido fénico al 5 por 100). Después de la sumersión de los cristales en la solución Ziehl-Neelsen, se lavan con agua destilada para quitar el exceso de mancha, y se decolora la parte que ha quedado fija con ácido nítrico, diluido al 30 por 100. Se vuelve entonces á lavar bien los cristales con agua destilada y se vuelven á sumergir por un minuto en la solución alcalina Löffler de azul metileno. (Esta solución se prepara mezclando 30 centímetros cúbicos de solución alcohólica concentrada de azul metileno con 100 centímetros cúbicos de solución acuosa de potasa cáustica al 0.01 por 100.) Después de esta segunda sumersión, los cristallitos se vuelven á lavar con agua destilada, se secan y se montan en cristales porta-objetos, cerrando con bálsamo del Canadá. Por este tratamiento, observando al microscopio con un objetivo de $\frac{1}{12}$ de inmersión homogénea, el bacilo de la tuberculosis aparece en

estas preparaciones formando unos hilitos cortos, delicados, á veces segmentados y curvos, ó formando rosario, siempre teñidos de rojo y sobre un fondo azul compuesto de células, pus ú otras bacterias.

Es difícil, sin embargo, en muchas ocasiones encontrar así en la leche el bacilo de la tuberculosis, porque, como queda dicho, su número suele no ser considerable y es menester hacer muchas preparaciones antes de encontrar alguno. Para facilitar su hallazgo, se debe someter la leche á la acción de una máquina centrífuga durante diez minutos y tomar gotas del sedimento, sometiéndolas al mismo tratamiento que queda expuesto. Como este sedimento contiene mayor proporción de bacilos, es más fácil encontrarlos.

Otro procedimiento, y muy seguro, para determinar la presencia del bacilo de la tuberculosis en la leche, es por inoculación. A este efecto, se toma un conejillo de Indias y se le inocula, por medio de una inyección subcutánea en el muslo, de medio á un centímetro cúbico de leche, ó del sedimento de la sometida á la máquina centrífuga. Si hay bacilos, el animal presentará síntomas de tuberculosis de los catorce á los veinte días después de la inoculación. Haciendo después preparaciones micrográficas (por el método antes expuesto) con jugo tomado del bazo y del sitio donde se practicó la inoculación, se encontrará fácilmente los bacilos de la tuberculosis teñidos de rojo.

..

La difteria puede también propagarse por la leche. Hay quien afirma que las vacas pueden padecer dicha enfermedad y que la leche que producen cuando están atacadas contiene el bacilo de la difteria, pudiendo, por lo tanto, propagar ésta. Tal cuestión es muy discutida; pero sea ello exacto ó no, es positivo que la leche es un excelente medio de cultivo para el bacilo de la difteria; de modo que si cualquier persona afectada de tal enfermedad ó en contacto con individuos que la padezcan interviene en las manipulaciones de la obtención de la leche ó de su

venta, ó trata con las personas que las practican, la leche puede resultar fácilmente infectada, y el bacilo de la difteria desarrollarse en ella tan rápidamente, que después se produzcan verdaderas epidemias de la enfermedad en comarcas enteras.

La facilidad con que el bacilo de la difteria se propaga en la leche, ha quedado demostrada por los siguientes famosos experimentos de Schotellius.

Este observador mezcló un centímetro cúbico de cultivo puro del bacilo diftérico con 20 centímetros cúbicos de leche fresca, otro centímetro cúbico con 20 centímetros cúbicos de leche hervida y otro centímetro con 20 centímetros cúbicos de caldo de puchero. La leche fresca fué obtenida directamente de la ubre de la vaca, ubre que se había limpiado escrupulosamente.

A las seis horas, á la temperatura de la habitación (14° centígrados), un centímetro cúbico de cada una de las mezclas contenía los siguientes números de colonias diftéricas determinadas por los procedimientos usuales:

	Bacilos.
Leche fresca.....	21.280.000
Leche hervida.....	2.280.000
Caldo.....	7.600.000

Y después de una incubación larga á 37° centígrados:

	Bacilos.
Un centímetro cúbico de leche fresca.....	50.160.000
Idem de leche hervida.....	6.080.000
Idem de caldo.....	18.240.000

Estas cifras son elocuentísimas y demuestran la facilidad con que el bacilo de la difteria puede propagarse por medio de la leche.

Para determinar su presencia ó ausencia

en dicho líquido por investigación micrográfica, se procede lo mismo que se ha detallado para buscar el bacilo de la tuberculosis, con la diferencia de que, después de seca y fija la gota en los cristales cubre-objetos por medio del paso, tres veces repetido por la llama del mecherito Bunsen, se procede, desde luego, á la inmersión por cinco minutos en la disolución Löffler, cuya composición ya queda indicada. Después de esta inmersión, se lava y se seca como en el caso de la tuberculosis, y se cierran las preparaciones con el bálsamo del Canadá.

El bacilo diftérico se presenta en estas preparaciones formando unos hilitos sumamente pequeños y delicados, frecuentemente encorvados y agrupados paralelamente. Se tinte irregularmente, pues los extremos aparecen con tinte más pronunciado que el resto, y presenta, además, el fenómeno llamado *metacromatismo* muy marcado en los polos ó extremos, y aun en el resto del hilito, viéndose gránulos de matiz purpurino que contrastan con el azul metileno.

En la investigación del bacilo de la difteria en la leche hay que tener mucho cuidado de no confundirlo con otros bacilos muy semejantes que suelen hallarse en dicho líquido alimenticio y que no son patógenos.

Por esto es bueno siempre acudir á la prueba de la inoculación en los conejillos de Indias. Estos, cuando la leche contiene bacilos diftéricos, á las treinta y seis ó cuarenta horas ya presentan lesiones en los riñones y los demás caracteres de la enfermedad; las preparaciones micrográficas hechas con jugo del sitio donde se ha practicado la inoculación, muestran bacilos diftéricos en abundancia.

VICENTE VERA.



Revista de Revistas.

SUMARIO. — Clarín en América. — La Universidad del porvenir. — Rusia y su problema. — El último eclipse solar. — Seda artificial. — Movimiento del plasmódio. — Acción del frío sobre las bacterias. — Conductibilidad térmica de la piel humana. — Visión pseudoscópica. — La transmisión de la tuberculosis. — Color y polarización de la luz azul del cielo. — Flaubert. — La música descriptiva. — El hombre y la nave. — Puerto Rico, problema norteamericano. — Ciencia y mejoramiento social. — La escuela y la cárcel. — La evolución de la psicología en el siglo XIX. — Bibliotecas económicas. — La enseñanza náutica. — El telantógrafo. — Las radiaciones luminosas y la constitución de la materia. — La catalasa.

REDACCIÓN. — *Revistas científicas en general*, Vicente Vera. — *Revistas médicas*, Dr. Malo. — *Revistas alemanas*, Gabriel Maura y Gamazo. — *Revistas inglesas*, Clodomiro M. Aldama, Severino Aznar y Felipe Bareño. — *Revistas francesas*, Felipe Bareño, Víctor Espinós, Alejandro Miquis, José Rocamora y Enrique Tomasich. — *Revistas italianas*, Enrique Tomasich. — *Revistas rusas*, Ernesto Bark. — *Revistas escandinavas*, Felipe Bareño. — *Revistas polacas*, Ernesto Bark. — *Revistas neerlandesas*, Felipe Bareño. — *Revistas portuguesas*, Félix de Montemar. — *Revistas griegas*, Felipe Bareño. — *Revistas japonesas*, Sr. Casares. — *Revistas españolas*, Tomás Carretero.

«CLARÍN» EN AMÉRICA

Una notable revista chilena, *La Revista Nueva*, dedica en su número de Junio un artículo, firmado por D. E. G. Hurtado y Arias, al estudio de la personalidad ilustre del malogrado escritor y crítico nuestro Leopoldo Alas.

De ese trabajo, que consideramos muy discreto, reproducimos a continuación algunos párrafos, que demuestran la alta estimación en que tenían a *Clarín* aquellos hermanos nuestros y el puesto de honor en que por sus méritos de pensador lo colocaban. Reputan los chilenos a Leopoldo Alas como el único crítico moderno que poseía España, sincero, y cruel a veces por su amor a los fueros del arte y de la verdad, cualidades éstas que no excluían en él una cierta benignidad para con los escritores hechura suya.

He aquí, sin más preámbulo, lo más interesante del trabajo de referencia:

«Puede, pues, decirse que toda la crítica española se sintetizaba para nosotros los latino-americanos en un nombre: Leopoldo Alas (*Clarín*), cuya muerte acaba de acaecer en Oviedo.

»Los que pertenecemos a la generación que hace doce a quince años empezó a pensar en cosas de literatura, no podemos dejar de rendir un último tributo a la memoria de *Clarín*, cuya influencia fué bastante sensible y beneficiosa durante algunos años.

»Entonces los jóvenes que querían saber de crítica no tenían — en lengua española — sino los libros de *Clarín*, que los llamaban al combate por la buena causa de la belleza y del sentido común. Su propio pseudónimo sonaba como una llamada marcial, y su brava actitud de Quijote literario, castigador de malaudrines de las letras, le hacía singularmente simpático.

»En *Clarín* la juventud americana quiso ver un jefe, ausente, desconocido, pero de influencia efectiva. Leopoldo Alas, joven todavía hace quince años, aparecía como un bravo paladín de la juventud, de lo nuevo. Las letras españolas estaban enfermas de exceso de mediocridad. Los grandes poetas, los grandes dramaturgos, los grandes novelistas abundaban. La crítica comulgaba con todo con entera contrición, y el público aplaudía todo, inconscientemente, por ignorancia y por hábito de docilidad. Muerto Revilla — que

nunca ejerció mucha influencia en el gran público español,—nadie decía verdades. D. Juan Valera lucía en las Cortes europeas las limpias pecheras de sus camisas de diplomático. En la Academia toda mediocridad encontraba amparo.

»Queriendo fortificar la sangre literaria y pulir el gusto español por medio del conocimiento de lo nuevo, Alas estudiaba mucho el movimiento literario extranjero. Fué uno de los grandes campeones—tal vez el único, si no hubiera existido la Pardo Bazán—del naturalismo, caído en España á bajísimo grado de desprestigio á consecuencia de las bazofias de López Bago y otros, que equiparaban la inmundicia al naturalismo. Su culto por Zola fué siempre grande. Le defendió con talento y vigor, explicó sus doctrinas, separó el oro de la escoria y concluyó por triunfar. Ese culto le acompañó hasta los últimos momentos de su vida; poco antes de morir había traducido *Le Travail* y púestole un prólogo; y el último artículo suyo, que yo he leído, es la primera parte de un estudio sobre esa misma obra. En ese estudio *Clarín* lamentaba las tendencias docentes, de propaganda socialista de Zola, que creía perjudiciales á su obra, en cuanto obra de arte.

»Para ampliar más aún los horizontes visibles de la inteligencia española, *Clarín* vulgarizaba á Taine y á Renan, á Guyau y Carlyle, á Baudelaire y á Tolstoi. Quería que el público español no sólo leyera, sino que comprendiera á esos autores, y los explicaba y comentaba en sus escritos. Entonces el maestro solía hacer daño al crítico. Sus insistencias, sus explicaciones por lo menudo, y aquellos paréntesis y aquellas itálicas y puntos suspensivos con que llenaba sus escritos, fatigan y aburren: son lecciones para alumnos demasiado intonso. El tómine, entonces, relega al crítico á segundo término, y si algo enseña, es el viejo aforismo de la letra con sangre entra, esa sangre que sudamos cuando se nos injuria suponiéndonos demasiado ignorantes ó incapaces de comprender. Probablemente, la causa de ese docentísimo de *Clarín* estaba en la calidad del público á quien se dirigía, el público numeroso, al cual es preciso señalar la o por redonda para que la distinga de la i por larga. Pero esas mismas insistencias y explicaciones de *Clarín* hacen ver que dominaba los asuntos que trataba, que no escribía á humo de pajas, y dejan adivinar lo que hubiera podido escribir en un medio más preparado para ese género de especulaciones.

»*Clarín* sabía mucho. Ni sus tareas de profesor en la culta y progresista Universidad de Oviedo, ni la enorme labor periodística que debía realizar para ganarse los garban-

zos, le ocupaban tanto que no pudiera dedicar largas horas al estudio. Su erudición era vastísima y de buena ley. Aun en sus más insignificantes escritos se echaba de ver la buena calidad de la materia prima. Y como esa ilustración suya, tan abundante y tan variada, no guardaba relación con la del público á quien se dirigía, ni con los moldes en que, por lo general, vaciaba sus ideas, se producía un desequilibrio que le agriaba el ánimo y le hacía sistemáticamente pesimista. De ahí también, de la desproporción entre la capacidad y los propósitos, y la debilidad del arma, que no le permitía herir hondo en la densa masa popular, cierto despechado engreimiento, cierta vanidad amarga que contribuían á alejarle más y más de las afecciones del gran público (1). Para acercarse á éste, tenía *Clarín* que lastimar ese engreimiento y esa vanidad escribiendo artículos ligeros, sarcásticos, malignos en ocasiones, que eran como frutos pasmados y agrídulceas de su privilegiado ingenio.

»De esa índole eran muchos de los artículos que escribía en diversos diarios y periódicos para dar cuenta, como se adivina, del movimiento literario español, á que atendía con laudable constancia. Mas cuando se trataba de uno de sus autores, de uno de aquellos que él había puesto sobre su cabeza y en los cuales hacía fincar toda la riqueza literaria de España, cambiaba de tono y, bien que sin entregarse nunca incondicionalmente, aplaudía satisfecho y entusiasta, como queriendo con sus aplausos demostrar que la justicia le dictaba sus opiniones, y no el prurito de condenarlo todo que algunos le suponía. No siempre fué justo, sobre todo en sus censuras; pero lo cierto es que no se ve que hayan resucitado aquellos á quienes condenó á patibulo literario.

»En cambio, viven y triunfan los que señaló siempre como buenos.

»Por haber sido tan desperdigada la acción de *Clarín* sobre la literatura española del último cuarto de siglo, no resalta con el relieve de la de un Sainte Beuve ó de un France, y también por su carácter levantisco, demolidor y valerosamente innovador; pero no por eso esa acción ha sido menos cierta y eficaz. Cada nombre introducido por *Clarín* en España; cada libro que él citaba; cada artículo que dedicaba á estudiar algún escritor extranjero, era semilla que él arrojaba, des-

(1) Las avanzadas opiniones políticas y religiosas de Alas influyeron mucho también para hacerle antipático á los elementos dominantes de su país. En ocasiones fué víctima de la saña de sus adversarios políticos.

graciadamente no siempre á surco laborioso é inteligentemente preparado, sino á tierra seca y sin cultivo. Poco á poco, sin embargo, con el tiempo, esas semillas han fecundado, y ya se ven, en el campo de las letras españolas, muchas flores y muchos frutos brotados de ellas.

»Cuando se escriba imparcial y atinadamente la historia de la literatura española, Leopoldo Alas tendrá su puesto entre los sembradores. Sembrando le sorprendió la muerte.

»Ciertó: en el actual simpático renacimiento de la literatura hispana, sobre los escritores de la generación del día, la obra de *Clarín* ha tenido mucha influencia. Defendiendo los fueros del buen decir; atacando rudamente la petulancia hueca y la mediocridad ensimismada; peleando constantemente del lado del buen gusto y de la belleza; predicando los preceptos de una estética amplia, limpia, sana, Leopoldo Alas desbrozó el camino que hoy recorren triunfantes Jacinto Benavente, Vicente Blasco Ibáñez, Joaquín Dicenta y tantos otros. La independencia de su carácter, la ductilidad de su talento, la constancia de su empeño, no han sido estériles. Todavía están abiertas muchas de las heridas que hizo, aun á los mismos que hoy benefician de su obra, y por eso tal vez ésta no sea reconocida en España en todo su mérito y alcance; con el tiempo se cerrarán esas heridas y todos reconocerán en *Clarín* el héroe-víctima que es indispensable para el triunfo, más ó menos inmediato, de las buenas causas. En España y en su tiempo, *Clarín* tuvo que ser como fué. Aquellos que sus enemigos señalan como sus defectos, menos lo son de él que de lo que tenía que combatir y destruir. A los tontos, á los incapaces no se les seduce con caramelos. La ignorancia petulante exige látigo. Era menester castigar, y *Clarín* castigó. Se ha dicho que se hería con sus propias armas, vueltas hacia él, convertidas en vanidad, insolencia, aislamiento, odios; puede ser; en todo caso, su obra fué buena, necesaria y fructífera. ¿A qué más puede aspirar un crítico?

»Su obra *La Regenta*, es una obra demasiado larga, demasiado espesa; pero hay en ella muchas cosas buenas. Algunos de los cuentos de *Clarín* son admirables, por la forma y por el fondo.

»La muerte de *Clarín* es, pues, una pérdida enorme para las letras españolas.

»En América le leíamos mucho, y, como dije más arriba, tuvo grande influencia en nuestro desenvolvimiento literario de ahora hace diez á quince años. Sus cualidades com-

bativas, su saber, las galas de su estilo, su sed de novedad, su energía, su iconoclastismo, cuadraban bien á los anhelos de la juventud de entonces.

»El no nos quería mucho á los americanos. Siempre que de nosotros trataba, no disimulaba su menosprecio por nuestra literatura. Jamás creyó que D. Juan Valera fuese sincero al aplaudir á algunos escritores ó poetas americanos. En más de una ocasión fuimos víctimas de su mordedora sátira.

»Pero en América no le tuvimos nunca rencor; siempre le leímos con agrado, aun cuando ya habíamos sacudido su influencia. Sus «Paliques» del *Madrid Cómico* hasta el fin nos deleitaron; siempre releeremos con gusto y con provecho algunos de sus artículos, y ya muerto, deploramos vivamente que fuera con él tan dura la suerte que no le permitiera dejar en una obra de mayor valía perdurable muestra de las bellas cualidades de su superior talento y más sazonados frutos de su singular saber.»

LA UNIVERSIDAD DEL PORVENIR

Tiene particular interés de actualidad para nosotros el estudio que, con el mismo título de estas líneas y firmado por Jules Delvaille, ha publicado muy recientemente *La Nouvelle Revue*. En él, en efecto, se trata del problema de la enseñanza secundaria, y partiendo de que es un problema nacional, porque «es en la segunda enseñanza donde se educa á los jóvenes que han de tener en sus manos los destinos del país», y «si la dirección de los negocios públicos es accesible á todos, es necesario que solo sea confiada sino á los que presenten garantías de competencia y moralidad», se investiga sucesivamente cuál debe ser la orientación de esa enseñanza, cómo debe de ser el personal docente encargada de darla, y por último á qué alumnos se la darán.

Tratando el primer punto muy sistemáticamente y sin descender á detalles de programas ni entrar en discusiones sobre el orden de cosas actualmente establecido en Francia, se pronuncia el autor del artículo que analizamos por una duplicidad de la segunda enseñanza, muy semejante á la actual francesa.

«... Nos parece indiscutible—dice—la necesidad de establecer dos géneros de enseñanza: una orientada hacia las profesiones liberales, que exigen una gran cultura científica y literaria, y otra adaptable a las profesiones industriales y comerciales», pero con fines diferentes y no como ahora se hace en Francia, dando a unos y otros escolares los mismos derechos, con lo que se hace que considerados los estudios clásicos como más aristocráticos, los del bachillerato aplicables a las ciencias de aplicación, sean tenidos en menos y desdeñados por los escolares y por sus familias. Cuando ese necio orgullo que arroja a muchos jóvenes en verdadero *impasse* haya desaparecido mediante el convencimiento de la mayor utilidad del bachillerato práctico, estará borrada la jerarquía que sin razón se establece entre uno y otro bachillerato. Es necesario, pues, en opinión de J. Delvaille, que las dos enseñanzas distintas conduzcan también a puntos diferentes, que cada uno sirva para un fin determinado; pero teniendo un período de estudios comunes, en que los padres puedan juzgar de la vocación y de las aptitudes de sus hijos para encaminarlas después en la dirección más conveniente.

* En una y otra enseñanza es indispensable huir de todo lo que pueda sobrecargar la memoria, y buscar en cambio lo que pueda desarrollar la reflexión. Por este procedimiento, cree Delvaille que se lograría además reducir a la impotencia a las congregaciones religiosas, cuyo único sistema pedagógico es el atiborramiento de la memoria mediante los remedios vagos.

Al triunfo de estos detestables procedimientos ha contribuido la forma en que en Francia se hacen los exámenes para obtener el grado de bachiller, y Delvaille pide que esos exámenes dejen de ser «un inventario de conocimientos enciclopédicos, para convertirse en un examen de aptitudes intelectuales, de acuerdo con la enseñanza universitaria».

Es necesario, no sólo formar inteligencias, sino hacer también ciudadanos; para ello todos los alumnos, sea cual sea su ulterior destino, deben ser preparados para la vida política; si todos por igual están llamados a intervenir en los negocios públicos, todos necesitan recibir una amplia educación moral, «y la ignorancia de algunos detalles de literatura ó de ciencia, será para los futuros directores de la democracia menos funesta que la falta de esa educación moral y cívica». Quisiere decirse con esto que la enseñanza debe estar impregnada de filosofía, de moral y de sociología. Esta impregnación, á juicio de Delvaille, facilitará la poda en los progra-

mas de otras ciencias, que es la obra de reconstrucción anunciada por M. Jouille para el siglo xx. El insigne filósofo francés ha dicho, en efecto, que «las clases de filosofía representan el porvenir, y que las demás se entretienen ya sobradamente en rumiar el pasado».

«La filosofía será, pues,—añade Delvaille—el nudo vital de la enseñanza futura.» Pero, ¿Qué filosofía? El autor del artículo estudia este punto y deduce, después de exponer las causas que motivaron la preconización en Francia de la filosofía de V. Cousin y los efectos de ella, que para un estado republicano la preferible es la filosofía kantiana, no obstante los reparos que apunta de Taine, á pesar de lo cual en Francia, por no haber verdaderos ortodoxos de las doctrinas de Kant, y necesitarse, además, aprovechar los beneficios de la evolución y el progreso científico, sería aún mejor la de M. Charles Renouvier.

Como conclusión, y siempre considerando la segunda enseñanza como parte integrante de la Universidad, escribe Delvaille lo siguiente: «En una palabra: la Universidad, tendiendo sobre todo á formar inteligencias libres y potentes voluntades, debe romper los obstáculos que aún la detienen, y hacer de modo que sus enseñanzas estén impregnadas de sana moral, porque, según Montesquieu, los republicanos son los que necesitan ser más virtuosos. A ese precio la Universidad será la verdadera educadora de la democracia».

* *

El personal dedicado á la enseñanza, necesariamente ha de adaptarse á las nuevas condiciones de existencia pública y social de la Universidad.

A juicio de Delvaille, desde que la segunda enseñanza francesa recluta sus cuadros de Profesores, no sólo en la Escuela Normal, sino en las Facultades de Ciencias y Letras, el personal es bueno y puede resistir, sin desventaja, la comparación con el de cualquier otro país; le falta sólo tener conciencia de su verdadero papel y de su dignidad. «Debe salir de entre los muros de los liceos y ver algo más que las paredes de sus clases. La Universidad nueva lo comprende así, y procura salir del aislamiento en que vivió.

«Por la fuerza misma de los hechos, la Universidad se despoja de todos los prejuicios de casta que hasta ahora la han viciado, y se da por entero á la democracia.»

Los Profesores de los liceos, sin abandonar por ello el culto á la belleza, comprenden cuál es su alta misión fuera de las clases, y, siguiendo los consejos de Henry de Bérenger, educan al pueblo, considerando esta tarea como la más apremiante de cuantas pudieran realizar. Con el tiempo, la segunda enseñanza, mezclándose así en la vida popular, será la que organice las ideas nacionales.

Para conseguir esto, necesitase dignificar á los Profesores de los liceos, y para ello propone Delvaille dos medios; darles entrada en los Tribunales de examen para el bachillerato, y como consecuencia hacerles inamovibles y aumentarles el sueldo. Ambas cosas contribuirán forzosa y seguramente á aumentar la consideración social, hoy no muy grande, con que los Profesores son mirados.

«En una palabra—concluye el articulista—en el personal de la segunda enseñanza hay los elementos necesarios para hacer de él un cuerpo fuertemente organizado. Insensiblemente irá despojándose de rutinas, de que le cargó el despotismo napoleónico, se rejuvenecerá en contacto con las más puras fuentes científicas, y engendrará una fuerza siempre nueva en el seno de la democracia.»

* *

La última parte del problema es la referente á los alumnos. Delvaille comienza, al estudiarla, por combatir la afirmación, fundada en estadísticas mal estudiadas, de que el triunfo de los colegios monásticos sobre los liceos, significa que el país rechaza la «escuela sin Dios». Supone que esto no es exacto, y afirma, además, que la bondad de un liceo no debe medirse por la cantidad, sino por la calidad; no está en que de él salgan muchos bachilleres, sino en que salgan buenos. Una de las necesidades de la segunda enseñanza, es precisamente la disminución del número de alumnos, que no se consigue mediante exámenes más ó menos rigurosos para ingresar en ella, sino variando por completo el sistema de reclutamiento de los futuros bachilleres.

Delvaille propone que la escuela de primera enseñanza sea laica, gratuita y obligatoria, para que todos los franceses, sin distinción de clases, pasen por ella, haciéndose allí la fusión que ha de matar los prejuicios de capital y de linaje. Esa escuela sería una especie de piedra de toque, y en ella habrían de ganarse las plazas de alumnos de segunda enseñanza, de un modo análogo á como en la actualidad las ganan los pensionados. El in-

greso en los liceos es ahora demasiado fácil, y depende principalmente de la voluntad ó de los medios económicos de los padres. Con el nuevo sistema, los que no lograsen entrar no perderían mucho, porque los conocimientos sólidos adquiridos en la escuela primaria, habrían de serles mucho más útiles que los que en segunda enseñanza pudieran mal digerir, y, además, no correrían como ahora el riesgo de que un orgullo mal entendido les convirtiese en *ratés*.

La segunda enseñanza seguirá educando á las clases directoras; pero éstas tendrán la ventaja de ser desde el primer momento elegidas por la nación misma.

La segunda enseñanza, además, habría de ser gratuita, como lo son la primera y la superior, y el problema económico que esta reforma suscita para el Estado, no es obstáculo suficiente para no realizarla.

* *

Como conclusión de todo lo expuesto, dice Delvaille lo siguiente: «Una nación nueva necesita instituciones nuevas. La opinión ha progresado desde el día en que Napoleón, al fundar la Universidad, quiso hacer de sus Profesores un «cuerpo de jesuitas laicos». Los acontecimientos han modificado profundamente la Universidad. Acordémonos de que procede del movimiento que preparó é hizo la revolución. «Nos toca continuar esa obra, animándola con el espíritu democrático y republicano, que es ante todo un espíritu de alta moralidad».

«La Universidad, que debe ser la educadora, la madre espiritual de todos los franceses, formará el corazón y el carácter de los que han de regir los destinos del país.» «Así la Universidad, rejuvenecida y fortificada, presidirá la renovación de Francia.»

RUSIA Y SU PROBLEMA

I

El por qué de este artículo. — Recelos é incertidumbres. — La diplomacia rusa. — Rusia por dentro. — Los últimos treinta años. — La paz á todo trance. — Mr. Witte y sus empréstitos. — Todo por la industria. — El Ministro de Hacienda y el socialismo revolucionario. — ¡Pobre agricultura! — ¿Cuál es el enemigo?

Ha publicado *The Fortnightly Review*, de Londres, en sus dos últimos números, dos

largos artículos que han producido honda y general sensación. Bajo el pseudónimo *Calchas*, que lo firma, se advina un político influyente y de talento, y da esto más interés y valor á las declaraciones que en ellos se hace.

Los dos se refieren á Rusia y podrían titularse: el primero *Rusia por dentro*, y *Política exterior*, el segundo.

En el primero estudia el autor la situación actual de Rusia. El análisis es implacable, hace de aquella nación un reconocimiento brutal, el que haría un médico sin entrañas sobre un cuerpo enfermo, pero de todo él surge un consejo amistoso para Rusia.

Su síntesis podría ser esto: — *Ya ves, estás enferma, te conviene el reposo; hoy eres débil, conserva la paz á todo trance.*

En el segundo, sigue los vuelos de expansión del imperio moscovita. Rusia, según él, busca á todo trance salida por el Mediterráneo, por el Pacífico y por el Océano Indico. En estos tres puntos está la clave de su diplomacia, y al señalar las dificultades de estos empeños, no se regocija el autor, como podría creerse en un político inglés; al contrario, parece que las lamenta, y sostiene que entra en los intereses de Inglaterra ayudarle á vencerlas.

En el fondo este artículo es una confidencia á Rusia, y podría resumirse de este modo: *«Te cierran todos los caminos, pero no es Inglaterra quien lo hace: es Alemania.»*

Se comprende así el valor de estas declaraciones, en labios de un prohombre de la política inglesa.

Supongamos que el autor refleje hoy, ó llegue á reflejar mañana, las aspiraciones de su país. Pues la tradicional rivalidad de Inglaterra y Rusia desaparece; la política internacional de estos últimos años sufre una rectificación inesperada, y en la partida de ajedrez que están jugando las naciones, las piezas toman posiciones, que dejarían sorprendido al más hábil jugador.

Indudablemente que estos artículos, á pesar de la dureza aparente, se han escrito con el fin de evitar un choque, á toda hora temido, entre estas dos naciones.

La opinión inglesa, respecto á Rusia, no puede ser más recelosa, y en concepto del autor, se esfuerza, ahora quizá mas que nunca, en salir de esa perplejidad mortificante. Ni rusófilos ni rusóforos son ahora los ingleses. No son rusófilos, porque recuerdan con

cierta animosidad la intervención de Rusia en el asunto de Battemberg, su régimen de persecución y de hambre; las malanzas de armenios; la incautación de la Manchuria y sus atropellos en Finlandia. No son rusóforos, porque se han convencido de que los odios y luchas contra Rusia son un juego desagradable, del que sólo sale gananciosa la diplomacia alemana.

Sin embargo, lo que parece cierto es que viven en continua incertidumbre. No saben si Rusia es ó no un enemigo del que hay que guardarse, porque mientras unos les dicen que de su expansión (de la de Rusia) en Asia nada deben temer, que alojamiento espacioso hay allí para las dos naciones, otros les aseguran que el blanco de los afanes rusos es la India, la perla de sus colonias. Es de temer que un hecho mal interpretado y en un momento de pasión les haga tomar una actitud resuelta y definida.

El autor sincera á la diplomacia rusa. La expansión de Rusia hacia el Este y su aspiración á abrirse paso hacia los grandes mares, considéralas él, no como un apetito insaciable de engrandecimiento, como un brutal instinto de agresión, sino como resultado de una necesidad, como imposición de una ley natural. Lo mismo hicieron los anglosajones; la tierra no es ilimitada.

Hablar de la poca escrupulosidad de la diplomacia rusa es para él una gran vulgaridad. Inglaterra y Alemania han acusado siempre de esta tacha á Francia; se acusa á Alemania, y desde la guerra yankee-española parece ser que la América del Norte bate el record. Cree que no son los ingleses los más indicados para lanzar esas acusaciones, porque en los últimos veinte años se han apoderado del Egipto, Sudán, Rodesia, el territorio de los boers, Bismarckia, etc., que bien valen por todas las nuevas conquistas de Rusia.

«Una nación—dice—es siempre acusada de perfidia cuando perjudica á sus vecinos ó obtiene lo que las otras querrian haber obtenido... Las naciones no se mueven por principios abstractos, sino por motivos de utilidad urgentes, y no son detenidas por escrúpulos, sino por obstáculos.»

Rusia está á las puertas de una gigantesca revolución; los síntomas no pueden ser más alarmantes.

«En la filosofía de Tolstói—dice el articulista,—no menos que en la política de los nihilistas, en las herejías de los campesinos rusos, como en el hecho de convertirse en marxista furioso todo estudiante de economía, parece percibirse acentuados rasgos del asiático, vacitante entre el fatalismo y la anarquía, la tendencia irresistible de una raza á una inmensa catástrofe.

La sorda agitación de toda la sociedad rusa permite temer que se realice la fatídica profecía: que el trono de los zares salte en pedruzos y la iglesia ortodoxa se pierda en un caos de mil extrañas sectas.

Si algún movimiento ha de transformar el mundo, el autor lo espera del pueblo ruso, de ese pueblo inmenso, sombrío y ardiente.

* *

Han pasado ya cien años, y Europa ni es cosaca ni republicana. Napoleón, ó quien lo dijera, fué en esto mal profeta. El autor sostiene que, contra lo que generalmente se cree, Rusia ha sufrido, en los últimos treinta años, un gran retroceso.

En rigor, la pujanza de Rusia está en el aumento de población, pero aún éste no es tan extraordinario: 40.000.000 de habitantes tenía en 1801, y ahora tiene 130.000.000; pero no tendrían tantos en aquella fecha Alemania y Austria reunidas, y hoy pasan de 100.000.000; y en cuanto al aparato de su civilización, ¿qué diferencia!

Hace treinta años podía competir mejor con las naciones de Europa, cuando casi todas ellas eran agrícolas, y allí se andaban en líneas de comunicación, y la cultura del pueblo y la instrucción é iniciativa particular no jugaban papel tan importante en toda clase de luchas. ¿Y en la industria? A pesar del desenfrenado proteccionismo con que se la cultiva, no llegan á 2.000.000 los rusos á ella dedicados, mientras que sólo en Alemania hay 25.000.000. De dinero no se hable: si no fuese por Francia (y en caso de guerra ésta lo necesitaría para sí), viviría en la mayor penuria. Una guerra larga la llevaría á una ruina segura, mucho mayor que en tiempo de Pedro I, el Grande.

* *

Rusia necesita ahora la paz, la paz á todo trance. Tiene pendiente sobre sí la amenaza de una revolución y de una bancarrota formidable. Es la única potencia que se

den que no puede cubrir sus propios empréstitos, y el pobre campesino está ya tan abrumado de impuestos, que no puede más; esta fuente de ingresos, la mayor hoy, casi la única apreciable, está agotada, exhausta.

Una guerra con Alemania, país más culto, más rico y de una fortaleza verdad, podía llevarle á la derrota, y la derrota rectificaba sus fronteras; perdía desde luego las provincias polacas, se desvanecía para siempre su ilusión de colonizar el Asia Menor y abrirse paso á Constantinopla, y la frontera alemana se extendía hasta el Riga, si no era hasta el Revel. Una guerra con Inglaterra, y aun con el Japón, podía ser inacabable, lo suficiente para arruinarla. Mientras no lleve á cabo su reconstitución interna, la guerra le sería mortal.

Y aquí está la clave de la Conferencia de La Haya; esto explica la famosa Circular de la Paz. El día que las potencias se decidan á renunciar á sus ambiciones, abandonar sus conquistas y dar libertad á pueblos, clases ó razas perseguidas ó esclavas, habrán acabado con las guerras, tendrán paz duradera. Pues bien; nada de esto proponía el Zar á las potencias; limitábase á proponer que limitaran sus armamentos. ¡Y esto lo decía Rusia en momentos en que se vela impotente para ampliar sus armamentos y necesitaba empréstitos extranjeros para reconstituirse industrialmente! ¡Lo decía cuando miraba recelosa cómo Inglaterra, y Alemania sobre todo, explotando la riqueza y la fuerza de civilización que ya tenían, iban aumentando su poderío naval y su ejército de tierra!

No había aquí, no, esos lirismos sentimentales, esos idealismos sublimes por la paz que al Zar se han atribuido; no se han visto por ninguna parte; lo que ha habido es un gran sentido de la realidad. La guerra es hoy un mal negocio para Rusia; no le conviene que las naciones enemigas aumenten sus fuerzas: he aquí el secreto de la famosa Circular. Si hubiese prosperado, su triunfo diplomático hubiese sido incalculable.

* *

La gestión financiera de Mr. Witte es muy dudosa, en concepto de Calchas.

Desde luego ha logrado deslumbrar al extranjero, y esto ya es un triunfo. Ha hecho creer que todos los años amortiza de dos á tres millones de su deuda; que ha aumentado esta en diez años en un 20 por 100, lo que supone haber aumentado su crédito; que sus enormes empréstitos estaban dedicados íntegramente al ferrocarril transiberiano y á la

explotación de sus inagotables recursos, lo que hace augurar para el porvenir un florecimiento industrial y económico colosal, monstruoso.

Para digno remate de esta maravillosa gestión, ha conseguido todo esto—dice—sin aumentar los impuestos, que es lo mismo que si Sir Michael Hicks-Beach hubiera logrado pagar los gastos de la guerra del Transvaal con un empréstito de fuera, y no hubiese tenido necesidad de señalar partida ninguna para pagar los intereses. Esto es lo que se llama una gran jugada. Pero esto es el anverso de la medalla.

El reverso es muy distinto. Hay quien cree que los balances del ministro de Hacienda ruso son fantásticos y fraudulentos. Acaba de aparecer un libro titulado *Starving Russia*, escrito en colaboración por un médico alemán y un economista ruso, según los cuales Mr. White amortiza su deuda con el mismo capital del empréstito. Se fundan para decirlo en que desde 1.º de Enero de 1887 á igual fecha de 1899, ha aumentado su deuda de rublos 1.752.000.000, y en el ferrocarril transiberiano y en empresas productoras sólo se ha gastado la cantidad de 1.216.000.000. Los 536.000.000 de rublos de diferencia, se ha gastado, por consiguiente, para enjugar déficits sucesivos, á razón de 45.000.000 al año, que viene á ser próximamente lo que Mr. Witte dice que dedica á amortizar.

Si así fuese. Mr. Witte sería verdaderamente un hacendista cínico; pagaría sus deudas con dinero de sus acreedores, alimentaría un perro con trozos de su propia carne.

Véase cómo puede compaginarse con las declaraciones del ministro, según las cuales no necesita ya más empréstitos y tiene que terminar el famoso ferrocarril transiberiano, y la enorme línea del Transcaspio, y unir las dos, de Norte á Sur, por una línea de 1.000 millas de un coste extraordinario, y trazar otra del Cáucaso al Norte de Persia, y si se puede al Golfo pérsico, y poner la red de sus ferrocarriles en comunicación por medio de varios canales, uno que una los mares Báltico y mar Negro, otro entre el Báltico y el mar Blanco, otro, en fin, entre el mar Negro y el Caspio.

**

En Rusia hay borrachera de industrias. Moscú, las provincias polacas y las regiones del Cáucaso están en verdadera ebullición. El autor de algunas cifras, que en el fondo coinciden con las que en otro número de NUESTRO TIEMPO daba Mr. Dillon, ese gran

periodista londonense á quien Mr. Stead, en su *Review of Reviews*, acaba de consagrar como el primer periodista de Inglaterra. Como Mr. Dillon, Calchas no acierta á decir si ese desarrollo industrial es ó no perjudicial á Rusia. Cree que, dígame lo que se quiera, no ha salido aún de la infancia.

**

El Santo Sínodo ruso condena este movimiento industrial por boca de su procurador, M. Pobidonostseff. Denuncia como una calamidad pública el ansia de riquezas, la manía del dinero, el lujo y la vanidad que se van apoderando de la moderna Rusia. «Es la teoría de los jesuitas» españoles y la misma en boga en China, pero sus resultados lógicos ya se ve cuáles son, España y China.»

El autor del artículo pone á España al nivel de la China; ya no la clasifica entre las naciones moribundas, sino entre las naciones muertas. Para digno remate de esta insultante teoría cae en la vulgaridad de decir que esa España muerta de hoy es obra de los jesuitas enemigos de la industria. A los jesuitas se les podrá colgar muchos muertos, pero suponerlos cruzados contra la industria, es ya demasiado. ¿Quién sabe de algún libro ó conferencia en la que un jesuita haya condenado la fiebre industrial que hoy siente España? ¿No es, por el contrario, lo corriente entre nosotros atribuirles participación en cien industrias, desde la explotación de *café* hasta la de grandes empresas navieras?

El autor sostiene que Mr. Witte está haciendo á su pueblo industrial, pero al mismo tiempo socialista y revolucionario. La ignorancia del obrero, su inexperience, su temperamento idealista y soñador, le hacen terreno abonado para las predicaciones socialistas. Aumenta el peligro el que viven juntos, en malas barracas construidas al lado de los grandes centros industriales. Esto, en fin, se ha visto comprobado en los últimos motines estudiantiles.

**

Calchas estudia luego el estado de la agricultura rusa y el hambre que se extiende por los campos. Los enormes empréstitos que el Estado hace para dar vida á las industrias, la agricultura tiene que pagarlos, y no podía ya con los anteriores impuestos!

Mr. Witte espera que la industria, que pesa hoy sobre la agricultura, será en fin de cuenta la que la salve.

Cuando esté próspera y boyante, ella llevará las cargas del Estado y se podrá pensar en reconstruir la agricultura.

Resumen de todo esto es que Rusia ahora necesita capital, no conquistas; paz para ponerse y vigorizarse, no aventuras guerreras que le sumirían en ruina segura.

Por otra parte, no es Inglaterra sino Alemania la que puede contrariar, y de hecho contraría sus planes. La influencia alemana está tomando extraordinarios vuelos en el Este de Europa. El alemán ha llegado á ser en los Balcanes el lenguaje comercial, y los diplomatas rusos han notado ya, con alarma fundada, que Constantinopla parecía una ciudad alemana. Alemania, no Inglaterra, es el enemigo de Rusia, el que puede precipitarla en una guerra fatal é inoportuna, el que le está cerrando las puertas del Mediterráneo y del Asia Menor. Una inteligencia entre Rusia é Inglaterra podría zanjar este y otros asuntos no menos interesantes.

II

POLÍTICA EXTERIOR

Los tres grandes empeños de Rusia, seculares ya é inevitables, son abrirse paso libre al Mediterráneo, al Pacífico y al Océano Indico. Pues bien; en diez años, su situación respecto á estos problemas ha cambiado por completo.

Antes de que el Japón despertara á la civilización occidental, y mientras se ha considerado que los Balcanes no valían la sangre de un solo granadero pomerano, como Bismarck sentía, Rusia no ha tenido más que esperar que el fruto, ya maduro, se le viniera á las manos. Contaba con una Turquía decadente, una China somnolienta y una Persia aún más inofensiva y aletargada. Tras ella estaba Inglaterra; pero poderosa en el mar, no era temible por tierra; sus recelos y su mal humor no podían detener los acontecimientos. Rusia podía confiar en el porvenir; podía dedicar su atención y sus fuerzas á su desarrollo interno; lo demás era cuestión de tiempo.

Hoy todo ha cambiado: el despertar del Asia, la intervención en China de las Potencias, y sobre todo la del Japón y los Estados Unidos, el ascendiente que Alemania va teniendo en Constantinopla, ha hecho variar los factores de estos problemas. Un convenio

posible entre Inglaterra, Alemania y el Japón desbarataría todos los planes de Rusia. lo mismo en el Asia Menor que el lejano Oriente, llevaría sus empresas interiores á una ruina sin ejemplo y le cerraría por otros cien años las puertas de esos mares, empujándola á buscar salida por los helados mares árticos.

Para Rusia es hoy la amistad de Inglaterra ó Alemania cuestión casi de vida ó de muerte. En Berlín se sabe esto, y se explota. Algo parecido quisiera el articulista que se hiciera en Londres, si bien tiene buen cuidado en apuntar que los intereses de Inglaterra no son los intereses alemanes. El mayor desastre que podría sufrir su patria era la derrota de Rusia por las tropas teutónicas. Alemania se haría entonces en Europa tan absorbente é insoportable como en América los Estados Unidos.

Pero á pesar de la importancia que para ella tiene la paz, y de la reconstrucción interna que tanto necesita, Rusia no puede permanecer inactiva frente á las alarmantes actividades que le cierran el paso. Se ha debido convencer de que, mientras ella aguardaba sentada y tranquila que el fruto ya sazonado cayera del árbol á su boca, alguien más avisado ha sacudido la rama para anticipar la recolección. Esto en el Este de Europa. En cuanto á China, el nuevo conflicto la ha puesto fuera del alcance de las conquistas moscovitas. Sin un concierto con las potencias nada conseguiría, y claro está que con concierto conseguiría menos. La expansión automática de Rusia ha terminado; la expansión ulterior ha de ser, pues, obra de habilidad ó de fuerza.

RUSIA EN TURQUÍA

«Dejad que Inglaterra y Rusia lleguen á un acuerdo; todo lo demás es nada», pudo decir un día el emperador Nicolás á Sir Hamilton Seymour, refiriéndose á la cuestión otomana. Calchas cree que esa fórmula pasó ya: la suerte de Turquía, desde el Adriático al Golfo pérsico, depende del choque ó del acuerdo entre dos naciones, sí; pero no son Inglaterra y Rusia, son Rusia y Alemania.

Bismarck dejaba á Rusia libre el campo de Turquía, á cambio de alejarla de Francia, y mientras Bismarck dirigió la política alemana, la alianza franco-rusa que previó no se hizo. Los cancilleres que le han seguido no han querido reconocer á Rusia ese casi monopolio en los Balcanes, y la respuesta de Rusia ha sido su alianza con Francia.

Los alemanes, á su vez, han apretado de

firmes en minar el terreno á Rusia. El alemán ha llegado á ser en Turquía el lenguaje del comercio. El inglés que visita Constantinopla, pronto echa de ver, con gran mortificación de su amor patrio, la conveniencia de usar el alemán en vez de su propia lengua. La guardia turca hace los más exagerados honores aun al más insignificante viajero que ostenta nacionalidad alemana; el inglés, allí no es nada; para vivir y negociar, el ser inglés es una desventaja; los alemanes lo arrollan y absorben todo, y á su prosperidad comercial dedican toda su diplomacia y posponen los más caros y altos intereses de la humanidad.

Rusia vió en un principio todos estos manejos de Alemania con cierta complacencia; Alemania le libraba de Inglaterra; pero hoy que se ve á su vez empujada, no puede calmar sus zozobras.

Alemania ha conseguido, á pesar de los esfuerzos de Rusia, la concesión de un ferrocarril desde Constantinopla al golfo pérsico á través de toda el Asia menor. He ahí una empresa industrial inocente, al parecer, pero que es inseparable de la política. El Kaiser ve en ella un gran portón para colonizar el Asia menor, para tener en Kuwert amplísimo puerto, para hacer de la Mesopotamia el granero de Jatherland, para dominar, en fin, en el Mar Negro.

Rusia comienza á defenderse; lenta, pero eficazmente, está preparando la autonomía de Macedonia y captándose las simpatías de Serbia y Montenegro. Igualmente trata de explotar la rivalidad entre Austria é Italia. Tiene Austria un proyecto de ferrocarril que, partiendo del Adriático, la ponga en comunicación con Salónica. Esto acabaría de poner los Balcanes en manos de Austria-Alemania; pero perjudica notablemente los intereses de Italia. Con Italia está Rusia en esta cuestión, pues sus intereses son idénticos.

En cuanto á Inglaterra, perdido todo su ascendiente en Turquía, no le resta sino permanecer neutral, á no ser que complicaciones de otro orden la obliguen á decidirse por el eslavo ó por el teutónico, los dos perros que se disputan esa piltrafa de Europa.

RUSIA EN CHINA

El distinguido autor del artículo que estamos extractando tiene muy fuertes censuras para Mr. Balfour y lord Salisbury; la política de Inglaterra en China parécete indefinida, vacilante, y el axioma de que «allí hay alojamiento para Inglaterra y Rusia» parécete una cantinela huera, sin sentido, sin significación alguna.

La situación de Rusia en China, según él, es muy sencilla. Se ha creído—dice—que porque Rusia avazaba hacia la Manchuria, su objeto era llegar hasta Hong-Kong. No hay tal. La Manchuria le era necesaria; las demás provincias, no. Digo que le era necesaria, porque su ferrocarril transiberiano, de no dirigirse hacia el Polo, tenía que terminar en un puerto de aquella provincia china, hoy ya Rusia en rigor. A esta empresa le han ayudado Inglaterra y Alemania; la primera tolerándole, mediante previo convenio, que el ferrocarril famoso llegara al mar amarillo y que fuera guardado por cosacos; la segunda, uniéndose á Francia y Rusia, para obligar á los japoneses á desalojar á China. El Japón le estorbaba en el Celeste Imperio.

La crisis de los últimos meses ha complicado el problema. Rusia no puede ya absorber á China; á ello se opondrían el Japón y los Estados Unidos y las demás provincias que han enviado contingentes al ejército aliado. En cuanto á la regeneración de China, Rusia la teme, y con razón. La civilización de China ponía á sus puertas un enemigo formidable. La raza amarilla comenzaría por recuperar sus antiguas posesiones de la Siberia, y Dios sabe dónde acabaría.

Rusia no quiere ni que China se civilice ni que se reparta; sus aspiraciones se limitan á aparecer como el protector de Pekín. Calchas insiste en que la civilización de China sería un peligro permanente para el imperio moscovita y una línea indefendible por lo extensa. El reparto de China le traería las mismas consecuencias. Millones de chinos dirigidos por los alemanes serían también huesped molesto; no, no le conviene esa vecindad. Le conviene el *statu quo*, la integridad del Celeste Imperio, y véase cómo también en este problema los intereses de Rusia, opuestos á los de Alemania, coinciden con los de Inglaterra.

RUSIA EN EL GOLFO PÉRSICO

Es la última parte del artículo de Calchas, y quizá la más explícita y sensacional. En ella recomienda abiertamente un acuerdo con Rusia y concesiones de importancia, á cambio de dejarles en paz en la India.

De las tres puertas que Rusia ha soñado abrirse á los mares, una ya la ha conseguido después de tres siglos de tenacidad inquebrantable. Puede salir ya al Pacífico por Port Arthur en la Manchuria. La otra puerta da al Mediterráneo y es Constantinopla, y cuando todo parecía que su triunfo era próximo, Alemania se ha interpuesto y se la ha cerrado más fuertemente que nunca.

Queda otra, la que quiere abrirse en el Golfo pérsico, el puerto de Bunder Abbas, la salida natural de Siberia central y del Trans-Cáucaso, y aun de la Rusia verdaderamente industrial.

La necesita; continuando como hasta aquí, en 1925, tendrá Rusia 200.000.000 de habitantes. Cuando su salida al Pacífico la tenga asegurada, ó reconcentrará sus fuerzas contra Alemania en los Balcanes, ó contra nosotros en Persia. Todo este artículo—dice el autor—está escrito con el propósito de hacer ver que á la política de Inglaterra urge, ó llegar á un acuerdo pronto y definitivo con Rusia en este punto, ó romper desde luego las hostilidades. El conflicto tiene que venir.

Calchas cree que conviene á su patria ir de acuerdo con Rusia y concederle el puesto que pretende. Le conviene comercialmente, porque en cambio de la benevolencia y concesiones de Inglaterra, fácil le será conseguir ventajas y seguridades para el comercio inglés; le conviene políticamente, porque el desbordamiento de la población rusa se va hacia el Asia Menor, dejando así libre la India. Esto, que es lógico, está además confirmado por claras opiniones de políticos rusos. No hace dos meses escribía uno de ellos en el más caracterizado periódico de San Petersburgo: «Convénzase Inglaterra de que nosotros no deseamos sus Indias, pero que debemos llegar al Golfo pérsico, y todas las dificultades para llegar á un acuerdo entre las dos naciones están ya zanjadas.»

Calchas se esfuerza, además, en convencer á sus paisanos de que el derramamiento de Rusia en Asia es un fenómeno natural y nunca ha tenido por objeto arrebatársela la India; que este propósito de Rusia debilitaría extraordinariamente á Inglaterra en Europa, por lo que estima que debe á todo trance evitarse; y añade, en fin, que después de haber tolerado que el ferrocarril alemán que desde el Bósforo va á Kuwait, asegure á Alemania un magnífico puerto en el Golfo pérsico, oponerse á que lo tenga Rusia sería una provocación.

Inglaterra debe dar facilidades á Rusia para que ésta consiga la salida al Golfo que tanto necesita.

Rusia podía comprometerse á respetar la India inglesa, con la que Inglaterra, libre de esa preocupación, podrá dedicar su actividad y sus energías á conservar el cetro de los mares y defender su comercio, en todas partes batido.

Como habrán visto nuestros lectores, los artículos extractados son de aproximación á Rusia y de animosidad contra Alemania. Aquí precisamente está el secreto de la sensación que al parecer produjeron.

EL ÚLTIMO ECLIPSE SOLAR

Muchas noticias sueltas se han publicado relativas á las observaciones hechas durante el último eclipse de sol, en 18 de Mayo de este año, pero la relación más completa de los resultados obtenidos en las quince estaciones montadas para la observación ha aparecido en el *Times*, siendo después copiada ó extractada por todas las revistas profesionales.

Teniendo en cuenta las desfavorables condiciones en que se ha verificado el eclipse (dice el artículo del *Times*), las observaciones practicadas han sido importantes, pues de las quince estaciones instaladas á lo largo de la línea de la totalidad, se han hecho en trece determinaciones de interés.

Las observaciones que han fracasado han sido las especiales que pensaban practicarse aprovechando la duración excepcional de la fase total en este eclipse; tales han sido: fotografías de la corona en gran tamaño, por el profesor Barnard; determinaciones espectroscópicas de la rotación de la corona, por los astrónomos Newall, Wilterdink y Baume Pluvinel, y medidas del color de radiación de la corona, por el doctor Abbott y el profesor Julius.

Las fotografías de la región vecina al sol, se obtuvieron muy bien por el profesor Perri-me en la estación de Padaug, y por Mr. Disson en Auer Gadang.

En las investigaciones polariscópicas, el éxito ha sido sólo parcial. El profesor Julius hizo algunas observaciones visuales y Mr. Newall ha obtenido series de fotografías con la cámara Savart.

Varios observadores han conseguido también algunas fotografías del espectro de la cromosfera. En el fuerte de Kock, el doctor Humphreys ha obtenido un buen espectro de la parte más baja de la cromosfera, usando un retículo cóncavo, ocupando la parte azul y violeta del espectro una banda de dos pies de longitud.

Mr. Nowal, con la cooperación del teniente Briggs y usando una retícula plana, ha conseguido una serie de espectros con gran dispersión.

El Dr. Mitchell ha obtenido una magnífica serie de espectros de ráfagas luminosas por medio de un retículo espectroscópico.

La Comisión holandesa en Fuerte de Kock y Mr. Mannder en la isla Mauricio, han sacado también muy buenas fotografías usando cámaras prismáticas. En Sumatra se han obtenido fotografías en gran tamaño, por el profesor Nyland, el Dr. Humphreys y Mr. Perri-ne, valiéndose de lentes de 40 pies. Examinadas las placas, éstas muestran que en aquel

momento reinaba una terrible y vastísima tormenta en las regiones orientales ecuatoriales del sol. También aparecen en dichas placas varios arcos brillantes, en comunicación con protuberancias muy marcadas de la superficie solar, especialmente en el cuadrante sudoriental.

La duración de la totalidad ha sido considerablemente diferente de la calculada en los cálculos astronómicos; la duración observada ha sido, en la mayor parte de los casos, más corta. Según la Comisión holandesa en Páman, la totalidad ha sido once segundos más corta que la que figura en los almanaques; y, según Disson, nueve segundos. En cambio, otros observadores, entre ellos el profesor Burton y la Comisión que ha operado en Fuerte de Kock, parece que han encontrado la duración de la totalidad mayor de lo que estaba predicho.

Una de las particularidades más notables de este eclipse ha sido que las condiciones del tiempo no han correspondido, en muchos sitios, á lo que se esperaba con arreglo al carácter meteorológico de las localidades elegidas para establecer las estaciones de observación. Así, por ejemplo, el eclipse ha podido estudiarse casi en perfectas condiciones desde Padang Pandjang, que se considera como la región más lluviosa y más frecuentemente cubierta de nubes, de toda la isla de Sumatra; y, en cambio, los astrónomos que acamparon en el antiguo fuerte de Soloc, que se considera como una localidad seca y de cielo claro y despejado, fueron los menos favorecidos por el tiempo.

SEDA ARTIFICIAL

Un procedimiento para fabricar seda artificial, inventado por J. Duquesnoy, vemos descrito en la revista inglesa *Science Gossip*.

La primera materia empleada es la celulosa, obtenida de la madera blanda ó de las partes tiernas de las plantas, haciendo con ella una pasta semejante á la que se emplea para la fabricación del papel. Esta celulosa se convierte en nitro-celulosa, tratándola por los ácidos sulfúrico y nítrico exactamente en la misma forma que se hace para la producción de piroxilina ó algodón-pólvora.

Preparada y seca la nitro-celulosa, se disuelve en una mezcla de acetona, ácido acético y alcohol amílico.

Esta disolución se filtra y se pasa por una

especie de hilera, como en la preparación de los fideos, pues así que la acetona se evapora la masa se solidifica, y va quedando en forma de hilos ó fibras sólidas al pasar á través de orificios y tubitos de la hilera, orificios que son finísimos para que los hilos obtenidos también lo sean. En esto se imita artificialmente el procedimiento natural por el que las arañas fabrican sus hilos y los gusanos de seda la hebra que constituye el capullo donde se encierran.

Los hilos de nitro-celulosa obtenidos de este modo se juntan en madejas, las cuales se desmitran, se lavan con agua y se secan.

La materia textil así obtenida tiene un aspecto muy parecido al de la seda, con su lustre especial y su suavidad; es muy resistente y flexible, de forma que se puede con ella preparar toda clase de tejidos, bordados, etc. Además, esta seda artificial puede *animalizarse*; esto es, cubrirla con una capa muy tenue de la materia animal que constituye la seda ó la lana naturales, para lo cual se emplea una especie de barniz obtenido con dichas lanas ó seda naturales.

Es muy fácil, sin embargo, distinguir siempre las fibras de la seda artificial del producto natural que se trata de imitar. Al microscopio y con muy poco de aumento se aprecia enseguida una gran diferencia, pues las fibras de la preparación de celulosa aparecen como varitas amorfas, sin tubo central, compactas y homogéneas en toda su extensión y sin los detalles y accidentes de estructura que presentan las fibras de la seda natural. Puede, además, hacerse una prueba química muy sencilla y de resultados irrecusables. Tratando las fibras con una solución amoniacal de una sal de níquel, se observará que las de seda natural se disuelven por completo, mientras que las obtenidas con la preparación de celulosa no son atacadas por el reactivo.

MOVIMIENTOS DEL PLASMODIO

En el estudio de la irritabilidad del protoplasma, se presentan algunos problemas muy curiosos que, si se pudieran resolver por los medios deficientes de que al presente se dispone, traerían consigo grandes progresos á la biología, tanto en el campo de la zoología como en el de la botánica.

Ocorre, sin embargo, que, unas veces por un motivo, otras por otro, en el estudio y resolución de los problemas aludidos siempre

falta algún hecho insuficientemente demostrado, y esta es la causa por la cual las leyes que rigen la irritabilidad del protoplasma se hallan hoy bajo la denominación de lo que los biólogos llaman, por decir algo, fuerza vital. Es, pues, interesante, ya que ahora no se pueda hacer otra cosa, estudiar lo más minuciosamente posible cuantos fenómenos sea dable de la índole de los que se trata, observando todas las circunstancias, analizando todas las variaciones, para encontrar leyes y hallar las causas determinantes.

Con este motivo, la *Science-Gossip* hace un resumen de algunas curiosísimas propiedades que presenta un plasmodium, el *Aethalium Septicum*, que constituye las eflorescencias que se observan en las disoluciones de tanino.

Si este plasmodium se expone á una luz de gran intensidad, tal como la de una lámpara de arco voltaico, se verá que se mueve hacia el sitio donde la luz alumbrase con menos intensidad; y si hay cerca y accesible algún lugar con sombra, allí se acumularán las eflorescencias constituidas por el plasmodio. Si éste se recoge y conserva por algún tiempo en un sitio seco, y después se expone á la influencia de la humedad (por ejemplo, colocando un pedacito de papel secante mojado dentro de la vasija donde las eflorescencias se conserven), el plasmodio se moverá hacia el sitio húmedo, y pronto se verá que se halla acumulado en el lugar donde la humedad sea mayor.

Se ha notado también que la gravedad no ejerce ningún efecto sobre el plasmodio; es decir, que no es geóptrico. En efecto, este se mueve y extiende por superficies verticales exactamente lo mismo que en superficies horizontales, marchando algunas veces en sentido contrario á la gravedad terrestre.

En cambio, el quimotropismo está muy marcado en el *Aethalium Septicum*. Soluciones muy débiles de tanino ó infusiones de materiales en degeneración, tales como el humus, ejercen atracción directa sobre el plasmodio de que se trata; por el contrario, disoluciones de cloruro de sodio producen una acción repulsiva. En el primer caso se dice que el plasmodio es positivamente quimotrópico; en el segundo caso, que lo es negativamente.

Es imposible decir en estos casos si existe ó no una fuerza vital como causa determinante de estos fenómenos; pero, según manifiesta el articulista de *Science-Gossip*, más bien debe uno inclinarse á creer que la llamada vitalidad en los hechos citados no es más ni menos que la acción combinada de varias fuerzas (luz, calor, fuerza química, etcétera), sobre la delicada constitución mole-

cular del protoplasma, y no una forma específica de energía, distinta de las demás.

ACCIÓN DEL FRÍO SOBRE LAS

BACTERIAS

Las bacterias tienen un poder extraordinario para resistir las más bajas temperaturas, sin perder su vitalidad. Es muy interesante conocer esta circunstancia, cuando se trata de combatir las bacterias patógenas.

La revista *Science-Gossip* publica un curioso resumen de experiencias y observaciones acerca de este punto.

Pictet y Young expusieron cultivos de bacilo del antrax á la temperatura de 76° centígrados bajo cero, por un período de veinte horas, sin lograr destruir su vitalidad; idénticos resultados han sido obtenidos por Coleman y Mirkendrik, quienes han probado que las bacterias son capaces de continuar su desarrollo después de haber sufrido temperaturas comprendidas entre -6° y -13° centígrados.

Sin embargo, si bien es cierto, como lo prueban los experimentos citados y otros muchos, que el frío no destruye los microorganismos, por lo menos paraliza su desarrollo mientras éstos se hallen sometidos á la acción de temperaturas muy bajas. Así se explica que la carne, por ejemplo, se conserva sin entrar en putrefacción cuando se mantiene en un refrigerante, y, en general, á baja temperatura. Las bacterias de la putrefacción permanecen como aletargadas ó dormidas, sin perecer, pero sin continuar su desarrollo y reproducción.

Hay, sin embargo, algunas bacterias que pueden desarrollarse en la carne cuando ésta se halla solamente á cero grados; es decir, conservada simplemente entre hielo. A esta causa atribuye Lafar el olor desagradable que algunas veces adquiere la carne mantenida varios días en un refrigerador, donde sólo haya puesto hielo. En confirmación de esto, Popp ha observado que en cámaras con paredes cubiertas de cemento, destinadas á la conservación de sustancias alimenticias, á veces dichas paredes, cuando están húmedas, contienen cantidades considerables de bacterias, que después anidan en la carne y la dan un olor desagradable.

Es notable también que la carne que ha sido expuesta al frío, cuando vuelve á hallarse á las temperaturas ordinarias, suele en-

trar en putrefacción más rápidamente que la carne fresca; la razón es que las bacterias han ido penetrando en el tejido muscular, y al encontrar de nuevo temperaturas favorables, se desarrollan en toda la masa.

CONDUCTIBILIDAD TERMICA DE LA PIEL HUMANA

El *Journal de Physique* publica un interesante trabajo experimental de M. J. Lefevre acerca de la conductibilidad para el calor que posee la piel humana.

Considerando ésta como una pared de unos dos milímetros de espesor, son tres los coeficientes que hay que determinar, á saber: la conductibilidad de la superficie, la conductibilidad propia á través de la substancia que forma la piel y la conductibilidad de la superficie interna entre la piel y los tejidos adyacentes.

Para fijar estos coeficientes es preciso determinar la cantidad de calor á través de una extensión limitada de piel (por decímetro cuadrado, por ejemplo), y medir la distribución de la temperatura por la superficie interior.

Para conseguir lo primero, M. Lefevre se sumerge él mismo en un baño de agua que le sirve de calorímetro, y para lo segundo emplea un aparato termo-eléctrico provisto de unas agujas especiales, con las que se hacen pucturas y observaciones subcutáneas.

Los experimentos realizados prueban que la piel humana es un mal conductor del calor, resultando que su conductibilidad propia viene á ser igual á la de la madera, del mismo orden que la de la gutapercha, cinco ó seis veces mayor que la de lona y 750 veces mayor que la del aire. A los 5° centígrados la conductibilidad es la mitad de lo que es á 30° centígrados.

La conductibilidad de la superficie exterior de la piel en contacto con el agua aparece ser casi independiente de la temperatura; pero el coeficiente de la superficie interior, es decir, de la que separa la piel de los tejidos subcutáneos aumenta considerablemente conforme la temperatura disminuye de los 30° á los 5°, y este incremento contrabalancea y aun sobrepaja el decrecimiento de la conductibilidad propia á través de la piel, de tal manera, que la pérdida de calor, á los 5° centígrados, es dos ó tres veces mayor de lo que debiera ser con arreglo á la ley de Newton.

VISION PSEUDOSCÓPICA

ESTUDIO DE UNA NUEVA ILUSIÓN ÓPTICA

Mr. R. W. Wood, físico inglés é inventor de algunos aparatos ópticos, describe en la *Nature* un procedimiento para producir una ilusión de visión binocular sin necesidad de emplear instrumento alguno.

Tómese un lápiz bien afilado y manténgase con la punta en alto, delante y como á dos pulgadas de distancia de una rejilla metálica bastante tupida, colocada en una ventana, y con el azul del cielo por fondo. Fíjese entonces la vista sobre la parte del lápiz, convergiendo en ella la visión de los dos ojos. Se notará en seguida que el enrejado de la tela metálica se desvanece un poco ante la vista y desde luego aparece duplicado. Sin embargo, como el enrejado presenta un dibujo regular, es fácil, con un ligero esfuerzo de acomodación, hacer que las dos imágenes aparezcan unidas.

Cuando esta acomodación se ha conseguido, las líneas de la rejilla aparecen perfectamente destacadas, limpias y netas, pero *mucho más cerca* de la parte del lápiz, que también se ve perfectamente destacada.

Si en tales condiciones se mueve el lápiz paralelamente á sí mismo, es decir, sin cambiar su posición vertical, y separándolo lentamente de los ojos (que se mantienen fijos mirando á la rejilla), se verá que la punta del lápiz *parece que pasa á través de dicha rejilla y se duplica*, y la distancia aparente entre el lápiz y el enrejado va aumentando hasta que el lápiz toca á la tela metálica, en cuyo caso, aunque los dos objetos se tocan, es cuando aparecen más separados, viéndose la rejilla delante y la punta del lápiz, duplicada, detrás.

En estas circunstancias, aunque se mueva el lápiz á derecha é izquierda, y aunque los ojos se aproximen ó se aparten un poco de los objetos, la visión no se altera.

Deteniendo entonces los ojos á una distancia de seis ú ocho pulgadas del plano en donde aparece entonces la rejilla, y mientras con la mano izquierda se mantiene abierto el lápiz, llévase el índice de la mano derecha al sitio en donde se ve la repetida rejilla y se notará con sorpresa que ésta *no se encuentra allí* y que el dedo halla el espacio vacío, pues, en realidad, la tela metálica está dos ó tres pulgadas más atrás.

Es esta una de las ilusiones ópticas más notables que pueden presentarse, pues se ve un objeto ocupando una posición perfectamente definida en el espacio delante de nuestros ojos y cuando queremos tocar con el

dedo el objeto que tan claro vemos, se nota que no está allí.

Para percibir mejor el fenómeno, lo mejor es empezar colocando el lápiz una pulgada, ó menos, delante de la rejilla. Después que se haya obtenido la acomodación visual de que se ha hablado al principio, se puede aumentar un poco la distancia. Con gran práctica y ejercicio metódico se puede llegar á hacer avanzar aparentemente el plano del enrejado cinco ó seis pulgadas delante de su posición real.

LA TRANSMISIÓN

DE LA TUBERCULOSIS

OPINIONES DEL DOCTOR LISTER

SOBRE LAS AFIRMACIONES DE KOCH

Las declaraciones del Dr. Koch en el Congreso contra la tuberculosis, celebrado recientemente en Londres, han tenido una resonancia universal y la prensa diaria de todas partes se ha ocupado en ellas con gran extensión.

En efecto, la tesis de que la tuberculosis del ganado vacuno es específicamente distinta de la humana y, por lo tanto, que el tubérculo bovino no se puede desarrollar en el cuerpo humano, tiene una importancia inmensa, pues de ella dependen las medidas preventivas que hayan de tomarse para evitar la propagación de la terrible enfermedad. En realidad, la mayor parte de la legislación que está en vigor en todas las comarcas civilizadas descansa, con relación á este asunto, en la idea de que la infección en la especie humana es posible por bacilos procedentes de animales tuberculosos de las especies bovinas.

Ea, pues, de interés vital para la sociedad poner en claro este punto, y por esta razón, así como se ha dado la publicidad que merecen á las opiniones del Dr. Koch, debe hacerse lo mismo con las prudentísimas observaciones de Lord Lister, el insigne médico inglés, á quien la humanidad debe también inmensos beneficios.

He aquí las observaciones de Lord Lister á la tesis del profesor Koch, tal cual las leemos en la *Nature*, de Londres:

«La afirmación de que el tubérculo bovino no se puede desarrollar en el cuerpo humano, es de una enorme importancia práctica, porque, si tal conclusión resulta exacta, se simplificarán mucho las medidas preventivas contra la tuberculosis; pero sería cosa muy grave y calamitosa el que las reglas ahora en vigor para asegurar la pureza de la leche se abandonasen y luego nos encontrásemos con que la conclusión á que ha llegado el profesor Koch es errónea. Por mi parte (habla el doctor Lister), creo que la prueba aducida por el sabio alemán para demostrar que el tubérculo humano no se comunica al ganado vacuno es patente y efectiva. Al mismo tiempo convengo con él en que, en asunto de tan gran importancia, se necesitan más investigaciones. Pero aun cuando el hecho afirmado ya por el doctor Koch quedase probado de una manera incontestable, no se podría de ello deducir que forzosamente el tubérculo bovino no se pueda comunicar al hombre.

Sirva de ejemplo el caso de la viruela. Las tentativas para inocular la viruela humana en la ternera han sido, en general, tan infructuosas, que los patólogos más eminentes dedujeron que la viruela humana y la de la vaca (*cow-pox*) son dos enfermedades absolutamente distintas. Pero ahora sabemos que esto es un error. El *cow-pox* es la viruela humana, modificada por el organismo de la vaca.

Son muy instructivos algunos experimentos del doctor Mouckton Copeman, que no pudo en modo alguno inocular la viruela humana en la ternera, pero que la inoculó, cuantas veces quiso, en el mono, y después, sin dificultad ninguna, logró introducir virus de las pustulas del mono en la ternera, siendo el resultado final producir en ésta la viruela ó *cow-pox*, que pudo emplear para vacunar niños.

Puede, pues, suceder que algunas especies de animales sirvan también de huéspedes intermedios para el tubérculo entre el hombre y las especies bovinas. Y aún puede suceder que si se hace suficiente número de experiencias, se llegue á encontrar que haya ocasiones, aunque raras, en que el tubérculo humano sea transmisible al ganado vacuno, como la viruela lo es en contadísimas circunstancias, y que el tubérculo bovino, así producido, sea transmisible al hombre, como lo es el virus de la vacuna.

La prueba, necesariamente indirecta, en que el profesor Koch se apoya para mostrar que el tubérculo bovino no puede transmitirse al hombre, está muy lejos de ser decisiva.

Consiste, principalmente, en la supuesta rareza de lesiones tuberculosas primarias en el intestino de los niños, á pesar del gran número de bacilos de la tuberculosis bovina tragados por ellos en la leche. Pero, aun admitiendo que dichas lesiones tuberculosas primarias del intestino sean tan raras como las estadísticas del doctor Koch indican, es positivamente cierto que la tabes mesentérica existe en considerable número de niños que mueren de tuberculosis, sin que se encuentren tubérculos en ninguna otra parte de su cuerpo. Cuando las glándulas mesentéricas son afectadas de este modo, sin ninguna lesión intestinal perceptible, la natural, y en realidad inevitable explicación, es que los bacilos de la tuberculosis pasan á través de la membrana mucosa intestinal sin causar en ella lesión manifiesta y que son detenidos en las glándulas del mesenterio. Ya se sabe, por ejemplo, que basta el mismo bacilo de la tifoidea, cuyo lugar esencial para su desarrollo es la membrana mucosa intestinal, pasa algunas veces á través de ésta sin producir la lesión característica. Y si esto ocurre con el bacilo de la tifoidea, ¡cuánto más fácil es que ocurra con el bacilo de la tuberculosis!

Si esto fuera así, el principal argumento del profesor Koch vendría al suelo.

Respecto á los experimentos referidos por el sabio alemán, consistentes en inocular en animales de las especies bovinas material procedente de glándulas de niños afectados de tabes mesentérica y haber obtenido siempre resultados negativos, hay que decir que dichos experimentos han sido muy escasos; pero aun cuando hubieran sido muy numerosos, y siempre negativos, la prueba no sería concluyente.

Puede suceder que el bacilo tuberculoso procedente de la leche se modifique de tal modo al pasar por el intestino del ser humano; que el bacilo encontrado después en las glándulas mesentéricas, aun proviniendo del animal bovino, no sea ya el verdadero bacilo de la tuberculosis bovina, sino un bacilo que tenga ya los caracteres del de los tubérculos humanos y poco apto para desarrollarse en el ganado vacuno.

Opino, por lo tanto, que el Congreso probablemente requerirá más investigaciones y experiencias sobre el asunto, antes de aceptar la doctrina de la inmunidad del hombre para la tuberculosis bovina.

COLOR Y POLARIZACIÓN

DE LA LUZ AZUL DEL CIELO

APLICACIÓN Á LA METEOROLOGÍA

La teoría y explicación del color azul del cielo se ha ido desarrollando muy lentamente, y pocos estudios muestran mejor que éste las diferentes fases por que han pasado los conocimientos científicos del hombre.

Sobre esta interesante cuestión ha publicado el Dr. N. E. Dorsey en la *Monthly Weather Review*, de los Estados Unidos, un artículo de mucho mérito, y cuyo extracto ha de ser seguramente muy apreciado por nuestros lectores.

¿Por qué vemos el firmamento de color azul? Una de las primeras explicaciones que se encuentran en la literatura científica es la dada por Leonardo da Vinci, que dice que tal color azul es debido á la mezcla de la luz blanca del Sol con la intensa negrura del espacio. Esta explicación no está basada en ningún hecho ni en ningún experimento; corresponde al período especulativo de la ciencia, á la era de los filósofos.

El paso siguiente fué el buscar la explicación de las cosas por analogía. Este es un medio de valor efectivo en hombres de ciencia dotados de gran imaginación y de un instinto claro y preciso de la naturaleza, pero que constituye en manos de otros un arma muy peligrosa. Tal ha sido el caso con una inteligencia tan poderosa como la de Sir Isaac Newton. En sus investigaciones ópticas, allá por 1675, aquel genio portentoso estudió los colores que se producen cuando la luz es reflejada por láminas delgadas de sustancias transparentes. Halló Newton que los colores dependen del espesor de la lámina. Cuando ésta es muy delgada aparece negra, y á medida que el espesor va aumentando aparece sucesivamente azul, blanca, amarilla, roja, etcétera. Este color azul, que se presenta el primero y que puede verse rodeando una mancha negra en las burbujas y bombas del jabón, fué el que Newton denominó *azul de primer orden*, y juzgó que era del mismo matiz que el azul del cielo. Por analogía dedujo entonces que el color del firmamento era debido á la reflexión de la luz del Sol sobre cuerpos transparentes de tal espesor que resultaba el azul de primer orden, y supuso que las partículas reflectoras eran las diminutas gotas de agua suspendidas por todas partes en la atmósfera. Esta es la primera teoría digna de consideración seria acerca

de que se trata, y, en efecto, durante mucho tiempo fué aceptada como correcta; esto es, como la expresión exacta de los hechos.

Pero ninguna teoría basada únicamente en analogía pura debe considerarse como final. Ha de sujetarse antes á la más severa crítica analítica y experimental. Si resiste esta crítica, perfectamente; pero si no, debe rechazarse.

Pues bien; en 1847 Clausius sometió la teoría de Newton á un análisis matemático riguroso, y probó que si el azul del cielo es el azul de primer orden resultante de la reflexión de la luz en cuerpos transparentes, estos cuerpos tienen que ser, ó placas delgadas, ó esferas huecas de paredes también muy delgadas. No pueden ser las gotas ó esferas macizas de Newton. En tal caso ninguno de los cuerpos astronómicos aparecería con límites perfectamente definidos; las estrellas se verían tan grande como ahora aparece el Sol, y este astro aparecería de muchísimo mayor tamaño. Todos los cuerpos celestes se presentarían como grandes discos luminosos, con el maximum de intensidad en el centro y disminuyendo ésta gradualmente hacia los bordes. Por este motivo Clausius, creyendo todavía, como Newton, que el azul del cielo era el azul de primer orden, profesó la opinión de que las partículas reflectoras eran esferas huecas ó «vesículas de agua». La existencia de las llamadas «vesículas de vapor acuoso» no fué supuesta por Clausius el primero; al contrario, era una reliquia que ha persistido desde la era especulativa hasta nuestro tiempo, á pesar de su improbabilidad *a priori* y de la natural oposición que siempre ha encontrado entre los hombres de ciencia.

Como la teoría vesicular ha quedado al fin completamente descartada, no hay necesidad de insistir acerca de este punto; pero el valor real de los trabajos de Clausius fué demostrar, de un modo inconcuso y terminante, que el color azul del cielo no puede ser debido á la reflexión de la luz sobre pequeñas gotas de agua.

Posteriormente, en 1853, Brücke aplicó á la teoría de Newton la crítica experimental y demostró que el azul del cielo es radicalmente distinto del azul de primer orden. De este modo la explicación fundada en la analogía, no pudo resistir ni al análisis ni á la experimentación, que deben ir siempre juntos y de común acuerdo.

Brücke, en efecto, probó en 1853 que la luz difundida por un medio turbio es azul; y Tindell, en 1869, realizó sus magníficos experimentos demostrando que, cuando las partículas que hacen que un medio sea turbio son tan sumamente pequeñas que ni aun en

el microscopio pueden distinguirse, la luz difundida ó difusa por dicho medio no sólo es de un color azul espléndido, sino que resulta polarizada en el plano de la difusión y la intensidad de polarización llega al maximum bajo un ángulo de 90° con el plano de la luz incidente. Además, los contornos de los objetos vistos al través del medio turbio no sufren alteración ninguna, es decir, se conservan netos, limpios, inalterables. Esta fué la primera vez que el color azul del cielo, con todos sus caracteres, se reprodujo en el gabinete de física; por eso todos los hombres de ciencia reconocieron que el experimento de Tindell daba la clave del problema.

Lord Rayleigh procedió entonces al análisis matemático de la cuestión, y en sus estudios incomparables de 1871 á 1899 ha demostrado que cuando la luz blanca atraviesa una nube de partículas más pequeñas que el cubo ó tercera potencia de la más corta longitud de onda existente en la luz incidente, la luz difusa en sentido lateral resulta polarizada en el plano de la difusión, ocurriendo el maximum de polarización bajo un ángulo de 90° con la luz incidente, y que las intensidades de los componentes de la luz difusa varían en razón inversa de las cuartas potencias de las longitudes de sus ondas.

En estos resultados no se tiene en cuenta la luz que ha sufrido más de una difusión.

Todos estos hechos convienen con los fenómenos observados por Tindall en el gabinete cuando la luz pasaba á través de un medio turbio.

Recientemente, en 1899, Lord Rayleigh ha podido demostrar que próximamente una tercera parte de la intensidad de la luz del cielo es producida por la difusión ocasionada por las moléculas de oxígeno y nitrógeno existentes en el aire, enteramente aparte de la difusión que puedan producir las partículas de polvo, el vapor acuoso y toda otra suerte de materias extrañas.

Estas partículas de mayor tamaño producen: unas, difusiones sucesivas ó múltiples en la luz; otras, reflexión regular completa. La luz que ha sufrido difusiones sucesivas aumenta en intensidad, como el cuadrado y potencias mayores del número de partículas por unidad de volumen, mientras que la luz difusa simple aumenta como la primera potencia solamente. De suerte que, en un medio donde haya partículas que produzcan la difusión múltiple, la luz puede apreciarse fácilmente, y esto aumenta la proporción del azul.

Por este motivo, el color de la luz del cielo debe expresarse por la suma de una serie de términos de potencias distintas, recíprocas de la longitud de la onda, no por un solo

término como se ha intentado. El físico Grova, tratando de expresar la intensidad de la luz del cielo por un solo término de la fórmula $\frac{k}{\lambda n}$ encontró valores de n que variaban

entre 2 y 6, bajo diferentes condiciones, siendo el término medio 4, según ya Lord Rayleigh y el capitán Abney habían encontrado.

En general, deben esperarse valores de n superiores á 4; los inferiores á este número corresponden á la difusión lateral de la luz producida por las partículas existentes entre el observador y el origen ó manantial de la luz difusa que hasta él llega, por la absorción de las ondas de corta longitud, por el vapor de agua interpuesto y por la mezcla de la luz blanca reflejada por las partículas grandes.

La difusión de la luz á que se viene haciendo referencia es cosa distinta de lo que ordinariamente se entiende por reflexión. Esta última supone que las superficies reflectantes tienen un área superior á la que representa el elemento λ^2 .

Lo expuesto constituye un resumen de la teoría que explica la causa del color azul del cielo. Pero hay en esta cuestión muchas circunstancias que, aunque secundarias, deben considerarse.

El cielo es más azul en el zénit que en todas las demás regiones, evidentemente porque el camino atravesado por la luz difusa es más corto en el zénit; de suerte que experimenta menos absorción de luz azul y contiene menos mezcla de luz blanca. Por el contrario, cerca del horizonte debe haber menos azul, y cuando el Sol esté bajo, el cielo debe tomar un tinte rojo ó anaranjado, como efectivamente sucede. La luz del zénit es más intensa cuando el Sol está próximo á dicho punto, cual ocurre al medio día; y el azul es menos denso á las horas de más calor, por causa de que el maximum de partículas de polvo y de vapor de agua se halla en la atmósfera á dichas horas.

Arago descubrió que hay un sitio en el firmamento, situado á unos 15° sobre el punto diametralmente opuesto al Sol (punto antisolar), donde la polarización es cero. Entre tal sitio y el horizonte la polarización es horizontal. Babinet ha encontrado un punto similar sobre el Sol, y Brewster ha hallado otro debajo. Entre los puntos neutrales descubiertos por Babinet y Brewster la polarización es horizontal; bajo el punto de Brewster y sobre el punto de Babinet es vertical. Por un corto espacio á cada lado de los puntos neutrales el plano de polarización se presenta inclinado como unos 45° con relación á la vertical. Esto parece indicar que, superpuesta á la polarización de la luz difusa procedente del Sol, hay una polarización hori-

zontal debida á una causa secundaria. Supúsose en seguida que esta polarización horizontal era debida á una segunda difusión de la luz procedente de las capas bajas de la atmósfera, y aun cuando no universalmente, se ha aceptado esta explicación como la más probable. Posteriormente se han encontrado otros puntos neutrales en condiciones excepcionales.

**

La posición de los puntos neutrales, la intensidad de la polarización, la posición del punto de polarización máxima, y en fin, el color del cielo, están en continua relación con otros fenómenos meteorológicos; pero hasta el presente han sido muy escasas las observaciones hechas para determinar la relación entre todos estos fenómenos.

Cornú ha manifestado que en general la cantidad de luz del cielo polarizada están tan íntimamente ligada con las condiciones generales de la atmósfera, que debía considerarse dicha cantidad de luz polarizada como la característica del estado de la atmósfera. La mayor claridad del cielo corresponde á la mayor cantidad de polarización, los cirros y la niebla disminuyen la polarización y llegan á destruirla cuando el cielo está completamente nublado.

Lo más interesante es que el cambio más insignificante en el estado de la atmósfera es manifestado claramente por el polarímetro algunas horas antes que por los demás fenómenos conocidos como precursores de la variación del tiempo, tales como las oscilaciones barométricas, los halos y otros fenómenos ópticos, etc. Sería, pues muy útil, dice Cornú, practicar observaciones polarimétricas de una manera metódica, y comparar las variaciones que se advierten en la polarización, con otros elementos característicos de las condiciones de la atmósfera.

Según el doctor Dorsey, autor del artículo que vamos extractando, para predicciones meteorológicas los datos más importantes serán los obtenidos por observaciones continuas de la cantidad de polarización de la luz procedente de puntos cercanos al horizonte y de puntos distantes 90° del Sol, puesto que éstos son los sitios donde la polarización llega al maximum. Estas observaciones darán una especie de integración de las condiciones atmosféricas en un área muy extensa. De todos modos, cualesquiera que sean los puntos observados, es positivo que observaciones

cuidadosas del color y de la polarización de la luz del cielo suministrarán datos que determinarán la cantidad y tamaño de las partículas flotantes en el aire, sean de polvo, sean de aire; y como cualquier cambio en el estado ó condición de la atmósfera ha de afectar á las cantidades de dichas partículas, tales observaciones serán, por consiguiente, de una importancia verdaderamente excepcional para la meteorología.

Pero por lo primero que hay que empezar es por realizar largas series de observaciones polarimétricas tomadas en diferentes puntos del globo y bajo toda clase de condiciones posibles, obteniendo y anotando los datos meteorológicos exactos conseguidos al mismo tiempo, añadiendo, además, una descripción geográfica de la comarca inmediata al sitio donde se hace cada observación. Realizadas estas observaciones y estudiados cuidadosamente todos los datos obtenidos, tanto polarimétricos como meteorológicos, se hallarán las relaciones entre ambos y no será entonces difícil encontrar el medio de utilizar con gran éxito las observaciones polarimétricas subsiguientes.

FLAUBERT

(RECUERDOS INÉDITOS DE LA INFANCIA Y DE LA JUVENTUD)

Firmado por Mme. Renée d'Ulmès, publica la *Revue* un artículo con el mismo título que sirve de epígrafe á este extracto.

Empieza la autora haciendo notar que el culto por Flaubert va aumentando después de su muerte, afluyendo sobre él, como sobre todos los dioses del arte, la curiosidad de todos. Para comprender á un escritor en su totalidad, hay que referirse á la infancia, masa de cera virgen en que se graba fuertemente las impresiones que permanecen indelebiles, aun cuando vengan otras á superponerse.

Hijo Flaubert del Dr. Cleophas Flaubert, no encontró el futuro novelista en su alrededor sino muy pocos alicientes para sus sueños de literario, siendo Alfredo Le Poittevin el único que le ayudó en sus primeros ensayos; la amistad entre ambos tenía profundas raíces. Mme. Poittevin era amiga de la infancia de Mme. Flaubert y fué la madrina de Gustavo, mientras Le Poittevin era ahijado del Dr. Flaubert; era, pues, natural que Gustavo y Carolina Flaubert estuviesen unidos

con Alfredo y Laura Lepoittevin (la que fué más tarde Mad. Flaubert). Alfredo, que era cinco años mayor que sus compañeros, dirigía los estudios y los juegos. De esta comunidad salieron gananciosos todos ellos; las chicas evitaban la coquetería y la frivolidad; los chicos no se hacían batalladores ni groseros. La alegría de estos compañeros se desenvolvía en un medio lúgubre, porque siendo el Dr. Flaubert director del Hôtel-Dieu de Rouen, ocupaba un pabellón de aquel vasto edificio, y los niños presenciaban por todas las ventanas y por el jardín, los enfermos y los cadáveres sobre las mesas de mármol del anfiteatro y asistían á las disecciones. A Gustavo le fué revelada la muerte en toda su repugnante realidad. Con macabra fantasía se entretenían á veces él y sus compañeros en vestir esqueletos ó en meterles una linterna dentro de la caja torácica. Quizás entonces Flaubert, muy sensible, almacenaba el horror, que más tarde había de hacerle padecer terribles alocuciones.

La educación de Flaubert era liberal; se le aconsejó hacer la primera comunión sin imponérsela, y luego prácticas religiosas, que le enseñaban, no una religión, sino la religión, enseñándole, por ejemplo, la caridad, el desprendimiento, la piedad. Sintiendo la necesidad de edificarse una vida imaginativa para evadirse de la vida real, supuso Flaubert un héroe, especie de Gargantúa, que bautizó *El Muchacho*, y en unión de sus amiguitos se complacía en imaginarle aventuras, asaltos fantásticos, viajes extraordinarios; hasta en las comidas de familia se decían Gustavo y su hermana en voz baja: ¿Sabes? He hallado un nuevo viaje extraordinario que hará *El Muchacho*. El Dr. Flaubert, cuyo espíritu científico no comprendía esta necesidad de crearse quimeras, se indignaba y decía: «Estos niños son idiotas.»

Desde su niñez se revolvía Flaubert contra las admiraciones é indignaciones convencionales de los burgueses, que al amor de la humbre juzgan los actos sin conocer sus causas, y en una ocasión en que se hablaba de un criminal juzgándole con gran severidad, exclamó: «Pues bien! Yo admiro á ese hombre! ¡Es un valiente! Los sembrantes escandalizados de los que lo rodeaban le divertían.

Alfredo de Poittevin, de fina y delicada inteligencia, fué quien adivinó al verdadero Flaubert, en el que comenzaba á los diecisiete años por aquella *Novela de un loco*, llena de pesimismo declamatorio, de sorprendente melancolía; sorprendente, porque entonces el autor no era un desilusionado. A Le Poittevin, que defendía el arte impersonal, le sorprendió el falso patos de esa obra en que se exteriorizaban las tristezas latentes

que toda alma encierra. En *Madame Bovary*, escrita después de la muerte de Le Poittevin, se nota la influencia de sus lecciones sobre Flaubert.

Desde muy joven había Flaubert decidido no casarse, no por egoísmo, como se ha dicho frecuentemente, sino por escrúpulo, pues había concentrado en su familia toda la ternura de su alma refinada. Amaba profundamente á su hermana, á aquella deliciosa Carolina, que á su fresca hermosura de rubia reunía un alma ardiente y comprensiva. El hermano mayor, Aquiles, estaba muy distante de los dos pequeños, mucho más jóvenes que él y con los cuales tenía pocas afinidades. Cuando Carolina se casó con Mr. Hamarred, sintió el novelista una gran tristeza, pues se encontraba relegado á segundo término en el afecto de su hermana. Después murió el Dr. Flaubert, y por último Mme. Hamarred expiró trágicamente al dar á luz á su hija. Flaubert se desesperó con la muerte de su querida hermana, y luego concentró sobre la sobrina todo el cariño que había tenido á la madre y dirigía su educación con deliciosa ternura paternal. Existe, según la articulista, una correspondencia inédita entre Flaubert y su sobrina, que será probablemente publicada por la *Revue*; y como muestra, publica una carta que le ha facilitado madame Franklin Groult, y que no reproducimos porque no nos parece de gran interés psicológico.

La muerte prematura de su amigo Le Poittevin, fué también para Flaubert una dura prueba, cuyo dolor guardó siempre en el alma, sin demostrarlo, por aquel estoicismo propio de su alma, que le hacía guardar celosamente el secreto de su vida. En su correspondencia se revela este modo de ser, pues no muestra el amor que sentía por su madre, á pesar de lo conmovedora que era su ternura filial. El artista, después de todas sus decepciones y después de haber sido engañado muchas veces, no creía en nadie más que en su madre, cuyo afecto no había sentido jamás. El, que nunca abandonaba su mesa de trabajo y á quien el menor cambio de sitio le era insoportable, lo abandonaba todo para acompañar á París á su madre, que no se atrevía á viajar sola.

Cuando el escritor se cansó de unas relaciones con una literata, que sabía lo poco que intimidaban á su amigo las amenazas, ella escribió á Mme. Flaubert: «Si su hijo de usted me deja, me vengaré.» La madre, con la obsesión de la puñalada que la musa había dado á un predecesor, se esforzó, á pesar de su austeridad, en reconciliar á Gustavo con su amante. Este afecto de la madre y del hijo fué sublime por la gloria: la madre había tenido fe en ella y la había apoyado con su ter-

nura; sin preparación alguna se adaptó al alma del escritor y supo comulgar en la religión del arte.

La crítica ha sido muy injusta con Flaubert, mostrándole como un ser egoísta, seco, misántropo, orgulloso, que vivía para sí mismo, fuera de la humanidad. Nada de eso había en él, sino con reservas y atenuaciones. Egoísta, quizás lo fuera, como lo son los grandes sabios y artistas que han consagrado su vida á una idea. Pero orgulloso, él, que ha dicho: «Aun admitida la hipótesis del éxito, ¿qué certidumbre se saca? A menos de ser un cretino, se muere siempre en la incertidumbre del propio valer y del de las obras propias. Cuando uno se compara á lo que nos rodea, con los maestros, con lo absoluto, con el ensueño, ¿cómo se desprecia uno!»

¿Era insensible al Eterno femenino? ¿Amó aquel misántropo, aquel escéptico? Como prueba nos queda una larga correspondencia con Mme. X. Son muy singulares esas cartas, y no se propendrían como modelo á los jóvenes que tratasen de gustar á sus amadas. Son más bien que cartas de amor, las de un *literato* que escribe á una *literata*, y abundan más en consejos de estilo que en protestas de amor. Por lo demás, no se hace él ilusiones sobre el particular, y como eterno enemigo de toda ilusión, se esfuerza en combatir la de «su musa,» demasiado sentimental, y le dice cosas algo extrañas para un enamorado.

«Desde que nos hemos dicho que nos amamos, tú me preguntas de dónde viene mi reserva en añadir: «Para siempre.» ¿Por qué? Es que yo adivino el porvenir; es que siempre la antitesis se levanta ante mis ojos. ¿Tú crees que me amarás siempre, niña! ¿Qué presunción en una boca humana! ¿Tú has amado ya, no es cierto, como yo? Acuérdate que otras veces también has dicho *siempre*» Esta franqueza revela cierta nobleza de alma, pues le hubiera sido tan fácil escribir hermosas frases tiernas y encantadoras, á él, que tenía por principio el de que: «Mientras menos se siente una cosa, más apto se es para expresarla tal como ella es.»

Por otras mujeres más bellas y artistas, Flaubert tuvo curiosidad, pero no amor.

El resto del artículo se dedica á enumerar otros amigos de Flaubert, entre los que merece atención Guy de Maupassant, que fué el último, siendo acogido con alegría por el viejo escritor cuando aquél, joven, lleno de ambiciones, se dirigió á París, para dedicarse á la literatura; se sentía dichoso al dirigir los primeros pasos de aquel talento joven, y le parecía así pagar un poco de la deuda contraída para con Alfredo Le Poittevin, el tío de Guy.

Los últimos años del escritor fueron amargados por disgustos pecuniarios. Sus libros no tuvieron, por parte del público, más que una acogida bastante fría. El ignoró la gloria, que sólo le envolvió con su aureola después de muerto, y no conoció los triunfos de su discípulo Maupassant.

Con absoluto desinterés sacrificó Flaubert su fortuna á su sobrina, cuya situación era penosa, y se redujo á lo estrictamente necesario. Como nunca fué capaz de atribuir á sus obras un valor comercial, que á sus ojos hubiera rebajado el mérito de las mismas, jamás tuvo grandes sumas á su disposición, y supo acomodarse á una modesta y sencilla existencia, sin tener el afán del lujo, viviendo hipnotizado por su pensamiento, hasta el punto de emitir esta teoría, que, á los ojos de la mayor parte, parece una paradoja:

«No se hace nada grande sin el fanatismo. El fanatismo es la religión y la filosofía del siglo XVII, gritando tras la una y derribando á la otra. El fanatismo es la fe, la fe misma, la fe ardiente, la que hace obras y actúa. En el arte también es el fanatismo el que forma el sentimiento artístico.»

Fanático, ciertamente lo ha sido Flaubert—termina diciendo Mme. d'Ulmès—en toda la extensión de la palabra. ¿Es esto un bien ó un mal? Ahí está *Madame Bovary* para responder á esta pregunta.

LA MÚSICA DESCRIPTIVA

Edmond Gollot publica en el número últimamente aparecido de la *Revue Philosophique* un interesante estudio titulado *La música descriptiva*. Merece tal trabajo un resumen algo extenso por dos razones, á saber: que marca nuevos derroteros á la estética de la música y aun á la estética en general, y que da, en cierto modo, la clave de los procedimientos wagnerianos.

Comienza Gollot por afirmar la necesidad para todo artista de dos cosas: algo que expresar y facultad expresiva. «El artista, dice, ha de ser un hombre superior, ó cuando menos, distinto de los demás. Ha de tener en su espíritu y en su corazón algo que no esté en todos los espíritus ni en todos los corazones. La facultad expresiva es inútil para quien nada tiene que expresar. Un gran orador es insípido si habla para no decir nada. Un pintor, aun sabiendo pintar bien, es mediocre si

no nos muestra de la Naturaleza sino lo que todos vemos. Un músico inteligente puede revelarnos su alma; pero si en ella no hay nada interesante, ¿para qué la revelación?

La facultad expresiva no basta, pero es indispensable. Sin ella, medio de comunicación entre el artista y el público, «cada uno queda aislado en sí, ignorado é ignorante de los demás.» «El placer estético es el goce de salir del aislamiento individual, de escapar de las prisiones del yo; el artista nos encanta enriqueciéndonos con ideas, sensaciones y sentimientos nuevos para nosotros; suma su alma á la nuestra y hace nuestra vida interior más grande en intensidad ó en variedad de matices. Importa poco que sea lo que exprese con tal de que haga surgir algo que no estaba ó dormía en nosotros.»

El problema estético no queda bien planteado cuando se pregunta por qué tales ó cuales modos de expresión resultan *agradables ó desagradables*; el artista no busca las combinaciones *más gratas*, sino las que *expresan mejor* sus ideas. El problema, pues, está en averiguar cuáles son las leyes de la expresión y cuál el mecanismo de ellas. «Las reglas de la armonía no se fundan en lo agradable ó desagradable de las sensaciones auditivas, sino en la particular significación de cada una.» «Una armonía demasiado consonante es plana y hueca; las disonancias son la vida de la música; las más atrevidas, empleadas de propósito, las mejores. Una falta de armonía es antiartística si no significa nada; pero si el autor viola las reglas expresamente para conseguir un efecto, y le consigue, la falta se convierte en rasgo de genio.» Es defecto escribir dos quintos seguidos; pero Alex George escribe *trece* tratando de pintar un sol abrasador, y aunque el efecto se repite varias veces, nadie protesta. Aquel rudo pasaje hiere el oído, como el sol africano hiere la vista.

Hay muchos ejemplos semejantes, y de ellos se deduce que la dureza de determinadas combinaciones sonoras no es razón bastante para prohibirlas; esa dureza puede ser necesaria. No es lícito decir en armonía: esto no se permite. «En armonía—dice Beethoven—todo lo que no prohiben los mandamientos de Dios ó de la Iglesia está permitido.»

«Un buen tratado práctico de armonía debiera enseñarnos que tal intervalo ó tal sucesión de intervalos nos impresionan de tal manera. Un buen tratado teórico hácenos conocer la razón explicativa de esas relaciones. En una palabra, la armonía debe ser una ciencia psicológica.»

Pero esa ciencia hoy no podemos hacer sino presentarla. Conocemos aún muy imper-

fectamente nuestros sentimientos para que sea dado saber cómo podemos excitarlos. Si el fenómeno puramente psicológico *sonido* obrase directamente sobre el fenómeno *sentimiento*, no habría problema, porque sería fácil establecer relaciones entre ellos; pero no ocurre tal cosa. Admitiendo con la teoría fisiológica que un sentimiento no es sino un conjunto de sensaciones internas, ó considerando los sentimientos como fenómenos esencialmente distintos, pero, naturalmente, muy relacionados con modificaciones orgánicas, siempre quedará por saber cómo y por qué ciertas combinaciones sonoras producen una determinada modificación. Aún no conocemos suficientemente la función auditiva y conocemos menos aún las conexiones de los núcleos del origen del nervio auditivo con otros centros cerebrales; sería prematuro tratar de hacer una psicología musical.

Es posible sólo hacer observaciones en lo que se ofrece á nuestra vista, el sonido y la sensación que produce, renunciando por ahora á establecer relaciones; estudiar la sensación producida en nosotros por determinados pasajes de obras de los grandes maestros y ver qué procedimientos musicales han sido empleados para producirlas.

Podemos admitir, para hacerlo, dos clases de música: una que nos emociona directamente, y otra que lo hace indirectamente, sugiriéndonos determinadas imágenes. A la primera la llamaremos música *emotiva*, y dentro de la segunda llamaremos música *imitativa* á la que copia ruidos de la naturaleza, y *descriptiva* á la que sugiere imágenes de cosas silenciosas ó de las sonoras sin reproducir su sonar.

En realidad, la diferencia entre unas y otras clases de música no es grande, y aún lo sería menos si conociésemos mejor el mecanismo neuro-psicológico de la acción de los sonidos. La distinción es, sin embargo, bastante clara para poder utilizarla provisionalmente.

En el *andante* de la *Sinfonía Pastoral* titulado *Escena á la orilla del arroyuelo*, hay ejemplos de los tres géneros. Se trata de una escena de amor; la melodía se desarrolla *amorosamente* en compás de 12 por 8; esa melodía, que expresa un sentimiento, es música *emotiva*; hay en ella, no obstante, al comienzo grupos de corcheas que *describen* suspiros amorosos. El acompañamiento es descripción pura; se inicia solo y por una doble apoyatura; en cada parte marca el balanceo, que será, hasta el fin, el ritmo de la frase.

Por el título sabemos que se trata de un arroyo, y no nos cuesta trabajo reconocer en esas notas el movimiento del agua. Luego los

acordes se desdoblán, y nos parece que el agua se riza en ondulaciones. Además, en la instrumentación, que parece á Gevaer una *trouaille des Muses*, hay unos trinos breves, hechos por los primeros violines que, pintando *frissons*, dan al fragmento más fuerza expresiva. Por último, hay música *imitativa* cuando, desarrollada la melodía en toda su amplitud, y pareciendo ir á la cadencia final, cesa de repente, cesa también el acompañamiento y oímos dos veces, copiados por la flauta, el oboe y el clarinete, los cantos del ruiseñor, la codorniz y el cuco.

Pero la imitación, que aun en las artes del diseño no pasa de ser un medio, es en música un medio completamente accesorio. La música es ruido, pero rara vez imita, aun tratando de describir los ruidos de la naturaleza. Hay en las grandes obras hermosas tempestades, pero no imitadas, sino descriptas; la orquesta no copia el ruido de las olas, dibuja su movimiento. Por eso la imitación no ha de ser ni es exacta; una escala cromática no imita al viento sino muy remotamente; pero, no obstante, si está bien colocada, nada dará mejor idea de su sonido.

No nos es dable estudiar aún psicológicamente la música *emotiva*, pero nos pondremos en camino de hacerlo estudiando la *descriptiva*, y para ello resolviendo estos problemas: ¿Cómo con los sonidos pueden ser descriptas cosas visibles? ¿Cuáles son, para esta labor, los recursos y en qué límites del arte musical?

La música puede dar idea de las cosas visibles como el lenguaje ordinario, despertando en quien oye una idea ó un sentimiento igual para todo el que no padezca sordera musical y el mismo sentido por el autor. La música, pues, no es, como algunos piensan, un lenguaje vago; es un lenguaje preciso para los que le entienden. Dice con exactitud lo que puede decir, pero no puede decirlo todo. No nos dirá la forma de la nariz de Don Juan, como la pintura no nos dará idea de su voz. Las artes, según Wagner, tienen fronteras comunes, y unas comienzan donde terminan otras.

Pero, sin figurar las cosas, la música puede describir las por su movimiento; puede hacerlo así mediante el ritmo ó mediante el orden y magnitud de los intervalos en la melodía.

Veamos cómo en el primer caso: «Si no hay analogía entre un movimiento y un sonido, puede haberla entre el ritmo de ese movimiento y un ritmo sonoro. Ahora bien, muchos movimientos naturales son rítmicos, y la música, copiándoles el ritmo, los describe.» Las barcarolas y las canciones de cuna son ejemplos de este sistema, que muy sen-

cillamente puede alcanzar mucha precisión. Gabriel Faure ha escrito, sobre una poesía de Sully-Prudhomme, una pieza exquisita (*Les Berceaux*). El canto nos habla de barcos que las olas balancean en el puerto y de cunas que las mujeres mecen en los hogares en el momento en que el buque va á partir:

*Sentent leur masse retenue
Par l'ame des lointains berceaux.*

El acompañamiento imita el ritmo de una cuna, y aún más concretamente el de una cuna bretona de madera, cuyos soportes no ajustan bien sus curvas al suelo y suenan con ritmos diferentes. La mano izquierda hace una síncopa, mientras la derecha continúa su movimiento, y el ritmo de la cuna bretona resulta perfectamente imitado.

Al vals en *re bemol* de Chopin se le llama *vals del perro*, porque con los ritmos discordantes de la melodía y el acompañamiento simula el saltar de un perro girando para morderse la cola.

Otro medio para describir musicalmente movimientos nos da el orden y magnitud de los intervalos en la melodía; ésta aparece en el pentágrama como un dibujo, un arabesco, con notas altas y bajas; parece como si los sonidos obedecieran á la ley de la gravedad. Baudelaire dice hablando del preludio de *Lohengrin*: «Recuerdo que en los primeros compases me sentí libre de la tiránica ley de gravedad». Es una sensación de vuelo, y, en efecto, Wagner ha querido describir allí el vuelo de los ángeles que traen el San Graal á la tierra. A medida que los ángeles bajan los sonidos son más graves, y cuando vuelven á subir volvemos á las notas agudas.

Los sonidos graves parecen bajar, y los agudos subir; es un hecho difícilmente explicable. Según unos, obedece á la forma en que escribimos la música; pero la impresión es demasiado fuerte y demasiado general para que obedezca á esa causa. Según otros, á que los sonidos agudos suelen venir de arriba y los graves de abajo; pero esto no es verdad; el trueno retumba en las nubes y el riachuelo corre á nuestros pies. Todas las explicaciones dadas son igualmente rechazables y la verdadera estará probablemente en las relaciones entre elementos distintos de nuestro sistema nervioso.

Casi todas nuestras emociones tienden á determinar movimientos; no los determinan, porque la educación nos enseña á reprimirlos; pero no llega á impedir que una vez inducidos produzcan todo lo que hay de expresivo en nuestra fisonomía y en nuestras actitudes. Los intervalos musicales tienen en grado eminente esa propiedad motriz; podríamos estudiar experimentalmente los efectos

de ella, si dispusiéramos de un sér humano, especie de autómatas sensible con movimientos espontáneos absolutamente inconscientes. A tal fin, podría servirnos un sujeto hipnotizado, si en las experiencias de hipnotismo no hubiese tantas causas de error para el psicólogo.

Citaremos, tomándola sólo como dato y no como experiencia científica definitiva, una interesante experiencia hipnótica del coronel M. de Rochas, en la cual los sonidos de la escala natural, independientemente de su altura absoluta, produjeron sobre la hipnotizada las siguientes reacciones motrices: el *do* un ligerísimo estremecimiento, algo más acentuado en los pies; el *re* un estremecimiento en las piernas y en las rodillas; el *mi* en el abdomen; el *fa* y el *sol* en las manos y en los brazos; el *la* en el tórax y la espalda, y el *si* en los labios. Subiendo más aún al repetir la escala se notaban, tras ligera vacilación, los mismos fenómenos, y bajando, los mismos, pero en sentido inverso.

Estas experiencias, realizadas sobre un sujeto único, no tienen valor suficiente para alzar sobre ellas una teoría. «Sin embargo, he observado en mi fenómenos concordantes con ellas.» En el acompañamiento del *Roi des Aunes*, la mano derecha hace oír en notas repetidas el temblor de la fiebre confundible con el del espanto; la mano izquierda hace una escala que va de la tónica á la dominante, después de subir al sexto grado: siento al oírlo algo que me corre desde los pies al tórax, y cuando poco después el mismo pasaje es repetido *pianísimo*, noto la misma sensación, pero más profunda, en la médula.»

«No creo, sin embargo, que cada nota tenga acción sobre un punto determinado de nuestro cuerpo.» Más verosímil es que guarden relación determinada con nuestras sensaciones de equilibrio que, no obstante el constante desplazamiento del centro de gravedad por virtud del movimiento, conservamos, gracias á movimientos compensadores inconscientes determinados por sensaciones casi inapreciables, con las que tal vez están en directa relación los distintos grados de la escala.

El primer problema para la psicología musical podría ser éste: ¿Por qué entre tantas notas y tantos acordes sólo una nota, la tónica, y un acorde, el de tónica, dan la impresión del punto final? ¿Por qué, si nos detenemos en otro acorde, parece incompleta la frase? Tal vez porque la tónica da la sensación de reposo, y el músico que mediante las demás notas nos somete á una serie de movimientos, no debe abandonarnos sino en estado de absoluta quietud.

«He llegado á esta conclusión por consideraciones puramente musicales, y pienso aho-

ra que puede proyectar alguna luz sobre dos hechos en que no había pensado: la estrecha relación entre la música y el baile y la unión, basta constituir un solo órgano, de los canales semicirculares del temporal (con su gran papel en el sentido del equilibrio) y el oído interno.

Un diseño melódico nos da idea de un movimiento, porque nos incita á movernos. No describe las cosas visibles, las sugiere por un movimiento, impulsándonos á ejecutar otro semejante.

Los efectos del diseño melódico se combinan con los del ritmo. En la canción de Faure, antes citada, la melodía va del grave en las partes fuertes al agudo en las débiles.

La potencia descriptiva del diseño melódico es tan real y tan determinada, que los compositores encuentran iguales diseños cuando quieren describir cosas iguales. Mendelssohn, en la ópera *Melusina*, describe así el movimiento del hada medio mujer, medio pez.

Y Wagner, en el *Oro del Rhin*, pinta del mismo modo el movimiento de un ser análogo. No es de creer que Wagner necesitase plagiar ni, en todo caso, que plagiasse á Mendelssohn. Se trata de una simple coincidencia explicada por la identidad del movimiento que ambos compositores pretendían describir.

Se dirá que el agua corriente, por ejemplo, ha sido pintada de diversos modos; pero no se trata de aguas iguales; las de la *Sinfonía Pastoral* son aguas tranquilas; las de la *Truite*, de Schubert, aguas vivas saltando sobre lecho rocoso.

La música puede describir análogamente movimientos más complejos. En el *Mesías*, de Haendel, hay un coro en que se dice de los apóstoles: *Su fama llegó á todos los países y su palabra á todos los ámbitos del mundo*. La última parte de la frase es cantada en escalas ascendentes y descendentes, primero por los tenores y luego en estilo fugado por las demás voces, que se unen todas al final, dando la impresión de un mar creciente que inunda toda la tierra y pintando así concretamente una idea abstracta: la propagación de la fe.

Hay, además de la pintura del movimiento, otros recursos utilizables por la música descriptiva; por ejemplo: las analogías más ó menos remotas; los sonidos graves, fuertes y prolongados, dan idea de cuerpos pesados, macizos. Haydn, en la *Creación*, pinta el tardío andar de los grandes cuadrúpedos.

Podríamos citar otros muchos ejemplos semejantes.

Otro sistema de descripción es la *pintura* musical, mediante la armonía y la instrumentación. Los alemanes llaman muy exactamente *color* al timbre de los sonidos, y sin

acudir á los casos muy conocidos, pero excepcionales de *audición coloreada*, puede afirmarse que existen relaciones entre el sonido y el color, tal vez mediante sensaciones internas conscientes ó subconscientes.

Ea difícilísimo, pero sería muy interesante, el estudio de esas relaciones, que son en el fondo casi toda la Estética musical, y si hemos de creer á Helmholtz, de la estética general. Y no es eso todo; los problemas psicológicos que hemos indicado de pasada son varios y muy interesantes, singularmente la relación entre las sensaciones musicales y las sensaciones de equilibrio, que relacionándose muy directamente con la percepción del espacio, dan una nueva manera de estudiar este asunto.

La estética musical es también un buen medio para estudiar la psicología de los sentimientos. La música, emotiva especialmente, podría auxiliar mucho á los *psicólogos*. Pero no hay en realidad grandes diferencias entre ella ó la descriptiva: la verdadera distinción es sólo que la primera es enteramente subjetiva, y la segunda, por el contrario, nos excita á *objetivar* nuestras imágenes motrices, para reproducir movimientos de objetos exteriores que la música no podría representar, que nos son indicados generalmente por un epígrafe ó por un título.

EL HOMBRE Y LA NAVE

Firmado por Jack la Bolina y con el mismo título de estas líneas, publica la *Nueva Antología* en su segundo número del mes de Junio un hermoso artículo, del que vamos á tratar de dar á los lectores de NUESTRO TIEMPO una idea, lo más aproximada posible, por tratarse de un asunto hoy de vital interés para nosotros, y que el articulista italiano estudia con verdadera exactitud y amenidad.

Señala principalmente la tendencia de estos últimos veinte años á dar en la cuestión naval una gran preponderancia al material; sólo el *Naval Annual* de Brassey es el único que concede, de cuando en cuando, alguna atención al personal de á bordo, pero sin descender nunca á muchos particulares. La causa de ello es, en opinión del articulista, el gran valor económico que ha adquirido la nave á partir del día en que la unidad táctica naval se metamorfoseó en fortaleza autónoma y semoviente, con extenso radio de

acción, y los industriales se dedicaron a estudiar solamente el aspecto del problema que les interesaba. No se tuvo respecto del hombre más que un solo pensamiento, y éste era esencialismo; el de armonizar el conocimiento técnico del marino con la nave moderna; aparentemente no tenían por qué preocuparse, pues el manejo de los nuevos barcos, compuestos de órganos verdaderamente perfectos, es más fácil que el de los antiguos, como lo prueba la disminución de los siniestros y de las desgracias personales.

Los ministros y almirantes, procedentes por lo general de la profesión naval y participando de todos los prejuicios de la clase, creyeron que establecida esa armonía entre la nave y el hombre, no hacía falta nada más para la buena marcha del servicio.

La antigua marina, muerta en 1870, había resuelto el problema relativo al hombre y a la nave; en un tiempo y con un material que exigía una feliz combinación de fuerza muscular y de destreza, era indispensable cultivar entrambas, tanto para la formación del oficial como para la del marinero. El tipo general de los grandes marinos de esa época es el de sólida robustez física, quizás con la excepción única de Horacio Nelson, quien era tan raquítico físicamente, como intelectualmente un coloso. Los marineros ingleses del período que puede llamarse nelsoniano, aunque se prolongue hasta bastante después de su muerte, eran, como sus capitanes, hombres de excepcional robustez física, sirviendo frecuentemente la baja estatura y los hombros caídos de los marineros franceses de motivo para el sarcasmo y la ironía en Marryat, el novelista marítimo de la época. Pacificados los mares, era natural que todo lo inglés se pusiese de moda en las cuestiones marítimas, y desde entonces empezó a predominar el cuidado de la educación física sobre la de la inteligencia; el modelo típico fué el *lobo de mar*, tan frecuente en las novelas de la primera mitad del siglo XIX, figura grotesca, pero que correspondía a personajes vivientes.

La degeneración del *hombre de mar* en *lobo de mar* nació principalmente de la desdénosa ignorancia de las ciencias morales y políticas, así como del fetichismo con que se circundaron las matemáticas, que son fundamentales solamente para la resolución de los pocos problemas que constituyen los principios de la navegación y de las maniobras. Los lobos de mar creyeron de buena fe que un jovencito sobresaliente en matemática podía, y hasta debía llegar a ser un gran marino, y de acuerdo con este criterio, erróneo cual ninguno, se redactaron los programas de enseñanza marítima.

«Evoco junto con el recuerdo de mis doce años de mar—dice la Bolina—transcurridos »bajo el duro peso del servicio, la inanidad »de las conversaciones con los colegas, el ocio »fatigoso del cerebro, el culto idólatra de los »particulares, la impopularidad en que caía »todo el que cultivase ideas generales, la miopía en política, la aversión a toda cosa que »tendiera al progreso, todos los sentimientos »que constituían el *estado de ánimo* de mi »marina, de la cual se diferenciaban las otras »exclusivamente, en la misma medida en »que una nación difiere de las otras, respectó »a la proporción de misoneísmo que la »asflige.»

Después de recordar algunos hechos de la política interior italiana y hacer resaltar el choque de dos clases de ideas sobre la Marina, la reformista y la conservadora, acaba el articulista por deducir una fatal consecuencia final de todo ello: la de que *hoy la nave italiana vale más que sus hombres*; y, reconociendo que una afirmación tan grave no puede hacerse sin demostrar su exactitud, pasa a hacerlo en la sección siguiente de su artículo.

Dice, en resumen, que, dados los mecanismos elementales y movidos á brazo de los antiguos barcos, lo que se buscaba eran sólo hombres robustos para manejarlos, dándose frecuentemente el caso de haber segundos pilotos que no sabían ni leer ni escribir, siendo los literatos de á bordo los suboficiales del ramo de pilotos, cuyo caudal de conocimientos científicos era próximamente el de los guardias marinas salidos de la escuela. Hoy ya no ocurre esto; las complicadas máquinas modernas son incompatibles con el analfabetismo, que no existe en las armadas de Alemania, Inglaterra y América, que está muy disminuido en la de Francia y que aún domina en la italiana. Todo el que ha tenido que manejar las masas humanas sabe que las faltas contra el orden y la disciplina proceden, en su mayor parte, de las gentes de cerebro tardío, de los ignorantes, y esto produce en la marina italiana una inferioridad respecto á las de otras naciones, en que la cultura está más extendida.

Recuerda, como prueba de sus afirmaciones, la derrota de nuestra escuadra en Santiago de Cuba, á pesar de su mayor andar que la enemiga y de las buenas condiciones de sus materiales todos; derrota que atribuye el articulista principalmente, ya que no de un modo exclusivo, á la superioridad técnica de los tripulantes americanos.

Examina á continuación la enseñanza que se da en la Academia de Liorna, á la que encuentra insuficiente en muchas materias que han debido ceder su sitio á una enseñanza

excesiva de las matemáticas. Se inclina el articulista á la creación de un centro de *Estudios Navales Superiores* semejante á los que tienen Francia y los Estados Unidos, y opina que debe establecerse en una población grande y populosa, en la que haya medios de estudio más extensos, museos, bibliotecas, colecciones de todas clases; en una palabra, una verdadera universidad náutica en donde pueda la oficialidad adquirir conocimientos superiores, como pasa en el ejército de tierra, que tiene una Escuela Superior de Guerra donde un cierto número de oficiales jóvenes puede adquirir esa instrucción superior, ese espíritu científico que tanto echa de menos Jack la Bolina en la actual marina de su nación. Lámentase también de que la marina italiana no haya producido, quizás por falta de instrucción humanista, ningún literato, como otras naciones, ni ninguno que escriba siquiera sobre los hechos de esa misma Armada; por ejemplo, en Creta no hace mucho tiempo, en donde ejerció Italia tan poderosa influencia, y sobre todo su marina, y sin embargo, de entre todos los marinos lestigos de esa página gloriosa de la Historia nacional no surge ningún historiador, á ninguno de ellos se le ocurre coger la pluma para narrar las hazañas de sus compañeros, que habrán de quedar, por tanto, ignoradas para el país.

Todos esos defectos que el articulista italiano señala en la educación náutica de su nación, y que podríamos aplicar, con ligeras variantes, no sólo á la Marina nuestra, sino á otros varios órdenes de la enseñanza profesional de aquí, son una prueba más de la falta de orientación pedagógica de que tanto padecemos en ambas penínsulas hermanas. Programas recargados de materias que, si bien son útiles y necesarias, podían, sin embargo, reducirse á más modestos y más prácticos límites, y ausencia de otras disciplinas que, aun cuando parezcan tener poca relación, y á veces ninguna, con la profesión de que se trata, contribuirían á ensanchar el horizonte de los jóvenes que cursan aquellas carreras, á despojarles de infinitos prejuicios de clase, que no producen otro resultado que el de perpetuar la rutina, y en una palabra, servirían para *humanizar* á los que estudian una profesión técnica, pues el problema de toda instrucción consiste, sí, en formar hombres entendidos en las materias que son necesarias para la misma, pero sin olvidar que son hombres; que han de vivir, no sólo con sus colegas, aislados de las demás profesiones, sino en medio de esa gran familia en que todos los conocimientos, todas las aptitudes y todos los esfuerzos se hermanan: en medio de la humanidad entera.

PUERTO RICO, PROBLEMA NORTE-AMERICANO

No sólo por tratarse de un país que forma hasta hace poco tiempo parte integrante de nuestro suelo, poblado por nuestra raza y en donde están vigentes leyes, usos y costumbres idénticos á los nuestros, sino también por la importancia que para la política internacional tiene el ensayo que la gran República norteamericana hace como nación imperialista y colonizadora, juzgamos interesante ofrecer á nuestros lectores un extracto del artículo publicado en el número correspondiente á Julio de la *North American Review*, escrito por Mr. L. S. Rowe, profesor de ciencia política en la Universidad de Pensilvania, y que fué designado por el Presidente Mac-Kinley como miembro de la comisión encargada de revisar y compilar las leyes de Puerto Rico.

El problema portorriqueño—dice Rowe—es especialísimo, sus analogías con el filipino son muy remotas, y hasta las experiencias de Inglaterra y Francia en las Antillas son de escaso valor para ayudar á resolverlo.

La historia de esas islas no es más que un continuo cambio de soberanía, á causa de que España, Francia ó Inglaterra las convirtieron en el *foot-ball* de sus respectivas políticas coloniales; no se guardó el más mínimo respeto ni á los derechos de los naturales ni á su sistema de leyes, y aunque en varios casos se han establecido instituciones representativas, la autoridad ejecutiva conservó siempre el poder suficiente para contrarrestar á las oposiciones. Como en verdad no existían apenas tradiciones políticas, fué posible á cada cambio de soberanía hacer una radical transformación del derecho público y privado.

La situación de Puerto Rico ante los Estados Unidos, es en absoluto diferente: la civilización española, con su sistema político y administrativo organizado por completo, así como sus Códigos complejos y cuidadosamente desarrollados, habían sido hechos extensivos, por lo menos en la forma, á las posesiones antillanas. Nos hallamos, pues, con una población habituada á un sistema de leyes tan cuidadosamente elaborado como el norteamericano, aunque constituido sobre otras bases. La ausencia de costumbres políticas que facilita el problema filipino, no existe en Puerto Rico, donde no es tan fácil horror el conjunto de tradiciones jurídicas sin producir la anarquía y confusión. Los habitantes, lejos de ser opuestos á las instituciones americanas, ansían gozar de sus beneficios; pero la americanización debe verificarse

gradualmente, alentando, más bien que destruyendo, el espíritu de legalidad, guiándole por nuevas vías y desarrollándole en nuevas direcciones descuidadas por el sistema español.

El primer paso que debe darse, consiste en aproximar á la isla el pensamiento y modo de sentir americanos, lo cual es fácil á causa de la política seguida por España, para apartar á la población nativa de toda participación en los asuntos públicos. Durante la dominación española, los elementos puertorriqueños fueron considerados como «españoles de segunda clase», y la forma de gobierno excesivamente centralizada, daba á los agentes del Gobierno una gran fuerza, tanto en la provincia como en el Municipio. Esto constituye para los americanos una ventaja y una desventaja: es ventajoso, porque facilita el camino para nuevas instituciones de carácter puramente americano; y es, por el contrario, un obstáculo, que impedirá la introducción inmediata de la autonomía local, que se considera como parte necesaria del sistema americano. Durante algún tiempo, será preciso centralizar la administración en Puerto Rico en un grado mucho mayor de lo que lo está en los Estados de la Unión; habrá que otorgar á las Autoridades locales el *mínimum* de facultades, pero dándoles al propio tiempo los medios de reforzarlas.

La revisión de los Códigos penal, civil y mercantil, así como las leyes de Enjuiciamiento civil y penal, presenta dificultades mayores en ciertos puntos que la del derecho público. Los Códigos civil y de comercio han sido hechos cuidadosamente y representan un sistema legislativo más avanzado que el de Méjico y Sud América. Cuba y Puerto Rico participaron de las mejoras hechas en las leyes españolas durante el período de liberalismo en que una pléyade de juristas, identificados con las corrientes jurídicas extranjeras—principalmente de Alemania y Francia—emprendieron la revisión del anticuado sistema que se fundaba en *Las Siete Partidas*, y formaron un cuerpo de leyes civiles superior al francés y al alemán. Al extenderse los Códigos españoles á Puerto Rico, no produjeron todo el resultado que de ellos se esperaba, por estar adaptados á una civilización más compleja que la de la isla. El problema actual se reduce á simplificar el sistema en ciertas partes, y á eliminar de él determinadas instituciones importadas de Francia y Alemania, que no han arraigado en el pueblo.

El Código penal es el que necesita una revisión más profunda, dado su carácter primitivo, que se revela en la poca garantía que presta á los derechos personales, y en su ten-

dencia á castigar los delitos contra la propiedad con una severidad extremada. Los procedimientos civiles y penales sólo necesitan simplificación, con objeto de que los trámites sean más rápidos y menos embarazosos. Podría introducirse aquí la sencillez de procedimientos que caracteriza á algunos Estados del Oeste, sin violar ninguna tradición arraigada, siendo, por el contrario, muy bien recibido, como ocurrió con los juicios civiles, que antes de la ocupación americana se hacían por escrito, y hoy todos están muy conformes con el juicio oral y público, sin que se piense siquiera en volver á lo antiguo. El sistema de enjuiciamiento americano es, pues, fácilmente adaptable á la legislación española, y hasta le dará mayor fuerza y eficacia.

Conviene á los Estados Unidos proceder con sumo cuidado en la cuestión de Puerto Rico, en la que debe tratar de armonizar los dos sistemas legislativos, español y americano, cosa que nada tiene de imposible, y convencerse de que el «sistema americano» no significa precisamente ni la ley común inglesa, ni la forma extrema de gobierno descentralizado á que estamos habituados. Además, por el conocimiento de las cuestiones prácticas de ley y gobierno de Puerto Rico, puede prepararse el camino para más estrechas relaciones con las Repúblicas sudamericanas.

En la solución del problema de Puerto Rico—termina diciendo Mr. Rowe—estamos sometidos á una suprema prueba como nación expansiva. Si fracasamos, nuestra influencia en el hemisferio occidental no podrá continuar por más tiempo; si obtenemos éxito, nuestra posición de primacía recibirá la sanción de todos los países americanos, y la doctrina de Monroe adquirirá una nueva significación.

CIENCIA Y MEJORAMIENTO SOCIAL

Al recibir el Senador G. Bocado el encargo de inaugurar las sesiones de la Academia italiana, ha tenido la feliz idea de evocar el íntimo é indisoluble nexo que existe entre los dos principales legados del siglo transcurrido: el mejoramiento económico por una parte, de la humana gente, hasta de los más humildes, y el lúcesante progreso, por la otra, del saber y de la ciencia, causa motora y fuente viva

de aquel mejoramiento. Un artículo de la *Nueva Antología* nos permite dar el presente extracto de las principales ideas expuestas por el Senador italiano.

Llaman los mecánicos caballo de vapor al equivalente del trabajo de diez hombres. Por las estadísticas francesas se ve que el número de caballos de vapor se ha elevado de 60.000 que existían en 1840, á 6.300.000 en 1897; en medio siglo, por tanto, se ha puesto al servicio de la industria francesa el equivalente del trabajo de 63.000.000 de hombres.

En 1850 la riqueza total de los Estados Unidos era de 7.235 millones de dollars, ó sean 308 dollars por habitante; en 1900 se valúa aquella en 90.000 millones, correspondiendo á cada habitante 1.180 dollars, lo cual equivale á decir que la fuerza económica del ciudadano americano se ha hecho en medio siglo cuatro veces mayor. Durante los tres primeros veintenos del siglo, la renta total de la clase obrera inglesa creció en tal medida, que en 1860 llegó á ser igual á lo que había sido en 1800 la renta total de la nación británica. Y á los veinte años se repetía el propio fenómeno con las mismas relaciones.

Los socialistas más ardientes, los más violentos radicales no hubieran podido evidentemente reclamar para el pueblo una cantidad mayor de bienes de la que realmente existe en cada momento dado de la evolución histórica. Y, sin embargo, la milagrosa paradoja se ha realizado de hecho dos veces en menos de tres generaciones, sin violencia, sin derramamiento de sangre, por efecto espontáneo de aquella *revolución silenciosa* de que no hace mucho hablaba elocuentemente un esclarecido economista francés. La bienaventurada redención de los humildes, que el antiguo misticismo buscaba en las santas inspiraciones de la caridad, y que el colectivismo moderno pide á las airadas reivindicaciones de la plaza, la ha conquistado pacíficamente una civilización fuerte y sana, merced á la potencia centuplicada del trabajo humano:

PERROFIT ACHERONTA MERCULUS LABOR

Pero lo que más directamente importa recordar en estas aulas en que se aroga la flor de todo el saber, es que no se puede dar la más mínima explicación á esta virtud productiva del trabajo, sin hallar imperante y soberana la manifestación del genio indagador de las leyes de la Naturaleza: ningún perfeccionamiento hay en la industria, ningún mejo-

ramiento práctico de los humanos existe sin que reconozca su primer animador impulso en las fecundas adivinaciones del científico.

Cuando los geómetras de la escuela de Platón estudiaban las curvas obtenidas por la intersección de un cono y un plano, ¿quién preveía que, dos mil años después, Kepler descubriría la identidad de una de aquellas curvas con las órbitas de los planetas? ¿Ni quién podía imaginar que de esta identidad deduciría Newton las leyes de la gravitación universal? Y, por último, ¿quién hubiera podido profetizar que en los resultados de aquellos descubrimientos hallaría hoy la salvación el navegante, que debe la vida y la fortuna á aquellos hombres que se proponían hace veinte siglos una simple especulación geométrica?

Igual ocurre con todas las experiencias científicas, de las que cita Broccardo algunos otros ejemplos, con la única diferencia á favor de nuestra época actual, que el paso del estado científico de los descubrimientos á la práctica y aplicación utilitaria de los mismos, es hoy mucho más rápido; los siglos tuvieron que transcurrir unos tras otros, para que el concepto de la energía propulsiva del vapor, contenido en germen de la Eolípila de Geron, se convirtiese en la moderna máquina de vapor semejante al organismo de un ser viviente. ¡Qué diferencia en la época nuestra! Apenas habían transcurrido cinco años del maravilloso descubrimiento de Röntgen, cuando ya se anunciaban los rayos de Goldstein y de Becquerel y toda la serie de radiaciones del vasto campo intermedio entre la electricidad y la luz, y de todo ello sacan ya provecho la medicina y la cirugía.

Para comprender y medir la revolución producida por la ciencia en la orientación económica de las sociedades modernas, no basta recordar los centenares de millones de hombres representados por la fuerza de las máquinas puestas en movimiento; quiero también llamar la atención sobre otros dos importantes aspectos del problema resuelto. Primero: que la acción modificadora del hombre sobre la Naturaleza no está ya vinculada á los manantiales de energía localizada en determinados puntos del globo; la potencia motriz que almacenaron los rayos del sol en el carbón puede transportarse á toda la superficie del planeta. El segundo aspecto de la cuestión se refiere á la suerte que ha correspondido á las clases más numerosas y más humildes en la convivencia social. En éste se realiza, como siempre, la bella fórmula de Bastiat: «Progreso no es más que conversión de riqueza onerosa en riqueza gratuita», en prueba de lo cual cita el profesor Boccardo varios ejemplos, para terminar diciendo: «Al

mandamiento del antiguo moralista, conténlate con lo poco que tienes, el sociólogo contemporáneo ha sustituido el precepto viril de: no te contentes nunca; no te estanques en la malsana quietud de un sábado sempiterno. No puede menos de citar también algunos lunares en medio de beneficios de alargamiento de la vida, disminución de esfuerzos y abaratamiento de los productos; pero confía en el triunfo de la ciencia y del humano progreso.

LA ESCUELA Y LA CARCEL

Con motivo de la aparición en Italia de un libro de Ferriani—procurador del Rey en Como—relativo á la *Delincuencia precoz y juvenil*, ha escrito Stoppoloni en la *Rivista Politica e Letteraria*, de Roma, un interesante estudio acerca de las relaciones entre la criminalidad y el analfabetismo, que tiene indudable valor en este desdichado país, en que es tan vergonzoso, por lo grande, el número de los que no saben leer ni escribir (7.105.469 españoles se hallan en tal estado).

De una afirmación de Ferriani, ciertamente sobrado absoluta, según la cual la *delincuencia precoz y juvenil crece en todas partes* (1), especialmente en los pueblos de la raza latina, parte Stoppoloni para su estudio, del que vale la pena hacer una referencia.

Antes de seguir adelante, consignemos, con la natural vergüenza que la noticia ha de causar, que en España, en los últimos veinte años, ha crecido la indicada delincuencia juvenil, hasta triplicarse.

Si quisiéramos obtener el consuelo de los poco indiscretos, lo hallaríamos observando que en Francia, en 1841, los delincuentes menores de edad eran 13.000 y hoy son 40.000.

Italia—y con esto volvemos al trabajo de Stoppoloni—se distingue por ofrecer un aumento en esa delincuencia, que la hace ser la primera entre sus hermanas las naciones latinas.

De tal modo es esto cierto, que no ha faltado autor, partidario de la teoría de las razas inferiores y razas superiores, que dijera, que los italianos son inferiores entre los inferiores.

Para rebatir tal afirmación hace constar Stoppoloni, que en su patria el homicidio disminuye rápidamente, de donde deduce que no es la delincuencia, al menos la de sangre, un rasgo étnico indudable.

El crecimiento total de la delincuencia, ¿qué relación guarda con el analfabetismo? O de otro modo: ¿qué culpa cabe á la escuela en el mal?

Observando datos referentes á Italia, se ve que en la Península el analfabetismo crece gradualmente del Norte al Sur, y en iguales proporciones aumenta el homicidio. El *minimum* de homicidas sale de Piemonte y Lombardia; el *maximum*, de Sicilia y Cerdeña.

Por medio de la comparación internacional se ve que los tres grandes Estados cercanos á Italia en analfabetismo (España, Hungría y Rusia), son los en que se cometen más delitos de homicidio asimismo.

Pero si la escuela evita estos delitos de sangre, ¿ejerce idéntica benéfica influencia sobre los de otro género?

A esta pregunta contesta Ferriani con estas palabras:

«La instrucción, sin educación, es una aliada del crimen. Evita el homicidio; pero hace crecer enormemente el número de delitos de base fraudulenta... porque la delincuencia se transforma, evoluciona, á merced de las corrientes avasalladoras de la civilización, convirtiéndose en fraudulenta y torpemente lasciva.

Ferriani se fija en Francia para demostrar su aserto; pero su comentarista, Stoppoloni, hace observar juntamente que en tal país, especialmente, ha aumentado de un modo espantoso uno de los factores más terribles del delito: el alcoholismo.

Y si se atiende á este factor resultará lavada la escuela de la mancha que caprichosamente quiere Ferriani arrojar sobre ella.

La escuela da mucho; pero no todo, y no se le puede pedir que dé lo que no tiene. Su acción ha de ser proseguida eficazmente por discretos continuadores.

Esto ocurre en Suiza, donde no se conocen analfabetos y donde hay cantones cuyas cárceles ostentan en 31 de Diciembre, con consoladora frecuencia, una bandera blanca, signo de que el edificio ha podido estar y ha estado deshabitado durante doce meses.

Pero es que en Suiza la instrucción y la educación se aunan para conseguir tan admirable resultado. Ellas son, propiamente, las que izan esa bandera en lo alto de algunas prisiones suizas.

En Inglaterra se ve tan claramente, ó más claramente aún, la influencia de la escuela en la disminución de la criminalidad.

Allí ha llegado al alma nacional la gráfica

(1) Esto no es exacto ni en Suiza ni en Inglaterra.

y exacta frase de Sir Jorge Kekowich, Ministro de Instrucción pública: «*The School closes the prison.*»

No menos que aquella otra de otro Consejero del mismo departamento:

«Cada libra gastada en la escuela, representa una gran economía, porque hace inútil la construcción de una cárcel.»

Votada en 1870 la famosa *Elementary Education Act*—ley de enseñanza obligatoria,—había en el Reino Unido 135 prisiones; en 1899 quedó este número reducido á 60, menos de la mitad.

En el mismo período de tiempo, las escuelas aumentaron lo que va de 8.281 á 22.032: más del doble.

Este dato es, por sí, bastante elocuente; pero si quedara alguna duda, se desvanecería viendo que en 1870 por 1.693.059 escolares, hubo 20.030 detenidos. En 1899 las cifras respectivas fueron las de 5.601.249 y 17.687.

Teniendo en cuenta que en los treinta años aumentó la población de la Gran Bretaña en 8.895.762 almas, se tendrá para el año de 1870 una proporción de detenidos de 128 por 100.000. En 1899 fué de 68 por 100.000.

Y aún hay otro particular importantísimo que anotar. La disminución de delincuencia que esas cifras patentizan, se verificó, *casi por entero*, en los detenidos menores de treinta años.

¿Qué dice todo esto? Que Ruskin decía verdad al afirmar que «haciendo leyes severas para la educación, podrán ser clementes nuestros Códigos penales; abandonando la juventud á sí misma, urge construir prisiones para los hombres maduros.»

Y ahora un aspecto económico de la cuestión. Cada alumno de las *Board Schools*, cuesta al Estado inglés, al año, unas *setenta pesetas*. Cada detenido exige de *mil á mil quinientas*.

Positivamente: *The school closes the prison.*

Claro está, que tales resultados provienen no sólo de la escuela; pero siempre resultará exacto que en la edad en que se forma el carácter pasan por esa escuela casi todos los hombres ingleses. Por esa escuela, de la que dice Demolins en su sobadísimo libro sobre la superioridad de la raza sajona, que habiendo preguntado á su propio hijo, qué cosa le había llamado más la atención en ella, le respondió el rapaz:

—Que allí no se dicen mentiras nunca.

Y no se dicen, porque no produce temor á aquellos niños decir la verdad.

El trabajo curioso de Stoppoloni termina con una consideración acerca del resultado que cabe esperar de la escuela, tal como está

hoy instituida y dirigida en muchos países, la cual no responde, en su sentir, á su elevado fin social, por su propia condición y porque no está auxiliada de factores externos de educación, continuadores suyos en su admirable labor de arrancar víctimas al crimen y al presidio.

LA EVOLUCIÓN DE LA PSICOLOGÍA EN EL SIGLO XIX

Con ocasión, y como recuerdo de las fiestas con que la *Société Scientifique de Bruxelles* ha solemnizado el cincuentenario de su fundación, la *Revue des Questions Scientifiques* publicó un interesantísimo número, en que se resumen los adelantos ó se estudian los más importantes descubrimientos de cada ciencia, durante la última centuria.

Son los trabajos en que tales resúmenes se hacen, Memorias enviadas á la Revista ó leídas en la Asamblea general de la Asociación unos, y conferencias pronunciadas con ocasión de las fiestas otros. A estos últimos corresponde el notable estudio hecho por J. J. Van Bierioli, cuyo es el título que rotula estas líneas, y del cual damos un extracto á continuación. Van Bierioli pronunció su conferencia el día 9 de Abril.

«Sería necesario un volumen, y no pequeño, comenzó diciendo el conferenciante, para esbozar la historia de las teorías psicológicas durante el siglo último. «No pretendo hacer un trabajo tan amplio.» Desde que nació, hace veinte años, la psicología experimental, ha realizado una labor inmensa. De ello quiero ocuparme; en realidad, desde sus comienzos la psicología no ha experimentado jamás una evolución más profunda.

Esta transformación no es otra cosa que el remate de una labor realizada durante muchos siglos, no por los psicólogos, sino fuera de la Filosofía. Hubo, sí, desde los primeros tiempos de la psicología, partidarios del papel preponderante y aun exclusivo de la materia y lucha entre ellos y los espiritualistas; pero, cosa extraña, no han sido los materialistas los que han estudiado primeramente los fenómenos intelectuales como se estudian los materiales, sometiendo á peso y medida. El fundador de la psicología fisiológica ha sido un espiritualista.

La psicología experimental nació fuera de

la psicología metafísica, y se ha introducido en ella súbita, bruscamente.

Desde los tiempos más remotos han advertido alteraciones psíquicas en algunos enfermos: alucinaciones, exaltaciones, perversiones de la sensibilidad, pérdidas de memoria, etcétera. Plinio, el naturalista, escribió ya: «Nada más frágil que la memoria humana; las enfermedades, los golpes, un susto, la alteran total ó parcialmente. Un hombre herido por una pedrada olvidó las letras; otro caído de un tejado muy alto no reconoció á sus padres; una enfermedad borró en otro el recuerdo de sus esclavos; el orador Messala Corvinus olvidó su propio nombre».

Son innumerables y muy instructivas estas alteraciones mórbidas de los fenómenos intelectuales. Cuando un mecanismo se descompone es cuando puede formarse más clara idea de la importancia de sus elementos; pero los médicos, en general, y los alienistas, en particular, estudiaron esas alteraciones como médicos, sin darlas toda la importancia merecida. ¡La obra más antigua acerca de las alteraciones de la facultad retentiva, el *Essai sur les maladies de la memoire*, del doctor Louve Willermay, data de 1817!

La íntima unión entre el espíritu y el organismo llevó á los fisiólogos á estudiar ciertos fenómenos psíquicos. Müller, el ilustre fisiólogo germano, discípulo de Kant, intentó dar base fisiológica á la teoría de las formas subjetivas de la intuición; descubrió la teoría de la especialización de los nervios, conforme á la cual, sea cual sea la naturaleza de la excitación producida sobre un nervio determinado, la sensación es siempre de la misma especie; córtese ó comprímase el nervio óptico, y se obtendrá siempre una sensación luminosa. Entre los fisiólogos que estudiaron fenómenos psicológicos merecen ser citados Helmholtz, Dubois-Reymond, Goned y Donders.

El más importante de los anteriores á Wundt es el fundador de la psico-física. Jechner quiso reducir á hermosas fórmulas matemáticas las relaciones que existen entre el estímulo y la sensación.

En general, la relación es directa, pero no es sencillamente proporcional. «Si teniendo yo los ojos cerrados ponéis sobre mi mano extendida un peso de un kilo. experimento una sensación que puedo claramente percibir y retener; si quitáis aquel peso y lo reemplazáis por otro de dos kilos, noto que es más pesado, pero no que pesa justamente doble; para que yo crea que son dos kilos tendréis que añadir 20, 25 ó 30. gramos, una cantidad variable según la finura de mi sentido muscular.

La relación entre los dos pesos añadidos,

el grande 1.000 gramos y el pequeño 20 (por ejemplo), es una fracción $\frac{20}{1.000}$ ó $\frac{1}{50}$, á

que se da el nombre de constante. Jechner pensaba que esta constante era la misma para todos los hombres y para todas las especies de sensaciones. «La sensación, decía, crece como el logaritmo de la excitación.» Esto era sencillamente hermoso; pero comprobaciones sucesivas demostraron que la ley no podía ser formulada con tanta generalidad. Se supo primero que la constante era distinta para cada individuo; después, que era diferente en un mismo individuo para las diferentes especies de sensaciones, y, por último, que podía en un mismo individuo y para la misma sensación variar por muchas causas, y entre ellas por la gimnástica funcional de la sensibilidad.

La ley de Jechner quedaba así destruida, y de ella sólo podía admitirse como cierto que la relación entre el más débil estímulo perceptible y el estímulo principal es de una manera general y constante, sobre todo para ciertos órganos sensoriales, más pequeña en unos individuos que en otros.

«La psico-fisiología se funda en un concepto mucho más exacto de la naturaleza humana. Su fundador, W. Wundt, á la vez fisiólogo y psicólogo, procuró estudiar los fenómenos conscientes del compuesto humano en sus dos aspectos: psicológico, mediante la introspección, y fisiológico, mediante la observación y la experimentación. Una sensación, una emoción, como hecho consciente, interno, no se presta á determinaciones exactas; como modificación orgánica externa, puede ser medible. Los psico-fisiólogos tratan de medir todos los fenómenos concomitantes orgánicos de los fenómenos conscientes».

He aquí un ejemplo: se trata de medir los tiempos de reacción y estudiar las distintas influencias que los modifican. Se ordena á un individuo, colocado en una cámara oscura para que no le perturben las sensaciones visuales, que alce la mano cada vez que oiga un sonido determinado que produce al caer sobre un yunque sonoro un martillo electro magnético. Este martillo está accionado por un circuito, que cerrándose, le hace caer, y la mano del individuo, á su vez, en relación con otro circuito que se cierra cuando la mano, levantándose, deja de oprimir el botón sobre que se apoya. Una especie de reloj—cronoscopio—con dos esferas, es puesto en marcha por la primera clausura y cerrado por la segunda, pudiéndose leer en él, en milésimas de minuto, el tiempo transcurrido entre uno y otro movimiento, es decir, el llamado tiempo psicológico.

Este tiempo se descompone en los cinco si-

guientes: 1.º, tiempo que tarda el sonido en llegar del yunque á la orja del individuo; 2.º, tiempo que tarda el sonido, transformado ya en corriente nerviosa, en llegar al centro psico-acústico; 3.º, tiempo que necesitan el entendimiento para percibir la imagen y la voluntad para ordenar los movimientos consiguientes; 4.º, tiempo que emplea la volición en transformarse en corriente nerviosa y llegar á los músculos del antebrazo y de la mano; 5.º, duración de las contracciones musculares que determinan el levantamiento de la mano.

De estos cinco tiempos, cuatro son constantes y conocidos, y juntos duran menos que el único desconocido, que es el tercero. La duración de éste, según el resultado de las experiencias, oscila entre seis y catorce centésimas de segundo.

Merced á este procedimiento han podido ser estudiadas las circunstancias que favorecen ó dificultan el trabajo intelectual. Lo más importante de las primeras es la atención, y su influencia se ha traducido en cifras; mediante la atención, llevada á su máximo de energía, el trabajo mental reduce su duración en 1/6. Durante el mismo tiempo se puede hacer un trabajo seis veces mayor que el habitual.

Se ha estudiado igualmente la influencia del alcohol, del tabaco, del café, de la leche, del aumento de circulación sanguínea que, no excediendo de ciertos límites, facilita el trabajo mental, y de otros estimulantes. Sólo á este asunto del *tiempo psicológico* han sido dedicados innumerables trabajos experimentales, y además de él se han estudiado otros tan interesantes como la medida de las ilusiones visuales, la de las ilusiones de peso, y especialmente las de mayor interés pedagógico, las que se refieren á la atención y á la memoria.

El movimiento iniciado por Wundt se extendió rápida y ampliamente: aún no hace veintitrés años que se fundó el primer laboratorio de psicología y ya existen más de 100, en los que se estudian todas las cuestiones relacionadas con la psicología experimental. Varias revistas dan cuenta del resultado de esos estudios.

Casi al mismo tiempo que Wundt fundaba el primer laboratorio de psico-fisiología sistematizando el estudio de los fenómenos psíquicos mórbidos (catalepsia, letargo, sonambulismo provocado, sugestión, etc.), creaba la escuela de la Salpêtrière. Sus estudios proyectaron mucha luz sobre el mecanismo de ciertas funciones psíquicas muy complicadas. Sería demasiado largo el resumen de tales trabajos; indicaré sólo una de las cuestiones tratadas, la de la sugestión, acerca de la cual

hay dos escuelas: una que supone al hipnotizado instrumento absolutamente pasivo, al que se puede sugerir hasta el crimen, asegurándose así la impunidad del verdadero criminal, y otra que cree que el hipnotizado conserva siempre una parte de su libertad, siendo imposible hacerle ejecutar ciertos actos.

Delboeuf, que durante muchos años perteneció á la primera escuela, dudó más tarde y realizó una experiencia importante.

Tenía á su servicio hacía muchos años una criada que le servía para sus experiencias; era el modelo de *sujetos* dóciles y había demostrado no tener miedo al uso de las armas de fuego. Un día, Delboeuf la llamó á la sala; allí había dos muchachos cortando periódicos; al entrar la criada, Delboeuf la hipnotizó rápidamente, y luego, fingiendo espanto, la gritó:—Mira, estos ladrones me roban los periódicos. Trae el revólver. Ella fué en busca del arma, volvió con ella y se dispuso á disparar, pero entonces vaciló...—¡Tírala, la grító su señor.—¡Es pecado matar!—¡Son ladrones!—¡No; no disparar!—¡Es preciso!—¡No quiero disparar! Y la mujer al decir esto dejó con *mucha precaución* el arma en el suelo. Al despertar no tenía el menor recuerdo de aquella escena violentísima.

Si una experiencia negativa pudiese tener algún valor, ésta sería muy convincente; pero sólo ó no, es lo cierto que hasta ahora no se tiene noticia de ningún crimen, como no sea algún crimen de laboratorio, cometido por un hipnotizador mediante un hipnotizado.

La sugestión criminal nos lleva á hablar de la fisiología del criminal, es decir, de la antropología criminal. Sus partidarios, y especialmente su fundador, han afirmado multitud de conclusiones, tan atrevidas como erróneas; han iniciado, no obstante, un movimiento que ha conducido á conclusiones más exactas, y esto tiene algún valor. Los estudios acerca de la asimetría, comenzados por Henke midiendo la *Venus* de Milo, prueban lo que acabamos de decir.

Para terminar este resumen de la evolución de la psicología durante el siglo XIX, es necesario citar los estudios acerca de la psicología de las multitudes. Esta rama de la ciencia está aún en sus comienzos, pero se ha llegado, no obstante, á formular algunas conclusiones. La más generalmente admitida dice que las muchedumbres son inferiores en inteligencia y en moralidad á los individuos que las componen. Los hombres, al reunirse en grupos, pierden una parte de su inteligencia y de su voluntad. Los que tienen costumbre de regir multitudes saben que para hacerlo no es necesario obrar con justicia, sino con energía.

Para demostrar la importancia del movimiento psicológico actual nada mejor que elegir un asunto cualquiera y ver cómo se le estudiaba hace veinticinco años y cómo se le estudia hoy. Tenemos, por ejemplo, la memoria.

Los psicólogos metafísicos nos enseñaban que la memoria es la facultad de recordar, de reproducir, de reconocer las ideas, las emociones y las representaciones que reaparecen en la conciencia, distinguiendo cuántas veces y en qué ocasiones han aparecido antes, localizándolas en el tiempo. La memoria varía notablemente con los individuos. Disminuye en los viejos. La aumenta el ejercicio. Ciertos individuos poseen memorias típicas, extraordinariamente intensas para determinadas modificaciones conscientes. Ejemplo, la memoria musical de Mozart.

Desde hace quince años se ha procurado estudiar la memoria, no en general, sino en particular y en sus más pequeños detalles.

El libro de Ribot, publicado en 1883, acerca de las enfermedades de la memoria, trajo a la psicología la labor hecha en la clínica, y formulando algunas conclusiones abrió ancho campo a los experimentadores.

Se hicieron innumerables experiencias con individuos aislados y con grupos, especialmente en las escuelas. Se trató de averiguar la intensidad media de la memoria, si esta intensidad variaba con la edad y en qué proporción, lo que es una memoria extraordinaria y otras cuestiones semejantes.

¿Cómo se determina la intensidad de la memoria? Mostrando al individuo una sola vez y con una velocidad determinada, una serie de letras, de sílabas, de cifras, de frases, de sonidos, etc., y haciendo que inmediatamente escriba lo que haya logrado retener. El número de los términos de la serie recordados da la medida de la memoria inmediata. El conjunto de las experiencias realizadas dice que, por término medio, el hombre retiene después de una sola lectura ó una sola audición ocho ó nueve cifras, siete ó ocho sílabas y seis palabras. Para retener más son necesarios esfuerzos considerables. Un hombre que retiene siete sílabas, para retener 12, necesita leerlas 16 veces; para retener 24, no 32, sino 44 veces; para retener dos sílabas más hacen falta 13 nuevas lecturas; es decir, que para retener 26 cifras es necesario leer la serie de ellas 57 veces.

Esto da idea de la intensidad fenomenal de la memoria del famoso calculador Inaudi, que retiene con una sola lectura 42 cifras. Su memoria es cien veces más intensa que la de la generalidad de los mortales.

Interesa especialmente conocer la intensi-

dad media de la memoria en los niños y las variaciones de ella con el desarrollo.

Los Sres. Binet y Henri midieron la memoria de las palabras y la memoria de las frases en 380 niños de siete á doce años, alumnos de las escuelas primarias de París. «Los experimentadores se presentaban en una y explicaban á los alumnos la experiencia que trataban de realizar. Cada alumno colocaba ante sí una hoja de papel blanco, á la cabeza de la cual escribía su nombre; se pronunciaban lenta y regularmente siete palabras, sin relación alguna entre sí. Inmediatamente después de pronunciada la última palabra, los alumnos escribían en el papel todas las palabras recordadas; la media hallada fué de 4,7; es decir, cerca de cinco palabras.

Para determinar la influencia de la edad, se formaron cuatro grupos, y, de mayor á menor edad, se hallaron las cifras siguientes: 4,9, 4,8, 4,9 y 4,6. Puede decirse que en los tres primeros grupos de ocho á doce años la memoria no varía.

Estos resultados, obtenidos estudiando grupos, coinciden con los que Bourdon ha obtenido estudiando individuos aislados.

De los estudios de Bourdon resulta, además, que sólo niños notablemente superiores logran retener siete palabras, y que de ocho á veinte años la memoria varía poquísimo. «Pueden formarse dos grupos—dice Bourdon—de ocho á trece años y de catorce á veinte. En el primero hay un aumento pequeño; en el segundo la memoria permanece estacionada.

»Fijémosnos en que en esas experiencias se ha medido, no la memoria pura, sino la memoria avivada por la atención voluntaria llevada á su máximo, y convendremos en que el inmenso y fastidioso trabajo que se exige á los niños, con propósito de desarrollar su memoria, da resultados poco brillantes.»

Pero si la intensidad de la memoria permanece constante durante tan largo período, no por eso es imposible hacerla crecer, sólo que no es á fuerza de repeticiones. Los estudios acerca de la memoria enseñan otros procedimientos.

Charcot distinguía, con respecto á la memoria del lenguaje, cinco grupos de individuos; cuando se pronuncia ante varias personas la palabra *campana*, por ejemplo, evoca en los que la oyen diversas imágenes, pero predominando una de ellas en cada persona; en unos predomina la imagen visual del objeto, en otros la auditiva; otros pronuncian en voz baja la palabra; en otros la imagen dominante es la motriz, y en último grupo todos ellos tienen aproximadamente igual valor. Los estudios de Charcot, especialmente

aplicables, como es natural, á la memoria de los objetos, demuestran que en la mayoría de los individuos retienen mediante imágenes auditivo-motrices.

Existen, sin embargo, visuales para la memoria de los objetos, y lo era el célebre Diamandi, estudiado en el laboratorio de psicología de la Sorbona al mismo tiempo que Inaudi.

Quien quiera, pues, utilizar en toda su extensión la propia memoria, debe comenzar por averiguar á cuál grupo de los cinco citados pertenece, é igualmente se debe practicar en las escuelas, dividiendo en grupos de auditivos ó que recuerden mediante la audición, y visuales que lo hacen mediante imágenes visuales, á los niños, y enseñando á cada grupo con procedimientos distintos y conformes con el particular modo de ser de los que lo forman.

Los trabajos experimentales han hecho aún más, han enseñado el modo de medir la intensidad relativa de las distintas memorias típicas. «Se hace aprender á sus individuos series de cifras, sílabas, etc., mediante impresiones visuales, impidiéndole hasta pronunciarlas en voz baja y se anota el número de ellas retenido de cada ciento. Se le hace inmediatamente aprender otra serie análoga, mediante imágenes auditivas y se anota también el tanto por ciento: la relación entre ambas cifras mide la intensidad relativa de las memorias visual y auditiva puras.»

Se ha logrado, por último, deducir en qué condiciones se alcanza en todos los individuos el mayor efecto útil de la memoria. Un americano, M. Smith, ha hecho á este respecto un trabajo muy concienzudo. Haciendo leer á gran número de individuos 2.000 sílabas de tres maneras distintas: 1.º Mediante imágenes visuales puras (leyéndolas mientras cantaban una vocal determinada). 2.º Leyéndolas mientras las pronunciaban en voz baja (imágenes visual y motriz á un tiempo), y 3.º Leyéndolas en voz alta (imágenes visual, motriz y auditiva), dedujo que retenían respectivamente, $\frac{3}{10}$, $\frac{5}{10}$ y $\frac{6}{10}$ de las sílabas leídas.

La labor constante de los psicólogos experimentadores consiste en reemplazar las teorías vagas por fórmulas concretas.

No quiere decir esto que carezcan de importancia los grandes problemas psicológicos: naturaleza del espíritu, inmortalidad del alma, libertad de la voluntad, etc.; pero es más útil psicológica y pedagógicamente estudiar cuestiones menos importantes: no se trata de reemplazar la psicología metafísica, sino de completarla. Los que, dóciles á las instrucciones de León XIII, procuran poner su me-

táfrica de acuerdo con los hechos experimentalmente demostrados, siguen el movimiento científico; en las Universidades católicas de Lovaina y de Washington, existen laboratorios de psicología. Otros filósofos, menos racionales, participan de la antigua prevención contra las ciencias positivas y rechazan sus métodos; pero es imposible, y sería absurdo negar los hechos experimentalmente demostrados.

Las teorías y las hipótesis tienen solo importancia relativa; son medios de que nos servimos para relacionar nuestros conocimientos y poderlos ampliar. Los consideramos sólo como un instrumento, y si mañana un hecho solo suficientemente demostrado viniese á negar la ley de la gravitación universal, inmediatamente abandonaríamos esta teoría. Sería una nueva variación en el concepto de la ciencia, variación que, como todas las demás, resultaría de un nuevo progreso, de un nuevo descubrimiento, de un paso más hacia la verdad.

Establecer hechos y más hechos, ¿no es el más seguro medio de servir á la verdad?

BIBLIOTECAS ECONÓMICAS

Se van generalizando ya entre nosotros, pero no tienen el éxito que convendría que tuvieran, primero porque España es una nación que lee poco, y segundo porque todavía no se han fijado, quienes deben hacerlo, en el poderoso instrumento que en tales bibliotecas hay para la ilustración y la cultura.

Para estímulo de editores, de filántropos y hombres de gobierno, damos aquí cuenta de un curiosísimo artículo que en *The Fortnightly Review*, de Julio, publica Mr. William Laird Clowes, uno de los escritores que, en el periódico y en el libro, más han hecho por la cultura de la actual Inglaterra.

Principia diciendo que hoy más que nunca el *saber es poder*. Esta gran verdad, que es ya un axioma entre los que piensan, no ha entrado aún en las costumbres privadas ni aun en las costumbres públicas. El día que así suceda, desaparecerán muchos prejuicios y vejeceras que hoy viven consagrados por la tradición y amparados por la ley.

Deduce de ese semi-axioma que lo importante es saber, y es de opinión que ese saber es resultado de la instrucción, que, á su jui-

cio, puede ser teórica, práctica y experimental.

Confiesa él que no intenta abordar todo el problema de la instrucción; él se contenta en su trabajo con hacer algunas consideraciones sobre la instrucción teórica.

Ya en este terreno, sostiene que la instrucción teórica se recoge del libro más aún que del maestro. Creemos inútil advertir que Mr. Laird, al hablar de la instrucción teórica, no se refiere únicamente al elemento escolar, sino á todo el mundo que lee, y en este sentido, su opinión no es ni siquiera controvertible, es ciertísima.

Luego hacer accesible el libro—dice él—es hacer accesible esa instrucción. Dar el libro barato es difundir la cultura, generalizar el saber, y, por consiguiente, el poder.

Estudia después si efectivamente es el libro barato en su país y si explota esa gran palanca para aumentar su fuerza; llama la atención de lo que pasa en Alemania y en Francia, y da después todo un programa de lo que en este sentido podría hacerse en adelante.

EL LIBRO EN INGLATERRA

El único libro barato en Inglaterra es la novela. La razón es clara: produce y consume en este género literario más que ninguna otra nación del mundo. Fuera de la novela, no es aún país que lea mucho.

Novela que obtenga alguna popularidad no cuesta hoy más de medio chelín, y esta baratura es ya casi tradicional en el Reino Unido. Hace treinta años, Mr. Dicks publicó una larga serie de novelas ilustradas á seis peniques, advirtiendo que los autores eran los de más fama y autoridad: Ainsworth, Trollope, Edmund Yates y Alejandro Dumas. En 1873 publicó, á tres peniques, las novelas y cuentos de Walter Scott; á nueve peniques las obras completas de Goldsmith y Hemans; á seis, las de Longfellow, Milton, Cowper, Wordsworth, los poemas de Scott y de Moore y de Thompson, y á chelín tomos enormes, algunos de más de 700 páginas, de Shakespeare, Byron y Pope.

El autor del presente artículo excitó á nuevos editores á que avanzaran en el camino iniciado por Mr. Dick, y como consecuencia de unos artículos suyos publicados en el *Daily Telegraph* y en el *Daily News*, surgió un atrevido editor, Mr. Cassell, que comenzó á publicar libros y más libros á tres peniques cada uno. A las pocas semanas, dos ó tres empresas le hacían competencia.

Después de éstos han publicado bibliotecas baratas Mr. Stead y Mr. Saxon. Entre los libros que han difundido hay algunos de teología, de filosofía, de historia, de bellas artes y aun de viajes, pero en su inmensa mayoría eran novelas. La química, la mecánica, la electricidad, la astronomía, el vapor, historia militar, política, comercio, economía doméstica, marina, lógica, matemáticas, biografía moderna y otras materias son aún terreno virgen para los futuros exploradores.

Cree que los ensayos hechos han familiarizado al pueblo inglés con el libro y explican el éxito editorial de la *Enciclopedia británica*, obra de la que se han vendido muchos miles de ejemplares á pesar de no ser accesible á las grandes masas de lectores por la elevación de su coste.

Pero por muchos miles que hayan vendido las indicadas bibliotecas, no son ni sombra de los que se venderían ahora si alguien se lanzase al negocio. Mr. Laird desearía que la nueva biblioteca comprendiese muchos centenares de libros, los mejores del mundo, y que se vendieran por lo que se vende un cigarro ó un vaso de cerveza. Aun así augura un gran éxito al editor, sin el bien incalculable que haría á la nación.

EL LIBRO EN ALEMANIA

El autor se indigna sólo de pensar que alguien tache esta idea de utópica. Se ha realizado ya en Alemania—dice—y nosotros podemos contar con más lectores y con mayores facilidades que ella.

Luego pasa á contar los trabajos editoriales de Herr Reclam y los éxitos de su célebre *Biblioteca Universal*, que á nosotros nos parece algo así como un cuento de *Las mil y una noches*.

Ha vendido á precios insignificantes 300 mil ejemplares del *Fausto*, de Goethe; 619.000 del *Guillermo Tell*, de Schiller; 490.000 del *Herman y Dorotea*, de Goethe, y en análogas proporciones obras de Shakespeare, Shopenhauer, Molière, Byron, Heine y de los mejores escritores árabes, chinos, daneses, ingleses, franceses, finlandeses, latinos, griegos, hebreos, japoneses, italianos, indios, lituano, holandés, noruego, español, polaco, ruso, portugués, sueco, magyar y turco.

Esta biblioteca, que se compone en la actualidad de unos 4 000 volúmenes, puede adquirirse por unas 42 libras esterlinas. Esta idea de la baratura de esos libros.

PLAN DE UNA NUEVA BIBLIOTECA POPULAR

Por si entre nuestros lectores hay alguno que le recoja y se lance a la explotación, lo transcribimos literalmente:

«Supongamos—dice Mr. Laird—que yo soy el propietario de *Morning Bugle*, por ejemplo, con una tirada de 250 000 números diarios, con trenes especiales, factorías de tinta y de papel, agentes en provincias y el enorme personal que esto requiere.

Un día me dirijo a mis lectores y les digo:

—He reunido una serie de 52 volúmenes, prestos a ser impresos en tipo pequeño y buen papel. Estos libros, del tamaño de los publicados por la Biblioteca *Temple Classics*, son en muchos casos considerablemente más voluminosos. Contienen, por término medio, 400 páginas, más bien más que menos. El número total de páginas de los 52 volúmenes es, próximamente, 20.000. Los libros son exclusivamente trabajos de referencia, y entre ellos hay diccionarios ingleses y extranjeros, etimológicos y de pronunciación; todas las lenguas principales, antiguas y modernas, están representadas. Hay también diccionarios de citas, diccionarios de los caracteres más célebres creados en la novela, en el teatro, en la poesía; diccionarios técnicos de fechas célebres, de biografías contemporáneas y una completa enciclopedia.

.....
 «Estos libros forman la serie A de mi *Biblioteca general*. En breve podrán ya ser entregados, pero por el momento sólo pueden obtenerlos los que se suscriban también a la serie B.

«La serie B de mi *Biblioteca general* se compondrá también de 52 volúmenes de igual tamaño y dimensiones que los de la serie A. Se publicará un libro semanal durante el año próximo. Estos volúmenes serán, principalmente, de carácter literario; pero entre ellos habrá muchos técnicos e instructivos. Por ejemplo, en la primera semana será una novela de Tackeray ó un drama de Schiller, y en la segunda podrá ser un libro de memorias, ó de viajes, un tratado de alguna rama especial de la química, de electricidad, de mecánica, ó una gramática de una lengua extranjera. Cada libro será completo, y al reimpimir libros notables no sufrirán enmienda ni observaciones, haciéndose con los mejores textos a la vista; el que lo necesite, llevará su índice correspondiente.

«Cada año se publicarán 52 volúmenes.

«Las condiciones de suscripción a las series A y B son las siguientes:

»Los 104 volúmenes, que contienen un total de 40.000 páginas, serán entregados en Londres, 52 en el momento y uno semanal durante el año entrante hasta completar los 52 restantes.

»*En rústica*.—Su precio, pagado de una vez, será 4 libras, ó 12 chelines ahora y 6 chelines mensuales, que hacen 4 libras 4 chelines.

»*Encuadernado*.—Su precio, pagado de una vez, 6 libras ó 18 chelines ahora, y 9 chelines mensuales, que hacen 6 libras 6 chelines.

»Me reservo el derecho de vender ejemplares por separado, pero siempre a precio más elevado. Sólo los que se suscriban a las dos series podrán obtener en todo tiempo ejemplares sueltos a 10 peniques en rústica, a 14 en pasta.»

.....
 Mr. Laird ha pensado ya en los autores, en los traductores, en los derechos de traducción, en conseguir del Gobierno que los libros circulen con el mismo beneficioso impuesto que la prensa diaria; no se le escapa un detalle de importancia.

En cuanto a los resultados, él no duda. Económicamente, es un negocio; desde un punto de vista social, es un agente poderosísimo de cultura, digno de toda protección y aplauso.

LA ENSEÑANZA NAÚTICA ELEMENTAL

EN LAS ESCUELAS DE LA COSTA

La *Revue Pédagogique* dedica un extensísimo é interesante artículo de E. C. Coutant á estudiar la importancia, situación actual y desarrollo futuro de la enseñanza náutica elemental que una disposición ministerial creó en Septiembre de 1898 en las escuelas del litoral de Francia. Juzgamos el asunto de interés para nuestros lectores, no sólo por tratarse del desarrollo de la marina, que es indudablemente uno de los problemas que hoy preocupan a la opinión española, sino además por el problema pedagógico de las enseñanzas técnicas elementales, que debiera preocupar a los españoles más aún que el anterior, y que si en este artículo es con referencia solamente a la marina, podría ex-

tenderse á otras enseñanzas no menos útiles y necesarias, como quizá haya ocasión de hacer en esta Revista.

Dice, en resumen, el artículo de Coutant:

Con el nombre de «Lecciones de cosas apropiadas á la profesión de marino y de pescador» fué como se introdujo en las escuelas elementales una verdadera enseñanza náutica elemental. La idea había sido expuesta por primera vez en 1896 en el Congreso internacional de las Pescas marítimas de Sables-d'Olonne. Un primer ensayo de esas lecciones especiales fué hecho por el articulista en la escuela de Trouville, fuera de las horas de clase, y había ya bastante buen éxito.

Por poco al corriente que se esté de las cuestiones marítimas, se sabe que hay un gran peligro en este asunto amenazando á la nación: por una parte, á uno de sus mas preciosos recursos, la pesca marítima; por la otra, á una de sus fuerzas vivas, la marina militar. Ese peligro consiste en la disminución casi continua del contingente destinado á los barcos de pesca, y, por lo tanto, á las flotas del Estado.

Se ha notado una cierta tendencia de los niños del litoral á apartarse de los oficios del mar, tendencia que se atribuye, por una parte, á la edad de la escolaridad obligatoria, que hace retardar en dos ó tres años próximamente la admisión de los grumetes en los barcos pescadores, y por otra, á los mismos trabajos manuales de la escuela, que frecuentemente los inclinan á oficios terrestres, menos penosos sin duda alguna y menos arriesgados, y, hoy por hoy, al menos, más lucrativos que los marítimos.

Las condiciones de la navegación actual, y, por lo tanto, de la pesca marítima, han variado mucho, y se hace absolutamente indispensable para los que á tales faenas se dedican una cierta suma de conocimientos náuticos que hoy no poseen, y que ni siquiera han tenido ocasión de adquirir. Ese complemento á la instrucción elemental es lo que busca con los estudios á que nos referimos; bien entendido, no obstante, que las lecciones esas no pretenden formar «hombres de mar», cuyas cualidades sólo se adquieren con la mala práctica de la vida de á bordo, sino solamente desarrollar en los chicos del litoral el gusto por la navegación razonada y prudente, contraria á la navegación rutinaria sin perder de vista las costas, á menudo precaria é infructuosa.

Este resultado, así como el de proporcionar al pescador, convertido hoy en navegante, los medios de aplicar los conocimientos teóricos adquiridos en la escuela, cree M. Coutant que se consigue de un modo muy

aceptable con el programa vigente, que pasa á examinar en sus diversos aspectos.

EN LA ESCUELA PRIMARIA ELEMENTAL. — La impresión general es muy satisfactoria, pues apenas hay población del litoral que no haya comprendido toda la importancia de la obra emprendida. Las familias y la población escolar han acogido también con gusto la nueva enseñanza, que prepara á los niños para la vida práctica y que es para éstos muy interesante, á causa de suministrarles verdaderas lecciones de cosas y ejercicios manuales, sencillos y prácticos. En el cantón de San Juan de Luz muchos alumnos, ya en posesión del certificado de estudios, han solicitado que se les permita hacer composiciones sobre las materias del programa del litoral.

En cuanto á la aplicación del programa, que, claro está, ha tenido que ser muy diversa, según las circunstancias de cada localidad, ha sido en la mayor parte reservada al curso medio, ateniéndose estrictamente á la letra del programa oficial; pero en otros sitios, como Saint-Malo, Belle-Ile, etc., se ha repartido con singular acierto entre los diferentes cursos: elemental, medio, superior y complementario.

Para que pueda tenerse una idea del grado medio de instrucción que obtienen los alumnos, basta reproducir las palabras del informe del Inspector de Academia de Morbihan: «... Saben fácilmente *respecto á las rutas*:

1.º Hacer valer la verdadera ruta ó la ruta al compás.

2.º Marchar directamente de un punto á otro con ó sin corriente.

3.º Encontrar el punto de llegada después de varias rutas con corrientes.

4.º Determinar la latitud y la longitud de un lugar designado en el mapa.

5.º Resolver el problema de ruta por medio de la tabla de punto.

Respecto á la marca de posición, determinar la posición de un barco:

1.º Por una marca y la sonda.

2.º Por la marca simultánea de dos luces visibles.

3.º Por las dos marcas de una misma luz con borde corrido en el intervalo.

Respecto al Anuario:

1.º Hallar la hora y la altura de la pleamar en un puerto determinado.

2.º Convertir los grados en tiempo.

Respecto á la brújula:

Hallar la variación de la brújula con la ayuda de un alineamiento ó de la determinación de la estrella polar.

Los resultados en general no pueden ser más satisfactorios, y baste citar, para demostrar la suficiencia de los alumnos, el hecho de que los patrones de barcos empiezan ya

á solicitar á los que han recibido estas enseñanzas.

DESPUÉS DE LA ESCUELA PRIMARIA ELEMENTAL.—Ocurre al llegar aquí la pregunta de si conviene extender fuera de los límites de la enseñanza primaria estas nociones de una enseñanza técnica y especial, á la cual, sin duda alguna, hay que contestar afirmativamente. Para alcanzar de esta enseñanza todos los frutos necesarios que puede y debe producir, hace falta extenderla á otros grados de la enseñanza además de la elemental, de lo cual se han hecho ensayos aislados cuyos resultados no pueden menos de calificarse de satisfactorios.

En los cursos de adultos ha sido introducida la enseñanza náutica en diversas poblaciones, bajo la forma de conferencias populares, mereciendo en este lugar citarse la idea verdaderamente feliz de M. Fabre, director de la Escuela de Gruissan (Aude), el cual ha fundado una Sociedad escolar de pesca y navegación, cuyos fines son: 1.º, reunir en la Escuela á los jóvenes desde su salida de la escuela hasta su ingreso en el servicio militar; 2.º, combatir el alcoholismo, inspirar amor al trabajo, á la previsión, á la mutualidad; desarrollar la instrucción profesional mediante lecturas, lecciones y conferencias; 3.º, preparar á los jóvenes para las fatigas y riesgos de su ruda profesión por medio de ejercicios gimnásticos de tiro, de natación, de navegación, excursiones, juegos, regatas, etc.; 4.º, facilitar la colocación de sus socios en la marina.

Para que la enseñanza marítima tenga todo el desarrollo conveniente, hay además que extenderla á la enseñanza primaria superior, en vista de las exigencias de un gran número de alumnos dotados de más inteligencia ó más inclinación por los oficios marítimos, ó que aspiran á una preparación más extensa y más completa para las Escuelas especiales de hidrografía, preparación de que hoy se carece en absoluto.

Debería, á juicio del articulista, abarcar esa enseñanza en la Escuela primaria superior la extensión indicada en el siguiente programa:

PRIMER AÑO.—1.º Cartas marítimas (ejercicios elementales).—2.º Sondas. Faros. Semáforos.—3.º Barómetro (conocimiento y previsión del tiempo, etc.).—4.º Código internacional de señales (lucos, reglas de ruta, etcétera).—5.º Inscripción marítima (policía de la navegación, de la pesca costanera, etcétera).—6.º Higiene de los pescadores.—7.º Constelaciones. Mapa del cielo. Estrella polar.

SEGUNDO AÑO.—1.º Estera celeste. (Movimiento diurno, su determinación.—Coordenadas horizontales de un astro.—Coordenadas ecuatoriales).—2.º El sol (movimiento mensual aparente del sol).—Eclíptica.—Equinoccios y solsticios.—Desigualdad de los días y las noches en el movimiento aparente.—Círculos polares.—Trópicos.—Zonas terrestres.—Crepúsculo.—Estaciones.—Movimiento real de la tierra alrededor del sol.—Desigualdad de los días y las noches en el movimiento real).—3.º Medida del tiempo (día sideral, tiempo sideral.—Día solar verdadero, tiempo verdadero, etc.).—4.º La luna (movimiento diurno y movimiento propio).—Fases.—Sicigias.—Cuadraturas, etc.).—5.º Las mareas (unidades de altura, coeficientes ó centésimas de marea, etc.).—6.º Uso del anuario de las mareas, etc.—7.º La brújula (Rosa de los vientos.—Declinación, desviación, variación.—Ruta al compás, ruta magnética, ruta verdadera.—Deriva.—Determinación de un punto, etc.).—8.º La corredera y su empleo.—9.º El sextante (principio de los instrumentos por reflexión.—Medida de los ángulos con un sistema de dos espejos planos. Rectificación del sextante.—Medida del ángulo de separación de dos puntos.—Horizontes artificiales, etc.).—10.º Determinación práctica del punto en el mar.—Nociones sobre las máquinas de vapor (diferentes tipos de calderas marítimas.—Combustibles empleados en las calderas, etc.).

EL PERSONAL DOCENTE.—En esta sección del artículo analiza M. Coutant la cuestión relativa á lo que conviene hacer para que el personal docente pueda adquirir los conocimientos teóricos y prácticos que necesita, examinando los ensayos que de lecciones y conferencias provisionales se han hecho en algunos sitios, principalmente por MM. Aignau y Seris, inspectores de academia de Morbihan y del Finisterre, respectivamente, en lo que, por no dar á este extracto una extensión desmedida, no podemos seguirle, pero sí en lo referente á la enseñanza que ha de darse en las escuelas normales, enseñanza que, según el articulista, debe abarcar dos cursos. Como modelo de programa presenta el adoptado con indiscutible éxito por la Escuela normal de Vannes, y cuyo contenido es el siguiente:

PRIMER AÑO.—Nociones elementales de cosmografía. (La tierra: coordenadas geográficas, principales movimientos de la tierra, día solar verdadero, día solar medio.—La luna: movimiento y fases.)

Las cartas marítimas. (Descripción, propiedades, problemas fáciles: hallar la longitud y latitud de un punto, etc.)

Las mareas. (Establecimiento del puerto, coeficiente de marea, etc.—Anuario de las mareas, problemas.)

Sondas, reducción de las sondas.

Instrumentos náuticos (brújula, declinación, desviación y variación.—La corredera.)

Navegación costanera. (Compás de marear, determinación de la posición del buque; hacer valer una ruta.—Resolución de problemas de ruta sobre el mapa, etc.)

Fórmulas de la estima. (Resolución del punto estimado por el cuartel de reducción y la tabla de punto.)

Segundo año.—Nociones complementarias de cosmografía. (Esfera celeste, coordenadas de los astros, día sideral, ángulos horarios.—Movimiento aparente del sol.—Tiempo verdadero, tiempo medio, ecuación del tiempo.)

Sextante. (Teoría, descripción, ajuste.—Medida de la distancia angular de dos puntos apartados.—Medida de la altura del sol, corrección.)

El conocimiento del tiempo. (Resolución de diversos problemas: pasar del tiempo civil al astronómico, de la hora local á la de París, del tiempo medio al tiempo verdadero y viceversa.—Cálculo de la declinación del sol á una hora cualquiera.)

Determinación de latitud: 1.º, valiéndose de la altura meridiana del sol; 2.º, por la altura de la estrella polar.

El reloj de bitácora y el cronómetro. (Arreglo del reloj á mediodía, al salir y al ponerse el sol.—Cronómetro: estado absoluto, marcha diaria.—Empleo del Contador.)

Determinación de la longitud.

Variación del compás. (Determinación: primero, por medio de la altura del sol; segundo, al salir y al ponerse; tercero, por las tablas de Labrosse.)

Las lecciones teóricas van siempre acompañadas de ejercicios prácticos, que durante el primer curso se hacen sobre los mapas, pero en el segundo ya sobre el terreno.

La conclusión final de esta sección es la de que así como hay establecido un certificado de aptitud para el trabajo manual, el dibujo, el canto, etc., debería crearse otro análogo para la enseñanza de los principios de la navegación.

MATERIAL DE ENSEÑANZA.—De entre las muchas cosas importantes que esta sección contiene, vamos á limitarnos á presentar el inventario de lo que, según M. Coutant, constituye lo estrictamente necesario para dar estas enseñanzas, y que, como puede verse, no supone gastos excesivos.

1.º En las escuelas normales (para 30 alumnos): 10 cartas marítimas de las costas de la región en que radica la escuela (una por cada tres alumnos); 10 compases de puntas secas; 10 transportadores de asta, de gran radio; dos docenas de tablas para hacer

el punto; un Manual del Tratado para uso de los barcos de cabotaje, por Lavienville; dos Manuales del patrón pescador, por Roché; seis cuarteles de reducción para hacer el punto; una brújula; un octante (de 80 francos). En total, 170 francos de gasto.

2.º En las escuelas primarias (para 20 alumnos) siete cartas marítimas de las costas regionales, siete compases de puntas secas, siete transportadores, un Manual del Tratado para uso de los candidatos al cabotaje (para el maestro), un Manual del patrón pescador (también para el maestro), tres cuarteles de reducción para hacer el punto, una brújula; en total, unos 50 ó 60 francos, á cuya suma debería en rigor añadirse un octante.

Entre las muchas ventajas de esta enseñanza señaladas en la conclusión del artículo, merece citarse la de que en Argelia sería un medio muy eficaz para afrancesar á la población marinera, que procede en su inmensa mayoría de España, Italia y Malta, dándose hoy el caso de que abandonen la escuela apenas pueden ayudar á sus padres, y de ese modo continúan empleando la lengua materna y las costumbres del país de origen, mientras que con la enseñanza náutica permanecerían más tiempo en la escuela y se acostumbrarían más á la lengua y á la nación francesas.

Inútil es añadir aquí que, mientras en otros países merecen tanta atención los más nimios detalles de un importante problema como éste, en España no hemos dado todavía un solo paso por este camino, no obstante ser hoy para nosotros el problema marítimo de tan vital interés.

EL TELAUTÓGRAFO

Es un aparato que transmite telegráficamente un escrito ó un dibujo reproduciendo los caracteres ó los trazos del original.

Desde que se inventó el telégrafo eléctrico han sido muchos los electricistas que se han dedicado á resolver el problema de transmitir dibujos y escritos á distancia, y aun cuando han sido numerosos los instrumentos inventados para ello, ninguno hasta el presente ha dado resultados prácticos verdaderamente satisfactorios.

La revista inglesa *Nature* describe un aparato de esta clase, inventado por M. Foster

soluble y otra soluble; la primera, se ha denominado A-catalasa, y la segunda, B-catalasa.

La forma A, ó insoluble, parece ser un compuesto de la forma soluble con un núcleo protoide; y la soluble, ó B-catalasa, es una albuminosa y puede obtenerse libre por la acción de una solución alcalina muy débil sobre la catalasa insoluble.

Se ha estudiado cuidadosamente la acción de esta nueva enzima sobre los ácidos, las bases, las sales y otros reactivos. De estos estudios resulta que la catalasa es una enzima oxidante y que su reacción más característica es la rápida oxidación de la hidroquinona, transformándola en quinona.

Numerosísimas investigaciones han demostrado que la catalasa está muy repartida en el reino vegetal.

Puede decirse que no hay planta viviente ni órgano vegetal que no contenga dicha subs-

tancia. En unas plantas abundan más la forma soluble, en otras la insoluble. En el reino animal también se encuentra muy abundante este fermento orgánico, no figurado, habiéndosele encontrado en extractos acuosos del bazo, del páncreas, del hígado, de los riñones, del cerebro, de los músculos, y en el suero de la sangre de los animales vertebrados.

En las investigaciones hechas sobre insectos, moluscos, gusanos é infusorios, también se ha encontrado la nueva enzima, cuya presencia, pues, aparece constantemente en los seres orgánicos de todos los órdenes; de donde se deduce que las funciones han de ser muy importantes en la vida animal y vegetal.

Estos trabajos del Dr. Oscar Loew se han publicado en el informe núm. 68, del año actual, del ya nombrado departamento de Agricultura de Washington.



ceptor no haya quien reciba el mensaje oral.

LAS RADIACIONES LUMINOSAS Y LA CONSTITUCIÓN DE LA MATERIA

Mr. J. H. Jeans ha presentado á la Sociedad Física de Londres una Memoria muy curiosa, y de la cual publican extensos extractos todas las revistas profesionales inglesas.

El autor citado trata en dicha Memoria de resolver los dos problemas siguientes:

1.º Del examen y discusión de las fórmulas de la óptica física, ¿qué clases de interferencias se deducen como mecanismo por el cual se emiten las radiaciones?

2.º ¿Es posible, con la ayuda de estas interferencias, concebir un estado de constitución de la materia que explique satisfactoriamente todos los fenómenos ópticos?

Para resolver estas cuestiones comienza el autor estudiando y discutiendo las fórmulas correspondientes á la espectrografía general, y de ella deduce la radiación debida á una sola molécula rotatoria vibrando armónicamente; deduce en seguida el efecto correspondiente á varias moléculas, y resulta que para que la banda espectral deje de ser continua es preciso: ó bien que el período de rotación sea más largo que el de vibración, ó bien que la radiación desde cada molécula sea esféricamente simétrica.

Pasando después al estudio de la dispersión deduce que, aun cuando las radiaciones sigan siendo continuas entre dos choques de ondas, habrá, sin embargo, discontinuidad en el momento de los choques y la serie de ondas dejará de ser regular.

Se admite como cosa corriente que las vibraciones de un medio dispersivo son simpáticas con la luz incidental irregular. Mister J. H. Jeans ha calculado la razón entre las vibraciones libres y las forzadas á través de un prisma y de un retículo, y ha deducido que si la dispersión ha de ser regular, las vibraciones tienen que ser influidas sólo muy ligeramente por los choques, y esto requiere, como en el caso de la espectrografía, que el período de la rotación sea de más duración que el período de la vibración, ó que la radiación sea esféricamente simétrica.

Como este caso no ocurre con las moléculas, el autor opina que la línea espectral es emitida por átomos, que estos átomos tienen

que hallarse disociados y que su conformación ha de ser esféricamente simétrica.

Ahora bien; puede demostrarse matemáticamente que si un átomo constituye un sistema electro-magnético semejante al sistema planetario, los períodos de tal átomo no pueden fijarse, y, por lo tanto, no hay razón ni motivo para que se forme la línea espectral.

El átomo normal debe, por consiguiente, considerarse como un sistema electrostático, obedeciendo interiormente á alguna ley de fuerza diferente de la general de la gravitación, ó sea la que se ejerce en razón inversa de los cuadrados de las distancias. Un átomo así constituido dará, durante el reposo, una línea espectral pura. En cambio, las rotaciones de este átomo harán que las líneas espectrales se muevan hacia el rojo, y como la rotación es diferente para átomos distintos, las líneas espectrales no sólo cambiarán de lugar, sino que se ensancharán.

Para calcular los períodos de vibración de un átomo supone el autor de la Memoria á que se va haciendo referencia, que aquél consiste en un número infinitamente grande de *ions* infinitamente pequeños. El espectro de este sistema consistirá en una colección de series de espectros, cada una de las cuales tendrá un principio ó cabeza de posición bien determinada y capaces de desdoblarse en dos, tres ó más espectros sencillos. Demuéstrase también que, bajo la acción de un campo magnético, una línea espectral puede desdoblarse, dando dos líneas nuevas, equidistantes de la primitiva central, que se mantiene fija.

Llevando adelante sus discusiones y deducciones, Mr. J. H. Jeans explica otra porción de fenómenos ópticos de diferentes órdenes, lo cual presenta como una prueba más de la exactitud de sus cálculos y teorías.

LA CATALASA

Con este nombre se ha designado una nueva especie de diastasa ó enzima descubierta por el Dr. Oscar Loen, del departamento de Agricultura de los Estados Unidos.

La catalasa posee el poder de provocar la descomposición catalítica del peróxido de hidrógeno, propiedad que, según el descubridor, no presenta ninguna otra de las enzimas conocidas.

La catalasa existe en dos formas, una in-

soluble y otra soluble; la primera, se ha denominado A-catalasa, y la segunda, B-catalasa.

La forma A, ó insoluble, parece ser un compuesto de la forma soluble con un núcleo protoide; y la soluble, ó B-catalasa, es una albuminosa y puede obtenerse libre por la acción de una solución alcalina muy débil sobre la catalasa insoluble.

Se ha estudiado cuidadosamente la acción de esta nueva enzima sobre los ácidos, las bases, las sales y otros reactivos. De estos estudios resulta que la catalasa es una enzima oxidante y que su reacción más característica es la rápida oxidación de la hidroquinona, transformándola en quinona.

Numerosísimas investigaciones han demostrado que la catalasa está muy repartida en el reino vegetal.

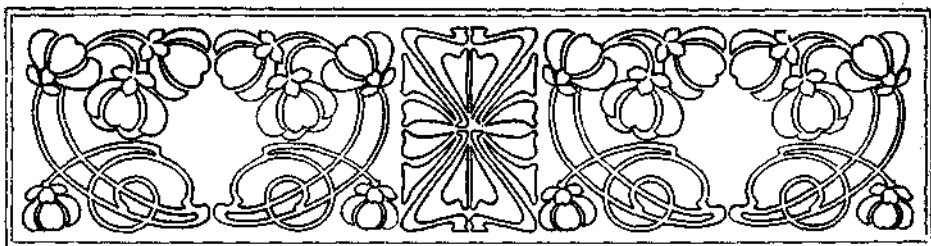
Puede decirse que no hay planta viviente ni órgano vegetal que no contenga dicha subs-

tancia. En unas plantas abundan más la forma soluble, en otras la insoluble. En el reino animal también se encuentra muy abundante este fermento orgánico, no figurado, habiéndosele encontrado en extractos acuosos del bazo, del páncreas, del hígado, de los riñones, del cerebro, de los músculos, y en el suero de la sangre de los animales vertebrados.

En las investigaciones hechas sobre insectos, moluscos, gusanos é infusorios, también se ha encontrado la nueva enzima, cuya presencia, pues, aparece constantemente en los seres orgánicos de todos los órdenes; de donde se deduce que las funciones han de ser muy importantes en la vida animal y vegetal.

Estos trabajos del Dr. Oscar Loew se han publicado en el informe núm. 68, del año actual, del ya nombrado departamento de Agricultura de Washington.





Revista bibliográfica

LA NOUVEAU DON JUAN

Novela por MARCEL BARRIÈRE. — París, 1900.
3 vol. — Alfonso Lemerre, editor.

Hemos tenido el gusto de recibir en esta redacción un ejemplar de la obra cuyo título encabeza las presentes líneas. *El nuevo Don Juan* no es más que parte de una colección de obras que formarán una heptalogía titulada *Los hombres de mañana*, que se compondrá de las siguientes obras: 1.^a, *El nuevo Don Juan*. 2.^a, *La última epopeya*. 3.^a, *La novela de la cuestión social*, formando entre las tres lo que el autor designa con el nombre de *Trilogía novelesca*; después hay una *Trilogía filosófica*, formada por las obras siguientes: 4.^a, *El arte de las pasiones*. 5.^a, *Un programa de revolución*. 6.^a, *El alma universal*; y, por último, una *Parte analítica*, titulada *Historia de una obra*, que será el resumen de la heptalogía.

Claro está, que para formar un juicio definitivo de la obra que hoy tenemos á la vista, sería preciso aguardar á conocer la totalidad de las que integran la heptalogía; pero, como ya nos lo advierte el autor en su prólogo, *El nuevo Don Juan* tiene individualidad propia, y aunque enlazado á las restantes, puede leerse por sí solo, y, por lo tanto, cabe hacer de él un análisis como obra suelta, sin perjuicio de modificar en su día el juicio actual que nos merezca, si á ello nos condujera el examen de todas las que forman *Los hombres de mañana*.

El autor, M. Marcel Barrière, reúne condiciones muy aceptables como erudito y como estilista, dentro de lo que puede juzgar un extranjero en la segunda de estas cuestiones; tampoco le faltan la inventiva ni el poder

descriptivo, por lo que cabe esperar de él producciones mucho mejores que la actual. Aquí lo que le perjudica en sumo grado es que son tantas las cosas que quiere realizar de una vez, que tiene en ocasiones una carga superior á sus hombros, resintiéndose de ello la novela. Además, la preocupación constante de realizar puntualmente el vastísimo plan arquitectónico que se ha propuesto en la heptalogía, lo sugestiona y lo arrastra frecuentemente, haciendo que languidezca la obra, y mostrando á veces de tal manera la trama del asunto, con la inexperiencia propia del que podemos llamar principiante—aunque no sea en realidad su primera obra—que hay trozos de *El nuevo Don Juan* en los cuales el trabajo artístico, propiamente literario, desaparece casi por completo para dejar que á los ojos del lector sólo aparezca la urdimbre de la tela.

El héroe de la novela, Otón Juan Víctor Le Gow, príncipe de Baratine, es un carácter que no se acaba de comprender ni de fijar en la mente, siquiera de un modo aproximado, pues aparece en cada capítulo de la novela tan diferente de sí mismo que ninguna determinación ó aspecto de su personalidad, ni matiz alguno de su alma caótica, hacen en el lector una impresión durable y verdadera.

Para mejor comprensión de estas afirmaciones vamos á dar, á grandes rasgos, una idea del asunto de la novela.

Comprende *El nuevo Don Juan* tres partes, que según el autor, pueden leerse separadamente, aunque formen entre las tres una sola obra; no compartimos del todo esta opinión, pues las referencias de una parte á otra son tantas, que probablemente resultaría incomprendible cualquiera de las novelas que se leyera sin conocer las otras dos.

PRIMERA PARTE.—LA EDUCACIÓN

DE UN CONTEMPORÁNEO

El protagonista, á quien el autor quiere hacer un personaje superior, física é intelectualmente considerado, es una especie de Fausto y Don Juan Tenorio refundidos en un solo ser, en quien venga á condensarse la vida entera contemporánea, la cual trata de sintetizar y de exponer en la totalidad de su vasta obra.

Hijo de un príncipe ruso, de gloriosa alcurnia, que establecido en París lleva una vida fastuosa y desenfrenada, aun después de contraer matrimonio con una prima suya de Francia, á quien hace desgraciada, reúne Juan Le Gow en su persona las cualidades del pueblo ruso y del francés, una especie de alianza *dúplix*, que parece ser para M. Barrière el supremo ideal de la humanidad. Pasa cerca de Moscou sus primeros años, y al morir el padre vienen la princesa y su hijo á establecerse en Francia, no sin arrostrar las iras del Zar, que deseaba instruir al niño en la religión ortodoxa rusa, para lo cual intentó separarlo del lado de su madre, católica muy ferviente. La princesa, abandonada en el hogar por su marido, había concentrado todo su amor, toda su vida y su ternura en aquel hijo, á quien trató, desde luego, de dar la educación más completa posible.

Para lograrlo escoge la casa que los Padres Oratorianos tenían cerca de Tolón, institución docente modelo que el autor finge para dar á su Don Juan esa educación integral que estima como la mejor. No parece de este lugar entrar á criticar las ideas pedagógicas que en esta parte de la obra quiere el novelista presentarnos como modelo, pero baste decir á este propósito que en esa cuestión, como en muchas otras, no logra M. Barrière desprenderse de ninguno de los prejuicios inherentes á los universitarios franceses, sin que se vislumbre por ningún lado la menor idea que indique alguna novedad, algún criterio elevado respecto de la educación. Don Juan allí se prepara para el ingreso en la Marina, con lo cual adquiere grandes conocimientos matemáticos, y después estudia allí mismo el bachillerato, con la adición de un estudio extenso y profundo de las Bellas Artes, única especialidad del Colegio de la Estrella, que se nos presenta como institución modelo.

Los estudios artísticos y literarios, superpuestos á los científicos y filosóficos, son los que forman para el autor el carácter de su Don Juan, quien, además, reúne á los diez y ocho años una educación física completa y la posesión perfecta de los seis idiomas princi-

pales: el ruso y el francés, que había aprendido en el hogar, más el inglés, el alemán, el castellano y el italiano, todos los cuales habla «con la misma facilidad de acento y con igual acierto en la elección de palabras», *casa* que podemos creer, puesto que el autor lo dice, pero que resulta algo *exagerada*, como en general todo el caudal de conocimientos.

En el capítulo siguiente ya se nos presenta Le Gow como futuro libertino, haciendo la conquista de una señora americana, Mistres Glenor, aventura amorosa que el autor narra demasiado precipitadamente, sugestionado siempre por la idea de realizar el plan que ya de antemano se ha trazado, y que exige contar en el mismo tomo el resto de la vida escolar del protagonista. A pesar de sus talentos y de los múltiples conocimientos que Don Juan ha logrado reunir á sus cortos años, se conforma con la carrera militar, y no en los cuerpos especiales y más técnicos, sino que elige modestamente el arma de Caballería. Mientras estudia dicha carrera, comienza su vida donjuanesca; y por cierto que no sabemos hasta ahora cuándo tiene tiempo para ello, pues la serie de ocupaciones con que el autor nos le pinta son más que suficientes para agotar todo el día; pero al terminar uno de los capítulos sabemos, porque así nos lo dice el autor, que había convertido en *Menelaos* á una porción de burgueses de los alrededores de la escuela.

También nos describe en esta parte el novelista, y por cierto con extremada prolijidad, que casi convierte ciertos pasajes del libro en un catálogo de librería, las obras que formaban su biblioteca y que respondían á sus aficiones; y á la verdad, mejor fuera que esto se hubiera omitido, pues nuestro héroe sale muy mal parado con el gusto bastante mediocre que revela, y hasta hay detalles de poca importancia que, no obstante, hacen asomar la sonrisa á los labios, como el de que Le Gow tiene en su biblioteca, además de los autores franceses que se citan, *las mejores traducciones* de Dante, Shakespeare, Byron, Alfieri, Goethe, etc. Muy adocenado resulta con esto el tal Don Juan, quien, á pesar de hablar perfectamente las seis lenguas principales del globo, se conforma con leer traducciones de obras cuyo mérito existe, las más de las veces, en la forma, en la inimitable armonía del lenguaje.

SEGUNDA PARTE.—LA NOVELA DE LA AMBICIÓN

En el segundo volumen acaba el protagonista por convertirse en el ente más vulgar, no obstante el deseo manifiesto en el novelista de hacerlo un ser superior, síntesis de

todas las grandes cualidades del hombre contemporáneo; empieza haciendo una vida de libertinaje, en la que muestra un extremado refinamiento artístico, única cosa digna de que fijemos en él nuestra atención, complaciéndose en acumular en su hotel, verdadero templo de Afrodita, cuadros, estatuas, objetos de arte, combinaciones de colores y juegos de luz, cuya descripción forma lo mejor de toda la obra, revelando el autor que no carece de aptitudes para las descripciones, como tampoco de sentimiento artístico.

Entre las innumerables conquistas de Le Gow, descuella la de una aristocrática y opulenta viuda, que al terminar el luto del que fué su marido durante unos días solamente, abre sus salones á lo más selecto de París en el mundo de las ciencias, las artes, la nobleza, no precisamente la de rancios pergaminos, sino la de la inteligencia, la distinción y el buen gusto. La viudita, que á causa de su infortunado casamiento con un hombre á quien no amaba, siente pocas inclinaciones por los galanteos y que ha rechazado todas las pretensiones de los que se han dirigido á ella, se rinde á Don Juan, quien después de mucho tiempo de estar en íntimas relaciones, concibe la idea de casarse con ella para hacerse dueño de su fortuna, pues la de él ha quedado reducida á sus últimos límites. ¡A eso viene á quedar reducida toda la ambición de aquel hombre superior, que cae en la vulgaridad de venderse, porque no quiere ó no sabe buscar por otro lado la fortuna! ¿De qué le ha servido entonces el poseer cualidades tan excepcionales, y el haber recibido aquella educación tan perfecta? ¿Para apelar á un medio que se halla al alcance de cualquier adocenado con regular figura? Porque hay que advertir que Clara se enamora de él, no por su inteligencia ó por su nobleza, pues lo ama desde que lo ve, y él le oculta hasta el último momento que es príncipe de Baratine.

La boda no llega á realizarse porque Clara va á orillas del lago de Ginebra á ultimar los detalles del palacio que escogen para pasar la luna de miel, y que están adornando con exquisito gusto artístico hasta convertirlo en un verdadero paraíso, y allí se ahoga en el lago mientras da un paseo en su yate. El mismo día de su muerte debía haber llegado á París, donde se celebraba en el palacio de ella una suntuosa fiesta de desposorios; un telegrama del cónsul francés con la noticia de la muerte de su prometida sorprende á nuestro héroe haciendo los honores de la fiesta, que ha dado principio sin Clara, creyendo que sólo habría algún retraso en el viaje. En esta fiesta Don Juan está hecho completamente un gomo, que aspira por lo vis-

to á ser el rey de la moda, á dar el tono en el vestir, con lo que acaba de quitárenos la ilusión de que su cabeza contuviera algo más que estopa ó serrín. Y para digno final de todo, el sentimiento que muestra el príncipe de Baratine por la desgracia que le aflige, no es precisamente por la muerte de Clara, sino por la fortuna que se le escapa de las manos y el fracaso de todos sus ambiciosos proyectos. No es posible hacerlo descender ya á más bajo nivel, ni echar por tierra con más estrépito todo el edificio que parece querer construir el autor con su heptalogía.

TERCERA PARTE.—LAS RUINAS DEL AMOR

Redúcese el tercer volumen á contarnos primero un largo viaje por Oriente que hace Baratine para consolarse de su desgracia, y tiene la suerte de que al pasar por Rusia se le devuelve su fortuna, confiscada cuando, aún niño, abandona con su madre los dominios del Zar.

De vuelta á Francia, va de ayudante de un general á Burdeos, donde encuentra á Jania Carmine, cantatriz bellísima, hija de un afamado pintor, á la que ya conocía por un retrato que vió en su viaje, y del que mandó hacer una copia, que llevaba siempre consigo, enamorado de aquella desconocida, modelo de belleza femenina. A pesar de la oposición del padre, Jania viene á vivir con él y se encierran ambos en una preciosa villa á orillas de la ría; y habiendo él dimitido su empleo de teniente, para dedicarse solamente al amor, acaba por perder toda su fortuna con la quiebra del banquero á quien la había confiado, al mismo tiempo que Jania muere, después de muchos sufrimientos, á causa de una enfermedad en las vías respiratorias.

Otra vez solo y arruinado, Don Juan se nos aparece en Monte-Carlo, completamente entregado al juego para hacer una fortuna; ya no hace ni caso de las mujeres: sólo ambiciona el capital necesario para emprender la explotación del Africa francesa; pero sale de Mónaco sin un céntimo, á pie, buscando un refugio en el Colegio de la Estrella, donde estudió; careciendo de todo, se ve obligado, por último, á implorar, ya cansado y desfallecido, la caridad de un labrador que encuentra á orillas del camino.

Como puede verse, el héroe de la novela que acabamos de bosquejar, y que, por lo visto, será el protagonista en el conjunto de obras que forman la heptalogía de *Los hombres de mañana*, es un tipo cuyo carácter no

se acaba nunca de comprender, resaltando únicamente su libertinaje y su ambición, sin que en ninguna de ambas se eleve ni una pulgada sobre el nivel de la vulgaridad; podrá el novelista haber tenido la intención de hacerle una especie de Fausto y de Don Juan, fundidos en un solo sér; pero, á la verdad, ha fracasado totalmente en su empresa, quizá por no haber tenido presente el aforismo tan sabido: *pluribus intentus minor est ad singula sensus*. Tantas cosas ha querido abarcar en su obra, que poca ó ninguna aprieta.

Tiene, no obstante, M. Barrière cualidades muy estimables como literato; y si, prescindiendo de planes tan vastos y de tan difícil realización, se concretara á escribir una novela sobre un asunto menos complicado, produciría, á no dudarlo, una obra que harían leer con agrado su fácil y correcto estilo, sus condiciones para las descripciones, en las que, cuando procure no ser tan prolijo en nombrar títulos de cuadros, obtendrá éxitos, y más que nada la erudición artística y profundo sentimiento de la belleza de que está adornado.

FELIPE BAREÑO.

HIGIENE DE «INTELECTUALES»

NEURASTENIA

Tras larga temporada de asistir amigos neurasténicos que á título de lo primero nos obligan con obligación ineludible, por lo que tiene de amistosa, á salirnos de la especialidad que constituye nuestros «amores científicos» para cuidarles el enojoso mal que les afecta, leemos con gusto y provecho el notable libro publicado recientemente por el doctor Mariscal con el título *La neurastenia en los hombres de Estado*.

Nadie más obligado y en mejores condiciones que el laureado autor de la «Higiene de la Inteligencia», para hacer un buen estudio de la «enfermedad de Beard» en toda su amplitud y transcendentalísima importancia.

Pagan tributo enorme á la neurastenia, no sólo los «hombres de Estado», sino los tenidos por «intelectuales», denominación que acusa la más absurda de las transgresiones higiénicas, ya que reciben hoy aquel califica-

tivo los que ganosos de nombre y posición á toda costa y con toda urgencia, cultivan y explotan el cerebro, llevándole al agobio (*surmenaje*) si es preciso, mientras descuidan el músculo condenándolo á un reposo desequilibrante de funciones que deben ser armónicas; reposo que si debilita al individuo trocándolo en un sér á todas luces incompleto, degenera á larga fecha la raza, que puede, puesta ya en camino de perdición, no parar hasta su total aniquilamiento.

En nuestra referida amistosa clientela tenemos casos muy notables de neurastenia que prueban de sobra lo que expone el doctor Mariscal en su libro, y lo que más arriba decimos respecto á ese vivir, no por virtuosos menos equivocado, ya que sus protagonistas, ante el noble deseo de lograr muy gallarda y bizarramente el triunfo en la «lucha por la vida», trabajan con pasión vehementísima, que sería incondicionalmente plausible si no fuese perturbadora y letal.

Una escritora insigne, tan admirable por sus virtudes como por lo cultivado de su inteligencia, pásase horas y horas en constante tensión mental, exigida por el difícil cargo que ejerce con un celo verdaderamente heroico, puesto que halla naturalísimo el sacrificio.

Cefalalgias intensas, vértigos, convulsiones, inapetencia, vómitos incoercibles y debilidad extraordinaria y rebelde, son la respuesta que da el organismo de esta mi distinguida cliente y amiga á las virtuosas desatenciones que ella tiene con su salud, infringiendo preceptos higiénicos que le son bien conocidos.

Uno de nuestros poetas más brillantes, al par que fecundísimo periodista, no contento con sus trabajos de redacción y colaboración y el preparar obras teatrales, aún roba horas al descanso para la confección de algún tomo que le ayude á triunfar holgadamente en la empeñada «lucha por la vida», de la cual saldrá, de fijo, victorioso; pero ¿á costa de qué? A costa de muchos días de fiebres efímeras, de fuertes cefalalgias en que la cabeza parece estallarle, debilidades de pulso por cansancio nervioso de un corazón que omite alguno de sus latidos, y grandes exaltaciones al concluir el alumbramiento (*post-partum*) de productos intelectuales, concebidos, aparentemente, con la mayor facilidad.

Intelligentísimo funcionario judicial, hermano de un atalentado periodista, que en la convalecencia de fiebre infecciosa, lejos de sustraerse al trabajo y atender al restablecimiento, según le aconsejamos, se engolfa en aquél para sacar los atrasos de expedientes, véase de pronto acometido de dificultades de expresarse, por no hallar la palabra busca-

da, sensación de vacío en la cabeza, tristezas y apocamientos, faltas intermitentes del latido cardíaco, como el caso anterior, raquialgia, dolores reumatoideos, anestias locales, calambres y debilidad general, que nos obliga á dejarle en el lecho unos días y recurrir á medios algo enérgicos para dominar la, al parecer, alarmante situación.

He ahí tres casos de *neurastenia* perfectamente comparables á los aludidos por el doctor Mariscal en su ameno y utilísimo libro, y cuya génesis clarísima habría sido evitable, y aun evitada, á darse cuenta completa los interesados de lo caro que había de salirles el olvido notorio de los preceptos más elementales de su higiene personal.

DR. M.

PLUTARQUILLO

Biografías festivas de personajes célebres, por VITAL AZA, con ilustraciones de R. MARTÍN.—Madrid, tres pesetas.

A quien leyere ó á quien oyere leer, dice, á modo de prólogo, el autor:

«En Dios y en mi ánima te juro, lector ú oyente amigo, que no pretendo con estos pobres trabajos pasar á tus ojos—ó á tus oídos—por un Plutarco, y mucho menos que me tilde de erudito.

«El que tú me creyeres lo primero, más probará ignorancia de tu parte que vanidad de la mía, y bien sabe el cielo que conozco sobradamente tu discreción para que pueda atribuirte flaquezas que no tienes.

»En cuanto á lo segundo, básteme recordarte que la erudición es manjar indigesto y empalagoso, y no estoy yo tan refinado con mi estómago que á sabiendas le propine un alimento tan pesado y de tan difícil cocción.

»Propóngome únicamente entretener tus ocios, aprovechando los mios, y despertar en tu trabajada memoria fechas y recuerdos que ya tendrás olvidados de puro sabidos.

»No veas en el tono zumbón de estas biografías asomo siquiera de irreverencia y menosprecio, y cuenta que las llamo «ligeras» porque no estaría bien que yo las bautizase de «pesadas». Confírmalas tú con el nombre que te plazca, y agradéceme que te conceda prerrogativas de prelado.

»Otórguete el Señor su gracia divina y á mí me preste la humana—que bien la necesito—y podamos tú y yo decir á la postre de estos trabajos lo que dijo el filósofo Ubite al

terminar los suyos: *«Consciencia bene acta vitæ multorumque beneficiorum recordatio jucundissima est.»*

»Y después de este desahogo latino, ya puedo decirte con orgullo que pases adelante.»

Y se pasa adelante, y las biografías trazadas cómicamente por Vital Aza son una nueva gallarda demostración del ingenio inagotable de este ilustre poeta.

Los biografiados son Demóstenes, Petrarca, Séneca, Epaminondas, Zeuxis, Paulo Emilio, Catón de Utica, Saladino, Diógenes, Fabricio, Lúculo y Tito, y aun aquellas vidas que menos asidero parecían ofrecer á la sátira, dan ocasión á que se emplee la de Vital Aza, siempre atildada y correcta, como encaminada á la distracción del lector más que al vilipendio del satirizado. Es esta la característica del ingenio donosísimo de Vital Aza: sus gracias de frase ó de fondo jamás molestan ni siquiera á sus víctimas.

DESCRIPCIÓN GEOLÓGICA DE ASTURIAS

por D. GUILLERMO SCHULZ.—Segunda edición, con un apéndice: Oviedo, 1900-1901.

Aunque en otra sección y en otro número de NUESTRO TIEMPO se ha hablado ya de esta obra importantísima, queremos que aquí quede registrada. Trátase de una edición hecha á más de cuarenta años de distancia de la primera; pero tiene tal importancia hoy en la economía nacional la riqueza minera asturiana, y respecto de ésta son tan luminosos los estudios hechos por el inolvidable ingeniero Schulz, que pocas obras nuevas se recomiendan por sí solas tan eficazmente como ésta remozada.

El Sr. Canella, en una semblanza de don Guillermo Schulz, que encabeza esta nueva edición, dice de aquél lo siguiente:

«También, en buen hora, vino por entonces á la provincia el sabio alemán, después asturiano adoptivo, D. Guillermo Schulz, la gran figura en el progreso y desarrollo modernos de la minería é industria de Asturias. Todos los días y á todas horas se recuerda en nuestro país el nombre venerando de este insigne ingeniero, á quien se debe, por justicia indiscutible, monumento de perenne gratitud. Nació cerca de Hesse Castel, en 1800, donde dirigió unas minas su laborioso padre, y á esta circunstancia providencial debió su inclinación á los trabajos mineros, en cuya

historia está escrito su nombre con indelebiles caracteres de oro. Fué alumno sobresaliente de la Universidad de Gotinga, para ser ingeniero de minas, haciendo la práctica en explotaciones y fábricas de aquel pueblo, Harz y Sajonia. Vino á España en 1828 para investigación y direcciones mineras en las Alpujarras, y terminado su compromiso, emprendió provechosos viajes por regiones industriales de España, Francia y Alemania, cuando ya sonaban su nombre y pericia por nuestra nación, y muchos industriales y mineros pensaban en él para acometer diferentes empresas. El memorable Director general de minas, Sr. Elhuyar, le consultó en 1830 para la nueva legislación del ramo en España, dándole, además, especiales comisiones para utilizar sus iniciativas en nuestro país, lo que fué origen de nuevos estudios y trabajos del Sr. Schulz por naciones del centro de Europa, con las consiguientes luminosas Memorias que consolidaron su reputación.

»Don-Guillermo había cobrado íntimo afecto á España, y se dispuso á contribuir al engrandecimiento minero español, cuando en 1833, organizándose el cuerpo nacional de minas, fué llamado con empeño á su seno en calidad de inspector de distrito de segunda clase, con destino al de Asturias y Galicia. Sucesivamente ascendió en 1841 á vocal de la Dirección general de Minas; en 1842, á inspector general segundo; en 1844, á inspector general primero; en 1853, á presidente de la Junta superior facultativa de Minería; de 1854 á 1857, fué director de la Escuela nacional, á cuya organización había contribuido desde 1835, y presidente de la Junta del mapa geológico de Madrid, teniendo al mismo tiempo otras comisiones, como la conferida para la Exposición universal de París, trabajos para la ley de aguas, etc., hasta 1861 en que, á su instancia, fué jubilado; pero conservando, hasta 1868, la plaza de consejero de L. P., á cuyo alto cuerpo le asociaron los señores Moyano y Posada Herrera.

»Es muy difícil dar cuenta en breves líneas de los muchos trabajos y merecimientos de D. Guillermo Schulz, de su laboriosidad sin igual, ciencia profunda y práctica acabada. Para Asturias tuvo sus principales energías y el amor constante de un hijo entusiasta. En 1834 comenzó los trabajos geológicos y estadísticos de nuestra provincia; los completó muy principalmente diez años después en la comisión—igual á la conferida al célebre Jovellanos en el siglo pasado—para visitar las minas de Galicia, Asturias, provincias Vascongadas y Navarra; y él dió, en 1835, la base para la reforma de la Escuela de capataces de Almadén; fué con sus disposiciones y reglamento como el verdadero fundador de

la hoy reputada Escuela de capataces de minas, ampliada á hornos, fábricas y electricidad, en Mieres.

»Don Guillermo Schulz vivió siempre estudiando, siempre pensando en Asturias, y falleció en Aranjuez en 1877.»

Al publicar el ilustrado ingeniero Sr. Acebal esta segunda edición, le ha añadido en *Apéndices* otros documentos, también del mayor interés para la riqueza minera asturiana.

AGUAS FUERTES

Obra dramática en tres actos, por W. E. RETANA.—Fernando Fe, Madrid.—Dos pesetas.

Carolina es una mujer hermosa, de vida aventurera, á quien en el mundo de la mala vida conocían por *La Cubana*, y que al sentar plaza de señora casada, que es como la conocemos, se llama la señora de Andreu, un hombre práctico que, por razón de lo práctico, se resigna al pasado y al presente de la hermosa Carolina.

Antes de conocerla nosotros ha tenido ésta un amante, con el que está de monos, y en el balneario de *Aguas Fuertes*, donde el señor Retana nos la presenta, se proporciona otros dos amantes, uno por su cuenta, poeta y soñador, y otro por cuenta de su marido, rico y dispuesto á los negocios.

Al primer amante sientan muy mal estas hazañas de *La Cubana*, y da rienda suelta á sus despechos injuriándola y acosándola con el recuerdo de su negra y escandalosa vida pasada, no parando hasta conseguir que todos los amantes la desprecien, que el marido la arroje de su casa... y que la policía la vuelva á los oprobiosos registros de la higiene, en que un día figurara.

El Sr. Retana tiene de antiguo acreditadas sus dotes de escritor, y claro es que ellas resplandecen en esta obra. Aunque no escrita para la escena, tiene trozos de indudable valor dramático, y que acaso producirían en un escenario muy buen efecto; pero dudo mucho de que la obra alcanzara, representada, éxito superior al que puede obtener leída, y que, á mi juicio, no será de grandes aplausos.

Porque aunque se trate de algo visto, según el autor nos advierte en su libro, es algo artísticamente inverosímil y moralmente repugnante. No es la primera vez que un hecho perfectamente cierto en la vida real, parece

inverosímil en el arte. Esa mentira convencional de los espectadores de la otra mentira convencional que en la escena se representa, se da casi lo mismo en los lectores de novelas. Muchos que serían capaces de tratar á su amante como á Carolina tratan los suyos, rechazarán indignados la conducta de éstos.

Para mí y para todos los que se sientan incapaces de tirar la primera ni la segunda piedra contra la pecadora, ésta, Carolina, es la única persona decente de la obra *Aguas Fuertes*. ¿Cómo han de serlo, por no hablar más que de los personajes que vemos, el marido que *consiente* en unos casos y en otros *solicita* por su interés la propia deshonra; ni los amantes á quienes falta tiempo para contar á todo el mundo sus venturas fáciles; ni el más enamorado de todos, que pretende hacernos creer que trataba de regenerar por el amor á la pecadora... retratándola al natural y en ediciones copiosas; ni los amigos de este amante fotógrafo, que le empujan y le hacen coro en el vilipendio de la desgraciada, cuando el gran galeoto de sus liviandades tiene la comodidad de convertirse en su verdugo?

Si del libro se desprendiese, en efecto, esa «lección feroz, pero moralizadora» á que el Sr. Retana aspira en su *Advertencia*, tal lección enseñaría á las mujeres que son los hombres tan miserables, que ninguno merece que por él se cometa el más venial pecado de amor.

CERVANTES

Ensayo sobre una Sociedad literario internacional, por ALBERTO NÍN FRÍAS.—Montevideo: Marcos Martínez, impresor.

Admirador apasionado de Cervantes, el autor del folleto que comentamos quisiera que el inmortal autor del *Quijote* fuese tan conocido y apreciado en España y América como lo es Shakespeare en Inglaterra, en sus colonias y en los Estados Unidos. A ese fin, desenvuelto en unas cuantas páginas entusiásticas, encamina el Sr. Nín y Frías su proyecto de *Sociedad Cervantes*, de la que dice lo siguiente:

«La *Sociedad Cervantes* tendrá carácter internacional, en una palabra, extensiva á todo país cuyo idioma sea el castellano, dentro del continente americano. Alcanzaría de esta suerte á mantener la comunidad hispa-

no-americana; también se llegaría á conocer naturalmente estas naciones.

»Para realizar aún más este fin, propondría la fundación de una ciudad del nombre de Cervantes, cuyo territorio fuese común á todos estos pueblos hermanos, además de poseer privilegios especiales.

»Los socios de la Sociedad, serán todos aquellos, hombres y mujeres, que contribuyan á su sostén mediante la cuota de 10 pesos oro, pagadera cada año nuevo.

»Poco importa la profesión, oficio, ocupación, clase social, partido y religión; lo fundamental y lo esencial es que los contribuyentes estén animados del propósito de la Sociedad, cooperar cada cual en su esfera por la grandeza material, moral é intelectual de la América, inspirándose en el amor y en la admiración para con Cervantes.

»Un banquete anual, celebrado el 7 de Octubre, día en que nació el manco de Lepanto, reunirá todos los socios en las distintas partes donde se hallen. Anualmente serán premiadas las tres obras mejores que hayan aparecido en las imprentas sudamericanas.

»Cada tres años habrá un premio para la mejor obra sobre el *Quijote* ó su autor.

»Será recompensado anualmente aquel individuo ó aquella obra que hubiera alcanzado acercar á estas naciones mediante tratados, asociaciones, leyes, ó bien cuya acción tienda directamente al bienestar común.

»Cada cinco años tendrán lugar solemnes fiestas, banquetes, paseos, veladas, conferencias, *conversaciones*, conciertos, durarán una semana, llamada *Semana Cervantes*.

»Concurrirán á estas solemnidades delegados de todas las naciones hispano-americanas, y también de España. Cada quince años habrá un gran Congreso social, del que participarán todas estas naciones; se tratará en él de los progresos realizados y por realizarse en estos países.

»Anualmente, en fecha que se fijará, además del banquete habrá una «conversación», ó sea reunión de los socios y sus familias en el local social, para asistir á un *promenade concert* ó algo que le equivaiga.

»Mensualmente se dará una conferencia sobre el *Quijote* ó otra obra de Cervantes, considerándolas bajo todos los puntos de vista imaginables; un día por semana se leerá un capítulo de sus obras ó de otro escritor notable, y en seguida serán discutidas ó analizadas por los concurrentes.

»En todas partes de nuestro continente podrán constituirse *Sociedades Cervantes* análogas, con los mismos fines, con los mismos estatutos; cuando no se pueda tener local social, la casa de cualquier particular hará las veces; la única condición exigida

sarà que dependan de la Sociedad matriz, por sólo vínculos morales. Por fuerza habrá en la sala de lectura siquiera un periódico de cada nación hispano-americana; los habrá, igualmente, de los demás países, muy especialmente de España.

»Las autoridades estarán constituidas por una Comisión honorífica compuesta de los hombres más eminentes de nuestras naciones y de España, y de autoridades efectivas.»

El Sr. Nín y Frias ha recibido ya valiosas adhesiones de España y América, y continúa recibíendolas en su domicilio, Misiones, 170, Montevideo.

LA HUELGA

Novela por SEBASTIÁN GOMILLA. — Madrid, Librería de Valero Diaz. — Una peseta.

Juan Puig es maquinista en la fábrica de tejidos de Albert. Francisca Montagut trabaja en la misma fábrica. El se enamora de ella, y acaba por declarárselo, ofreciéndosele como marido. Ella lo rechaza. ¿Por qué? Al fin, asediada, lo confiesa: porque tiene un hijo que un amante de una hora arrancó, por violencia, á sus entrañas. Esta revelación no hace desistir de su amor á Juan; pero le amarga la vida y lo impulsa á lecturas y propagandas socialistas. Fruto de ellas es, en gran parte, una huelga general que estalla en la fábrica Albert. Mientras dura la huelga, y por una de sus incidencias, Juan se entera de que Tomás Albert, el *heren* del fabricante, fué el autor de la fechoría que apartó de él á Francisca... La huelga termina, y Juan no se rinde. Madura algo siniestro. El asesinato de Tomás Albert ó el suicidio... Interviene el viejo Albert, el fabricante, en un momento oportuno. Descubre la verdad, y consigue alejar á Juan, acompañándolo él mismo al vapor que ha de llevarlo á América. Juan se deja pagar el viaje, y acepta dos cartas de recomendación; pero nada más.

«Lo que decía el joven, asediado con el ofrecimiento y advertido de las contingencias:

»—Dios dirá, D. Evaristo... ¡Así como así me iba á tirar por el balcón!...

»Empezó á funcionar la máquina, y dieron la orden de despejar. Un abrazo fuerte, muy fuerte, juntó á aquellos dos seres distanciados tanto tiempo por el cerebro y unidos por el corazón en pocos minutos...

»Todavía de abajo arriba se miraron sin hablar y se entendieron. La poderosa nave empezó á moverse... La frágil barquilla se alejó... En la mente de Juan Puig, de todas las ideas fué la más persistente esta:

»—Como fueran todos igual que él, menos mal... ¿qué tendría que ver el dinero? ¡No le conocí bien!...

»Y en el horizonte, donde se enlazan cielo y mar como dos páginas del inmenso libro, creyó ver la palabra *Amor*, en diversidad de matices, fulgurando como una aurora, á manera de faro, en la nueva ruta que iba á emprender...

»La lancha estaba á punto de llegar otra vez al muelle... El trasatlántico aceleraba poco á poco la marcha... Una estela blanquísima, como un tajo en las aguas, iba quedando tras él...

»—¡Recrístinal—dijo entredientes y convulso el viejo, después de volverse á mirar casi temeroso.—¿A que me vuelvo socialista á la vejez?...

»Y llevándose la mano á los ojos, sacudió con impetu una lágrima que fué á caer al mar, confundiendo en las olas como se confunde todo dolor oculto.»

Y he aquí cómo esta novelita, escrita y desarrollada con arte, que parecía hasta la mitad un melodrama con su obrera seducida y su obrero perturbado y vengador, acaba felizmente en una reconciliación, fruto tal vez de los mismos egoísmos en lucha; pero, ¿habrá otros caminos que los del egoísmo, que mire lejos y vea claro, para resolver el magno problema?

EVA

por JACQUES MORIÁN. — Un tomo en 18.º — Calmann-Lévy. 3 francos 50.

Eva es una mujer sin fortuna que, poco antes de contraer matrimonio con un antiguo amigo de su familia, muy rico, descubre la brutalidad y el carácter atrozmente celoso de su novio, rompiendo con él. Eva, sin darse cuenta, ama á otro, quien tiene justamente todas las cualidades que faltaban á su novio. Pero el que quiere está casado ya, y durante dos años ambos tendrán que aguantar los tormentos de un amor imposible, hasta que al fin desaparezca, de una manera trágica, el obstáculo que los separaba.

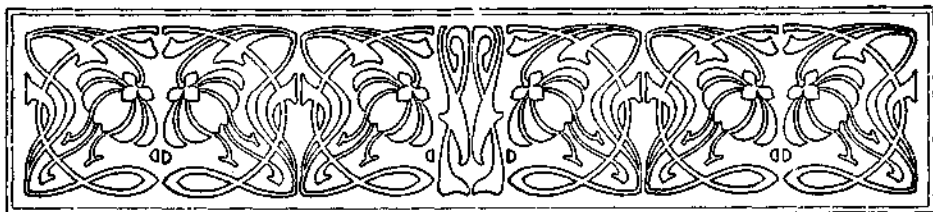
Eva demuestra que *Jacques Morán* posee preciosas cualidades de observación y análisis, y no dudamos de que su primera obra obtendrá un éxito bien merecido.

LE CŒUR INNOMBRABLE se titula un libro de versos que la *Condesa M. de Noailles* acaba de publicar, y que hará pasar muchas horas agradables á los amantes de la poesía frau-

cesa. — (Calmann-Lévy, editores. Un tomo en 18.º, 3 francos 50.)

M. Jules Heyne ha tenido la bondad de remitirnos, desde París, su librito *APHRODISIA DE THALIE*. A tanta gentileza hemos correspondido leyendo las 93 páginas del librito; pero no podemos pasar de ahí. Mr. Heyne dice que el poeta es un *violón brisé*, y su librito, en efecto, así lo demuestra. ¡No toquemos el violín ni el violón!





Nuestras antiguas colonias

EL «KATIPUNAN» DE FILIPINAS

Una revista norteamericana publica en este mes un artículo firmado por el coronel de voluntarios Mr. Kennon, que ha hecho la campaña de Cuba y al frente de su regimiento ha operado en seis provincias de la isla de Luzón.

Mr. Kennon trata de explicar á sus compatriotas el hecho extraño de que unos pocos filipinos mal armados ofrezcan tan larga y tenaz resistencia al poder avasallador de la gran República.

Desmiente desde luego que sea el valor de los filipinos quien haga estos milagros; según él, no han hecho hasta ahora frente á las tropas americanas.

El secreto de esa rebeldía persistente está en una Sociedad secreta, poderosa, que se impone á los ignorantes isleños por el terror y el asesinato; el secreto está en el *Katipunán*.

El escritor americano se extiende en explicar los orígenes de esta Sociedad, valiéndose de datos de segunda mano y sirviéndole como infalible evangelio el libro que con el título de *La Religión del Katipunán* ha publicado en Madrid el distinguido escritor filipino D. Isabelo de los Reyes. Por ser la tristemente célebre Sociedad tan conocida entre nosotros, bien podemos hacer gracia de esta parte del artículo á nuestros lectores.

Parece ser que los jefes del Katipunán aspiraban á formar un imperio malayo, cuya raza dominante fueran los tagalos, y del que ellos ejercieran el poder supremo. No entraba esto en los planes del Gobierno americano, y al reconocerlo así Aguinaldo, proclamó la República, se tituló Presidente, declaró la guerra á los Estados Unidos y, explotando el sentimiento nacional, declaró á todo filipino

miembro del Katipunán, condenando á muerte al que no fuera fiel á la terrible Sociedad, repartiendo, entre los que estaban en condiciones de aprovecharse de ellos, libros y hojas patrióticas revolucionarias, entre los que se contaban los *Derechos del Hombre*, de la revolución francesa; la *Historia de los Girondinos*, de Lamartine, y las obras más accesibles de los enciclopedistas franceses del siglo XVIII. Trató de resucitar las leyes de la raza, é hizo esfuerzos por restaurar la primitiva religión de las islas, conocida con el nombre de Bathalismo.

No debe ser esta religión primitiva la religión preconizada por el Katipunán, pues no hace muchos días que, de labios del mismo Isabelo de los Reyes, oíamos, no sin cierta sonrisa benévola y algún tanto irónica, que la religión katipunésca era muy superior á la cristiana. Miren ustedes por donde, entre las bandas tagalas de Aguinaldo, ha surgido un reformador religioso que deja tamañito al mismo Jesucristo.

Mr. Kennon pasa luego á afirmar que las tropas americanas dieron pronto cuenta de los núcleos de fuerzas rebeldes, y á fines de 1899 no tenían ya con quien combatir, á pesar de lo cual la tranquilidad y la paz no parecían por ninguna parte.

El maldito Katipunán había vuelto sus iras sobre los naturales del país, á quienes el escritor yanke pinta poco menos que con taparrabos; las ejecuciones secretas se multiplicaban, Aguinaldo hacía esfuerzos supremos para atraerse á las otras tribus (*sic*) hasta entonces vejadas por los tagalos. El terror surtía sus efectos, y el pobre filipino, que con los brazos abiertos había recibido á los americanos, tenía que juramentarse á obedecer ciegamente las órdenes del Katipunán. La Mafia, los Carbonarios, el Ku-Klux-Klan, las

sanguinarias Sociedades secretas, de que tenemos noticias en Europa y América, son asociaciones benéficas y de santos comparadas con el salvaje Katipunan.

Faltar al Katipunan se castiga con muerte horrible, segura, salvaje; faltar á los americanos se castiga con arreglo á las leyes propias de un país civilizado.

El miedo reina en Varsovia, digo, en Filipinas, y en la benignidad de los yankees y en la sanguinaria crueldad del Katipunan está la clave de esa incomprensible resistencia que los selmisalvajes isleños ofrecen á los archicivilizados yankees.

La muerte del Katipunan es la vida de Filipinas, puesto que es el áncora de la pacífica dominación americana.

Afortunadamente, Mr. Kenon todo lo ve de color de rosa. El Katipunan, según él, está languideciendo; sus principales miembros van uno á uno cayendo y está próximo el día en que, á pesar de los pesares, el pueblo filipino goce á plenos pulmones de la felicidad que han de llevarle los próconsules americanos.

Ignoramos si pensarán lo mismo los filipinos que laboran en París y en Madrid, los que declaran traidores á los generales que se venden y les nombran sustitutos, los que acaban, en fin, de matar en dos encuentros diferentes á 33 macabebes americanos y á seis brillantes oficiales del ejército expedicionario.

PUERTO RICO Y LOS ESTADOS UNIDOS

El Tribunal Supremo de Washington ha fallado en estos últimos meses dos pleitos interesantes sobre reclamaciones presentadas por dos Compañías, á las que se las había hecho pagar en New York derechos de Aduana, al introducir productos de Puerto Rico, aplicándoles las tarifas de los países extranjeros.

Con este motivo trae *The North American Review* un artículo estudiando las decisiones del Tribunal, que á título de curiosidad extractamos brevemente.

La cuestión objeto del litigio es la siguiente:

La isla de Puerto Rico, después de ratificado el tratado en el que España hacía el traspaso de su soberanía sobre la isla, y hecha la proclamación del mismo en Washington, ces parte del territorio de los Estados Unidos y se le puede aplicar la Constitución en la que se declara que todas las cargas, impuestos y exacciones serán iguales en todos los Estados Unidos?

El Tribunal encargado de fallar en el asunto ha dictado la siguiente sentencia:

«Somos de opinión que en el tiempo en que se cobraron esos derechos (alude á los que son objeto de la reclamación aludida) Puerto Rico no era país extranjero para los efectos de la aplicación de tarifas, sino territorio de los Estados Unidos; entendemos, por consiguiente, que han sido ilegalmente cobrados y que los reclamantes tienen derecho á la devolución».

Esta decisión fué tomada por cinco votos contra cuatro; pero tres de estos fundamentaron su voto en contra, diciendo que en el tiempo en que se había hecho la importación objeto del litigio, todavía no estaba Puerto Rico organizado con arreglo á la ley que al año siguiente, 12 de Abril de 1900, votaron las Cortes para aquella isla.

De estas declaraciones se infiere, por consiguiente, que si Puerto Rico hubiese estado ya organizado como lo está ahora, por ejemplo, casi dentro de la Constitución, se le debía aplicar las mismas tarifas que á los demás Estados de la Unión.

Resuelto ya este caso, se suscitó una nueva reclamación, que, llevada también al Supremo, fué fallada en sentido contrario al anterior, fundándose en distintos considerandos.

La importación que daba ocasión al nuevo litigio había tenido lugar después de la ley votada en Cortes para Puerto Rico, según la cual los productos de la isla debían pagar un pequeño impuesto al entrar en los Estados de la Unión. Tratábase, por consiguiente de determinar si aquel impuesto en aquella ocasión era válido ó no.

De los nueve magistrados cinco votaron que el impuesto era legal y cuatro que ilegal.

Fundábase el magistrado Brown en que si bien Puerto Rico no era país extranjero, la Constitución de los Estados Unidos no le era aplicable, porque sólo tenía validez para los Estados que la habían hecho. El Congreso podía, por consiguiente, señalar á los productos de la isla el impuesto que tuviese por conveniente.

A la misma conclusión llegaban sus cuatro compañeros de mayoría, pero fundándose en razón muy distinta. Todo territorio anexionado entra en la Constitución del Estado, según ellos. Lo que hay es que esto sólo debe suceder cuando el territorio está convenientemente organizado, y esto sucedía en el tiempo en que se hizo la importación sobre lo que se litigaba. No se le podía aplicar la Constitución, y si las disposiciones transitorias del Congreso.

La minoría opinaba que la Constitución es

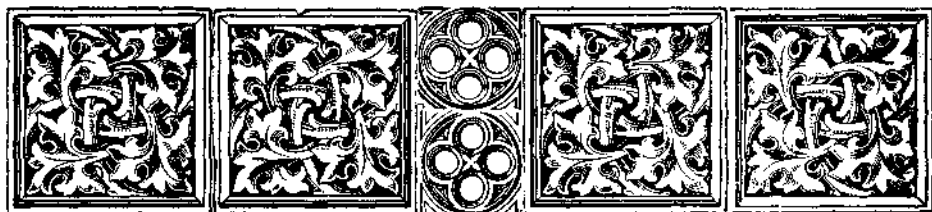
aplicable á un territorio anexionado desde el momento en que el anterior soberano traspase, mediante tratado, su soberanía. En este caso se encontraba ya Puerto Rico en el caso de antes, y por consiguiente, la Constitución debe aplicársele y no la ley votada por el Congreso y que por oponerse á la Constitución no tiene fuerza ni valor alguno.

El autor del artículo, notable hacendista de su país, emite también su opinión, de acuerdo con la reclamación de los anti-imperialistas yanquis.

Puerto Rico ó está ya organizado ó debe organizarse á la brevedad posible: algo análogo sucede con Filipinas. Cuando surjan casos análogos á los ya fallados por el Tribunal Supremo, deben resolverse conforme á un criterio general, y debe ser éste conforme á la mayoría de los magistrados que han intervenido en ellos.

Todos esos territorios están dentro de la Constitución, y, por lo tanto, se les debe aplicar los impuestos, cargas y exacciones que se aplican á los demás Estados de la Unión.





Crónica financiera

LAS DEUDAS NACIONALES

El Jefe de la sección de Estadística de los Estados Unidos acaba de publicar un luminoso estudio sobre las deudas de las diferentes naciones del mundo, en el que hace profundas y curiosas observaciones sobre las causas de esas deudas, sobre su marcha y forma de amortizarlas, sobre las garantías, en fin, y seriedad de las diferentes razas y naciones en relación con los enormes compromisos que han contraído.

La deuda pública del mundo, que al comenzar el siglo XIX no llegaba á los 3.000 millones de dollars, asciende hoy á 31.800 millones.

De 1793 á 1848, la deuda subió de 2.500 millones de pesos á 8.500 millones. De 1848 á 1901, sube de esta cantidad á los 31.800 millones de pesos ya citados. De modo que, de 1793 á 1848 ha crecido la deuda por término medio 109 millones de pesos por año, mientras que de 1848 hasta el presente el crecimiento de la misma ha sido de 434 millones de pesos al año.

CAUSAS DE LA DEUDA

Señala como primera y principal la adopción del vapor y del acero para las comunicaciones terrestres y marítimas. El avance estrepitoso de la deuda ha venido con el ferrocarril y el buque de vapor. Muchas de las naciones de Europa poseen sus líneas férreas que han construido por administración ó adquirido por compra, ó mediante subvencio-

nes y contratos especiales después de un tiempo determinado de explotación.

Del Gobierno son la mayor parte de los ferrocarriles alemanes, dos terceras partes de los ferrocarriles rusos, casi todos los de las colonias inglesas, y lo mismo viene á suceder en Holanda, Bélgica, Austria-Hungría é Italia. Del Gobierno son ya gran parte de las líneas férreas en la América del Sur, y del Gobierno serán, en un plazo más ó menos largo, en Francia y los Estados Unidos. Ahora bien; estas enormes adquisiciones se hacen mediante empréstitos, creando deuda.

En las naciones nuevas ó pequeñas la deuda ha sido, por regla general, invertida en obras públicas; pero en las naciones viejas y fuertes hay otro capítulo que consume mucho de esa deuda, y es el Ejército y la Marina, el armamento y los barcos.

Las guerras son otros voraces sumideros de deudas, y lo han sido sobre todo la guerra civil de los Estados Unidos, la franco-prusiana, la de Crimea, la chino-japonesa, la hispano-americana y la anglo-boer.

Casi todas las naciones van aumentando su deuda en proporciones alarmantes. En cincuenta años ha subido la de Austria de 600 millones de pesos á 1.700 millones; la de Alemania, de 115.948.000 á 557 millones; la de Italia, de 1.400 millones á 2.583 millones; la de Prusia, desde 600 millones á más de 3.000 millones; y la de Francia, de poco más de 1.000 millones á 5.800 millones.

En este mismo período las únicas naciones que tienden á disminuir su deuda son Inglaterra y los Estados Unidos. La deuda inglesa era en 1857 de 4.000 millones de pesos, y hoy es de 3.000 millones; la de los Estados Uni-

dos ascendía en 1865 á 2.756 431 571 pesos, y hoy es de 1.107.711.257.

Desde 1870 ha crecido la deuda un 50 por 100 en las Américas latinas, un 100 por 100 en las naciones de Europa, á excepción de Inglaterra, que la ha reducido un 25 por 100, y de los Estados Unidos, que también la ha rebajado un 50 por 100.

Las naciones latinas aumentan sus deudas sin que se vea compensación á sus sacrificios; España ha más que duplicado su deuda desde 1874, la ha doblado Italia desde 1870. Portugal tiene, relativamente á su población, más deuda que ninguna nación de Europa, y Francia la ha quintuplicado desde 1852.

Las naciones germánicas han aumentado sus deudas, pero han adquirido líneas férreas y otras propiedades inmensas, cuyas rentas compensan la deuda aumentada; algo parecido sucede con las naciones eslavas.

En las colonias inglesas ha crecido por las carreteras, puertos, líneas férreas y demás obras públicas que se han construido.

En las naciones anglo-sajonas la deuda creció por las guerras; pero la tendencia á enjugarlas es muy marcada.

En cuanto á los empréstitos, se cubren, en general, con dinero nacional en Inglaterra, Austria-Hungría, Francia, Alemania, Holanda y Bélgica, mientras que los de España, Italia, Portugal y Rusia son en parte cubier-

tos por los nacionales, pero parte por banqueros franceses y alemanes; los de China y Japón, por Inglaterra, Holanda, Bélgica, Alemania y Francia, y los de las colonias británicas y Américas latinas por Inglaterra especialmente.

Es difícil determinar la capacidad de las naciones para pagar sus deudas; pero con bastante aproximación puede decirse que, si la deuda ha crecido en el mundo en un 1.000 por 100 en un siglo, la riqueza ha aumentado también en equivalente proporción.

En la mayoría de los casos lo que los tenedores del papel de la deuda han entregado al Gobierno es inferior á lo que los títulos representan, y el Gobierno se compromete á pagar, y esto no es debido á las probabilidades de insolvencia del Estado, pues nadie temerá la insolvencia de Inglaterra, y, sin embargo, títulos de su último empréstito se tomaron á 95,50.

En cambio, el interés tiende á disminuir. En 1865 los Estados Unidos pagaron el 7,30 por 100 de interés sobre 830 millones de pesos, y en 1900 paga el 2 por 100 sobre 300 millones.

A continuación transcribimos, de los datos oficiales aludidos, los cuadros que presentan el estado de las deudas en la actualidad y en algunas otras fechas, á contar desde 1688:

Deuda de algunas naciones desde 1688 á 1900.

AÑOS	AUSTRIA Dollars.	BÉLGICA Dollars.	FRANCIA Dollars.	ALEMANIA Dollars.
1688.....	»	»	»	»
1702.....	»	»	»	»
1714.....	»	»	1.89.320.000	»
1727.....	»	»	»	»
1748.....	»	»	»	»
1775.....	72.997.502	»	»	»
1783.....	»	»	»	»
1800.....	170.327.500	»	»	25.549 125
1820.....	480.323.500	»	689.923 705	150.861.500
1850.....	608.312 500	»	1.152.292.500	»
1870.....	1.464.816.500	133.147.440	2.676 575.000	115.948.000
1880.....	»	246.994.341	4.065.946.151	»
1890.....	1.485.282.500	383.723.525	5.041.119.096	223 932.655
1900.....	1.697.255.140	504.460.000	5.800.691.814	557.626.622

Deuda de algunas naciones desde 1688 á 1900.

AÑOS	INGLATERRA	ESTADOS UNIDOS	RUSIA	ITALIA
	Dollars.	Dollars.	Dollars.	Dollars.
1688.....	3.232.636	„	„	„
1702.....	62.131.700	„	„	„
1714.....	176.047.876	„	„	„
1727.....	257.138.404	„	„	„
1748.....	368.939.740	„	„	„
1775.....	678.835.883	„	„	„
1783.....	1.126.515.090	„	„	„
1800.....	2.616.488.363	82.976.294	„	„
1820.....	4.381.975.906	91.015.566	„	„
1850.....	4.082.596.603	63.452.774	608.312.500	194.660.000
1870.....	3.896.606.550	2.331.169.956	1.459.950.000	1.386.952.500
1880.....	3.778.868.366	1.919.326.748	2.238.872.267	2.218.861.209
1890.....	3.361.115.568	890.784.371	2.827.684.692	2.459.237.110
1900.....	3.060.926.304	1.107.711.257	3.167.320.000	2.583.983.780

Deuda de las principales naciones en 1900.

NACIONES	DEUDA — Dollars	INTERÉS y otras cargas anuales. Dollars.	POR CABEZA	
			DEUDA Dollars.	INTERÉS Dollars.
Francia.....	5.800.691.814	241.762.029	150.61	6.28
Rusia.....	3.167.320.000	141.519.000	24.56	1.10
Inglaterra.....	3.060.926.304	112.985.531	74.83	2.76
Italia.....	2.583.983.780	114.177.185	81.11	3.58
España.....	1.727.994.620	80.782.000	95.53	4.46
Australia.....	1.183.055.000	45.458.000	263.90	10.14
Austria-Hungría.....	1.154.791.000	51.175.285	25.80	1.14
Estados Unidos.....	1.107.711.257	33.545.130	14.52	0.44
India.....	1.031.603.705	33.971.400	4.67	0.15
Hungría.....	904.941.000	41.692.000	47.75	2.22
Turquía.....	726.511.195	28.419.600	29.25	1.14
Portugal.....	670.221.374	21.550.320	143.82	4.62
Austria.....	642.194.000	30.969.000	24.89	1.20
Alemania.....	557.626.622	18.283.441	9.96	0.33
República Argentina.....	509.604.444	26.902.377	128.85	6.80
Bélgica.....	504.459.540	19.536.811	75.63	2.93
Egipto.....	500.402.729	20.063.637	53.61	2.15
Brasil.....	480.985.000	21.500.000	33.56	1.50
Holanda.....	468.419.294	14.117.838	90.74	2.74
China.....	287.123.500	12.000.000	0.72	0.03
Rumanía.....	280.136.991	17.904.996	47.37	3.00
Colonias inglesas.....	265.541.000	10.500.000	26.43	1.04
Canadá.....	265.494.000	13.392.000	50.59	2.55
Japón.....	206.799.994	18.126.702	4.73	0.41
Méjico.....	168.771.428	10.699.689	13.36	0.84
Grecia.....	168.548.444	6.293.730	69.25	2.58
Uruguay.....	124.374.189	6.056.000	148.06	7.20
Chile.....	113.240.000	965.455	36.41	0.31
Honduras.....	89.376.920	1.125.190	219.60	2.76
Suecia.....	85.154.320	3.173.388	16.71	0.62
Dinamarca.....	55.795.724	1.891.812	24.15	0.82
Otras naciones.....	2.309.960.086	14.131.958		
TOTALES en el mundo..	31.201.749.274	1.214.871.504		

Resulta de estos datos que España, sin ferrocarriles, sin minas, sin escuadras, sin armamento, sin canales de riego, sin pantanos, tiene más deuda que casi todas las naciones del globo, y que mientras cada español tiene que pagar sólo de deuda 4,46 dollars al año,

cada ruso paga 1.10, cada inglés 2.76 y cada italiano 3.58, advirtiéndose que estos Estados con Francia son los únicos que tienen más deuda que España.

No tienen nada de halagadoras las reflexiones que las cifras apuntadas sugieren.

